

Lope K. Santos

BANAAG
at SIKAT

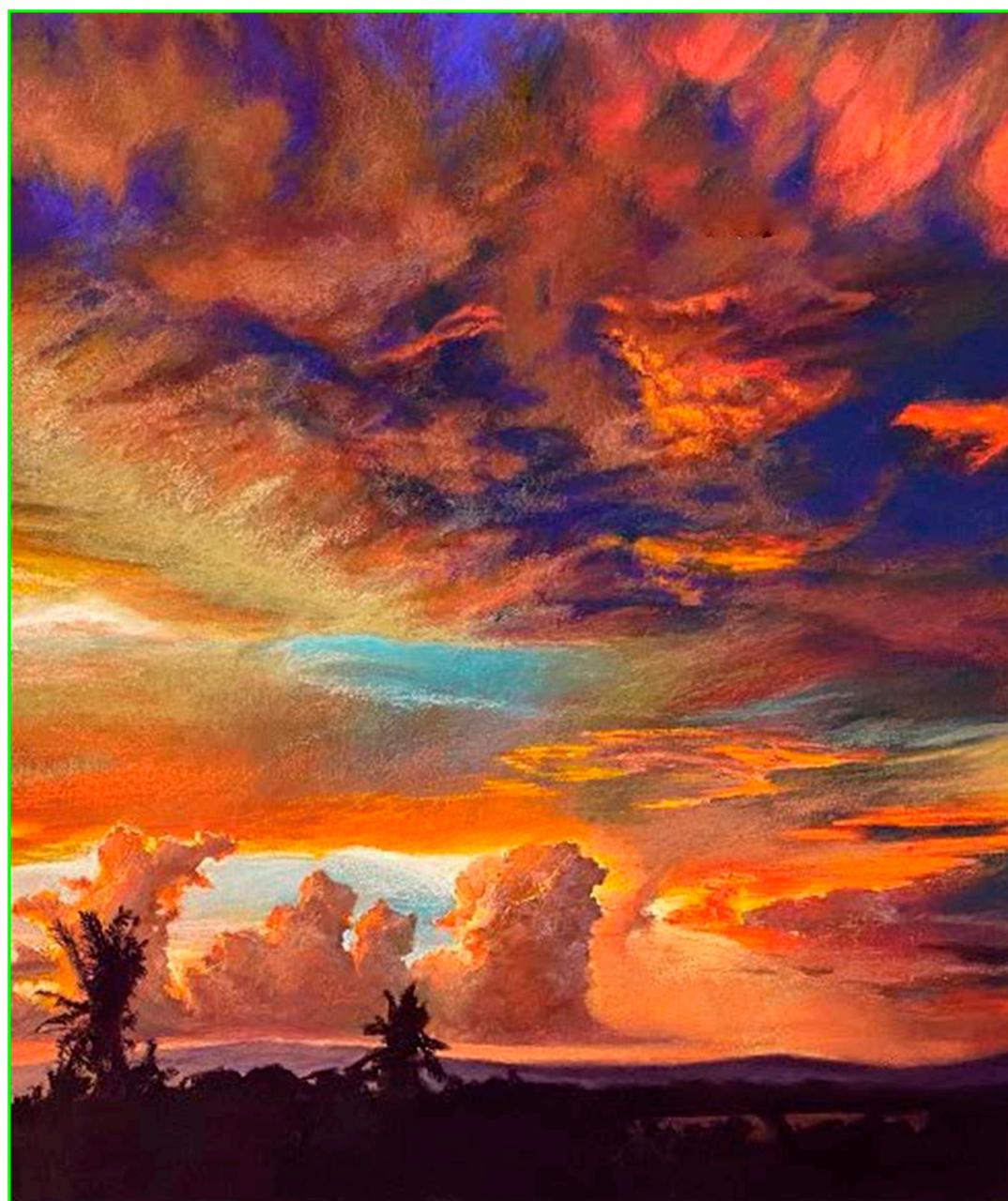


Banaag at Sikat es la primera novela proletaria, socialista y anarquista de Asia. Fue publicada en 1904, en tagalo, unos años después del cambio de potencia colonizadora en Filipinas de España a EE UU.

La novela trata sobre dos amigos: Delfín y Felipe. Delfín es socialista (socialdemócrata), mientras que Felipe es socialista anarquista. Delfín cree firmemente en la búsqueda de una sociedad inclinada a la causa de los pobres por medios pacíficos.

Por otro lado, Felipe, cree en la forma contundente de abolir los poderes existentes y la crueldad que albergan los ricos y los terratenientes. Aunque es hijo de un líder rico de la ciudad, Felipe odia las formas crueles de su padre. Preferiría ver una sociedad con iguales derechos y estatus para todos sus ciudadanos: donde no haya diferencias entre las clases dominantes y las subordinadas.

La novela es un libro político y también una historia de amor.



BANAAG AT SIKAT
Radiance and Sunrise

Lope K Santos

Lope K. Santos

BANAAG AT SIKAT

(Resplandor y amanecer)

Lope K. Santos

Banaag at Sikat (Resplandor y amanecer)

1906

Traducido al inglés por Danton Remoto

Traducción del inglés y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Comentarios sobre *Banaag at Sikat*

Introducción: la novela como texto social

Una nota sobre la traducción

Capítulo 1: En Antipolo Springs

Capítulo 2: ¿Quién es Don Ramón?

Capítulo 3: Capital y sudor

Capítulo 4: En la oficina del periódico

Capítulo 5: Ladrones

Capítulo 6: Felipe

Capítulo 7: En el Concordia College

Capítulo 8: Cartas conversantes

Capítulo 9: La riqueza de los pobres

Capítulo 10: Los últimos deseos de un padre

Capítulo 11: Talía y Yoyong

Capítulo 12: La Amargura del Capitán Loloy

Capítulo 13: Flores y espinas

Capítulo 14: La personalidad de Delfín

Capítulo 15: La dignidad de los ricos

Capítulo 16: La señora Loleng

Capítulo 17: Los conspiradores

Capítulo 18: Cuando el polvo se asienta

Capítulo 19: Cielos despejados

Capítulo 20: El dinero hace girar al mundo

Capítulo 21: Meni en aislamiento

Capítulo 22: Las intenciones de Madlang-Layon

Capítulo 23: Gracias a 'Mr Fiend'

Capítulo 24: La Virgen y el Niño

Capítulo 25: Felipe, el Padrino

Capítulo 26: Dolor en medio de la alegría

Capítulo 27: Regreso a casa

Capítulo 28: Crónica de siete años

Capítulo 29: Cómo se entierra a los ricos

Capítulo 30: Oscuridad y luz

Capítulo 31: Los mártires de la redención

Acerca del autor

Esta traducción está dedicada a la memoria del Artista Nacional de Literatura y Teatro, Rolando S. Tinio, quien compartió sus reflexiones sobre la escritura creativa y el arte de la traducción, y la directora Marilou Diaz–Abaya, quien, con Rolando, tuvo conmigo largas conversaciones sobre la vida, el amor y la literatura.

COMENTARIOS SOBRE *BANAAG AT SIKAT*

'*Banaag at Sikat* apareció por primera vez como una serie en el periódico tagalo *Muling Pagsilang* (*Renacimiento*) en 1904... Ahora se reconoce como la obra más destacada del período conocido como la Edad de Oro de la novela tagalo (1905–1921) y un hito en la historia de la ficción tagalo por su compromiso con las cuestiones sociales...'

Dra. Patricia May B Jurilla

*Los más vendidos en tagalo del siglo XX:
una historia del libro en Filipinas*

'En la novela, los dos personajes principales quieren plantar las semillas del socialismo y la anarquía. La narrativa de su resistencia es una lucha contra el viejo orden heredado de la España colonial y el nuevo orden impuesto por los estadounidenses. Danton Remoto es uno de los mejores escritores bilingües de Asia. En este libro, presenta *Banaag at Sikat* en un inglés fluido y

contemporáneo que presenta este clásico tagalo a una nueva generación de lectores globales'.

Dr. Bienvenido Lumbera
Artista Nacional de Filipinas Ganador del Premio Ramon
Magsaysay de Literatura,
Premio Nobel de Asia

'En *Banaag at Sikat*, Lope K. Santos logró condensar toda la historia espiritual del *ilustrado filipino* ('los ilustrados o educados')... La novela es un verdadero ejemplo de arte revolucionario.'

Dr. Epifanio San Juan
Ganador del Premio al Libro Sobresaliente de la
Asociación de Estudios Asiático–Americanos Profesor
Emérito, Universidad de Connecticut

'*Banaag at Sikat* de Lope K Santos fue la novela tagalo más importante de principios del siglo XX. Leído con avidez por los intelectuales y las masas, influyó en los trabajadores para luchar por reformas económicas, sociales y políticas. Se convirtió en una Biblia para los trabajadores y trabajadoras de Filipinas.'

Profesor Teodoro Agoncillo
Autor de *Una historia del pueblo filipino*
Científico nacional de Filipinas

'La trama híbrida de *Banaag at Sikat* lo convierte no sólo en un tratado político importante sino también en una historia de amor. Su importancia en la historia de la novela tagalo está asegurada'.

Dr. Resil Mojares
Los orígenes y el auge de la novela filipina hasta 1940.
Un estudio genérico

'El vigor y el encanto del estilo de *Banaag at Sikat* nunca falla. Santos sabe cómo mantener el interés: deja que su gente se mueva y hable de una manera con la que el lector pueda identificarse fácilmente. Conoce a la gente, tanto de su novela como de su audiencia. Conoce perfectamente sus costumbres, sus formas de pensar, sus vicios y sobre todo su lenguaje. La novela es rica en sabiduría popular y homilías, que añaden encanto y carácter a este clásico tagalo'.

Romeo P. Virtusio
Escritor galardonado por *Bilibid: Debajo de los muros de la prisión* y *Padre y otros cuentos*

INTRODUCCIÓN: LA NOVELA COMO TEXTO SOCIAL

En 1902, Isabelo de los Reyes, un erudito radical, propagandista y fundador de la Iglesia Independiente de Filipinas, fundó la Unión Obrera Democrática, el primer sindicato contra los estadounidenses. Los estadounidenses llevaban sólo tres años en el país cuando acabaron con los sueños del primer país independiente de Asia y lo convirtieron en una colonia más. Los estadounidenses, siempre rápidos en su actuación, encarcelaron a De los Reyes para impedir el crecimiento de la semilla que había plantado.

El joven escritor Lope K. Santos era miembro de este sindicato. Recuerde que esto fue apenas unos años antes de que los españoles ejecutaran al novelista y poeta José Rizal en el campo de Bagumbayan, por ser "el espíritu de la

Revolución Filipina", y apenas tres años después de que Estados Unidos colonizara Filipinas. Los sentimientos nacionalistas todavía estaban a flor de piel. La cultura estadounidense (su lengua, literatura, música, cine y baloncesto) aún no había echado raíces. En muchas partes del país el suelo todavía estaba empapado de sangre. En los periódicos se publicaban poemas y novelas en tagalo. Estas obras que se remontaban a un pasado glorioso y satirizaban el turbulento presente se escribían, publicaban y leían ampliamente. El amor a la patria era el mantra del día.

Banaag at Sikat de Lope K. Santos fue leído con avidez por las masas y los intelectuales, el libro influyó en gran medida en los trabajadores que luchaban por reformas económicas, sociales y políticas. Como resultado, surgieron cada vez más sindicatos; los trabajadores, especialmente los que se dedicaban a la fabricación de puros y cigarrillos, recurrieron a las huelgas, para desconcierto de los capitalistas que estaban acostumbrados a doblegar a los trabajadores.

Pero ¿quién fue esta persona que escribió no sólo la primera novela sobre el proletariado en Filipinas, sino también la primera en Asia?

Lope K. Santos nació en 1887 en Guipit, Sampaloc, Manila, hijo de un trabajador de imprenta. Desde muy joven ya estaba familiarizado con la tinta. Desafortunadamente, su padre murió cuando él aún era joven y el niño tuvo que trabajar como ayudante en otra imprenta. Esa imprenta

publicó la *Balarila ng Wikang Tagalog (Gramática de la lengua tagalo)* del padre Mariano Sevilla. El joven mostró un interés temprano por las artes: leyó los poemas que había escrito su padre, ayudó en producciones teatrales y participó en torneos de poesía.

Hizo un curso de Educación, pero se vio obligado a trabajar para los españoles para poder ganar su salario como empleado del gobierno. Tras la firma del Pacto de Paz de Biak-na-Bato entre las fuerzas revolucionarias filipinas y el gobierno colonial español, Lope K. Santos trabajó como guardia en Intramuros. Posteriormente, ayudó a distribuir armas de fuego y alimentos bajo el mando del general Pío del Pilar cuando estalló la guerra entre Filipinas y Estados Unidos.

Se mudó de casa, siempre huyendo del enemigo, y luego conoció a un grupo de periodistas, los más brillantes y valientes del país: Rafael Palma, Teodoro M. Kalaw, Rafael Corpuz, José Palma, Patricio Mariano, Honorio López, Valeriano. Hernández Peña, Faustino Aguilar y Francisco Lacsamana. Estos señores no eran sólo periodistas; muchos de ellos fueron también poetas y novelistas. Lope K. Santos había encontrado su medio.

Después de que los estadounidenses finalmente subyugaran a los filipinos en una guerra larga, costosa y sangrienta, comenzó la segunda ola de colonización. Junto con la entrada de los tomamitas, los maestros americanos

que venían a bordo del buque ganadero *USS Thomas*, llegaron las largas furgonetas portacontenedores con libros en inglés: Longfellow y Shakespeare, Keats y Lord Byron; así como explosivos libros sobre el movimiento obrero, entre otros.

Lope K. Santos se convirtió en periodista militante en *Ang Kaliwanagan (La Luz)* y *Kapatid ng Bayan (Hermano del país)* en 1902. Posteriormente editó *Muling Pagsilang (Renacimiento)*, el suplemento tagalo del periódico *El Renacimiento*. Tanto los diarios tagalo como español no tuvieron miedo hasta que el secretario del Interior, Dean C. Worcester, presentó una demanda por difamación contra Fidel Reyes por su mordaz editorial, '*Aves de Rapiña*'. El estadounidense ganó el caso. Todas las máquinas de impresión del periódico fueron confiscadas para pagar daños y perjuicios y a cambio de la libertad del editor y del personal.

Posteriormente, Lope K. Santos editó el periódico satírico *Lipang Kalabaw (Ortiga Carabao)*, publicado por la entonces estrella en ascenso de la política filipina, Manuel Luis Quezón. Más tarde, convencieron a Santos para que se postulara para gobernador de la provincia de Rizal, ganando la elección. Después de servir como gobernador, editó el periódico del Partido Nacionalista, del cual el presidente Quezón lo sacó para trabajar como gobernador de la provincia de Nueva Vizcaya. Más tarde se postuló para senador de Mindanao y nuevamente ganó. Santos era muy

admirado como gobernador y senador: alguien que nunca se llenó los bolsillos con dinero robado y alguien que hizo todo lo posible por aplicar, en el mundo real, las palabras que tejió en su ficción. Posteriormente se desempeñó como director del Surian ng Wikang Pambansa (Instituto de la Lengua Nacional). Murió el 1 de mayo de 1963, el Día del Trabajo.

Banaag at Sikat se considera la fuente del realismo social en la tradición de la novela tagalo. Reflejó claramente las diversas fuerzas que chocaron durante los primeros días del colonialismo estadounidense; de este modo, la novela podría verse como un texto social.

Santos escribió la novela cuando sólo tenía veinticinco años. Era un lector voraz y su gran saber quedó demostrado en los autores y libros citados en la novela. También sabía que se apoyaba en una tradición literaria. Su novela surgió directamente de *Ninay* de Pedro Paterno y *Noli me Tangere* y *El Filibusterismo* del Dr. José Rizal. La tradición *costumbrista* de la novela como documento de usos y costumbres, hábitos y tradiciones, que se mostró en *Ninay*, también se puede encontrar en algunos capítulos de *Banaag at Sikat*, especialmente en la descripción de la exuberante flora del campo, así como las escenas de boda y funeral. Los rescoldos de las novelas de Rizal pueden verse en el tema de *Banaag at Sikat*: al igual que la filosofía, fue escrita "para ayudar a cambiar el mundo".

Además, *Banaag at Sikat* fue hija de la novela didáctica del siglo XIX. Esto se puede ver en los largos pasajes donde los personajes debaten sobre capital y trabajo, socialismo y anarquía. A veces, Santos utilizaba una mano demasiado dura y desviaba cualquier capítulo hacia una discusión teórica sobre el capitalismo y sus descontentos, y por qué Filipinas debería abrazar el socialismo.

El poeta y crítico Roberto Añonuevo admiró la "amplitud de visión" de la novela y la forma "en que cataloga los acontecimientos, así como la descripción de personajes, conflictos y escenas". Sin embargo, como muchos críticos anteriores, destacó el "defecto" de la novela: sus personajes solían pronunciar largos discursos, lo que empañaba la "estética" de la obra.

El artista nacional Bienvenido Lumbera también escribió una versión musical de *Banaag at Sikat* y señaló que 'en el proceso de adaptación, dijo que su mayor obstáculo fueron las polémicas de los personajes. Por ejemplo, los dos protagonistas masculinos pasaban mucho tiempo discutiendo sobre socialismo y anarquismo.

Por su parte, el crítico marxista Dr. Epifanio San Juan señaló que "las críticas a la novela desde Adriatico hasta Agoncillo y Laya han dirigido invariablemente la atención al contenido insistentemente didáctico y por lo tanto 'antiliterario' o programático del método narrativo de Santos. Creo que esta visión... se basa en una premisa

errónea y una concepción miope de la función del arte frente a la experiencia social objetiva.”

Banaag at Sikat, entonces, debe verse desde la lente de su propio contexto histórico: una novela del siglo XIX, un recipiente de opiniones y un instrumento de iluminación para los lectores sobre los temas candentes de la época.

La Dra. Soledad S. Reyes también dijo que este es el contexto en el que se debe ver *a Banaag at Sikat*. Si bien también trata temas de amor y familiares, no se ocupa únicamente de cuestiones personales. Muestra las fuerzas en pugna en una sociedad dividida entre unos pocos ricos y muchos pobres. Muchos de los pasajes de la novela todavía tienen implicaciones relevantes para el presente, como guijarros arrojados a la superficie de un lago, creando ondas tras ondas de significado.

Esto también se ilustra en la lectura del Dr. Resil Mojares en su libro *The Origins and Rise of the Philippine Novel Until 1940* (Los orígenes y el auge de la novela filipina hasta 1940), donde dijo: "Hay momentos en la historia literaria en los que las novelas en el modo convencional comienzan a tener relaciones tenues con el contexto histórico" y las realidades de la época en la que fueron escritos. La intrusión de estas realidades resultará necesariamente una "deformación" de la trama convencional. Esta distorsión puede adoptar varias formas: principalmente, puede ser extravagante y mecánica (como cuando lo nuevo simplemente se superpone a lo

viejo) o puede ser artística y creativa (como cuando los dos elementos se integran con éxito). Este es el problema que ilustra un interesante grupo de novelas tempranas, cuyo representante más conocido es *Banaag at Sikat* de Lope K. Santos. Esto llevó a lo que Mojares llama la "trama híbrida" de la novela: es un tratado político y también una historia de amor.

Banaag at Sikat seguirá generando nuevos significados o regenerando los antiguos a través del paso de los años. Traducido aquí como *Radiance and Sunrise* (Resplandor y amanecer), que inspire a nuevos lectores a tomar el control de sus vidas individuales y colectivas y darles forma para "ayudar a cambiar el mundo".

Referencias

Abueg, Efren R. Marso 1970 'Sosyalismo sa Panitikang Tagalog'. *Panitikan* (Vol. V, Edificio 2). Maynila. Editorial Pangwika.

Agoncillo, Teodoro A. 1970. *Una historia del pueblo filipino*. Ciudad Quezón: Editorial RP García.

Añonuevo, Roberto. 2008.'
Muling pagbasa sa banaag at Sikat ni Lope K. Santos.
Publicado el 15 de octubre de 2008.

<http://alimbukad.com/2008/10/15> . Consultado el 10 de marzo de 2021.

- Mangahas, Rogelio. 1969. 'Ilang Silahis ng Banaag at Sikat'. *filipino Estudios*. Ciudad Quezón: Universidad Ateneo de Manila.
- Mojares, Resil. 1980. *Los orígenes y el auge de la novela filipina hasta 1940. Un estudio genérico*. Ciudad Quezon. Prensa de la Universidad de Filipinas.
- Reyes, Soledad S. 1982. *Nobelang Tagalog 1905–1975: Tradisyon at Modernismo*. Ciudad Quezón: Prensa Universitaria Ateneo de Manila.
- San Juan, Epifanio. 1971. *El Radical Tradición en filipino Literatura*. Manila. Manlapaz Publishing, Inc.
- Santos, Bayani, 2019. 'Traduciendo Banaag at Sikat'. *Diario Unitas*. Manila. Universidad de Santo Tomás. Octubre de 2019.
- Torres Reyes, María Luisa. 2010. *Banaag at Sikat: Metakritisismo en Antolohiya*. Manila. Comisión Nacional de la Cultura y las Artes.
- Villanueva, Antonia F. 1980. 'Si Lope K. Santos, Lider ng mga Manggagawa'. *mga sanaysay sa Alaala ni Lope K. Santos sa kanyang ica – 100 n / A Karawan*. Maynila: Surian ng Wikang Pambansa.

UNA NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN

Esta traducción se basa en la edición de 1959 de *Banaag at Sikat*, la edición final que supervisó personalmente Lope K. Santos. Anvil Publishing reimprimiría más tarde esta edición en 1988, 1993, 2008 y 2018, como posible lectura obligatoria para las clases de literatura filipina en colegios y universidades.

Cuando comencé a traducir esta novela, tenía claro que la traduciría para un lector del siglo XXI. Por lo tanto, reuní los largos discursos y diálogos mencionados anteriormente, algunos de los cuales son repetitivos, en párrafos más cortos.

Lope K. Santos también escribió esta novela cuando tenía poco más de veinte años. Por lo tanto, mostró la bendición y la maldición de escribir una novela a una edad tan temprana. Estaban la pasión y el entusiasmo, así como un

profundo sentimiento de “de dónde” surgía la novela. Pero también existía la tendencia a mostrar su vasto depósito de conocimientos: la flora y la fauna de Filipinas, así como de numerosos libros sobre economía, sociología y política. Éstos, junto con los discursos, ralentizaban el ritmo de la novela. Por lo tanto, mientras la traducía, tuve presente el mantra que utilicé cuando estaba revisando mi propia novela, *Riverrun*, para Penguin Random House South East Asia: mantén en movimiento. Una novela es una historia y las páginas hay que pasarlas.

También utilicé los equivalentes de palabras en inglés ('Java plum' para '*duhat*') y traduje directamente al inglés las palabras, frases y oraciones que fueron escritas originalmente en español. Conservé la ortografía satírica del inglés utilizada por los jóvenes que aprendían inglés por primera vez, y mantuve el lenguaje y el tono floridos en la carta escrita por uno de los hombres enamorados de Meni. Creo que la intención del autor era comparar y contrastar esto con la claridad y sinceridad de las cartas de Delfín a Meni, y eso lo he conservado en esta traducción.

En muchos casos he conservado los nombres de lugares y nombres propios, así como la mayoría de los honoríficos (Don, Señora). También he conservado la ortografía original utilizada por Lope K. Santos.

Quisiera agradecer a Bayani Santos, nieto de Lope K. Santos, quien me animó a realizar este trabajo; a la Dra.

María Luisa Torres Reyes, así como a Gilbert Francia y Niccolo Vitug por la ayuda que me brindaron durante la preparación de este difícil trabajo de traducción.

Finalmente, me gustaría agradecer a Nora Nazerene Abu Bakar, editora asociada de Penguin Random House en el sudeste asiático, por llamarme una mañana y pedirme que tradujera este libro, lo cual hice durante los muchos días y noches de la pandemia de Covid-19.

La generosidad del corazón es toda de ellos pero los defectos de esta traducción, si no de las estrellas, son todos míos.

Y finalmente, mi amor eterno para James, mi compañero, por recordarme que en el mundo de las palabras es donde debo estar.

Capítulo 1

EN LOS MANANTIALES DE ANTIPOLO

"La gente viene aquí desde hace años, pero este año han venido aún más visitantes", alardeaba un residente de Antipolo ante sus invitados de Manila. 'Podría ser que, aparte del incendio que recientemente arrasó y devastó la ciudad, la resistencia de nuestro pueblo contra los españoles, y luego contra los estadounidenses más poderosos, podría haber empobrecido aún más a nuestro pueblo. Pero por la gracia de Nuestra Señora Milagrosa de la Paz y el Buen Viaje, las festividades de este año fueron verdaderamente alegres. Sólo que esta vez las atracciones más populares fueron las aguas del manantial, donde los visitantes vienen a bañarse...'

El residente de Antipolo recordó la historia con precisión; visitantes recientes entre principios de mayo y los últimos días de junio de 1904 la habrían descrito de manera similar. ¿La gente venía por su fe o por las atracciones que atrajeron a casi toda Manila y a los de provincias a subir a las colinas de Antipolo? Era innegable el poder magnético de la ciudad para atraer a la gente hacia la cima, incluso a aquellos que tenían el corazón frío y los que escatimaban.

Sin duda, la pura fe en los poderes curativos de Antipolo impulsó a los enfermos a bañarse en los manantiales. Pero ahora, la gente venía a disfrutar de las infinitas atracciones por placer, más que por las aguas "que fueron hechas milagrosas por la Virgen Madre". Eran tiempos pasados en que los manantiales eran sagrados, un bálsamo para las almas culpables de pecados. La mayoría de las veces, los manantiales se convertían en testigos fluidos de los secretos del corazón de una joven, del obscuro brillo de los ojos de un joven y de las oportunidades para admirar los adornos del cuerpo y los amantes intercambiando afecto.

'Bañarse en los manantiales' ya no significaba curar a alguien de alguna enfermedad. Ahora significaba "disfrutar de las estrellas en el cielo". De hecho, sería como el uso de la frase "ir a la iglesia", que ahora significa "ver a la gente con sus mejores galas dominicales".

Lástima del alma de aquel que había "descubierto" de hecho esas aguas "milagrosas" por no haber sentido lo que

sucedería con su "descubrimiento". Tan seguro como el sol poniéndose en el oeste, su mercancía de fe en estos manantiales milagrosos enfrentaría noches de pura blasfemia: una colmena de alquileres y negocios de alojamiento, lugares para amantes, un paraíso para las hijas de Eva que recogían el fruto prohibido, un refugio para los lujuriosos y un teatro para los ojos pecaminosos de los hombres, con las bocas bien abiertas y húmedas de deseo.

'¡Alguien me ha robado el sueño!' Quien hubiera descubierto estas aguas seguramente se habría preocupado estos días, si todavía estuviera vivo, con los ojos mirando al cielo, contemplando con incredulidad el comportamiento irreverente de los peregrinos.

Antipolo era conocido no por una sino por algunas otras corrientes, aunque muchas de ellas se ramificaban en dos, cuatro e incluso ocho ciclos río abajo. Pero entre muchos, un manantial destacaba por la escasa presencia de gente y por su estado prístino y virgen. Al llegar a la cima de las escaleras excavadas en la ladera, un camino serpenteaba hacia la puerta de una gran propiedad ajardinada rodeada por un cartel que decía "PRIMAVERA", hecho con listones de bambú improvisados. Los extremos de cada letra estaban clavados en dos árboles, como si estuvieran plantados juntos para quedar íntimamente entrelazados, una sugerente y lujuriosa invitación a los turistas.

Al llegar por primera vez a la entrada, el imaginativo pero temeroso habitante de las tierras bajas, pensaría que se encuentra en los terrenos sagrados de un cementerio privado. Las ramas colgantes y ramitas de los pomarrosas, los exuberantes frutos de los anacardos, los plátanos, las manzanas aterciopeladas, las moras nativas y los árboles de algodón; algunos arbustos se dice que son "la cura natural de las ratas que han sobrevivido a los ataques de serpientes". Se podría pensar que todas estas plantas, en su esplendor y frescura, han sido fertilizadas por los muertos que se encuentran debajo. En el terreno montañoso, la hierba silvestre y la mimosa crecían por todas partes, lo que parecía sugerir que el lugar había sido un lugar de enterramiento.

A lo lejos, una pequeña cabaña parecía la capilla de un cementerio. A cada lado y en la parte trasera de la cabaña había dos cabañas altas. Los temerosos pensarían que bajo tierra estaban enterrados los huesos de algún párroco, de un jefe de aldea u otras personas de distinción y reputación. Recuerdos fantasmales visitarían al temeroso recién llegado, mientras sus ojos buscaban incluso una pequeña cruz en lo alto de la cabaña, como se encuentra comúnmente en los cementerios.

Una mañana, sin embargo, se vio un tendedero con coloridas prendas femeninas colgando dentro de las cabañas. Las mujeres se movían y balanceaban con gracia, incluso mientras los hombres se levantaban y se sentaban

inquietos. Algunos vestían de blanco, otros de rojo pálido, otros de rojo intenso y otros de verde, el color de las hojas frescas.

¿Estaban enterrando a alguien? Si es así, los dolientes deberían haber estado vestidos de negro. ¿Quizás estaban enterrando a un niño? Pero en lugar de una visión sombría, el intruso podría escuchar los ecos de conversaciones sin dolor. En cambio, en el aire surgían conversaciones llenas de diversión y carcajadas. Los pensamientos imaginados de un cementerio se desvanecerían al ver a cinco o seis mujeres hermosas, corriendo para llegar a una de las chozas que, momentos antes, parecían lugares donde se habían guardado esqueletos.

Ciertamente no era un cementerio. En el pueblo de los muertos no reinarían el ruido y la diversión. El aroma de la comida y el exuberante follaje no evocaban lágrimas ni oraciones por los muertos, sino más bien una invitación a compartir la vida y la felicidad con los vivos.

Esta primavera fue, de hecho, motivo de orgullo para Antipolo.

* * *

Finas agujas de lluvia caían bajo la pálida luz del sol de la mañana. Era domingo, la segunda semana de la festividad

de nueve. De hecho, la fiesta de mayo estaba cerca de su último día.

La cabaña, con enrejado a la izquierda tenía un espacio elevado que servía como vivienda del cuidador. Se podía llegar a ella mediante una escalera de bambú situada en un extremo de la cabaña. Debajo de la improvisada vivienda había una mesa de centro con botellas de varios colores y tamaños, de tres o cuatro sabores; un recipiente de cristal con pan endurecido, caramelos y otros dulces; unas sardinas enlatadas, colocadas cuidadosamente encima de una lata de margarina; un plato improvisado de pan nativo (si no hubiera estado favorecido por la suerte, el pan habría estado tan duro como la cabeza del tuberculoso y tosiente que lo compró); un cazo de agua de madera; dos cajas, una para el tabaco no consumido y otra para el dinero de las ventas.

La superficie de un suelo elevado de bambú también servía de cama para una vieja bruja, cuya cabeza ya brillaba como un abanico plateado, con mechones de pelo en la coronilla que parecían bolitas de excremento de pollo. Debajo de un rincón enrejado había una mujer amamantando a un bebé, parada frente a la estufa, donde fritaba tortas nativas y plátanos maduros. Todo esto habría sido la comida de picnic de la multitud de bañistas, si don Ramón Miranda no hubiera alquilado todos los baños esa mañana. Nadie podía utilizar los baños mientras Don Ramón y sus invitados estuvieran presentes. Todo estaba reservado para don Ramón: los asientos, las mercancías que vendían los vendedores, los

servicios públicos, todos los resortes, y también, al parecer, el tuberculoso que tose y la vieja bruja portera, a juzgar por la cortesía que mostraban hacia el Maestro.

Tres coches y un carruaje tirado por caballos llevaron a los invitados de don Ramón a Antipolo la tarde anterior del sábado. Él y dos mujeres solteras, sus hijas Talía y Meni, formaban el grupo central. Entre los demás se encontraban don Filemón Borja, a quien nunca se podía dejar fuera de tales ocasiones familiares, la señora Loleng y su única hija, la soltera Isiang; los hermanos Honorio y Turing Madlang–Layon, y algunos otros asociados que siempre los acompañaban en sus viajes fuera de la ciudad. Todos ellos procedían del rico distrito comercial de Santa Cruz, excepto los hermanos abogados Madlang–Layons de Tondo, un distrito compuesto por trabajadores y profesionales.

Todos se alojaron en la casa de campo, que quedaba reservada para don Ramón en las fiestas del pueblo. Una espaciosa residencia de madera y pasto sin pintar, la casa podría haber tenido mejores días, pero gozaba de cierto prestigio local porque estaba ubicada frente al santuario.

Varios de sus amigos de Manila los vieron asistir a la misa de primera hora de la mañana. Don Ramón y don Filemón eran realmente ricos; Honorio era abogado; y todos servían de escoltas a las mujeres. El grupo estaba contento y dieron la bienvenida a sus amigos que venían de otro pueblo. No había lugar en el mundo como Antipolo, donde los solteros

elegibles de Manila serían como pájaros picoteando granos de arroz. Desayunaron y descansaron un rato. Luego se pusieron sus trajes de baño y se lanzaron a la primavera.

Cuatro de los solteros se pegaron el uno al otro. Dos de ellos eran amigos de Isiang: Bentus y Pepito, ambos hombres elegantes y descendientes de familias ricas de Tondo y Trozo. Otro hombre era el distinguido farmacéutico Martín Morales, a quien Isiang apreciaba. El cuarto soltero era conocido de Turing, pero tal vez no por mucho tiempo, porque ahora se miraban furtivamente el uno al otro.

De hecho, el rebaño había crecido.

Don Ramón nadó en el lado derecho de la piscina, mientras los más jóvenes se turnaban para nadar en el lado izquierdo. Luego ordenó a los sirvientes que asaran el cerdo y cocinaran las gallinas en la casa y las sirvieran más tarde junto a la piscina.

Don Ramón y don Filemón entraron primero al agua. Cuando estaban a punto de terminar con sus baños, las mujeres al otro lado de la piscina estaban esperando que el champú a base de hierbas hiciera espuma. Sólo Meni e Isiang habían terminado de bañarse.

'Mientras esperáis que el champú haga espuma, buscaremos zumo de limoncillo y lima', dijeron al resto de mujeres.

–¿Y dónde los buscaréis? preguntó la señora Loleng. '¿Por qué no pedirle a Petra que lo haga para que puedas cambiarte y ponerte ropa seca?'

Petra era la sirvienta de la señora Loleng. Pero las dos mujeres fingieron no haber oído a la mujer mayor. Mientras susurraban entre ellas, se dirigieron a un árbol cargado de ciruelas negras de Java y admiraron los frutos pequeños y redondos. Estiraron el cuello y se les secó la garganta por salivar tras las frutas, pues no podían conseguir ni una sola fruta. Isiang se acercó a los hombres y les pidió ayuda, incluido el abogado, Madlang–Layon.

"Debemos conseguir un palo con una hoz en el extremo", dijo Meni.

"Simplemente treparé al árbol", dijo Morales en un gesto de caballerosidad.

–No –protestó Isiang. "Todavía estás usando tus zapatos y el árbol está resbaladizo".

–"Efectivamente, pero no era sólo un ciruelo de Java al que trepamos durante la guerra, cuando esperábamos a los enemigos bajo la protección de las ramas y las hojas".

–Pero entonces no llevabas zapatos.

–"Los llevaba y esos árboles tenían menos ramas que este árbol".

–"Depende de usted", dijo Isiang. "Pero cuando llegue a la cima, sacuda las ramas con fuerza".

Luego Morales trepó al árbol, seguido por Bentus. Se agarraron al esbelto tronco y sintieron que trepaban a un poste de telégrafo. Les daba vergüenza que Isiang pudiera notar el temblor de sus rodillas. ¿A quién le importaba la ropa sucia?

Más tarde, los dos hombres sacudieron el árbol con tal fuerza que las pequeñas ciruelas negras cayeron al suelo. Los gritos rasgaron el aire. Isiang fue la primera en alcanzar las ciruelas, las secó con el dobladillo de su vestido y luego se las metió en la boca.

Meni, que estaba respondiendo a las preguntas del abogado sobre su hermana, Talía, también se unió a la multitud reunida bajo el árbol. También recogió las pequeñas ciruelas negras de Java del suelo.

"Por favor, no sacudan más el árbol mientras todavía estamos recogiendo las ciruelas del suelo", dijo Pepito. Le preocupaba que las ciruelas de Java mancharan sus pantalones blancos y su traje de lana gris, así como su sombrero panamá.

El ruido también llamó la atención de quienes aún se encontraban en las piscinas. Querían unirse a la diversión y tener su parte de ciruelas. Pero ya no pudieron hacer nada,

ya que Talía y Turing ya estaban en traje de baño. Petra todavía estaba lavando con champú el cabello de la señora Loleng. Sólo podían gritar: '¡Oye, por favor compartid las ciruelas con nosotros!'

Mientras tanto, dos hombres entraban por las puertas del recinto. Llevaban trajes y pantalones blancos. Eran casi tan altos uno como el otro, pero el que llevaba sombrero tenía mejor constitución que el otro. Era rubio, mientras que el otro era moreno. Desde lejos, parecían seis años mayores que sus edades reales. Sus ropas estaban a la moda y estaban bien cortadas, y no proyectaban un aire arrogante. Era obvio que querían pertenecer al grupo de los manantiales. No eran ni delgados ni obesos. El hombre más moreno era más musculoso y habría sido un Napoleón durante la Revolución si hubiera tenido más músculos. Tenían los brazos alrededor de los hombros del otro y parecían gemelos. Pero tras una inspección más cercana, se advertía que el rubio tenía ojos hundidos, mientras que el otro tenía ojos muy abiertos y vívidos, y uno sabía entonces que solo eran amigos cercanos.

Los dos vieron la conmoción de la multitud agarrando su parte de ciruelas. El corazón de Meni latió más rápido cuando vio quién venía.

'Estos son Felipe y... ' dijo, vacilante. Felipe era el más moreno de los dos hombres.

–¿Y quién es ese otro hombre? Preguntó Madlang–Layon intensamente. Meni quedó desconcertada y no pudo responder de inmediato.

'¿No es Delfín el que camina hacia nosotros?', le susurró Isiang a su amiga. Delfín era el hombre más bajo.

'¡Sí, efectivamente!' Meni respondió mientras se alejaba lentamente de los dos hombres cerca de ella, quienes también estaban luchando por las ciruelas. Se levantó lentamente e hizo parecer que no era parte del tumulto.

'¡Ya terminaste con las ciruelas!' –exclamó Isiang–. '¿Es del tipo celoso?'

"No lo sé", dijo Meni. 'Pero ¿por qué debería importarme si es un hombre celoso?'

Mientras los dos se burlaban el uno del otro, los dos hombres también hablaban de las personas que estaban a unos pasos de ellos.

'¿Entonces que estáis haciendo aquí?' –Preguntó Felipe.

"Estamos recogiendo ciruelas", respondió Madlang–Layon.

–¿Son dulces, señora Isiang? Preguntó Delfín en tono burlón.

–Para mí son bastante dulces, señor. ¿Y a ti, Meni, las ciruelas también te parecieron dulces?

"Están amargas", fue la rápida respuesta.

"Oh, qué ciruelas más amargas", dijo Felipe. Todos intentaron controlar la risa, excepto Meni.

"Parece irritada", le susurró Delfín a su amigo.

Felipe se acercó a Meni y le preguntó: '¿Estás enojada con nosotros?'

Una sonrisa comenzó a florecer en su rostro y, muy pronto, ya estaba de vuelta a su estado animado.

'¿Pero por qué llegasteis ahora? ¿A qué hora salistéis de Manila?'

"Aún estaba oscuro cuando salimos", respondió Felipe. '¿Dónde están?'

'Oh, papá está en los manantiales'.

–¿Y usted, señora Isiang? ¿No va a darse un baño en los manantiales? Preguntó Delfín, luego miró brevemente a Meni.

–Ahora voy allí, señor –dijo, y luego lanzó también una rápida mirada a Meni.

Las bromas fueron rápidamente interrumpidas por la repentina lluvia de ciruelas que caían de las ramas de lo alto. Delfín miró hacia arriba y reconoció al hombre en el árbol. Era Morales, el farmacéutico, y Bentus, el hombre inteligente que había conocido en un colegio de Sampaloc.

"Así que sois vosotros dos", dijo.

'Sí, somos nosotros dos', respondieron. Cuando viniste, sólo tenías ojos sobre la gente de allá abajo, por eso no nos viste, bromeó.

'No precisamente. Muy bien, entonces vuelve a agitar las ramas para que yo también pueda probar estas ciruelas.

Entonces los dos hombres que estaban en el árbol volvieron a agitar las ramas, esta vez con más fuerza. Incluso las ciruelas verdes cayeron al suelo. Los agricultores vieron lo que estaba pasando y sacudieron la cabeza con disgusto. "Esta gente de Manila son como langostas salvajes en su hambre de nuestros frutos", decían entre ellos.

Posteriormente, Felipe se dirigió a la piscina donde se estaba bañando don Ramón, su padrino. Isiang, Madlang-Layon y Pepito desaparecieron lentamente, como si les hubieran pedido que se fueran. Delfín los conocía a todos, pero no conocía a Pepito. Y así quedaron Delfín y Meni y se pusieron a hablar, mientras los demás hacían como que recogían las ciruelas que habían caído al suelo.

–¿Te gustó el espectáculo de anoche en el Teatro Zorrilla?, preguntó Meni con una sonrisa.

'Oh, no sé qué se mostró anoche', respondió Delfín.

'¿No lo sabes?'

'¿Cómo puedo saber? Anoche ni siquiera toqué la puerta de ningún teatro.

'Por supuesto. Y usted vino aquí esta mañana con los ojos enrojecidos e hinchados, aparentemente por falta de sueño.

'¿Tengo los ojos rojos?'

'No, son de un negro intenso. Algunas personas dicen que vendrán, pero primero van al teatro.'

'Oh, mi querida Meni. ¿No me crees?'

'¿Por qué debería? Felipe dijo que ayer, en cuanto recibieras tu paga de la prensa, nos seguirías hasta aquí. Pero tal vez realmente no fuiste al teatro. ¿Al cine, tal vez? ¿Están proyectando una nueva película?'

–Ni siquiera al cine, Meni.

–Así que debiste haber ido al último día de la Fiesta de la Cruz en Timbugan. Escuché que las mujeres elegidas para ser reinas eran hermosas.

"Ya no vamos allí".

"Qué hombres más virtuosos".

"Hay un comentario sarcástico ahí, en alguna parte."

Sólo sus ojos hablaban.

"Ah, entonces cuando Felipe y tú se retiraron a dormir, las campanas del Ángelus de las seis estaban doblando y no pudiste ver nada".

–Tú y tus descabelladas presunciones. Anoche asistimos a una reunión.

¿Qué reunión? ¿Tuviste una reunión en *su* casa?

La casa de Inés, la maestra de la escuela, pasó por su mente. Inés era la maestra de Meni y le había pedido a Delfín que la acompañaran ambos a casa.

Meni sonrió luego, haciendo que su rostro pareciera más hermoso.

Dijo: "Usted sabe muy bien que pertenezco a muchas organizaciones y tengo reuniones casi todos los días".

'Entonces, ¿qué me importa si llevas una vida tan ocupada?'

Delfín notó un dejo de celos en su voz. Los dos debieron haber olvidado que no estaban solos, bajo la sombra del árbol. Los dos hombres que habían trepado al árbol habían bajado y la gente que luchaba por las ciruelas ya se había trasladado a los anacardos. Pero los dos permanecieron arraigados donde estaban. Meni fue la primera en parpadear.

'Iré a los manantiales ahora. Padre ya debe haber terminado.'

'¡Espera!' Dijo Delfín. Luego tartamudeó las palabras: 'Sólo quiero decirte que... soy feliz cuando te veo'. Todo el cansancio de mis huesos se desvaneció cuando te vi. Y ahora estamos aquí, juntos. ¿Podría haber un lugar más encantador que el corazón de Antipolo, los ciruelos oscuros y los arroyos claros, la hierba verde y esta mañana brillante? Pero siento que sigues alejándome. En tus cartas y en las palabras que me diriges ahora, no he escuchado ni una nota de aliento. Lo único que recibo son burlas y comentarios sarcásticos. Por favor dime, ¿qué más debo hacer?

"Nada más", fue su lacónica respuesta.

'¿Nada mas? Entonces, ¿por qué no puedes darme una respuesta clara?'

'Mira, Delfín. Todavía estamos estudiando.'

'¿Así que, qué?'

'Todavía somos jóvenes. Primero tenemos que terminar nuestros estudios. Ya conoces a mi padre. Se sentirá muy decepcionado si sabe que ya estamos comprometidos el uno con el otro. Entonces nuestros sueños quedarán en nada. Y además, sabes que la hermana mayor se casará pronto con Yoyong y yo seré la única que quedará en la casa.

'Oh, Meni, ahí tienes otra vez. ¿Por qué crees que si me das un poco de esperanza tu padre te amará menos? Y mis estudios, ¿te da vergüenza que aún no sea abogado? ¿No está tu casa ya demasiado llena de todos esos hombres blandiendo sus títulos profesionales?

'Vaya, mira hacia dónde estás llevando esta conversación'.

Esto hizo sonreír a Delfín.

-Lo que quise decir es que puede que te resulte difícil concentrarte en tus estudios continuó Meni. No respondí a tus cartas porque... no quería distraerte de tus estudios.

'Entonces así es como es. Pero no tienes idea de que la mente de tu pretendiente no está llena más que de días de espera, con la esperanza de que algún día llegue una carta tuya'.

"Pero el tiempo que dedicarías a leer mis cartas lo emplearías mejor leyendo tus libros de derecho".

–Ni mucho menos, Meni. Estás dificultando mis estudios con tu actitud. ¿Crees que podría estudiar mucho sin Meni, la hija de don Ramón Miranda?

'¿Qué?, ¡Sí! Esa interjección resumió todos los sentimientos en el corazón de Meni: incertidumbre, celos y dudas. Ella estaba tratando de no sonreír. Había recordado que cuando conoció a Delfín, ya sabía que él era un estudiante brillante y diligente. En el fondo de su corazón sabía que él también le gustaba.

Cuando vio la tierna mirada en sus ojos, un impulso de fuerza brotó dentro de él. 'Preferiría oírte terminar con mis días de esperanza, que mantenerme sospechando de cómo te sientes. Y si mi demanda fracasa, te ofreceré las cenizas de los libros que estoy estudiando.

'Bah. Las mujeres estudiamos por nuestro propio bien y no por el bien de los hombres.'

'Suenan a mentira. Por la forma en que habláis, las mujeres, dais la impresión de que sólo los hombres son capaces de mentir. Pero me atrevo a decir que a las mujeres les interesan más otras cosas además de los estudios...'

'¿Y qué podría ser eso?' dijo, comenzando a mostrarse la irritación en su rostro.

'Está bien. Sentémonos primero para hablar más en serio.

Ella lo siguió y se sentó en el césped. Ya había olvidado que con el sol del mediodía subiendo a su cenit, no podría volver a bañarse debido al calor. Delfín se sentó frente a ella, con las manos apoyadas en las rodillas. Él la miró, agarrándose de la rama baja de un árbol de guayaba a su lado.

Luego habló. 'Déjame dejarte claro, Meni, que no todos los estudiantes piensan de esa manera. Algunos dejan de estudiar cuando empiezan a cortejar mujeres y otros obtienen mejores notas gracias al estímulo de sus novias. Yo pertenezco a la última categoría y por eso no tienes nada que temer. Tu "sí" Sólo me hará estudiar más duro de lo que ya lo hago. ¿Preferirías negarme esto?

'Delfín, eso no es lo que quise decir'.

El joven estaba a punto de responder cuando una fuerte voz gritó desde la puerta que conducía a los manantiales: 'Oye, basta de lo que estás haciendo. Llegarás tarde a tus baños.'

Las palabras vinieron de la señora Loleng. Algunos de los jóvenes corrieron hacia las chozas como palomas despertadas de su sueño, huyendo de sus gallineros. Delfín y Meni hicieron lo mismo. Mientras tanto, don Ramón y don Filemón acababan de salir de los manantiales, con el pelo mojado. Ninguno de los solteros estaba interesado en darse un chapuzón. Los dos abogados, Yoyong y Felipe, caminaron hacia las aguas. Pero Delfín ya había perdido el interés.

Y así, los que ya se habían bañado y los que no, se enfrentaron dentro de la tienda.

Capítulo 2

¿QUIÉN ES DON RAMÓN?

Entre los habitantes de Manila no había casi nadie que no conociera el rostro, alargado, bien proporcionado y hermoso, del padre español, don Ramón Miranda. Su riqueza procedía de las casas en alquiler y era uno de los vecinos más destacados de Santa Cruz. Sólo unos pocos lugares de la ciudad no habían olido aún los vapores acres y humeantes de su coche. Su carruaje "sobre ruedas", a veces tirado por dos caballos de Batangas, ambos de espeso pelaje, era reconocible incluso desde lejos, debido a la pintura vívida en la parte trasera y en los costados del carruaje. Apenas pasaba un día sin que él, solo o con su padre, fuera a la Luneta, la parte de la ciudad junto a la bahía de Manila. También visitaban los distritos de Santa Ana, Pandacan, Santa Mesa y Gagalangin, especialmente

Singalong y Pasay, donde sus hijas compraban flores y troncos secos para el jardín de casa.

Don Ramón siempre se encontraba en el teatro o en las carreras de caballos, en las fiestas y en las reuniones de Personas Muy Importantes. Su nombre era mencionado a menudo en los periódicos. Por ejemplo, si se le caía un botón caro de su traje, perdía un hermoso perro o un sirviente huía de su mansión; o si iba al teatro en compañía de Miss S, o de la estrella de cine Miss M; o si perdía uno o incluso dos caballos, porque siempre tenía tres pares de caballos, o si su coche atropellaba a un peatón, todo eso era escrito y publicado en los periódicos. Si estos hechos no se informaban, él haría que se informasen, sólo para ser el tema de las conversaciones de la gente.

A don Ramón se le podía encontrar en las distintas reuniones de las asociaciones a las que pertenecía, ya fuera el grupo de empresarios o el de asociaciones de propietarios, entre otras. Se le podía encontrar en medio de todos ellos, totalmente a gusto con sus palabras.

Todavía no era "demasiado viejo", sólo tenía cincuenta y cinco años. Su esposa, Aling Tanasia, la amable y famosa joyera, había muerto hacía tres años. Manila aún no había olvidado su funeral. Doce magníficos caballos de Funerarias Paz portaron el ataúd que contenía sus restos. Y como era una famosa joyera, don Ramón también avivó el rumor de que, porque amaba profundamente a su esposa, le regaló de

despedida dos anillos antiguos de oro purísimo y un collar de oro de finísima filigrana, además de un relicario. Si esto fuera cierto, al entrar en el reino de los cielos, San Pedro le preguntaría si podía utilizar estas joyas como apuesta por su gallo de pelea. Aún no sabíamos si esta noticia también llegó a las personas que trabajan en el cementerio. Sería lamentable que no se hubieran enterado de esta noticia; al menos podrían haber obtenido una pequeña parte de la enorme riqueza que ella había acumulado en su negocio de joyería.

Un día, una joven sanmiguelense se hizo muy amiga de las dos hijas de don Ramón. Los de lengua afilada dijeron que la propia madre de la joven la impulsó a hacerse amiga de las dos hijas del hombre rico, para poder estar más cerca de él y tal vez convertirse en su próxima esposa. Los aspectos positivos de su bolsillo eran tan gruesos que harían la vida de sus bisnietos muy cómoda. La madre y la hija de San Miguel querían esto, así que la charla dio vueltas. Pero la señora Loleng quería otra cosa: cuando visitaba la casa de don Ramón, se esforzaba en escupir y luego hablaba muy mal de la madre y la hija de San Miguel. ¿Por qué estaba enojada la señora Loleng con ellos, siendo ella misma una mujer casada?

Casi estalla una pelea cuando los tres se encontraron un buen día en Quiapo, antes de la Santa Misa. La señora Loleng, esposa de don Filemón, estaba a punto de salir de la iglesia cuando entraban la madre y la hija de San Miguel. La

señora Loleng Escupi3 y su saliva casi lleg3 a las mangas de la joven. '¿Qu3 clase de persona es esta?' pregunt3 la joven.

'¿Por qu3?' pregunt3 la madre.

Pero la se±ora Loleng volvi3 a escupir y sacudi3 la cabeza. Fue una suerte que hubiera mucha gente entrando y saliendo de la iglesia, y as3 se evit3 la amenaza de incendio. Pero se apu±alaban mutuamente con miradas que parec3an decir: 'Un d3a me vengar3' o '¡Tú tambi3n caer3s en mis manos, mujer!'

¿Quieres quedarte sordo de irritaci3n? Entonces habla con Don Ram3n.

No cometas el error de mencionar cualquiera de las siguientes provincias del Este, o Tayabas, Camarines, Batangas, Tangway, Pampanga, Ilocos, o escuchar3as historias que durar3an todo el d3a.

Si alguna vez mencionas Batangas, te dir3 que compr3 veinte caballos all3 y que todos ganaron en las carreras. En la 3poca del Capit3n Berto en Lipa... Os contar3a el De la A a la Z de su vida como comprador de tantos caballos y ganador de tantas carreras en el Hip3dromo, ya fuera 3poca de los espa±oles o de los americanos.

Si alguna vez mencionaras que hubo un incendio en Tondo o Sampaloc, escuchar3as que ten3a tres casas en alquiler en Tondo as3 como dos casas en alquiler en Sampaloc, dos en

Binondo y tres en Santa Cruz; diez casas, en total, que generaban un alquiler mensual de 4.000 pesos. Estaba decepcionado por el hecho de no haber construido dos casas grandes más en Tondo la última vez que construyó una casa allí. Si alguna vez volviera a producirse un incendio, entonces las personas que no tenían dinero para construir una casa seguramente alquilarían sus casas.

Si hablaras de la vida de hombres y mujeres solteros, compararía su juventud con la de los que viven en la actualidad. Tuvo uno o dos hijos en cada provincia que visitó, y si alguna vez se conocieran, estos niños no sabrían que son hermanos porque ya habían crecido, mientras que otros se habían casado o habían muerto.

Incluso le contaría las dificultades que atravesó cuando, recién llegado de Europa, vivió en el pueblo de M en Pampanga y se convirtió en rival del párroco por pedir la mano de Conchita, la única hija del actual alcalde.

El pasado volvería en sus historias sobre sus tribulaciones en un pueblo de Batangas, debido a un caballo caro que había querido comprar.

También se conocerían sus hazañas en Oriente, donde fue acogido como un verdadero hijo del pueblo, por una buena acción que había hecho por ellos hacía muchos años, por la que el pueblo aún tenía una deuda de gratitud. En 1899, el enemigo todavía gobernaba y pudieron atacar la ciudad,

amenazando con quemar casas y graneros de arroz, así como la propia iglesia. Las mujeres se escondieron en cuevas dentro y fuera del pueblo, porque habían oído que los intrusos violaban a las mujeres del pueblo que ocupaban. Como un ángel, don Ramón salvó a las mujeres de la deshonra. También se hizo buen amigo del coronel estadounidense y pudo disuadirlo de encarcelar a algunos filipinos que fueron confundidos con soldados de la revolución.

Hay muchas otras hazañas que le encantaría recordarle. Ejemplo de ello fue su graduación de Licenciado en Artes en el Colegio de San Juan de Letrán en 1872, y sus estudios de medicina en España, que no terminó a causa de sus muchas relaciones románticas con las mujeres de allí, quienes afirmaba "descendían sobre él como una bandada de palomas". Llegó también a París, a Berlín, y casi llegó a Roma y pasó nueve días en el Vaticano, pero se quedó sin dinero cuando sus padres dejaron de enviarle su mensualidad. Por eso se vio obligado a regresar a su tierra natal. Aunque no recibió ningún otro título ni completó ni la mitad de los requisitos para ningún otro título y aunque no terminó su título de médico en el extranjero, aparentemente se convirtió en un experto en todo lo europeo. Afirmó haber visto "toda Europa", cuando sólo pudo visitar España, Alemania y Francia, y ni siquiera echó un vistazo a Italia.

Se podría decir que por haber estado en Madrid ya podía presumir ante sus semejantes que aún no habían oído

ningún otro tañido de campana en su vida, salvo el tañido de la campana de San Pedro.

* * *

Antes de que lo olvidemos, Don Ramón Miranda también fue uno de los ricos propietarios de una gran fábrica de tabaco en Manila llamada The Progress. Su inversión allí fue de 40.000 pesos. Él y don Filemón Borja se habían alternado en la dirección de la fábrica desde sus inicios.

Según el escaso conocimiento sobre sus orígenes, la madre de don Filemón le había 'gustado' a un párroco de Santa Cruz durante la época española. El dicho cura se alegró tanto cuando nació el hijo, y en verdad tenía un extraño parecido con él, que su alegría se extendió a un regalo de dos mil pesos y una parcela de tierra en Santa Cruz, las cuales fueron entregadas a Filemón en herencia, cuando ya era un hombre joven.

Para que el dinero no se acabara, cuando la herencia se redujo a 1.000 pesos, tanto la madre como el hijo pensaron en montar una casa de empeño. Por la gracia de Dios, el negocio prosperó sólo después de dos años y también comenzaron otros negocios. Prestaron dinero a los vendedores de pescado de Divisoria y a los pescadores de Bangkusay. Prestaban dinero a una tasa del 25 por ciento o incluso del 50 por ciento, si el prestatario se encontraba en una situación verdaderamente desesperada, y así su negocio

simplemente prosperaba. También prestaron dinero a los propietarios de estanques piscícolas en Malabon y a los cultivadores de arroz en Caloocan, y cuando estos no pudieron pagar más, simplemente se hicieron cargo de la propiedad de los estanques piscícolas y de las tierras de arroz.

La casa de empeño había pasado a un segundo plano en su variedad de negocios.

Filemón tenía ya unos veinte años cuando construyeron varias casas, que pusieron en alquiler. Luego se casó con la señora Loleng de Trozo. Se decía que ella había sido la amante de un chino que había vivido y muerto en Sungsong. No sabíamos si esto era cierto; pero lo que no podíamos negar era que a la madre de Filemón le desagradaba profundamente su esposa, hasta el punto de que murió de angustia en 1885.

Al igual que don Ramón, don Filemón no terminó sus estudios. Supuestamente se desempeñó como jefe de aldea en Santa Cruz, y usó esta posición para amasar la riqueza que solía agregar antes de su nombre el título honorífico de *Don*.

Don Filemón fue el otro gran inversor en The Progress. Algunas personas decían que su inversión era mayor que la de Don Ramón, mientras que otras decían que era al revés. Pero no deberíamos poner objeciones a cuestiones como estas. Lo que importaba era que don Ramón era el director

general de la fábrica, mientras que don Filemón era su administrador, en la época en que contamos esta historia.

* * *

Mientras conversaban en el granero, Don Filemón lamentó no haber podido contratar una orquesta completa, ni siquiera algunas personas de la Orquesta Rizal, o un grupo de mandolinistas nativos de Trozo o Dalumbayan. No le importaba cuánto costaría, siempre y cuando agregara alegría a su estadía en los manantiales de Antipolo.

–¿No pudiste contratar a los actores de la Grand Theatre Company?, le preguntó Don Ramón a su amigo.

'Oh sí. Anoche vi a Marianito y me enteré que tocarían en una casa a una calle de mi casa. Podrían ser ellos'.

"Esa es la Orquesta de Reyes, efectivamente", dijo el farmacéutico Morales. 'Llevan el mismo uniforme hecho por Barong Tagalog. Pero es posible que no puedan tocar aquí porque los escuché hablar antes en la terraza. Dijeron que después de la Santa Misa tendrían que ir a tocar a otro baile.'

'¡Qué lástima!', dijo don Ramón, 'nuestra fiesta hubiera sido más alegre si hubiera música!'

Cuando este deseo no pudo ser concedido, sus conversaciones tomaron direcciones diferentes. Hablaron de los bellos cuadros de San Miguel, de la dulce voz de

Carpena, así como de las divertidas travesuras de Alianza, del risible Molina y de casi todos los demás artistas de la Gran Compañía de Teatro. Los nombres de Korang Basilio, Titay Molina, Tagaroma, López, Ilagan, Carvajal, Ratia y otros artistas famosos flotaban en el aire mientras los hombres conversaban. Incluso pensaron en formar un jurado para decidir quién era el mejor entre los artistas. Luego hablaron de las otras obras que se exhibían en Manila, así como de los nombres de los escritores, Reyes, López, Mariano, Remigio y los demás.

Una encantadora mujer llamada P de Quiapo compró un boleto para uno de los espectáculos y quiso quedarse con Don Ramón para mejorar su vida. Pero el anciano se negó debido a los disturbios que se estaban gestando ese día en la fábrica de tabaco, cuando algunos trabajadores habían decidido declararse en huelga. Después de eso, toda la charla elegante cesó.

"No es el momento para que yo sea el patrón de nadie", dijo Don Ramón. 'Los trabajadores de mi fábrica de tabaco están agitados. Llevan una semana en huelga'.

'¿Por qué están en huelga?' preguntó Morales de manera precipitada.

Don Filemón respondió en su lugar. '¿Por qué están en huelga? Será mejor que le pregunte a Delfín y Felipe. Ellos son los que saben si nuestros trabajadores se han convertido

en mejores personas. He oído que son ellos los que defienden los derechos sindicales de esos trabajadores.

Los ojos de todos estaban fijos en Delfín. Estaba sentado en un banco hecho de bambú, que normalmente era el banco de la granja. Felipe no estaba y seguía bañándose. Delfín se había agitado por el comentario sarcástico del padre de Isiang, y cuando notó que la atención de todos estaba fijada en él, no pudo hacer nada más que defenderse.

'Por favor, no me pregunten sobre la huelga en su fábrica. Aunque sea miembro de la Alianza de Organizaciones de Trabajadores, nuestro sector es diferente al de los trabajadores tabacaleros...'

'¡Oh, entonces no eres consciente de esto!' Dijo Don Filemón de manera insultante. 'Pensé que los trabajadores se habían vuelto imprudentes en su demanda de salarios más altos debido a su sindicato. Su grupo debe ser bueno, sus arcas están rebosantes de dinero y los miembros, trabajen o no en fábricas de tabaco, aportan dinero para hacernos caer de rodillas a los capitalistas...'

Delfín sintió el corte agudo. Fue doloroso. Las palabras hirientes fueron dichas no sólo contra los trabajadores de la fábrica de tabaco, sino también contra todos los miembros de la organización. Había llegado el momento de defender sus derechos. Pero siempre respetaba a los dos ancianos con los que hablaba. Don Ramón era el padre de Meni y Meni

era su vida. Estaba reflexionando sobre estos pensamientos cuando don Ramón continuó hablando.

'Mira lo inútil que es tu sindicato. Mira el llamado "bien" que esto les está haciendo a los trabajadores filipinos. Ha habido una serie de huelgas desde que comenzaron esos sindicatos. Si el supervisor los hubiera sorprendido robando y los hubiera denunciado a la gerencia, rápidamente pedirían que lo reemplazaran. Pedirían un aumento de sus salarios, incluso si la producción y las ventas disminuyeran. Si no cedías a sus caprichos, inmediatamente declararían una huelga. ¿Pero quién perdería si se declararan en huelga? Tenemos 1.500 trabajadores en la fábrica The Progress, hombres y mujeres, adultos y niños, pero sólo 300 de ellos se declararon en huelga, 100 mujeres y 200 hombres. Incluso si todos unieran sus fuerzas, ¿quién perdería al final? ¿Podrían hacer mella en las vidas de capitalistas como nosotros? ¿Somos nosotros los que pasaríamos hambre? Tenemos dinero. Comeremos trabajemos o no. El dinero es sólo capital para nosotros; Incluso si simplemente nos acostamos en nuestras camas, viviremos para siempre. ¿Qué hay de ellos?

'Entonces simplemente jugarían; si no tienen dinero para apostar, que roben', añadió don Filemón. Estas palabras, no hicieron más que echar más leña al fuego que ya ardía en el interior de Delfín.

"El corte que me han hecho dentro es cada vez más doloroso", pensó para sí. "No deberían hacerme esto".

Y luego levantó el rostro y respondió a los dos viejos que seguían humillando a los pobres.

'Don Ramón y don Filemón', dijo con una sonrisa forzada, 'se equivocan al insultar a la organización obrera, simplemente porque los trabajadores de su fábrica se declararon en huelga. Es posible que nuestros dirigentes no estén de acuerdo con lo que hicieron, o que ni siquiera sepan que se produjo esta huelga. En este sentido, no siguieron una de nuestras reglas. Sin embargo, también tienen derecho a no ir a trabajar, lo sepa o no el presidente de nuestra organización.'

'¿Y cuál sería su razón? ¿Qué más quieren de nosotros? Lo que les pagamos ahora es más del 100 por ciento de lo que solíamos pagar años antes. Si se compara eso con los salarios en Germinal, estos últimos años sólo obtuvieron un aumento del 10 por ciento. En La Flor de la Isabela, no todos obtuvieron un aumento de salario y los hombres recibían un salario diferente al de las mujeres. Las mismas condiciones se podrían encontrar en las fábricas de La Insular, Alhambra y otras.'

'Don Ramón', respondió el joven, '¿cree usted que el aumento salarial podría cubrir el creciente costo de la comida, el vestido, la vivienda y otras necesidades de los

trabajadores? Deberíais escuchar los lamentos de los trabajadores pobres...'

'Ah, ya no hace falta', interrumpió Don Filemón.

'Por favor, escúcheme porque tenemos mucho que discutir. El precio del arroz ha aumentado muchas veces. Los precios de los alimentos de la gente humilde (pescado ahumado, pescado seco y verduras) también han aumentado. A esto se suma el costo de la leña, del agua, de los ingredientes necesarios para cocinar, que han aumentado más de cuatro veces su costo original. Lo mismo ocurre con los honorarios de las costureras y los precios de la ropa, sombreros, pantuflas y zapatos, necesarios para evitar la exposición a enfermedades. ¿Qué tal el alquiler de la casa pequeña o el costo de renovar una casa pequeña propia? No se podía reparar una casa por sólo cincuenta o cien pesos. ¿Qué pasa con los impuestos a la casa y al lote, la tasa de saneamiento y otras extracciones por parte del Estado? O si alquilan una casa, suele ser tan pequeña como el lugar donde duermen los animales. Todo esto, Don Ramón y Don Filemón, son sólo sombras de la verdad real. Lo que he dicho sobre las vidas de los trabajadores de las fábricas es lo mismo que se aplica a las vidas de otros trabajadores pobres. Dondequiera que girara la vida de los trabajadores, todo parecía recaer en el capital. El capital alquila su trabajo y los trabajadores también benefician al capital.'

Los dos viejos parecían haberse quedado sin saliva. Los demás simplemente se sentaron en silencio y se mordieron los labios. Cuando don Ramón vio que don Filemón empezaba a temblar de rabia, empezó a hablar en tono frío y apacible.

'Dijiste tantas cosas sobre la vida de los trabajadores. Pero no mencionaste las peleas de gallos a las que asisten todos los domingos, los juegos de cartas a los que asisten sus esposas hasta altas horas de la madrugada, quitándoles el sueño; su acicalamiento era más orgulloso que el nuestro, ya fuera comiendo comida deliciosa o vistiendo buena ropa. He visto a muchos trabajadores que ganan quince o veinticinco pesos al mes y sin embargo comen más que yo y usan ropa que podría avergonzar al Capitán Luis. Por favor, díganme ahora ¿qué tan cara es la comida, la ropa, la vivienda que tienen, en contraste con sus pequeños salarios? Saben que no están ganando mucho dinero, entonces ¿por qué gastarían de más? Si no tienes dinero en el banco, ¿por qué llevar tu dinero a las apuestas semana tras semana? Los pobres son mil veces más orgullosos que los ricos... ¡Y cuando no tienen más dinero para pagar sus caprichos, se quejan de que no les pagan lo suficiente por su trabajo!'

Don Filemón casi aplaudió al escuchar lo que había dicho su amigo, y luego añadió: '¡Estas, estas son las cosas que ustedes deben discutir y analizar ustedes que son miembros de la Alianza de Organizaciones Obreras!'

Delfín intuyó que la discusión iba a peor. Consideró prudente desviarse de este tema. No podría haber imaginado que unirse a ellos en este viaje conduciría a esto. Echó un vistazo rápido a las personas que lo rodeaban y se dio cuenta de que ninguno de ellos entendería su razonamiento. Dos ancianos cuyo único Señor era el dinero; Morales, que no sabía nada más que mezclar drogas; Bentus y Pepito, que no sabían más que vestir ropas bien cortadas e imperiosas; una persona a quien Turing conocía; dos personas de los manantiales de Antipolo; gente que había venido y se había sentado allí sólo para escuchar sus argumentos. Pero esto ya era motivo de vergüenza: sería un error aceptar los golpes pasivamente.

"La avidez por las peleas de gallos, por los juegos de cartas y otras formas de juego", respondió, "el amor por la comida y la buena ropa, esto no lo negaré". Hay algo de verdad en lo que ha dicho. Pero no penséis que nuestras reglas y nuestra organización lo permiten. En nuestras reuniones y boletines hemos señalado que estos rasgos están equivocados. Pero la organización no podía ignorarlos apresuradamente, porque nos enfrentaríamos a los propios dirigentes del pueblo: dirían que estos actos están prohibidos, pero permiten que sucedan muchas cosas, especialmente las que han traído los tiempos modernos. Parece entonces que las únicas libertades permitidas son la libertad de practicar la religión y la libertad de jugar. Pero

prohibir esto último sólo conduce al hambre por otras formas de juego...

'Caballeros, vayamos al grano. Los vicios que usted ha mencionado son sólo hojas y frutos de la amarga vida de los trabajadores. Son enfermedades que no se pueden curar, a menos que vayamos a sus causas profundas. La raíz de todo esto es su pobreza. Y los frutos son estos vicios de la sociedad.

'¿Por qué el pobre trabajador se juega uno o varios pesos, cuando ya no tiene esperanzas de mejorar su suerte? ¿Por qué juega, cuando tiene que cubrir tantas necesidades, como padre de familia y parte de la comunidad, un nivel de necesidades que es importante y necesario?

'Acerca de la buena ropa, ¿por qué no se viste bien, cuando todavía juzgamos si se puede confiar en una persona o no por su apariencia? ¿Se entretendría siquiera alguien vestido con harapos si busca trabajo en una fábrica o en una oficina? No quieren que se les diga “es pobre como una rata”, “parece un ladrón”, “en este no se puede confiar”, “este debería ser enviado a la prisión de Bilibid”, entre otras acusaciones viles.

–Y lo de comer bien, eso dijiste que los pobres no deberían hacerlo, pero necesitan alimento para el duro trabajo que realizan. Lo que usted sugiere es sólo una extensión de la crueldad y la codicia del capital. Pero los que no hacen más

que contar dinero son los que deberían comer bien, mientras que los que cada hora se cansan, sudan y tienen hambre, son los que deberían pasar hambre y contentarse con un plato de verduras. Ésta es la mentalidad de los capitalistas: que los trabajadores deberían obtener apenas lo suficiente para sobrevivir, y no que los trabajadores deberían obtener lo que necesitan para vivir. Esta es una actitud vergonzosa."

Capítulo 3

CAPITAL Y SUDOR

Don Ramón se irritaba fácilmente como don Filemón. Pero su irritación no aumentó, porque había un atisbo de verdad en el razonamiento de Delfín. Aunque su riqueza había cubierto sus ojos con una capa de oscuridad, el conocimiento que adquiría en tales ocasiones resultaba útil. Las agudas embestidas del razonamiento de Delfín lo hirieron mucho, aunque era inútil perder la calma en tales debates. ¿Quién era Delfín comparado con sus conocimientos en materia económica y social? ¿Cómo podía don Ramón, que había viajado por Europa, perder en una guerra de palabras contra Delfín, que tal vez ni siquiera había pasado por Mariveles? ¿Él que había visto manifestaciones

masivas de trabajadores en Barcelona y en algunas provincias de Francia, donde la terquedad de los trabajadores sólo conducía a la nada o al verdugo? A aquel que había leído sobre la *Economía política* de Adam Smith, Ricardo, Neumann, Bastiat y el libro fácil del P. Liberatore, ¿por qué le quitaría el sueño un simple estudiante?

¡Oh! Nunca llegó a ser médico ni abogado, pero sus numerosos libros en casa trataban sobre los salarios de los trabajadores y los derechos de los capitalistas en relación con el trabajo. Pero no sabíamos si en el recinto de su biblioteca don Ramón conocía la diferencia entre tomos y sabiduría, era diferente cómo crecía el estómago con un banquete de comida que cómo crecía el conocimiento en la mente.

El razonamiento que le dio Delfín ya no eran meras palabras de un trabajador común. Era evidente que había leído libros de Sociología. Don Ramón lamentaba la facilidad con la que ahora esos libros podían entrar al país. Se dijo a sí mismo: '¡Ah! Hemos hecho perder el tiempo a los españoles. Si esto hubiera sucedido en su época, libros como los que ahora se encuentran en la Biblioteca Colón, la Redacción, la Filatelia de Manila y V. Castillo, entre otras, habrían sido quemados.'

Su irritación creció y ya no se centró en la huelga de los trabajadores en su fábrica con don Filemón. En cambio, arremetió contra las malas ideas del joven, ideas que, si no

se desechaban pronto, erosionarían los sólidos cimientos del capital en Filipinas.

¡Delfín! ¡Delfín! Pensó para sí mismo en un tono un tanto paternal: 'Ve despacio, el camino está resbaladizo y lleno de espinas. Nuestros trabajadores todavía están a mundos de distancia de la condición de los trabajadores en tierras donde los socialistas y anarquistas están comenzando a crecer. Los salarios y las condiciones de los trabajadores filipinos son mucho mejores que los que se encuentran incluso en Alemania. Las condiciones de nuestros trabajadores no son malas, si se viera sólo las condiciones en las que viven los españoles, los rusos y los demás. Ellos son los que podrían ser ayudados por estos socialistas y anarquistas. ¡Pero mira, Delfín, qué amargos son los frutos! La gente muere en las huelgas; ocurren robos y borracheras; las mujeres son violadas y la gente muere de hambre. No traicionéis a nuestro país, cuyo pueblo se deja influir fácilmente; siendo lo suficientemente estúpidos como para dejarse llevar por fuertes corrientes o por los vientos que soplan. Si los trabajadores escucharan sus pensamientos, sólo se volverían más perezosos de lo que ya son...

'¿Pero sabes por qué nuestros trabajadores son vagos?'
Respondió Delfín.

'¡Espera un minuto! Estas cosas no se pueden hacer con la impulsividad de los jóvenes. ¿Hacia dónde conduciría el país si se permitiera que los jóvenes lideraran? Nuestros

trabajadores exigirán constantemente sus derechos y se olvidarán de sus responsabilidades. Todavía ignoran muchas cosas. Muchos de ellos ni siquiera saben comer arroz, entonces les enseñarás estas tontas ideas; ¿Darles sueños de socialismo? ¿Qué saben los jóvenes sobre el socialismo?

'Por eso tenemos que presentárselo...'

Ignoró alegremente a Delfín y encaró a Don Filemón. Continuó hablando: 'Estos jóvenes piensan que todo lo que brilla es oro. ¡Jajaja! ¿Qué bien tenía en mente el gobierno estadounidense cuando envió a estos niños a Estados Unidos, supuestamente para aprender sobre las realidades de la vida? Lástima, Delfín, que no pudiste ir a París, ni siquiera solo a Barcelona. Habrías visto los frutos espesos y amargos del socialismo. Incluso en el peor de los casos, los trabajadores filipinos nunca pasan hambre y, sin embargo, usted quiere presentarles estas ideas. ¿Es eso lo que aprendiste sobre el amor a la patria y el amor al prójimo?

* * *

Los ojos de Delfín se abrieron al escuchar el torrente de palabras que brotaron de los labios del hombre mayor. No sabía cuál de ellas responder primero.

Mientras tanto, Felipe estaba en el manantial y ahora entraba por la puerta. En su prisa, pudo arreglar su traje cuando ya estaba fuera de la habitación, dejando atrás al

abogado Yoyong y oyendo el final de la discusión. Pero antes de que Delfín pudiera responder, tocó el brazo del otro hombre y le susurró: '¿Te permitirás perder?'

Mientras tanto, los demás espectadores esperaban las respuestas de Delfín. Si fueran gallos en el apostadero, se les habría levantado la cola y erizado las plumas, habrían demostrado quién estaba terrestre y quién podía volar. La gente pensaba que esto era como una pelea de gallos entre aficionados.

Pero para Delfín, la discusión no era sólo una broma o una competencia. Se daba cuenta de que había llegado el momento de introducir ideas de socialismo en Filipinas. Sus dos contendientes eran ambos capitalistas y los otros oyentes eran jóvenes como él. Pensó que sus palabras podrían echar raíces en sus mentes. Por eso se le había olvidado que estaba intentando cortejar a don Ramón y que don Ramón era el padre de Meni...

'Me gustaría darle las gracias', comenzó en tono amable, 'por poder hablar de esto con personas como usted: mayores y experimentadas, que han viajado a diferentes tierras y han visto tantas cosas. También soy consciente de que mis escasos conocimientos no son suficientes para hacerle cambiar de opinión.

'Pertenece a dos tiempos: usted pertenece al pasado y nosotros al futuro y nos encontramos aquí en el presente.

Por eso lo que hemos visto y lo que estamos viendo ahora son la base de nuestras creencias. El pasado le pertenece a Vd. y el presente también, y aunque a nosotros una parte del presente también nos pertenezca, es sólo una pequeña parte. Pero permítanos prepararnos para el futuro que ya no es suyo sino nuestro.

'Se puede decir que nuestra clase trabajadora aún no ha aprendido sobre el socialismo aunque puede que les preocupe. Pero ¿cuándo prepararemos a los filipinos para que se conviertan en una fuerza que labore en la nueva era de las grandes industrias? ¿Vamos a esperar a que el capital extranjero se instale en el país, nivele nuestras montañas en su búsqueda de minerales y automatice el mundo del trabajo? Por eso estamos introduciendo el socialismo a través de reuniones con líderes sindicales seleccionados. Enseñamos los principios del socialismo en pequeños bocados. No promovemos la pereza, sino la búsqueda de los propios derechos como trabajador.

'No necesitamos esperar el momento en que los salarios de los trabajadores bajen, como ha ocurrido en Bélgica, Inglaterra y Estados Unidos. Ojalá tuviéramos leyes laborales que los protegieran; leyes que los protejan de la espiral de precios de las materias primas. Deseo que también haya subvenciones para las pequeñas tiendas y lugares de ocio que atienden a los pobres.

'Aquí, cuando todas estas cosas no existen, ¿cómo se puede decir que las vidas de los trabajadores filipinos son mejores que las del resto?

'Dondequiera que haya capital y trabajo, terratenientes y agricultores, señores y sirvientes, ricos y pobres, siempre habrá necesidad de las enseñanzas del socialismo. En estas condiciones, el nido de la pobreza prospera y sólo unos pocos chupan la sangre de la mayoría.'

'¿Y entonces que?' preguntó don Filemón, quien ya no pudo contener su sentimiento al escuchar el ataque a los ricos, '¿reinventarás la rueda del tiempo, el destino que Dios nos ha dado a cada uno de nosotros? Desde que comenzó el mundo, siempre ha habido diferencias en la vida de las personas, la forma en que el rojo se diferencia del blanco y el negro se diferencia del amarillo. ¿Queréis vosotros, los socialistas, que todos sean ricos a los ojos del Señor?

Felipe, que acababa de asistir a la discusión, ya no pudo contener sus pensamientos. Su amigo estaba solo, lidiando con las importunaciones de dos ancianos. Aún estando en los manantiales, ya no podía escuchar los insultos que su padrino y don Filemón lanzaban a los trabajadores. Se apresuró. También era trabajador, desempeñándose como impresor en el periódico *Nuevo Día*; también miembro de la Organización de Trabajadores que estaba siendo ridiculizada por los dos hombres; así como un compañero trabajador y devoto de Delfín en sus reuniones de sociología. En estas

reuniones, él era el más imprudente y el que más expresaba sus sentimientos. Después de hablar don Filemón, en el calor del momento, tomó el relevo de Delfín y habló directamente.

'Don Filemón, eso no es lo que quieren los socialistas. Lo único que quieren es un país sin ricos ni pobres, sin señor ni sirviente, sin un solo esclavo: que todos tengan capital y todos trabajen; todas las tierras, todas las cosechas, todos los modos de producción y propiedad no pertenezcan a unos pocos sino a todos. A diferencia de ahora, cuando los ricos sólo se vuelven más ricos, mientras el resto se revuelca en la pobreza. Esto es lo que quieren los socialistas. Por otro lado, los anarquistas no sólo quieren que esto cambie, sino también que lo haga el Gobierno. Por eso son odiados por los ricos y los poderosos. ¿Por qué estos ideales serían malos, cuando pertenecen a los derechos naturales de todos?'

Los ojos de don Ramón se convirtieron en puntas gemelas de cuchillos dirigidos a su ahijado. Él dijo: '¿Entonces incluso tú, Felipe, has sido infectado por esta enfermedad?' Luego miró a sus demás compañeros. 'Don Filemón, todos los aquí reunidos, ¡debéis saber que mi ahijado se ha convertido en anarquista y socialista, presagio de una nueva vida! Una nueva vida sin ricos ni pobres...'

Siguió a esto una risa burlona, que las otras personas reunidas a su alrededor recogieron y se rieron también,

incluidos Morales y Bentus. Todos los demás se rieron, excepto Pepito, que no pudo sonreír ni aflojar la mandíbula al ver a Felipe y Delfín, que tenían el ceño fruncido.

Felipe palideció, afectado por las duras palabras de su padrino. Todavía quería hablar, pero Delfín se le adelantó y retomó el hilo de su conversación anterior.

–No sé, don Ramón, a qué se refiere usted con indigentes. Dijo que no existen en nuestro país. Pero de los pocos que lo hacen, ¿incluyen también a aquellos que simplemente dejan de respirar por falta de comida? Deberíamos dar verdaderos significados a las palabras. Los indigentes también deberían incluir a las madres y sus hijos que viven en chozas destrozadas, que carecen de alimentos y medicinas, que están delgadas y muriendo lentamente, si no ya muertas.

'Los indigentes incluyen a los bebés que mueren en las esteras de la pobreza; noventa de cada 100 bebés que nacen no viven más allá de unos pocos días, semanas o meses. Los indigentes incluyen a aquellos jóvenes que crecen sin ser iluminados por la lámpara del conocimiento, incapaces de estudiar por falta de alimentos y recursos.

"Los indigentes también incluyen a los miles de prisioneros que ahora languidecen en nuestras cárceles, no porque sean culpables, sino porque no tenían el dinero para contratar buenos abogados para defenderlos, a diferencia de los ricos

que pueden permitirse el lujo de contratar a los mejores abogados en la Tierra.

'Y los indigentes también deberían incluir a aquellos que son carne de cañón para las guerras que nuestro gobierno libra, para preservar el *status quo* de los capitalistas. ¿Cuánto les pagamos a nuestros soldados por matar a sus semejantes? Ante el claro llamado del patriotismo y el amor a la patria, nuestros jóvenes se alistaron en el ejército a pesar de la miseria que reciben y, por lo tanto, se vuelven indigentes y, más tarde, mueren.

"Señor Miranda, entre los indigentes se incluyen también los agricultores que, en su deseo de no verse sepultados por las deudas de los terratenientes, prefieren comer flores de la tierra sucia y de los troncos podridos, viven en los bosques lejos de las ciudades porque no pueden obtener los productos que no pueden comprar.

'Y todos ellos, don Ramón, pertenecen a los llamados "indigentes", que se encuentran en nuestra tierra como en muchas otras tierras, pasadas y presentes, siempre crecientes y florecientes.'

* * *

Mientras Delfín terminaba sus palabras, el abogado Madlang-Layon y la señora Loleng llegaban al mismo tiempo de los manantiales. El abogado llegó al grupo unos minutos

antes. Estaba secándose el cabello mojado con una toalla para que se secase y pudiera volver a peinarlo. Cuando vio a Don Ramón, su potencial suegro, el anciano lo miró mientras se balanceaba en la mecedora como si se ahogara. Miró al joven, como pidiendo ayuda ante estos socialistas.

La señora Loleng parecía un tanque americano listo para la guerra, si no estuviera cubierta de pies a cabeza por una gruesa manta blanca. Fumaba su puro como si fuera una chimenea, y se peinó el pelo rizado. Don Ramón la miró de pies a cabeza. Y ella le respondió con una mirada igualmente significativa. Sus pensamientos parecieron converger: '¡Oh, acabas de bañarte!' y '¡Oh, sí, qué lástima que Filemón esté aquí!'

Cuando don Filemón los vio, intercambiándose miradas pegajosas, la saludó con la mano y le preguntó en voz baja: '¿Los niños todavía se bañan en los manantiales?'

'Oh, esos niños. Están haciendo mucho alboroto aquí y allá, sonriendo pero sin bañarse. ¿Cuándo terminarán alguna vez? Acababan de empezar a frotarse piedras en las rodillas para limpiarlas. Luego lanzó una mirada penetrante a Delfín y Felipe, antes de preguntarle a su marido: '¿Qué te dijeron estos chicos? ¿Y por qué te molestas en debatir con muchachos que todavía tienen leche en los labios?'

Luego se sacó de la boca un cigarro que casi se había quemado hasta la punta y aparentemente escupió, antes de entrar a una habitación de la cabaña para cambiarse.

Con esto, los sentimientos de don Ramón también se calmaron, y selló el pensamiento de haber sido derrotado en la guerra de palabras por el mayor tiempo empleado por sus oponentes para hablar. Encendió un cigarro caro y luego habló.

'La pobreza de la que usted habla no ocurrió ayer u hoy, y ocurrirá también mañana y en los días venideros. Necesitamos a los ricos y a los pobres en la tierra, porque sin capital nada se moverá y tenemos que pagar salarios a los pobres para que se puedan hacer las cosas. Quien quiera vivir debe trabajar. La riqueza proviene del trabajo duro. El capital proviene del ahorro. El trabajo es un derecho de cualquier persona, porque es el castigo de Dios desde que Adán y Eva cometieron un pecado. Si no quieres que el trabajo sea difícil, ¿considerarás la comodidad como una especie de castigo?

"Los socialistas quieren", añadió Don Filemón, "un regreso a la época de Moisés: vivir en una época en la que el maná caiga del cielo". ¡Hoy en día no disponemos de ese maná! Siguió a esto otra ronda de risas burlonas, que hicieron hervir la sangre de Delfín.

Delfín dijo: 'Están todos equivocados. Aunque no todos los pensadores están de acuerdo en una sola corriente del socialismo, todos están de acuerdo en un punto: la grandeza del trabajo. Sólo el trabajo proporciona las cosas que necesitamos. Por favor no hable de maná, Don Filemón. Incluso si los pobres desearan eso, no sucedería. Porque desde el vientre de su madre hasta la tumba del cementerio, no tienen carga, ni estera, ni bolsa, ni carga, nada, excepto la pobreza. Es correcto aspirar a algo más que maná, algo que les brinde consuelo en la vida. Pero eso no es lo que sucede. Los socialistas persiguen a quienes viven sin trabajar, que se sientan en el regazo del lujo que surge del sudor de otros. En verdad es como la vida de las orquídeas que se adhieren a los árboles: los que trabajan deben vivir y los que no, deben perecer.'

'¡Sí, pero usted sólo ofrece mano de obra!', intervino Don Ramón.

—¿Y el capital? añadió don Filemón.

'El capital no funciona, pero mueve a la gente a trabajar. Y el capital, al igual que la tierra, no debería ser propiedad exclusiva de nadie, sino que debería beneficiar a todos. Es como el aire, el mar y la luz, que nadie puede poseer. Todo lo que una persona necesita ya se encuentra en la abundante tierra y mar. La naturaleza es exuberante y debería ser suficiente para alimentar a todos. Quienes dicen ser dueños de un pedazo de naturaleza deberían ser

llamados ladrones. Aquellos que reclaman más de lo que necesitan, matan a sus semejantes. La tierra y el capital no pueden considerarse míos y tuyos, sino nuestros. La tierra es el semillero de todo lo que necesitamos, mientras que el capital es el medio para nutrir lo que todos han sembrado en la tierra.

–Dijiste que el trabajo es un castigo y que la riqueza es consuelo. Pero ¿por qué sólo se ofrece consuelo a unos pocos, mientras que todos los demás son castigados? Crees en lo que Dios ha dicho, “que lo que comes debe provenir del sudor de tu frente”, pero ¿el dinero se convierte en sudor cuando se utiliza como capital?

Felipe controló las ganas de estallar en carcajadas. Simplemente se alejó, para no irritar más a su padrino, en cuya casa se alojaba. Fingió recoger algunos anacardos cerca del almacén para los granos. Pero allí, habían empezado a susurrar.

'¡El dinero se empapa de sudor!' dijeron algunos.

"Los sacos que llevamos también se llenan de sudor, pero son menos que las gotas de sudor parecidas al maíz que derramamos antes de poder ganarnos la vida", dijo un hombre sin camisa, avergonzado porque no la tenía.

Pero Madlang–Layon tenía una opinión diferente. Con una sonrisa fría, bromeó: "Ese fue un buen debate". Dinero y

sudor: uno dulce y el otro salado. Esos dos realmente no se pertenecen el uno al otro, excepto quizás cuando se usan en un rollito de primavera...'

Don Ramón se rió en silencio y luego dijo: 'Efectivamente, el capital que uso no suda pero yo sudé mucho, por eso pasó a ser mío. Todavía sudo por ello, por eso me resulta útil.'

'Don Ramón, no hablo del dinero de nadie. Me refiero al dinero en general.

"Lo que hice y lo que estoy haciendo es lo que hace todo el que tiene capital".

'Y mis propiedades', añadió don Filemón, 'no fueron robadas, sino heredadas de mis padres. Ahora las estoy gestionando limpiamente, así que ¿por qué no debería sentirme reconfortado por ellas?'

'¡Sudor y herencia! Le responderé uno por uno, Don Ramón. Si bien los beneficios no van más allá del pago justo para los trabajadores, después del cual los trabajadores no se quejarán, cuando el capital se mueve y alquila el trabajo de otros, aquí radica el peligro de que sólo unos pocos prueben lo que muchos otros han trabajado como esclavos. Nadie nace para vivir a base del trabajo de otros; él mismo también debería trabajar. Si se necesitan diez, entonces diez deberían beneficiarse, pero veinte no deberían beneficiarse de lo que sólo se les debe a diez. Todos deberían sudar para

producir algo que beneficie a otras personas, y quienes trabajan, deberían cosechar los frutos justos de su trabajo. Es injusto que unos pocos recojan estos frutos sólo para ellos mismos.'

'¡Pero ese trabajo está pagado!' Dijeron los dos hombres mayores al unísono.

'Si a alguien se le paga por su trabajo, no podemos decir que ya está totalmente pagado y que ya no puede compartir los frutos de su trabajo. El capital no puede igualar al trabajo en lugares donde reinan los capitalistas codiciosos. ¿Y qué hay de los salarios actuales? Si bien es posible que los salarios hayan aumentado cuatro veces desde la llegada de los estadounidenses, todavía necesitamos que los salarios aumenten diez veces para que la gente viva decentemente.'

Y continuó: 'Los trabajadores suelen ganar un peso al día. Ese peso ya compra su libertad y sus derechos. Un peso para que lo gaste toda una familia. De ese peso saldrá la comida de su mesa para una familia no de uno, sino de tres, cuatro, cinco o incluso ocho hijos. De ese peso saldrá su ropa, el alquiler de su casa y sus demás necesidades. Ese peso seguirá estando gravado, y de ese peso extraerán todo el entretenimiento que puedan tener. Ese peso separa a un hombre de su esposa e hijos, forma una distancia entre él y sus padres y hermanos, de sus seres queridos que lo necesitan. ¿Un peso alcanza para todo esto? Es bueno si uno tiene trabajo para ese día, pero a menudo no hay trabajo

regular para ellos. Está claro, entonces, que el dinero simboliza el poder de una persona sobre otro ser humano y no equivale en absoluto al trabajo.'

Mientras Delfín hablaba, los dos mayores parecían tragar saliva, pues cada uno intentaba hablar delante del otro, para contrarrestar lo que decía el joven. Pero no pudieron entrometerse, porque el joven se limitaba a hablar una y otra vez. Sin embargo, Morales y Peping no se molestaron en escuchar el intercambio de palabras. Seguían mirando furtivamente las tablillas de las paredes de madera de la zona de baño, donde las mujeres se ponían ropa seca. Los demás susurraron y tuvieron sus propios pensamientos sobre la discusión.

'Aparte de esto', añadió Delfín, 'dicen que hemos sido liberados de la esclavitud española, gracias a la sangre derramada por nuestros héroes. Pero muchos ricos no conocen el significado de la esclavitud. Se enojan cuando no pueden conseguir que la gente trabaje para ellos en sus casas, como antes. Dicen que los pobres se han vuelto orgullosos, sólo para que no los llamen esclavos. Para los pocos que todavía aceptan el trabajo doméstico, ¿a cuánto asciende la miseria que reciben? Miles de ricos todavía ganan más dinero con la esclavitud. En su hogar trabajan dos, cuatro o más personas, a menudo ofrecidas por sus propios padres, a cambio de cuatro, seis, ocho o dieciséis pesos mensuales, como pago por préstamos de veinte o 100 pesos de los padres. En la mayoría de los casos, ese trabajo

lo heredan los hermanos o todo el clan. Los diez pesos adeudados crecen en exuberancia como una calabaza roja. Y cuando los esclavos rompen algo en casa del amo, viviendo con miedo y abandonados por sus padres, la cantidad involucrada se multiplica por siete.'

Como agua, las palabras de Delfín fluyeron. 'El amo promete vestir al esclavo, no porque crea que ningún hombre deba andar desnudo o sucio, sino porque no quiere ver fealdad y suciedad entre quienes le sirven. Y afortunado el esclavo que tiene tres prendas. Promesas de un pequeño salario, comida gratis y, a veces, educación gratuita... ¡pero qué clase de comida y qué clase de educación!'

–¿Y qué quiere usted –interrumpió don Filemón, que ya no podía soportarlo más–, que hablemos con los criados en inglés?

–Espera, Delfín –añadió don Ramón–, ¿has estudiado Historia? ¿Has leído sobre la esclavitud en la época romana, que es la madre de todas las civilizaciones...'

–'Estoy de acuerdo en que los esclavos en Filipinas llevan una vida mejor que los esclavos durante la época romana. Aparte de la comida, los amos filipinos son diferentes, ya que muchos de ellos piden a sus sirvientes que coman con ellos y coman la misma comida que ellos. Pero cuando uno es siervo de la casa, está a disposición de todos: padre, madre, hijos, hermanos, primos, viejos y jóvenes, que pertenecen a

la casa. Y no tiene la tarea de hacer sólo uno o dos tipos de trabajo, sino que tiene que hacerlo todo: comprar provisiones, cocinar, sacar agua del pozo, buscar leña, limpiar la casa, lavar la ropa, cuidar a los niños, desenrollar las colchonetas y muchas otras cosas. En todas estas diversas obras, el esclavo es maldecido, gritado, azotado o incluso golpeado. Pero no es sólo eso: a estos esclavos incluso se les pide que trabajen en las fábricas de sus amos, sin pago adicional. Veinte o cien pesos bastan para tener esclavos en la casa, en Manila y sus alrededores. ¿Esta riqueza no surgió del sudor de otros?

Madlang-Layon tenía ganas de hablar e interrumpió las palabras de Delfín. Había notado que a los dos mayores se les habían puesto las orejas rojas, especialmente a don Ramón, que apenas ocultaba su enfado ante este joven hablador que era un simple escritorzuelo. Pero Delfín ya no pudo detenerse y escuchó las palabras susurradas a su alrededor, provenientes en su mayoría de los pobres, quienes estaban de acuerdo con él.

Continuó: 'Y aquí hay otro tema horrible que el socialismo debería abordar. ¿Cómo trata el propietario a los agricultores que labran la tierra? A los esclavos se les ordena quemar bosques y limpiar la tierra, escalar montañas pedregosas y densas. Una vez limpiada la tierra, se les ordenará que busquen a otras personas que puedan ayudarles a trabajar en la tierra. Si el nuevo agricultor no tiene búfalos, agua ni carros de madera, el propietario

comprará estas cosas, pero simplemente se las prestará a los agricultores. Y luego los agricultores plantarán caña de azúcar, o coco, abacá, café y tabaco y arroz. Pero hablemos sólo del arroz. Al agricultor se le prestará un saco de semillas de arroz. El propietario enumerará el dinero gastado en el cultivo del arroz. Por lo general, un saco de semillas de arroz, junto con otros artículos necesarios para cultivar arroz, cuesta entre seis y siete pesos. La cosecha rinde alrededor de treinta sacos de arroz, menos que el número de sacos utilizados para las semillas. Los agricultores secarán el arroz cosechado y lo molerán.'

Delfín continuó: '¿Pero cuánto le queda al granjero? De los treinta sacos, se descuentan varios sacos y se los entregan al propietario para que pague las semillas. Se descontarán además seis sacos para pagar los gastos de cultivo del arroz. Luego se suelen deducir tres sacos para pagar el impuesto territorial. Así que quedan veinte sacos: de ellos, diez van al terrateniente y diez al granjero. Pero como esto no es suficiente para alimentar al agricultor y su familia, el agricultor pide entonces un préstamo al propietario, en términos de semillas o dinero. Y si la cosecha es mala, el agricultor pobre se endeuda aún más.

'Y luego los capitalistas también venden joyas y ropa, y casi los meten en las narices de las esposas e hijos de los agricultores, a tasas de interés galopantes. Les pedían a los agricultores que pagaran por estos artículos después de la cosecha. El clan heredaría entonces las deudas acumuladas.

Los agricultores incluso están obligados a llevar frutas y verduras, gallinas, huevos y otras cosas a la casa del terrateniente, cuando hay fiesta. Y estos agricultores a veces también son maldecidos e incluso golpeados por sus terratenientes.

'En todas estas cosas, don Ramón, don Filemón, ¿podemos todavía saber sin malicia quién se enriqueció por medios justos? Por eso necesitamos el socialismo en tiempos de esclavitud, en la tierra y en las fábricas, para al menos enseñar a los pobres los derechos que les corresponden. ¡Es hora de destruir las orquídeas que viven del sustento de otros, las sanguijuelas que se hinchan con la sangre de otros!'

–Así son las cosas –interrumpió don Ramón–, pero yo...

'¡Mi riqueza tiene documentación notarial, riqueza sin mancha y heredada de mis padres!' dijo don Filemón.

'Creo que ustedes dos son diferentes al resto. Sin embargo, no puedo decir si la riqueza de sus padres provino de medios justos.

Los dos hombres mayores se detuvieron en seco, confundidos, especialmente don Filemón, quien retrocedió en su asiento. Su mirada atravesó a Delfín, de la misma manera que Malko miró a Pedro antes de cortarle la oreja.

Pero para apagar el odio que comenzaba a encenderse contra él, buscó refugio en las palabras de Goethe.

"No fui yo quien dijo eso", explicó, "eso lo dijo primero el sabio Goethe, cuando escribió la discusión entre un maestro y su alumno, sobre el tema de los orígenes y la historia de la propiedad y la riqueza". El maestro preguntó: "Por favor, dime, ¿de dónde vino la riqueza de tu padre?". Y el estudiante respondió: "Del padre de mi padre". "¿Y él de dónde sacó la riqueza?" "La robó..."

—¿Y por qué lo mencionas siquiera?—dijo don Filemón, las palabras saliendo apresuradamente de su boca. ¿Estás insinuando que la riqueza que heredamos provino de medios viles? ¿Que los padres de nuestros padres y nuestros propios antepasados eran ladrones?

Esto dijo don Filemón poniéndose de pie, temblando de rabia. Sus ojos se volvieron más agudos. Podrían maldecirlo de pies a cabeza, pero nunca tocar los nombres de sus padres muertos. Mientras tanto, don Ramón se detuvo, con la ira hirviendo en su interior. Quería abalanzarse sobre Delfín, o al menos arrojarle su cigarro al joven.

'¡Tu educación fue en vano!'

'Por favor, no te enfades porque...'

Pero ya no podía aclarar las cosas. Don Ramón estaba a punto de estallar de ira. Los ojos de los dos hombres

enojados se encontraron y comprendieron lo que había en sus mentes.

'¡Ahí está el hombre que está cortejando a tu hija!'

'¿Este anarquista?'

Madlang-Layon se situó entre las partes contendientes.

'Don Ramón, don Filemón', dijo, 'no se rebajen al nivel de Delfín, que es sólo un joven. Se sabe que los jóvenes son imprudentes. Ustedes son los que ya tienen madurez y razonamiento...'

Mientras tanto, Felipe le susurraba a Delfín: 'Preveo que tu puerta ha sido cerrada. ¡Los cogiste por sorpresa!'

'Creo que sí', dijo el otro, 'pero ¿qué debemos hacer? Han endurecido su corazón contra los pobres.'

* * *

Los bañistas estaban molestos por la discusión. Talía fue la primera en salir. Pensando que su padre y Delfín se pelearían, a toda prisa se puso un vestido fino, del color del mar. La siguiente fue Turing, la hermana solterona del abogado Madlang-Layon, quien se apresuró a ayudar a Talía a arreglar la manga que se le caía del vestido. Isiang también hizo lo mismo, quien tenía tanta prisa que no pudo vestirse elegantemente, sino que simplemente se envolvió la cabeza

con una toalla, una toalla del mismo color que su camisola. Y luego estaba Meni, chillando de placer en el agua, hasta que se encontró con su padre y vio a su amado lanzando miradas penetrantes a don Filemón.

Los demás ayudaron al abogado Yoyong a calmar los ánimos.

Como una campana doblando aunque todavía estuviera lejos, era la voz de la señora Loleng, quien no se unió al grupo a pesar de que ya estaba vestida. En lugar de eso, se fue detrás de un árbol de mango cerca del borde del patio trasero. De allí entró, quitándose el grueso cigarro de la boca, que a su vez golpeó la barbilla del sirviente que la atendía. Luego preguntó a qué se debía el tumulto.

"No es nada, no es nada", dijo el abogado.

"¿Y por qué deberías debatir con niños que todavía tienen leche en los labios?" La señora Loleng acusó a su marido. "Incluso dije antes que era una tontería discutir estas cosas".

Madlang-Layon se acercó a Delfín y le susurró algo. Luego le guiñó un ojo a Felipe, indicándoles a ambos que se alejaran un rato. Isiang miró a Delfin y luego ella sacudió la cabeza. En el mucho tiempo que se conocían, era la primera vez que ella le hacía esto. Meni también pareció hacer lo mismo, con una mirada un tanto aguda, pero fue seguida por un suave asentimiento. Delfín supuso que eso significaba

que realmente tenía que despedirse primero, para calmar el enojo de su padre y el de don Filemón, quienes estaban atacando su juventud, educación y origen humilde.

Quería disculparse por el daño que les había causado a los dos hombres mayores, pero no había nada más que hacer. La señora Loleng seguía lanzándole miradas penetrantes, seguidas de sus comentarios sarcásticos acerca de que él era el pretendiente de su hija.

Como Felipe tampoco quería enardecer más a don Ramón, con quien tenía deudas de gratitud; simplemente tocó el costado de Delfín y lo invitó a salir y dejar los manantiales.

Los dos se marcharon como el cálido resplandor de un nuevo día. Dejaron atrás dos sombras furiosas que ahora son llamadas por el anochecer. Madlang-Layon, fresco como siempre, era como un bambú que se dobla donde sopla el viento. La señora Loleng simplemente estaba siguiendo el papel que le habían asignado. Un marido era un marido y éste era rico, lo que la hacía feliz, ya que podía comprar todo lo que su corazón deseaba. Y las jóvenes, aunque todavía en poder de sus padres, lograron mostrar su amor como un perfume que se eleva en el aire, un amanecer de esperanza para estos dos que ahora se dirigen hacia la Ciudad Nueva.

Era una lástima que solo se pudieran ver dos rayos del Nuevo Día, de modo que todavía parecían representar algo débil.

Capítulo 4

EN LA OFICINA DEL PERIÓDICO

"El cuarto poder" era el término utilizado para describir a la prensa, lo que significaba su poder para desempeñar el cuarto papel importante en cualquier sociedad. Pero según Ernesto Bark, los periodistas vivían en una pobreza refinada. Sus mentes están llenas: son fuentes de palabras profundas y hermosas, son invitados a todas partes y recibidos con entusiasmo por el público y, sin embargo, sus bolsillos están vacíos. Sus estómagos gruñen dolorosamente por el hambre y uno de sus pies ya está dentro de las Prisiones Nacionales.

Ésta era la situación aquí en Filipinas, donde apenas había arraigado el tiempo libre para leer periódicos. Además, muchos de los artículos que necesitaba la prensa (papel de periódico, tinta, marcos tipográficos e incluso el cuchillo más

pequeño que guardaba el periodista) eran todos importados y estaban sujetos a fuertes impuestos. El precio de un periódico no podía elevarse a más de un peso. En lugares como estos, el periodista difícilmente podría tener una vida cómoda, incluso si deseara hacer el bien y ayudar a sus compatriotas, como quien intenta salvar a una persona que se está ahogando.

No sabía por qué el héroe exiliado Apolinario Mabini, que regresaba de Guam, eligió ejercer esta profesión, cuando los estadounidenses le preguntaron qué haría en casa. En una situación difícil como la suya, estando paralizado de cintura para abajo y muy enfermo, ¿por qué decidía ejercer esta profesión?

* * *

El valor de un país se puede ver en la vida de sus periódicos. Si bien los periódicos apenas sobreviven con 1.500 suscriptores, la mayoría incapaces de pagar sus cuotas, el papel parecía nada menos que harapos y las letras eran como cabezas de clavos. Este país era como un joven que recién comenzaba a crecer.

Delfín conocía esta situación desesperada. Muchas veces había escuchado las quejas y los comentarios sarcásticos del gerente o incluso del dueño del periódico, cuando venían a pedir el pago de sus salarios.

'¡Ah!' era la respuesta, seguida de rascarse la cabeza y tirar del lóbulo de la oreja. 'Tal vez aguantemos hasta finales de este mes. Ya estoy harto y cansado de adelantarle mi propio dinero. Mira todas estas cartas. Un recolector en K dijo que todavía no hay cosecha y que algunas granjas ya han sido devastadas por las langostas, por eso la gente no puede pagar. Otro de B dijo que los suscriptores tienen suerte de recibir solo cuatro o cinco ejemplares del periódico y que por eso no pagan por un periódico que normalmente no se entrega. Otro asegura que ha gastado cuatrocientos pesos por su enfermedad, pero en realidad ha recaudado ochocientos pesos en total. Otro me debe quinientos pesos... ¡Ah, me duele la cabeza por todos!'

Se sentó y continuó: 'Y aquí en la ciudad, el rico don Florencio de Binondo no quiere darnos crédito para papel de periódico. Entonces ¿dónde lo conseguiré? No puedo darte nada. Tomen estos cinco pesos para cada uno de ustedes.'

Y los trabajadores, al escuchar los lamentos del que acaba de hablar, y preocupados de no recibir ni un peso si se quejaban, simplemente aceptaban la miseria. Aceptarían el dinero y suspirarían, preguntándose si les pagarían el resto del importe cuando llegara el día del pago.

Antes de partir hacia Antipolo, Delfín escuchó otra ronda de lamentos similares por parte del gerente del periódico. Era uno de los redactores del periódico. Tuvo suerte de que no le dieran cinco, sino seis pesos, además del dinero que le

debían desde hacía un mes. Este era todo el dinero que trajo consigo cuando llegó a Antipolo, para seguir a la hija de don Ramón Miranda.

En un golpe de ironía, estuvo bien que tuviera un altercado con don Filemón y se fue a casa antes que los demás. Si se hubiera quedado más tiempo en Antipolo, qué vergüenza le habría sucedido si hubiera gastos que pagar y lo único que tuviera fueran agujeros en los bolsillos y muy poco dinero, por cierto.

Cuando Felipe le informó que sabría todo sobre las futuras conversaciones sobre él, se persuadió Delfín que habría de bajar de Antipolo antes que el grupo.

* * *

Ya habían pasado cuatro días desde la disputa junto a las aguas del manantial. Felipe aún no había entrado a trabajar al periódico *Nuevo Día*. Simplemente trabajaba como impresor en este periódico.

Pero los cuatro días parecieron alargarse hasta convertirse en algo así como cuatro meses. Estaba profundamente preocupado por lo sucedido. ¿Se habrían olvidado de la disputa con él, el socialista? Tal vez. Antipolo era un lugar de descanso, un refugio para calmar las almas cansadas. Ni siquiera alguien como él pudo impedir que don Ramón y don Felipe se divirtieran con la Gran Compañía de Teatro, cuya

orquesta tocaba la música que hacía ponerse de pie y bailar a los juerguistas de Antipolo. No asistirían simplemente a misa durante nueve días. Tampoco se limitarían a bañarse en los manantiales durante nueve mañanas. Durante nueve días y nueve noches bailarían y bailarían con gran alegría.

Delfín también estaba molesto porque aún no había recibido noticias de su amigo. Todas las mañanas, cuando entraba a las oficinas del diario, primero preguntaba si Felipe había llegado. "Todavía no", era la respuesta habitual.

Habían pasado cuatro días y Felipe no estaba.

Trabajaba en una pequeña oficina que tenía la atmósfera de un cementerio. Sólo se oía el incesante tic-tac del reloj y el suave movimiento de la pluma sobre el tosco papel de periódico. A veces las bromas y burlas de los trabajadores llegaban hasta su oficina del segundo piso. Pero la puerta de su oficina permanecía sellada. En el interior, los seis periodistas trabajaban como soldados, interrumpidos sólo por el ruido que los hacía detenerse un momento, luego mirarse y luego volver a escribir.

En un rincón estaba sentado el director del periódico, con expresión preocupada. Frente a él se extendían las dos mesas, una al lado de la otra, donde trabajaban los cinco escritores.

'¿Deberíamos publicar esta noticia en el periódico?' preguntó uno de los periodistas al gerente.

'¿Cuál es la noticia?'

'Aquí en *Manila Times*, dice que la Corte Suprema prohibió al abogado Pereyra ejercer su práctica legal por engañar a sus clientes.'

'¿Pereyra ha sido excluido? Espera, no lo pongas todavía, a ver si los demás lo tocan.'

'Aquí hay otra noticia. El Dr. Barbosa encontró ayer a su esposa en la casa del Dr. Kaligaya y los dos médicos casi se matan. ¡Qué buena noticia!

'¿Oh?' dijo no sólo el gerente, sino también los demás periodistas.

"Te dije que un día alguien recibirá su merecido."

—¿Y cómo lo supiste?

'Oh, aquí mismo, en la Corte Suprema, donde un día escuché a los abogados Verzosa y Pamintuan discutir ese mismo tema. Eso fue hace un mes. Supuestamente, el Dr. Barbosa ha estado buscando el consejo de Pamintuan sobre cómo atrapar a su esposa y su amante en acción. ¡Y así fue como los pillaron con las manos en la masa!

"La esposa del doctor Barbosa es bonita", dijo el gerente. "Así que es cierto que los han pillado con las manos en la masa".

"Se menciona aquí en el periódico."

'No toquemos este tema. No debemos mencionar el nombre del médico. Sólo una pista sería suficiente.

'¿Y por qué no?' preguntó Delfín.

'¡Deberíamos dejar que les explote en la cara!' dijo el periodista sentado frente a Delfín.

'Deberíamos. ¿Solo porque un caso involucra a un abogado famoso y los otros dos médicos, no tocaremos más la noticia? Pero ¿por qué cuando el presunto autor es una persona pobre que robó algo pequeño en una tienda, o una criada que robó un reloj o dinero a su empleador, o la esposa de un carpintero involucrada en una relación romántica, publicamos todo? ¿Nombre, edad, medio de vida, relaciones familiares, todo?

'Ah, aquí viene otra vez el abogado de los pobres', dijo el hombre frente a Delfín, en tono burlón.

'En efecto.'

'Por eso no puedes llevarte bien con tu futuro suegro. Sigues metiendo el dedo en cada pastel que encuentras.

'Ya basta de hablar. Así hablan los periodistas, una característica que nos viene de la época de los españoles. Todo lo que hacen los ricos o los poderosos, desde despertarse, caminar, bostezar, tener una fiebre leve, un apetito voraz, se está publicando. Cuando a alguien poderoso lo pillan con las manos en la masa, robando millones de pesos, se ve simplemente como un error. No había intención de robar. Y cuando algún funcionario comienza a hacer su trabajo, por el cual le pagan bien, los hosannas comienzan a surgir de los labios de todos. Qué espantoso. ¿Por qué no podemos censurar a los malos y alabar a los buenos, dondequiera que los veamos? ¿Por qué tenemos que encubrir las fechorías del abogado, del médico, simplemente porque son influyentes o ricos?

Pero Delfín no pudo añadir más palabras porque Felipe se asomó desde la puerta. Con una señal suya, Delfín se levantó, olvidándose de la riña que tenía delante, y la felicidad iluminó su rostro, como si le hubieran arrancado un clavo del corazón.

'¡Ahora aquí vienen las noticias que podemos publicar!' Bromeó un periodista que estaba al tanto de todo. Delfín le guiñó un ojo a Felipe, luego se mordió el labio inferior y salió abrazando a su amigo recién llegado.

* * *

'¿Cuál es la última? ¿Acabas de llegar esta mañana? ¿Qué tal ellos? ¿Don Filemón aún se acuerda de mí?

Ante este aluvión de preguntas, Felipe se limitó a decir: '¡Sí, y tengo una carta para ti!' entregándole una carta a Delfín.

'¿Una carta? ¿Donde esta ella?'

–Eso lo escribió anoche, mientras todavía estaba allí en Antipolo. Habíamos decidido volver a casa hoy.

"No has estado allí durante nueve días".

'Sí, pero se aburrieron porque lleva dos días lloviendo'.

Delfín no sabía si romper el sobre de la carta. Se ocupaba de todo lo que provenía de Meni, incluso del mero papel que contenían sus cartas. A menudo usaba saliva o agua para aflojar el pegamento del sobre, o usaba un par de tijeras para cortar con cuidado el borde del sobre. Después de esto, metía suavemente los dedos dentro del sobre y recuperaba la carta. Esta es la cuarta carta que recibe de Meni, aunque él le había enviado un total de diez cartas. También le enviaba recortes de sus poemas o ensayos cuando se publicaban en el periódico. Meni simplemente era tacaña con sus respuestas. Tuvo que escribirle tres cartas antes de recibir la primera de ella. Ella no había empezado a escribirle cartas hasta ahora.

Al recuperar la carta, ambos pares de ojos se apresuraron a leer su contenido. Delfín lo leyó en voz alta:

MI QUERIDO AMIGO,

Me acabo de enterar por Felipe que ya te fuiste a casa el domingo por la tarde. Talía se lo contó esa noche; fui yo quien le contó a Talía sobre tu partida.

Hasta ahora, mi padre todavía está disgustado contigo. Lo mismo ocurre con Don Filemón y su esposa.

Diré esto, pero por favor no te lastimes. La señora Loleng me dijo que no te acepte más en casa porque eres un hombre... (no digo más aquí porque te puedes enojar). Sin embargo, su hija Isiang te protegió; recuerda que ella también te había defendido antes.

Pero la señora Loleng aún no había terminado contigo. El martes por la noche, a la hora de la cena, le dijo a mi padre que ya no se le debería permitir visitar nuestra casa. Los abogados y periodistas están en desacuerdo, por eso Yoyong también está herido.

Esta carta la escribí estando todavía aquí en Antipolo, para que Felipe te la entregue y puedas evitar ir a nuestra casa mientras tanto.

Mi padre se deja llevar fácilmente por las palabras y me ha dicho que evite hablar contigo porque eres

anarquista... No es descabellado que algún día pongas su vida en peligro.

¿Por qué te llamó anarquista? ¿Es verdad?

Tengo que detenerme aquí y déjame repetirte que no nos encontres cuando bajemos a Manila. Lo que quieras decirme puedes decírselo a Felipe o escribirme.

MENI

* * *

Delfín no pudo sonreír ni desesperarse después de leer la carta. Sólo pudo mirar a este amigo y amaneció una chispa de reconocimiento, que ambos quisieron notar.

'¡Soy anarquista!' dijo en un tono confundido después de un rato. 'Mira a tu padrino. Como si supiera de lo que está hablando.

"Ni siquiera sabe la diferencia entre un anarquista y un socialista", añadió Felipe.

'Él cree que traeré peligro a todos ellos. Esta es una acusación injusta. Quieren pintarme como una persona horrible, sucia y peligrosa a los ojos de Meni, alguien capaz de asesinar y sin alma. Eso es lo que creen que es un anarquista.

'Efectivamente', dijo Felipe, 'para ellos, la anarquía ya es sinónimo de asesinato. No saben que generalmente los anarquistas no hacen eso. Tienen miedo de algo que depende de su sustento. Todo lo que han creado son fantasmas y son los primeros en tener miedo de estos fantasmas. Como si los pobres no se enojaran; como si no hubiera crueldad entre los ricos. El hurto no ocurriría si no hubiera demarcación de propiedades. Conocerás a los culpables: ¡ellos son los que temen a sus propias sombras!'

"Tal es el poder de las conjeturas", dijo Delfín. ¡Acusándome de anarquista! ¡Jajaja! Los que quieren hacer suyo el mundo, quieren incluso tener dominio sobre el tiempo. ¿Y qué dijo Meni ante todas estas acusaciones? ¿Está enojada conmigo? ¿Qué más dijo?

'El domingo cuando regresaste a casa, hablé con ella en la casa de la familia Bautista en Antipolo.'

—¿Los Bautistas?

'Sí, de Santa Cruz. Hubo baile hasta medianoche. Meni y yo éramos compañeros en una ronda de un baile formal. Dijo que habrías sido su pareja en uno de estos bailes. Cuando otros hombres querían bailar con ella, ella siempre me señalaba como su pareja para el siguiente baile. Incluso escuché a los hijos de la familia Bautista y Bentus decir que algo se debía estar tramando entre Meni y yo.'

–¿Tal vez realmente hay algo en marcha? –bromeó el escritor a su amigo.

Una carcajada estalló entre ellos, una andanada de risas que llegó incluso a la sala de redacción.

"Por favor, no estés realmente celoso".

–¿Entonces ella realmente no bailó con nadie más?

'Rara vez lo hacía, y sólo en breves ocasiones. Es porque estábamos hablando de ti mientras bailábamos.'

'¿En realidad?'

'Sí, debes creerme. Las cosas contenidas en su carta son las mismas que ella me dijo. El único asunto adicional es el de la señora Loleng, del cual me acabo de enterar hace poco. Debiste haber visto a esa anciana cuando bailaba con mi padrino. ¡Es una gran coqueta esa anciana! Cuando Meni supo que ya te habías ido, me preguntó por qué no te acompañé en el viaje de regreso a la ciudad. Ella dijo que te tenía lástima. Cuando salíamos de los manantiales, ella casi lloraba de simpatía por ti, por eso se apresuró a ir a la zona de baño. Ella quería que te siguiera al día siguiente y le dijera a don Ramón que tenía que volver por mi trabajo atrasado.'

–¿Y por qué no volviste antes a casa?

'Primero, nos despertamos tarde a la mañana siguiente. Entonces también recibí una invitación para ir a Talbag. Y mi salida tardía también fue buena porque pude escuchar todo lo que dijeron sobre ti.'

'¡Esta gente es traicionera!'

"Escucha lo que dicen de ti".

'Hablemos de eso en otro momento. ¿Qué más te dijo Meni?'

'Ella me dio esa carta cuando caminábamos por Antipolo. Tomó el carruaje tirado por caballos y me guiñó un ojo para recordarme que te entregara su carta. Cuando llegaron a su casa y yo todavía estaba abajo, ayudando a descargar nuestro equipaje, ella dijo en voz alta: "Felipe, déjalos hacerlo. ¡Puede que llegues tarde al trabajo! Y luego ella me dio una mirada llena de significado. ¿Cuáles son las otras señales de amor que quieres escuchar, amigo mío?'

Delfín parecía estar en las nubes cuando escuchó estas palabras. Pero como una persona enferma a la que se le sirve la más deliciosa variedad de alimentos deliciosos, todavía parecía buscar el único alimento que faltaba. Sacudió la cabeza de un lado a otro, mientras se mordía el labio inferior. Felipe pareció intuir lo que su amigo quería decir: 'Sí, pero...'

'¿Qué más quieres?' Felipe simplemente siguió hablando. 'El amor de una mujer no sólo se escucha cuando dice 'sí'. Muchos así se han convertido en burbujas y polvo. Una mujer no siempre dirá abiertamente: "Acepto tu amor" o "Sí, puedes empezar a esperar mi amor". Esto es especialmente cierto en el caso de las mujeres del sur de Luzón. El verdadero amor no se ve en las palabras que uno tiene en la punta de la lengua. Se ve en los ojos, en sentir lo que el otro también siente y en hacer todo con ternura.'

–Sí, claro, pero me lo puedes quitar. A menos que me haya dado un *sí categórico*, ya sea con palabras o mejor aún, a través de una carta, una palabra libre de nubes, abierta y pura, una palabra llena de la dulzura de la esperanza... Cualquier cosa que digas no podrá calmarme. Basta ver las diferencias entre Meni y yo. A eso se suma el conflicto que tuve con su padre, con quien no puedo reconciliarme. Cuanto mayor sea, más abrazará la vida de los ricos. Y cuanto mayor me haga, más profundamente creeré en el socialismo. Ahí radica nuestra diferencia y, por tanto, estos pensamientos turbulentos sobre Meni.

'Depende de ti, ya te lo he contado todo. Os dejo con vuestras dudas. Pero amigo mío, hemos hablado mucho de Meni. ¿No me preguntarás por Tentay, a quien también vi en Antipolo?

'¿Qué pasó entre ustedes dos?'

'El lunes pasado ... '

'¡Original! ¡Original!' Gritaron los dos trabajadores de la imprenta mientras subían las escaleras. "Señor Delfín, ya son las 10:30 de la mañana, pero todavía no tenemos ni un solo artículo", dijo uno de ellos.

'¡Felipe, acabas de llegar pero ya le has quitado mucho tiempo a Delfín y a nosotros!' –bromeó el otro hombre.

'¿Ya son las 10:30 de la mañana?' Dijeron ambos hombres hablando, casi al mismo tiempo, mientras miraban el despertador colgado en la pared.

–Más tarde –dijo Felipe.

Y entonces los dos amigos se separaron: uno fue a la redacción y el otro a la imprenta.

Capítulo 5

LADRONES

'Simplemente quédate ahí, frente a esa ventana. Finge que estás haciendo que la flema te suba a la garganta o finge que estás tosiendo. Pero asegúrate de que nadie más que ella reconozca tu voz. Ella mirará por la ventana, te verá, bajará las escaleras para hablar contigo. Eso es lo que acordamos antes.

'¿Aquí? ¿A esta hora?'

"Sí, pero ten cuidado con la gente que pasa, especialmente con la policía".

'¿Qué pasa si no me reconocen ni me ven?'

'Ella te reconocerá. A esa hora ya habríamos terminado de cenar. Todos los invitados estarían en el salón. Sólo ella quedará en su habitación, esperando cualquier sonido o señal proveniente de la ventana. Son casi las 8:30 de la noche. Yo me ocuparé de lo que pase arriba.

–¿Puede bajar sola a esta hora?

"Esta no es la primera vez que baja las escaleras".

–¿Y con quién más habló cuando bajó?

El otro reprimió su risa. En esto reconoció el carácter celoso de su conversador.

'No te preocupes, no hay nadie más. De todos los hombres a los que les gustaba Meni, ninguno se ha atrevido a hacer lo que tú harás ahora. Lo admitas o no, me debes toda la suerte que puedas tener esta noche.

–¿Pero por qué dijiste que bajaba a menudo, incluso de noche?

–Lo hace, pero a menudo con otra persona. Después de regresar de la Escuela Nocturna, iban al jardín a recoger jazmines. Si no podían hacer collares de jazmines por la tarde, lo hacían antes de dormir. Incluso ponían un poco debajo de las almohadas, especialmente cuando hacía mucho calor y no podían dormir.'

–¿El sirviente no se unirá a ella?

'Ella tiene su propia mente. Puede salir por esa puerta, venir aquí e incluso aventurarse a salir a la calle... incluso cuando esté sola.

'¿Quiénes son las personas en la sala de estar?'

'La madre y la hija de San Miguel y el abogado Madlang–Layon. Cenaron aquí y ahora están hablando con el tío Ramón y Talía. ¿No oyes sus risas?'

'Sí, lo he estado escuchando por un tiempo. Incluso están allí el hermano de Meni y su mujer.

"Están en el comedor, jugando con su hijo".

'Entonces, ¿qué haremos ahora?'

'Te dejaré y me iré allí, al jardín. Escucharé lo que pasa arriba. Si pasa algo y alguien baja, les diré que Meni y yo estamos recogiendo jazmines en el jardín.

Y el que se va, desaparece detrás de la casa. El que quedó atrás permanece simplemente de pie, inmóvil ante el pensamiento de lo que haría.

Los dos hombres que hablaban eran Felipe y Delfín. En sus conversaciones, sus susurros y su ocultamiento en las

sombras, se puede intuir que a su encuentro le seguirá otro más feliz.

* * *

Era el mismo día. Esa fue la noche en que don Ramón llegó de Antipolo. Esa mañana Delfín recibió la carta de Meni. Felipe fue a almorzar a su casa, luego visitó a Meni, quien le dijo que no quería darle su respuesta a través de una carta sino en una reunión secreta. Dijo que a las 8:30 p.m. bajaría y entraría al jardín. Al escuchar la tos de Delfín, ella se acercaría a la cerca de su casa y hablaría con él.

Dos, tres veces Delfín caminó de un lado a otro, como si midiera con sus pasos la longitud del jardín. Tos suave, tos fuerte... dragando esputo de su interior... pero la que estaba esperando aún no había llegado. ¿Su amigo acababa de gastarle una broma?

Se detuvo frente a la puerta... Miró hacia atrás para comprobar si había un policía u otra persona. Miró fijamente la parte baja de la casa. Pero no se veía ni la sombra de Meni, ni la sombra de Felipe.

Desde donde estaba, podía escuchar las risas y las conversaciones provenientes del interior de la casa... Creyó haber escuchado la voz de Meni entre la maraña de voces.

Salió de la puerta, caminó de un lado a otro y luego se detuvo en un rincón de la casa. Ahora estaba frente al muro

de concreto y la cerca del patio trasero. Y cuando miró la casa por completo, quedó fascinado por su gran tamaño. Don Ramón no era alguien que escatimara en sus facturas de electricidad. La puerta principal estaba a oscuras esa noche por culpa de Felipe. Por eso Delfín podía quedarse ahí, en las sombras.

La casa era nueva o recién pintada. No era la casa más grande de la manzana. Estaba hecha de madera y piedra, aparentemente del siglo pasado. La casa de don Ramón, sin embargo, parecía carente de encanto y de apariencia.

Desde donde estaba, en la oscuridad, Delfín había pensado en las habitaciones y rincones de la casa, donde podría estar ahora Meni... Meni, a quien había estado esperando. Volvió a mirar fijamente la casa, de modo que podía detectar hasta el mosquito más pequeño.

¿Dónde diablos está Felipe? Delfín ya estaba inquieto por la anticipación. Y de la nada apareció Felipe, como convocado por los pensamientos de Delfín.

'Espera, amigo mío, ten paciencia. No pasará por el salón porque allí hay mucha gente. Desde las escaleras la vi avanzar, pero tuvo que detenerse para hablar con Talía y Yoyong.'

"Pero ella todavía ni siquiera ha mirado por la ventana", dijo Delfín.

'¿Aún no? Pues ella realmente ya estaba saliendo cuando lo revisé por última vez. Las conversaciones con sus invitados simplemente la habrán asaltado.

Y entonces Felipe volvió a desaparecer, entrando a la casa, y Delfín se quedó una vez más.

* * *

'¡Debe haber bajado las escaleras!' Se dijo Delfín. Oyó pasos en el jardín.

Como la luna llena apareciendo a través del velo de nubes, Meni apareció lentamente en la escalera. Brillante y hermosa, su imagen llenaba la mente y el corazón de Delfín.

'¡lpeng, lpeng!'

Meni estaba llamando. Ella caminaba hacia el cuarto debajo de la casa, donde vivía el chofer de Don Ramón con su esposa.

'Él no está aquí, señora', dijo la esposa que estaba amamantando a su hijo. "Fue a alimentar a los caballos con granos de arroz".

'¿Está Felipe aquí?'

–Ya estoy aquí –respondió Felipe saliendo de la habitación. El conductor y su esposa ya sabían de este encuentro.

Habían servido antes como mensajeros, llevando las cartas de Meni a Delfín, y viceversa.

"No le pidas que venga aquí", dijo Meni.

'¿Que haremos?' –Preguntó Felipe.

"Simplemente hablaré con él a través de las rejas de hierro del patio trasero".

Felipe se aclaró la garganta en voz alta. Al escuchar la señal, Delfín corrió al lugar frente a las rejas de hierro.

'Ya me voy', le susurró Felipe a Meni, 'ahora tienes compañía'.

Y luego se fue, mientras murmuraba para sí: 'Allí conseguirás más que jazmines...'

* * *

'¿Meni?'

'¿Delfín?'

"Pensé que me harías esperar toda la noche".

'No podía irme antes. Tenemos muchos invitados en la casa. ¿Has estado aquí por mucho tiempo?'

'¡Sí, desde anoche!'

'Te estas burlando de mí. Te vi desde esa ventana.

'¡No te vi!'

'Tus ojos deben estar mal... ¿Qué quieres decirme?'

'Muchas cosas importantes, felices y tristes. Todo depende de ti.'

'¿Qué es eso? Será mejor que nos demos prisa ahora.

"Debería ir ahí."

'No, no puedes.'

"Pero puede que haya un policía aquí o que venga alguien".

"Por eso tienes que darte prisa".

'Sí, pero lo que te diré llevará mucho tiempo'.

'¿Eh?'

'¿Y si esta pudiera ser nuestra última reunión?'

'No ... '

'Por eso quiero ir ahí. Vayamos a tu jardín para sentarnos y hablar.

Y sin escuchar una palabra más de Meni, abrió la puerta y entró. Obtuvo acceso a la casa y se acercó a la mujer sorprendida.

'Delfín, ¿por qué entraste de repente?' su voz temblaba. "Alguien podría verte aquí".

'Al menos aquí puedo tener un lugar donde esconderme, a diferencia de afuera. Quiero hablar contigo aquí. Si las aguas de Antipolo no fueran testigos de mi felicidad, entonces tu jardín también podría servir para ese propósito.'

'Delfín, debes recordar que mi padre está enojado contigo'.

'Lo sé. No puedo olvidar eso, de la misma manera que no puedo olvidarte a ti. Lo recuerdo, por eso quería hablar contigo aquí.

'¿Que quieres decirme?'

'¿No puedes saberlo?'

"No soy una adivina."

"Pero puedes adivinar la fortuna dentro de mi corazón".

De hecho, la noche se había vuelto más profunda. El jardín estaba oscuro y sombreado por muchos árboles. Pero después de que Delfín hizo su pregunta, ambos se miraron y

las pupilas de sus ojos vieron la luz del amor ardiendo en cada uno de ellos.

"Sí", respondió la mujer.

'¿Si a qué?' preguntó. '¿Es esa tu respuesta a lo que he estado preguntando?'

'¡Sí!'

'Mi Meni.'

Con el acelerado latido de su corazón, en la intensidad de la dulce fragancia que surgió de su respuesta, de repente le tomó la mano. Él la apretó e intentó besarla, pero ella la apartó.

'¿Qué crees que estás haciendo?'

"Te firmaré la mano con mi agradecimiento", respondió con ternura.

'¿Mi mano?'

'¡No, tu mejilla!' y actuó como si realmente fuera a besarla. Pero la mujer rápidamente apartó la mano que había comenzado a acariciarle la barbilla y la mejilla.

"No seas tan juguetón", dijo.

'Mi Meni, por favor déjame susurrar en tu mejilla y labios mi más sincero agradecimiento.'

'Otro día.'

'Oh, Meni', dijo y rápidamente la besó.

'¡Ladrón! Lo hiciste sin mi permiso.'

'¡Meni!'

'No me importa. Pudiste besarme porque me distraí.'

El hombre se detuvo ante sus palabras. ¿Qué sentido tenía besarla, inhalar su fragancia, cuando él simplemente olía algo muerto en su interior? Sintió remordimiento. Pero no quería desperdiciar esas horas...

'Oh mi vida. ¿Por qué tomas a la ligera algo que hice como prueba de mi amor por ti?'

"Porque no lo aprobé".

"Entonces esperaré tu aprobación".

'¿Qué más necesitas, Delfín?'

"Lo que realmente quiero es obtener tu permiso para volver a besarte, con todo tu corazón".

'Eso otro día.'

"Pero lo quiero ahora."

'¿Cómo?'

'Te lo susurraré, pero mi agradecimiento no tendrá voz. Y a ti te quedará escrito en los labios, prueba de dos corazones y almas convertidas en uno.'

Primero hablarían los ojos, luego las mejillas y los labios. Qué dulces serían las conversaciones...

'¿Qué otras palabras de esperanza te gustaría escuchar?' preguntó ella.

'Necesito escuchar tu decisión. Pero no hablemos aquí. Vayamos allí para que la luz que aquí brilla no revele nuestras sombras.'

* * *

El jardín no era sólo una fuente de hermosas y fragantes flores, sino también un lugar para pasar las horas. En medio del jardín había una *glorieta*, un lugar de descanso hecho de bambú, pintado del color de las hojas. Tenía un techo inclinado hecho de paja y alrededor de él crecían enredaderas. Tenía cuatro entradas y en medio de la glorieta había un banco con respaldo.

Los dos jóvenes amantes caminaron hacia la glorieta. La mano de Delfín estaba alrededor de la cintura de Meni,

mientras su mano apretaba su mano izquierda. Era suave y tersa, y se aseguró de que su mano derecha estuviera libre, para poder usarla para protegerse de nuevos actos imprudentes de Delfín... Las flores de la *dama de la noche*, llenaban el jardín con su perfume. Las rosas, el *conde de Paris* o el duque de Paris, así como muchas otras plantas, permanecían como guardias mientras su rey y su reina pasaban junto a ellas.

Los dos se sentaron en el banco como en trance. Se sentían como si fueran el único pueblo en la Tierra, tal era su encanto.

"Ahora", dijo, "puedes decirme las otras cosas que tienes que decir".

'¡Oh, cielo mío! ¡Ojalá pudiera llevarte al aire para que podamos vivir allí y llenarnos de felicidad!'

'¿En el aire?'

"Sí, desearía que fuéramos el único pueblo en la tierra, para que nadie pudiera inmiscuirse en nuestra felicidad".

"Dices tantas cosas."

–Me temo, Meni, que me olvides.

'¿Yo? ¿Por qué?'

'Ah... pienso en la brecha entre nosotros. Tú eres rica y yo soy pobre.

"Puede que seas pobre, pero tienes buen corazón".

"Pero tener un buen corazón no siempre sienta bien a los ricos".

"Y también tienes una mente rica".

"Esa es otra cosa que hará que todos ustedes me odien algún día".

'¿Y por qué, Delfín?'

"Sólo tu padre sabe la respuesta."

"Creo que, si algún día te conviertes en abogado, ya no te avergonzarás de pedir mi mano en matrimonio".

'Entonces, a menos que me convierta en abogado...'

'Sabía que dirías eso. Los títulos no me importan. Incluso si no tienes título, mientras esté feliz contigo hasta el final, así será. Sólo tengo que soportar lo que dirá mi padre. ¿Qué puede hacer si te amo? Justo ahora están todos ahí mientras yo estoy aquí, contigo... mi...'

'¿Qué?'

'Mi... Delfín.'

Rápidamente Delfín besó a Meni, beso que aterrizó en su barbilla.

"Oh, te estás aprovechando de mí, Delfín", dijo en un tono que no era de enojo. "Pero... sólo recuerdas mis errores percibidos, pero no los tuyos".

Silencio.

'¡Ay, Delfín!'

'Meni, ¿estás llorando? Las lágrimas no deberían fluir en esta feliz ocasión.

"Sólo pensé que esta noche que ahora nos rodea podría convertirse en el dolor que enfrentaré más tarde, cuando me dejes".

'Por favor, no desperdicies tus lágrimas. No te dejaré.' Entonces Delfín sacó su pañuelo y secó las lágrimas que caían de los ojos de Meni.

En ese momento, un carruaje se detuvo frente a la puerta. Se apearon un hombre y una mujer.

Ambos llevaban lámparas de acetileno que seguramente mostrarían a Delfín y Meni sentados en medio de la glorieta. Así que Delfín y Meni se agacharon y se escondieron hasta que los recién llegados pasaron junto a ellos.

'¿Quiénes son?' Preguntaron Delfín y Meni casi simultáneamente.

Meni los reconoció. 'Ajá, don Filemón y la señora Loleng'.

'¿Por qué llegaron a esta hora? Son casi las nueve de la noche.

'Siempre vienen a esta hora. Deben haber venido de la fábrica y querer darle alguna noticia a mi padre. Parece que la huelga se ha calmado.

Los recién llegados subían ahora las escaleras, caminando como si fueran dueños de la casa.

"Estoy seguro de que ahora me buscarán arriba", dijo Meni.

'No, que te busquen. Simplemente finge que estás en tu habitación.

Pero me vieron bajar las escaleras. Y tengo que volver a usar las escaleras para llegar a la casa.

"Entonces deberíamos recolectar algunos jazmines primero, ya que entonces puedes decir que esa es la razón por la que fuiste al jardín".

Y eso es lo que hicieron los dos. Ya no se molestaban en ser vistas a la luz de los carruajes que pasaban, sólo para poder recoger algunos jazmines.

'¿Cómo vas a salir?' –Preguntó Meni.

"Las cosas saldrán bien mientras esté siempre en tus pensamientos".

Y entonces los dos jóvenes amantes se abrazaron fuertemente, con el corazón latiendo al unísono, antes de despedirse.

* * *

'Oh', dijo la señora Loleng al entrar a la casa. "No sabía que tenías tantos invitados esta noche".

Como alcanzada por un rayo, Julita estuvo a punto de decir algo contra la señora Loleng. Pero entonces vio al otro invitado, el distinguido don Filemón.

Don Ramón se limitó a mirarlos y fue Talía quien les dio la bienvenida a ambos. "Por favor, entren", dijo. Yoyong y el resto de la compañía se pusieron de pie para estrechar la mano de los recién llegados.

'Oh, ¿qué, Filemón?' –Preguntó don Ramón. 'Te he estado esperando durante mucho tiempo. Necesito una

actualización tuya sobre la huelga en la fábrica. Por favor, siéntense los dos.

Don Filemón estaba sentado junto al ventanal, cerca de Julita y su madre. La señora Loleng casi se vuelve bizca mientras sacudía la cabeza hacia las dos mujeres y lanzaba miradas de daga a don Ramón. En lugar de unirse al grupo, se levantó y fue hacia Talía y Yoyong al otro lado de la sala. Como sus ojos vagaban por todas partes, no vio un plato de hojalata, que indicaba que la criada tenía que recoger la mesa.

'¡Pueh! ¡Pueh!' Dijo la señora Loleng, mirando por la ventana, de espaldas a todos.

Don Filemón aún no había calentado su asiento cuando Julita y su madre se levantaron para irse.

La madre dijo: 'Tenemos que seguir adelante, ahora que tenemos dos recién llegados que nos reemplazarán aquí'.

'¿Ya os vais?' preguntó todo el grupo, excepto la señora Loleng, que empezó a escupir ruidosamente por la ventana. Talía y su novio abogado se daban codazos, como diciendo: "Muy pronto habrá una batalla real en esta casa".

Talía sabía que la señora Loleng era poderosa. Su novio tenía los mismos pensamientos. Sólo don Filemón parecía ajeno a lo que sucedía, como si hojas de bambú cayeran sobre su cabeza.

En su mente, la señora Loleng no podía entender por qué madre e hija tenían que estar allí. Talía explicó que madre e hija acababan de pasar de visita porque acababan de llegar de Antipolo. Pero la ira de la esposa de don Filemón no pudo apaciguarse.

'Por favor, dile a Meni', dijo Julita mientras bajaba las escaleras, 'que ya estará dormida, cuando nos fuimos'.

–Meni –respondió don Ramón– aún no ha dormido. La vi bajar las escaleras. Y luego llamó a la hija desaparecida.

"Sí, estoy aquí, padre, sólo estoy hablando con Berang", respondió Meni desde el jardín.

Luego subió las escaleras con jazmines en la mano mientras la madre y la hija bajaban, y se encontraron a mitad del camino.

'¿Os váis?'

'Sí, Meni, porque ha venido a reemplazarnos una reina falsa', respondió la madre de Julita.

Meni se rió.

'¡Un día obtendrá lo que se merece!' Dijo Julita.

'¡Oh!', dijo Meni, 'quizás os oirá don Filemón'.

Para evitar una confrontación más seria, Meni tocó las manos de los dos y las acompañó hasta la puerta.

Capítulo 6

FELIPE

Felipe era hijo del capitán Loloy, un hombre rico de Laguna, pero trabajaba como impresor. Tenía dieciocho años y estudiaba Comercio en el Ateneo de Manila. Al principio vivía en la pensión de la universidad, pero después de seis meses, le preguntó a su padre si podía vivir fuera de la universidad. Y así fue como llegó a vivir en casa de don Ramón, amigo de su padre.

Estaba en tercer año cuando se sintió insatisfecho con su programa de estudios en la universidad. La palabra "comercio" se volvió amarga, un negro enemigo de su alma. Él mismo se preguntaba por qué se había disgustado con este programa, ya que de todos modos se graduaría después de sólo un año más. A menudo criticaba el libro sobre

Economía Mercantil y cruzaba espadas con su profesor. Su corazón latía con fuerza ante las palabras "valor", "propiedad" y "capital". Criticó la idea de que la pobreza nunca desaparecería de la humanidad, dado que la existencia de los ricos y los pobres ya estaba arraigada en la sociedad. La única manera de ayudar a los pobres sería mediante la caridad de los ricos.

Pensó que si sólo estudiáramos profundamente los conceptos de *Economía Política*, incluso *las Leyes Mercantiles*, podrían ver un rayo de luz. Este resplandor revelaría no las teorías enseñadas en su clase, sino los errores y mentiras recogidos en los libros de texto.

Y los días pasaron bajo esa luz, y en el segundo examen durante su tercer año, fracasó estrepitosamente. Sus profesores y compañeros quedaron sorprendidos. Felipe era un estudiante brillante, entonces, ¿qué pasó? Pero sus compañeros pensaron –pensamiento que también llegó a sus profesores– que la causa de sus bajas notas podrían ser sus frecuentes visitas a la casa de Don Ramón. Allí visitaba frecuentemente a Talía, la hija soltera de don Ramón, quien también era su padrino.

El padre de Felipe estaba muy enojado, pero sus palabras cayeron en oídos sordos. Incluso su madre, Aling Toyang, le escribía cartas. Pero él no les hizo caso y se negó a regresar al Sur.

Entonces su padre envió a Marcela, la hermana de Felipe, a estudiar también a Manila. 'Tu hermana estudiará en el Colegio Concordia', le dijo su padre a Felipe el día que conversaron, 'para que la gente vea que todavía tengo un hijo que tiene cierto sentimiento de vergüenza. No puedes culparme. Eres mi hijo mayor y te envié a la mejor escuela. Como ya no quieres estudiar, enviaré a tu hermana a la escuela. Pero a partir de ahora márcate esto en la frente, no podrás esperar más nada de mí hasta que muera. Solo gastaré por Marcela. ¡Si esto es lo que quieres, así es como vivirás!'

Y así fue como Marcela comenzó a estudiar en el mes de junio de 1903.

* * *

¿Qué pasará con un hijo despojado por su padre rico?

Lleno de vergüenza, Felipe ni una sola vez pensó que debería simplemente volver a la universidad y terminar su carrera en Comercio. Era lo que su padre había querido en primer lugar, ya que tenían propiedades que administrar. Pero al final no siguió este curso de acción.

Pensó en emprender otro programa de estudio, tal vez Educación, para poder enseñar. ¡Pero luego tuvo que aprender inglés! Podría ser un escribano de un notario público o un asistente de abogado. Pero pensó: ¿podría

soportar ese tipo de trabajo? Entonces pensó en ser funcionario, con el apoyo de sus amigos. Pero tampoco le agradaba la idea de trabajar para el Estado.

¿Qué tipo de trabajo haría? Sabía que tenía talento e inteligencia, y no era holgazán. Algunas noches, mientras yacía en su cama, pensaba. *¿Qué les he hecho a mis padres que me llevó a esto?* ¿No puede una persona ser lo que quiere ser sin un título en Comercio o cualquier otro título a la mano? Pero los pobres trabajadores, ¡ah! Mal educados y de mala reputación, aunque sean ellos los que sudan, los que trabajan incluso de noche, los que juntan las letras, los que hacen girar las grandes ruedas de las fábricas; ¡cosen, cortan, hacen las portadas y todo lo necesario para hacer un libro! ¿Son diferentes las labores de quienes imprimen y cosen los libros, de las de quienes pensaron, escribieron y estudiaron el contenido de esos libros?

'De hecho, la mente puede abarcar ideas a lo largo y ancho, pero en esta vida, ¿qué sucederá si sólo la mente reina suprema sin el trabajo de palmas callosas, brazos duros y hombros sudorosos? ¿Qué le pasará a un arquitecto o a un ingeniero que dibuja el contorno o la forma más fina de una casa, si no hay cuerpos que trabajen la madera o el acero, caven en la tierra y construyan esa casa?

'Mi padre quiere que estudie Comercio, pero ¿qué es Comercio? Dijo que me enseñará cómo administrar nuestras tierras llenas de cocos, frutas, caña de azúcar, cacao, café,

arroz y muchos otros tipos de productos. Quiere que produzcan más nuestras tierras, para venderlas no entre la pequeña gente de nuestra provincia, sino a los grandes intermediarios de Manila. Después de haberme formado, él también quiere comprar máquinas nuevas y relucientes, para que podamos cosechar nosotros mismos y vender más productos. Tantos planes... Por eso me enviaron a estudiar Comercio. Pero ¿qué pasa con nuestros pobres trabajadores, cuyos cuerpos y almas ya estaban profundamente endeudados cuando me fui? ¿Cosecharán las recompensas si ampliamos nuestras operaciones y compramos más tierras? Mi padre ya es rico, pero desea más riqueza. Dijo que todo es para mi hermana Sela y para mí, para que podamos tener una buena herencia. ¿A dónde iría mi vergüenza si heredara una riqueza tan enorme? Ni siquiera invertí capital en estas empresas, excepto para mis estudios de Comercio en la universidad o cualquier otro aprendizaje extraído de los libros. Para todos los efectos, yo también nací desnudo en esta tierra y la tierra me tragaré cuando esté muerto, al igual que lo hará con los hijos de los pobres...

¡No! No dejaré que mi padre se aproveche de mí. No es mi noviazgo, ni mi aversión a los estudios, lo que me llevó a desobedecer a mis padres. No juego, no hago nada que destruya el nombre y la reputación de nuestra familia... ¿Pero qué hay de mí ahora? Siento que ya no le agrado ni siquiera a don Ramón. No es correcto que me alimenten

gratis. No es correcto que sea una carga para los demás porque estoy desempleado.'

Y así buscó un trabajo que fuera una fuente de ingresos y algo que le gustara hacer.

* * *

Uno de sus amigos lo llevó a una imprenta. Allí le enseñaron sobre las cajas de madera donde se guardaban las cartas; cómo reconocer, vincular y leer letras incluso cuando estaban al revés. Después de que ya podía leer cajas y letras, se le asignó elegir las letras, incluso cómo limpiarlas. Sus manos se ensuciaron durante el trabajo, pero aprendió a elegir las letras que aún podían usarse en el oficio de impresor.

Su compañero de trabajo solía burlarse de él al principio, cuando se ponía nervioso mientras recogía las letras y las alineaba una al lado de la otra. Ni una sola vez alguien le gritó porque fallaba al recoger las letras y colocarlas lo más rápido que podía.

En las imprentas no debes dejar las zapatillas tiradas por ahí. Alguien les pondría una pequeña bola de carbón aún caliente. Si no es eso, entonces un poco de pegamento pegajoso. Y tampoco deberías quedarte dormido delante de las cajas de tipos, porque te despertaría el fuerte ruido de los tipos sobre la mesa.

Pero Felipe soportó todo esto. Se quedó porque sus amigos le dijeron que simplemente ignorara las burlas que eran habituales entre los trabajadores de la imprenta en todas partes. Después de sólo dos meses, Felipe ya era más rápido y mejor que quienes solían burlarse de él, y ascendió en el escalafón.

Después de seis meses, le dijeron que recibiría cuatro pesos al mes. Después de nueve meses, pasaron a ser seis pesos, luego siete, luego ocho después de un año de trabajar allí.

'Deberías agradecer que ya estás ganando ocho pesos al mes', le dijo el jefe. Había pedido un aumento, ya que los ocho pesos no alcanzaban ni para el almuerzo de todo un mes. "Cuando estábamos empezando, incluso cocinábamos comida o comprábamos cigarrillos para nuestros superiores, y nuestro propio salario no alcanzaba ni para comprar una camisa nueva o incluso un sombrero."

Entonces alguien le pidió que se trasladara a una nueva imprenta, que le pagaba diez pesos mensuales. Luego se elevó a doce y posteriormente a quince pesos mensuales. Pero lo despidieron y luego lo trasladaron al *Nuevo Periódico ligero*. Empezó con el mismo salario mensual de quince pesos, y luego cuando llegó Delfín ya ganaba veinte pesos mensuales. Gracias a su amistad, Delfín pudo visitar la casa de Don Ramón y allí conoció a Meni...

* * *

Habían pasado dos semanas desde aquella noche en que la señora Loleng se encontró con Julita y su madre en casa de don Ramón. Era mediados de junio, un domingo por la mañana. Felipe y Delfín estaban hablando.

Felipe dijo: 'Amigo, ayer vino mi mamá con mi hermana. Mi padre no estaba porque tenía que trabajar en nuestras tierras.'

'¿Tu madre ya es vieja?'

"En realidad no, ella sólo tiene cuarenta años".

'¿Ya no está enojada contigo?'

'Solo un poco. Creo que mi padre simplemente la convence para que se enoje conmigo. Mi padre es como un rey: quiere salirse con la suya todo el tiempo. Cuando mi madre está aquí, me pide que la acompañe a casa. Pero cuando mi padre se entera de esto, la regaña. Ella es muy cuidadosa cuando viene aquí, sobre todo cuando me trae dinero o cualquier otro tipo de ayuda. Justo ahora, antes de partir hacia Manila, mi padre le dijo que no me cuidara.

—¿Y qué te dijo tu madre?

“Llegué a casa ayer por la tarde y durante toda la noche estuvimos hablando y, a veces, llorando. También me dijo que arreglara mi vida.

Los ojos de Felipe brillaron con lágrimas. De repente recordó sus sufrimientos. Agarró el pañuelo que tenía en la mano. Delfín notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Otros dos compañeros de trabajo también se dieron cuenta.

Delfín sintió una profunda tristeza por su amigo. Había conocido a Felipe hacía menos de un año, pero se habían vuelto más cercanos que hermanos de sangre, a pesar de sus diferencias. Uno era de Laguna, mientras que el otro era de Manila. Uno sería abogado y el otro, impresor.

Delfín sintió el dolor escondido dentro de Felipe y en el dolor de su amigo, sintió que era el suyo.

* * *

'Mi madre me pidió que volviera a casa y le pidiera perdón a mi padre. Pero cuando le dije que no me parecía buena idea, ya que ahora me gano la vida en la ciudad, rompió a llorar. Dijo que yo no necesitaba trabajar y ganar la miseria de veinte pesos al mes, ya que somos ricos. Ella siguió llorando, luego regañándome y luego llorando una vez más. Sólo se detuvo cuando le dije que planeo aprender inglés en la escuela nocturna y que debía quedarme en la ciudad para

cuidar a mi hermana Marcela. Dijo que le contaría estas cosas a mi padre con la esperanza de que su ira se calmara.

'¿De verdad?'

"Sí, ella dijo que intentará hacerle cambiar de opinión".

'Espero que tú y tu padre reparen el daño causado a su relación. Sin embargo, cuando conocí a tu padre cuando vino aquí el pasado mes de diciembre, me di cuenta de que todo lo que me contaste sobre él era cierto: tenía la postura, los rasgos y el lenguaje de un gran terrateniente. Pero también creo que un padre es un padre. Incluso si estás aquí ahora, solo, piensa en formas de calmar su ira y sanar las grietas en vuestra relación, poco a poco. ¿Por qué no estudiar inglés en la escuela nocturna? Todas las noches caminas a casa con Talía y Marcela, puedes practicar hablar inglés con ellas y esto también alegraría el corazón de tu padre.'

'Ay, Delfín, no conoces a mi padre. Incluso si estudio inglés, griego, latín, alemán, ruso, japonés o todos los idiomas sobre la faz de la tierra, él todavía estaría enojado. Lo único que quiere que estudie es Comercio, y sólo Comercio le haría feliz.

"De cualquier manera, si estudias inglés, también aprenderás otras cosas más allá de ese idioma".

–¿Entonces me estás diciendo que aprenda inglés porque eso fortalecerá a la nación? ¿Porque es el idioma que usan

los nuevos señores del país? ¿Porque el comercio abundará aún más desde que el comercio mundial empezó a utilizar el inglés?

'No vayamos por ahí. Sólo quiero quedarme con lo que decían los españoles, que aprender expande la mente.'

'Sí y también el dicho de que el tiempo es oro. Debería estudiar primero lo que necesita mi país, no lo que necesita el gran país colonizador. Sabes, Delfín, que el idioma de las elites nunca será aprendido por los pobres. Estos idiomas oficiales son elegidos por los líderes y los reyes, para que el país intente entenderlos sin que ellos tengan que entender al país. Y cuando otro país tome el control, tendremos que aprender otro idioma que nos imponga el colonizador... si esa es la razón por la que dijiste que aprender expande la mente, entonces estudiaré inglés, japonés, ruso, alemán y mandarín, para que cualquiera de estos países que nos gobierne más tarde, ya conociendo su idioma, podrá utilizarlo para servir al nuevo amo.'

'¡Así que incluso me criticas!' Respondió Delfín riéndose. "Pero si quieres una anarquía que no tiene principio ni fuente, que todo el mundo tenga un solo país, que nadie sea blanco o negro, que no se produzcan matanzas porque te estén quitando tu tierra natal, que no haya impuestos en los muelles y puertos de todos los pueblos e islas, sin mar ni playa, sin montañas ni fuertes que separen un país del siguiente, excepto que el alemán se convierte en americano,

cuando ya está en América; el italiano se vuelve japonés cuando ya está en Japón, el chino es europeo cuando desembarca en Europa. De esta manera, el filipino se convierte en un semejante de los chinos, americanos, africanos y europeos, si va a sus tierras, y viceversa... ¿No te das cuenta, amigo mío, de la necesidad de una lengua para que las personas se unan en sus ¿idas y venidas?'

'Sólo cabe esperar que exista un lenguaje común. Porque sólo entonces podrá surgir un nuevo día sobre la tierra y todos los hombres se convertirán en hermanos y hermanas unos de otros.'

* * *

"Por eso", dijo Delfín más tarde, "deberías aprender inglés para que los poderes fácticos no puedan engañarte".

–¿Inglés otra vez? Pero ni siquiera te he oído hablar inglés, Delfín.

'¿A mí? ¡Como si no lo supieras, puedo decir “yes, yes” y *veriveriwell sengkyu!*'

'Bueno, también conozco esas palabras, incluso si aún no he estudiado inglés. ¿No recuerdas lo que le dije a la Maestra Inés, cuando nos encontramos con ella con Meni afuera del colegio? Le dije que pronto llegarían las “vacaciones generales” e incluso le dije: “¡*Gut-nay, mis Ines, ai laik yu bermitas, oh yang-ledi!*”

Una carcajada surgió de los dos amigos.

–¿Y dónde aprendiste ese inglés?

'¡Incluso estás preguntando quién es mi maestro!'

'Deberías habérselo dicho a Inés; “*Ai laik yu matrimoni*”.

'Y ella me habría dicho ' *mutso loko*', qué tonto soy'.

'¡Oh, lpe!'

"Bueno, si tú estudias inglés, yo haré lo mismo", dijo Felipe.

'No puedo encontrar tiempo para eso. ¿Estudios por la mañana, trabajo de periódico al mediodía, estudios por la tarde y más estudios por la noche? Meni podría quedarse viuda rápidamente.

"Pero si te conviertes en abogado, dijeron que el inglés se convertirá en el idioma de los tribunales en 1906".

'Depende de ellos. Pueden traducir al inglés todos mis alegatos en español, de la misma manera que ahora se traduce el inglés al español. Pero supongo que puedo aprenderlo, especialmente si Meni y yo nos salimos con la nuestra... ella puede enseñarme el idioma.'

'Y le enseñarás la Ley, ¿verdad?'

'En efecto.'

Buena suerte para ambos como marido y mujer. Espero que don Ramón no persiga ni siquiera vuestras sombras. Pero entonces, Delfín, ¿por qué estudiaste Derecho? ¿No sabes que ese es el principal enemigo del socialismo?

La frente de Delfín se arrugó y mientras hablaba, Felipe insertó los dos dedos de su mano izquierda en los huecos de los dos botones de su traje.

Luego Felipe añadió: 'Los abogados son los principales protectores de los ricos, porque son protectores de la propiedad. Aquí en nuestro país, mira hasta dónde llegaron, sólo para demostrar que las vastas tierras de los frailes españoles efectivamente les pertenecían. Los frailes vinieron aquí para enseñarnos la santidad y la humildad y abrazar la pobreza, pero ¿cómo pudieron acumular propiedades tan grandes? Los abogados los defendieron. Y tú quieres ser uno de ellos, lo que va en contra de la corriente del socialismo.'

¡Ay, mírate, Felipe! ¿No recuerdas que siempre hay excepciones a cualquier regla? Si un abogado defiende al propietario, otro abogado defenderá también a los que no tienen tierra.'

'Efectivamente, pero cuando los abogados luchan en los tribunales, la otra mitad de la batalla se desarrolla afuera,

donde se cierran acuerdos monetarios. Esto es como un hombre de negocios o un intermediario. No planta ni distribuye, simplemente se sienta y cuenta las ganancias que acumula con ello. También es como los médicos: cuanto más enferma la gente, más ricos se vuelven.'

'La mitad de lo que dijiste es correcto, Felipe, pero la otra mitad no. No sabes hacia dónde voy. No sólo estudio litigios. También estudio Sociología, Derecho Natural, Derecho Constitucional, Derecho Internacional, Derecho Civil y Administrativo, Derecho Mercantil, entre otros.'

'¿Eso incluye estudios sobre Economía Política?'

'En efecto.'

'Oh, por favor oren por nosotros. Odiaba la Economía Política cuando se enseñaba en el Ateneo College.'

'Usted es extraño. ¿Cómo se puede ser un buen socialista sin estudiar todas estas materias? Un ejército pequeño sólo puede conquistar a un ejército grande si conoce las tácticas de la fuerza mayor.'

'Pero no hace falta ser abogado para conocer los males que aquejan a la sociedad. No es necesario estudiar todas estas leyes diferentes. No he leído ninguna de ellos, pero creo que son como fuertes que esconden las mentiras de la llamada civilización, como se analiza en el libro de Max Nordau...'

"Así que también has leído a Nordau", dijo Delfin con una sonrisa. 'Amigo mío, todas las cosas que has dicho son en realidad enfermedades de la sociedad. Pero no todo el mundo siente el dolor y las heridas, especialmente los que acaban de nacer. Por eso es necesario estudiar profundamente para poder analizar la situación".

'Tu supuesta cura... Pero en esta discusión, ¿por qué me parece pensar que tú te has convertido en Don Ramón, y yo en Delfín en los manantiales de Antipolo...'

'No hay necesidad de esa comparación. Lo que sólo quiero decirte, Felipe, es que tú también debes saber la salida de todo aquello en lo que entres.'

–Muy bien, amigo mío, el tiempo pasó rápido en nuestra discusión. ¿Qué pasa con la reunión?

Delfín buscó su reloj.

'¡Ya son las diez y media de la mañana!'

* * *

Como sus voces eran fuertes, los demás comenzaron a unirse a los dos. Pero uno de ellos meneaba la cabeza y decía que la reunión no puede continuar sin quórum.

"Sólo estamos unos pocos aquí y hay diez más dentro", dijo un hombre que se acercó al grupo.

'¿Es un día festivo hoy?' preguntó Delfín.

'Quizás no en Manila, pero hay días festivos en Caloocan, Pasay, San Pedro de Makati y Mandaluyong. Hoy es domingo, fiesta de San Pedro...'

Un anciano hizo este chiste, que era realmente cierto. Esto hizo reír al resto del grupo: 'No entiendo a nuestros compañeros de trabajo que son tan pobres como todos nosotros. Nuestra reunión es breve, sólo al mediodía, y sin embargo ni siquiera pudieron distraerse de sus diversiones. ¿Han olvidado que en la unión hay fuerza? Hermanos, yo también soy jugador y luego incluso iré a las cabinas de apuestas. Pero primero tengo que cumplir con esta obligación. Queremos ser independientes y aún así no tenemos unidad. ¿Estados Unidos nos devolverá nuestra independencia si todos estamos dentro de la cabina del piloto?'

Dicho esto, los dos amigos se dieron codazos y luego se apretaron los dedos, como si dijeran: "Y los americanos dirán entonces que se habla de independencia incluso en las reuniones de los sindicatos".

"De hecho", dijo uno de los trabajadores, "deberíamos celebrar nuestra reunión esta tarde".

Uno de los hombres buscó su reloj. 'Ya faltan cuatro minutos para las 11 de la mañana'

"Espera, primero", dijo el anciano. "Entraré y preguntaré a los líderes si la reunión continuará o no".

Regresó después de un tiempo. 'Como no tenemos suficiente gente aquí, se reorganizará la reunión. Sólo diecisiete personas asistieron a la asamblea general de la Alianza de Organizaciones de Trabajadores. La fecha de la próxima reunión se anunciará en el periódico.

Felipe agarró la mano de Delfín. 'No puedo llevarte conmigo a casa hoy para que conozcas a mi madre y a mi hermana. Don Ramón podría verte allí. Pero prepárate porque luego llevaremos a mi hermana al Concordia College.

'¿Esta tarde?'

"Sí, y Meni también estará allí".

'¿En realidad?'

'Sí, solo sigue adelante y ve con Paco, y espéranos allí. Entonces nos veremos allí.'

'¿A qué hora?'

'Alrededor de las 4 p.m.'

'Gracias mi amigo. Espero ver a Meni más tarde.

Nos vemos esta tarde.

Capítulo 7

EN EL COLEGIO CONCORDIA

Delfín no pudo dormir la siesta al mediodía. Inmediatamente tomó un carruaje que le llevó hasta el Puente de Paco. Como se le olvidó preguntarle a Felipe si se encontrarían en San Marcelino o en las calles del interior, se quedó parado en la curva de la calle Nozaleda. Ni una sola vez volvió su mirada en la dirección por donde entrarían las personas que esperaba.

Ya eran treinta minutos después de las cuatro de la tarde, pero todavía no estaban a la vista. Dieron las cinco y todavía no estaban. ¿Quizás ya habían llegado antes de las 4 de la tarde?

Se estaba reprendiendo a sí mismo por ser lento y por llevar un carruaje lento. ¿Debería ir al Concordia College o esperar aquí?

'Cinco minutos más', se dijo, 'si aún no están aquí, caminaré hasta Concordia College'. Puede que los vea de camino hasta allí, o incluso en la propia universidad.

Fue un día caluroso. El sudor corría por el cuerpo de Delfín. Miró hacia el área en dirección a Santana, sacudiendo la cabeza y hablando solo. Era como un vendedor que se quitaba el sombrero y se abanicaba con él. La irritación y la ira comenzaron a brotar en su interior.

Caminó, miró y se detuvo.

En ese momento apareció un carruaje con dos caballos negros delante. Este era el carruaje que llevaba a Meni. Delfín ya caminaba fuera del área de Manggahan, cerca del Concordia College.

¡Efectivamente han llegado! Su corazón cantó al ver venir el carruaje. Pero él siguió caminando, porque se acercaban detrás de él.

'¡Delfín! ¡Delfín!' escuchó a alguien llamar desde su espalda. Dentro del carruaje iban Meni, Felipe, su madre y su hermana. Felipe pidió al conductor que detuviera el carruaje.

'¿Adónde váis?' Preguntó Delfín, junto con un guiño dirigido a su amigo.

'Al Colegio Concordia', respondió Felipe, 'allí dejaremos a mi hermana'.

Meni hizo un puchero y miró a Felipe, como diciendo: 'Ustedes dos están en algo otra vez'.

'¿Quién es él?' –le preguntó la hermana de Felipe a Meni.

"Ese es el mejor amigo de tu hermano", susurró Meni.

Mientras el carruaje se acercaba, los ojos de Delfín no podían decidir si mirar a Meni o al hermoso rostro de la recién vista hermana de Felipe. Ambos eran encantadores y no podía elegir. Felipe y su madre se sentaron al frente, mientras que Meni y Marcela ocuparon el asiento de atrás.

'¿Adónde vas?' preguntó Meni con aparente indiferencia.

"A Santana".

'¿Por qué caminas con este calor terrible?'

'El conductor de mi carruaje no quería ir más allá de Paco porque conmigo otro pasajero iba hasta Pasay.'

"Pero Santana todavía está lejos de aquí", dijo la madre con acento sureño.

"Está justo al otro lado del puente", dijo Felipe.

'Deberíais ir a Santana', dijo Delfín como invitándolos. "Es agradable pasar las horas junto al río Pasig".

"Eres tú quien debería unirse a nosotros", dijo Felipe.

Ni siquiera esperó a que Delfín respondiera. Ya le había pedido a su madre que se sentara entre las dos mujeres solteras y le había pedido a Delfín que se sentara a su lado.

Los ojos de Meni parecían hablar. Los ojos de Delfín, sin embargo, estaban indecisos. Se sentó cerca de la mujer a quien había prometido su amor. Pero si los ojos de Meni fueran lo suficientemente agudos, habrían leído los pensamientos que corrían dentro de Delfín. '¡Qué hermosa es la hermana de Felipe!' Delfín y Felipe se dieron codazos en secreto.

* * *

Él ya conocía la belleza de Meni. Ya no había necesidad de que sus ojos recordaran la forma de su rostro resplandeciente como la luna; la negrura y la exuberancia de su cabello recogido en un moño; sus orejas sin aretes, siguiendo la moda de la época; sus cejas pobladas y ojos vivaces, pero una piel como la de una mujer japonesa, muy clara, con un rubor madurando en las mejillas. Su nariz no era plana y dejaba entrever la sangre española corriendo por sus venas. Sus labios se curvaron en una sonrisa, siempre

feliz y encantadora, muy parecida a los pétalos de una flor recién abierta.

"El único defecto está en la barbilla", habían notado algunas personas, ya que su forma era demasiado afilada. Pero a los ojos del amado, cualquier imperfección era sólo una fuente adicional de belleza.

Tampoco era ni delgada ni gruesa, pero Don Ramón había comentado que su hija parecía estar perdiendo peso desde que había empezado a estudiar en la escuela nocturna.

Su rostro era como un pedacito de cielo mismo. Llevaba un vestido rojo elaborado con textiles de la provincia de Lloilo. No llevaba chal ni joyas, salvo un fino hilo de oro atado al cuello, un fino anillo de oro en uno de sus dedos y otro anillo con una piedra que valía unos 800 pesos... Y así era como se veía Meni mientras iba sentada dentro del carruaje, como la luna de la mañana, ya tocada por los primeros rayos del sol.

Sin embargo, también era natural admirar a alguien nuevo. No sólo los ojos sino también el corazón se alegraron al ver a alguien nuevo y hermoso. Delfín tenía el corazón de un poeta que no deseaba a nadie más que a una musa. Y alguien nuevo, alguien hermoso, elegante y honorable, podría encender su corazón, podría hacerle escribir las dulces palabras de un poema.

De hecho, Sela también era hermosa. El autor de nuestras canciones antiguas la describiría como alguien que parecía una princesa. Era cierto que hoy ya no tenemos reinos, pero su padre, el Capitán Loloy, también era rey de vastas tierras. Su padre le había dado todo lo que había querido desde que era niña. Y ahora que ya era joven, habían decidido enviarla al exclusivo Concordia College de Manila.

Desde entonces, había seguido las costumbres modernas de la época. En sus actos, maneras de hablar, sus pensamientos, ropa y en su manera de caminar y sentarse, imitaba todo lo que veía hacer a las mujeres de su colegio. Sus antiguos amigos y compañeros de clase comenzaron a distanciarse de ella, ya que ella se hizo amiga de los otros estudiantes que podían enseñarle estas nuevas formas.

Si Felipe no hubiera abandonado sus estudios, ella se habría quedado en la provincia. Su padre no quería que ella estudiara allí porque había oído que era más peligroso para las alumnas aventurarse fuera de la escuela.

Incluso su padre notó los cambios en Sela después de un año en el Concordia College, cuando fue a casa para las vacaciones generales de abril a junio. Ya no era la niña que miraba por la ventana cuando la llamaban sus compañeros de juegos del barrio. Ya no era la niña que corría y jugaba con las hijas de sus sirvientes. Rara vez se podían ver ahora las costumbres de la niña en Sela.

De hecho, Sela se había convertido en una mujer hermosa. Los hoyuelos aparecían en sus mejillas cuando sonreía. Sus dientes eran blancos como el marfil. Se podía ver el ascenso de sus senos y sus hombros desde su camisola transparente. Su nuca, suave y hermosa, era la clase de nuca que hacía que los frailes españoles de antaño oraran: '¡Por favor, sálvame, oh Señor! Por favor sálvame de la tentación'. Sabías que Sela era hermosa incluso si te daba la espalda; era el tipo de belleza que podría volver loco incluso a un sacerdote. Su madre solía burlarse de ella, incluso cuando era joven, diciéndole que un príncipe se enamoraría de ella al ver su nuca.

Pero en realidad, Sela no tenía la piel tan clara como Meni. El color de su piel era más marrón, como la piel de los tagalos que habían vivido en la isla principal de Luzón. A las mujeres de la región les encantaban las joyas. Ahorrarían sólo para comprar un anillo, un collar o un par de aretes preciosos. Y si los pobres harían eso, ¿qué pasa con los ricos? ¡Y el valor de las joyas de Sela!

En la cabeza llevaba una gran peineta hecha de oro puro y espeso. Este peine estaba revestido con una ola de piedras relucientes del tamaño de las lágrimas de una mujer pobre que no podía alimentar a sus hijos. Si este peine se vendiera, la pobre mujer y sus diez hijos podrían comer bien durante los próximos 365 días.

Las tres horquillas de Sela, también hechas de oro y rematadas con piedras caras, podrían alimentar a varias familias durante otros 365 días.

Los pares de aretes que llevaba no solo podían pagar las deudas de los ocho sirvientes que trabajaban en su casa, sino que también podían permitirles vivir cómodamente durante varios meses libres de la esclavitud en la casa del Capitán Loloy.

Y en su cuello llevaba abrochado un cordón del oro más puro, de alrededor de una pulgada de espesor, con el centro ahuecado y lleno de pequeñas piedras que brillaban como luciérnagas. Su valor equivalía al costo de construir una gran escuela en el pueblo donde vivía el Capitán Loloy.

El broche de su chal tenía la forma de una mariposa, cuyas alas querían volar. En este clip se engastaban seis hermosas piedras, blancas, amarillas, rojas y azules, cada una compitiendo con la forma en que la otra brillaba bajo la luz del sol. Esto valía alrededor de 1.000 pesos.

¿Y su pulsera? Era como su collar, hecho por un joyero de Santa Cruz, y costaba 2.500 pesos.

También llevaba tres anillos, dos en la mano izquierda y uno en la derecha. También hechos de oro. Uno tenía tres perlas, otro tenía dos y el último anillo solo tenía una perla,

pero era una perla grande: cuando captaba la luz, parecía brillar como una estrella.

Podría parecer obsceno, pero esa era la verdad. No soy yo quien está siendo obsceno, sino la realidad. Y si no fuera por esta obscenidad, el hilo que unía los dos corazones de Delfín y Meni aquella noche en el jardín se habría roto hace mucho tiempo.

* * *

Delfín no estaba contento con el contraste entre la belleza de Marcela y la obscenidad de sus joyas. "Qué lástima para esta mujer", pensó para sí mismo, "se había convertido en esclava de los bienes materiales". La belleza de la mujer ahora pasó a través de él como el viento, porque en su mente surgió la imagen de los típicos hijos de los ricos, cuyas ropas y joyas valen mucho dinero, miles y millones de pesos, mientras afuera de sus grandes mansiones, en todo el mundo, la gente duerme en el suelo y en la tierra, muere de hambre y está sepultada en deudas.

Y entonces Delfín recordó que Sela era efectivamente hija del capitán Loloy, quien se había aliado con los españoles y trabajaba como alcalde de su pueblo. Sólo Dios supo cómo se apoderó de las tierras de los pobres y construyó su estupenda riqueza. Y no eran meras sospechas, pues incluso Felipe le había contado estos incidentes.

Muy pronto, el carruaje estaba entrando por las puertas del Concordia College. Todos descendieron, excepto Meni, que había permanecido en silencio durante todo el viaje.

'¿Te quedarás en el carruaje?' Le preguntó Delfín a Meni, quien simplemente lo ignoró intencionadamente.

Marcela y Felipe se susurraron.

'¿Quién es este hombre a quien le pediste que se uniera a nosotros?' preguntó precipitadamente.

'Él es mi mejor amigo aquí en Manila. Nos tratamos como hermanos.

—¿Y conoce también a Meni? y mientras preguntaba, su dedo señaló a la otra mujer.

En ese momento, Meni miraba hacia atrás y dudaba en medio de la escalera. No quería hablar con Delfín. Sabía que el hermano y la hermana estaban hablando de ella cuando vio el dedo apuntando en su dirección. Sus pensamientos estaban perturbados. Una ira estaba creciendo dentro de ella. Se enfrentó a Delfín y pareció culparlo.

'¡No debería haberme unido a todos ustedes en este viaje!' dijo Meni.

'¡Oh, mira a Meni! Si hubiera sabido que no querías que subiera al carruaje, no lo habría hecho.

'¡Uf!'

'Muy bien entonces. Me quedaré aquí y no me uniré a todos ustedes arriba. Seguiré adelante y me iré. También podría ir a Santana.

Meni sacudió la cabeza y soltó un suave gruñido.

Las otras tres personas sintieron la tristeza en el intercambio entre Delfín y Meni. Marcela sabía que algo estaba tramando entre ellos y así lo confirmó Felipe.

'¿En realidad? ¿Es esto cierto?' le preguntó a su hermano. Pero no pudo confirmarlo, porque las monjas ya venían a recibirlos.

'Hola Marcelina, bienvenida', dijo una de las monjas, y la otra también las saludó.

Meni también era conocida en el Colegio Concordia porque también había estudiado allí. Tenía sólo trece años cuando ella y su hermana Talía vinieron a vivir al colegio como internas. Las monjas también la acogieron calurosamente.

Las mujeres se saludaron a la manera española, frotándose la mejilla izquierda y luego la derecha. Preguntaron unas por otras y las monjas le dieron a Sela una introducción a la vida dentro de la universidad. Pronto se les unieron otras monjas, así como otros estudiantes que pululaban cerca. Algunos de

los estudiantes se maravillaron ante la belleza de Meni y Sela, mientras que otros se quedaron boquiabiertos ante las joyas que adornaban el cuerpo de esta última.

Por otro lado, los dos hombres que los acompañaban se quedaron a unos pasos de distancia, con la mirada recorriendo el área de recepción.

* * *

El área de recepción tenía treinta pasos de largo y diez pasos de ancho. Estaba mal iluminado y sin ventilación; por las tardes parecía una cueva. Las dos escaleras, una que conducía a la gran entrada y otra que bajaba al patio, así como los tres grandes ventanales, dejaban entrar algunos rayos de sol y algo de viento.

Al entrar por la gran entrada, había una puerta grande.

Encima de esta gran puerta, se alzaban los antiguos retratos de Doña Margarita Roxas, entre las pinturas del Sagrado Corazón de Jesucristo y el Sagrado Corazón de la Santísima Virgen María. Había un gran reloj a la izquierda y un gran calendario a la derecha. En las paredes también colgaban varios retratos de varias monjas y sacerdotes, dedicados a sus actos sagrados.

Al final del pasillo había otra puerta. Encima de esta puerta colgaba una gran cruz de Jesucristo. A la izquierda había una

escultura de madera de San José y a la derecha un retrato de un santo vestido de rojo, cuyo nombre desconozco.

En el lado izquierdo también se alzaban grandes retratos de la Inmaculada Concepción, junto con un retrato de San Vicente de Paúl rodeado de niños. Más adelante había otro retrato de San José, y sobre la mesa había una imagen del Niño Jesús.

Había tantas imágenes de santos y milagros, junto con un ejército de monjas, que ningún demonio con cuerno y cola puntiaguda se atrevería a entrar en este lugar.

Pero también había pedestales donde se colocaban plantas en macetas. También había un jardín que, sin que las monjas lo supieran, debía ser el lugar donde se reunirían los internos y sus amantes. Al entrar por una puerta, llegarías al lugar donde los estudiantes compraban sus cosas a precios caros. También había un espacio donde se podían colgar sombreros. Esto simplemente demostraba que además de las mujeres, los hombres también podían ingresar a este lugar. Pero más allá no podían aventurarse.

Si subías las escaleras, a la izquierda, verías un gran expositor que mostraba los preciosos bordados y la hermosa ropa confeccionada por las estudiantes. Muchos de ellos eran perfectos para los salones de la alta sociedad; algunos de ellos eran aptos para ser vestidos de los santos.

Y en el lado derecho estaban los bancos, donde se sentaban los visitantes. Aquí era donde se derramaban lágrimas entre madres e hijas, entre los internos y sus amigos, así como también se intercambiaban secretas insinuaciones de amor entre amantes. Incluso las monjas sospechaban que algunos de los hombres que los visitaban y afirmaban ser compañeros de ciudad y primos no eran en realidad quienes decían ser...

Allí se instalaron Meni, Delfín, Sela, Felipe y su madre tras intercambiar los saludos iniciales con las monjas. ¿De qué más hablarían excepto de Marcela, a quien traían a la universidad y pronto dejarían atrás?

* * *

Cuando Delfín y Felipe vieron el retrato de Doña Margarita Roxas, empezaron a hablar de la mujer rica. Delfín le dijo a Felipe que la mujer rica era la verdadera dueña de la casa grande con techos de tejas blancas. Todos los edificios circundantes, incluida la iglesia, los dormitorios de los internos y las aulas, eran sólo construcciones adicionales. Margarita donó la casa a las Hermanas de la Caridad, que llegaron al país en la década de 1850, para instalar el Hospicio de San Juan de la Cruz. En la casa vivía la congregación de monjas y más tarde decidió fundar una escuela para los pobres. Sus actos de caridad incluyeron enseñar con dedicación y entusiasmo. Los fondos iniciales para la escuela provinieron de la propia Margarita. Sor

Tiburcia Ayans fue la primera administradora del colegio. Trabajó duro y la escuela se expandió. Le siguieron Sor Josefa Adserias y Sor Catalina Carreras. Gracias al arduo trabajo de estas monjas y las donaciones de los clanes Roxas y Ayala, la escuela más tarde se convirtió en el Colegio Concordia.

'¿Y quién es esa Margarita Roxas?' preguntó Felipe.

'Aquí en Manila, cuando éramos jóvenes, los viejos nos asustaban diciendo “el minero está ahí”. Estas palabras eran suficientes para impedirnos bajar las escaleras, jugar en la calle e incluso provocarnos noches de insomnio. Los mayores decían que los mineros eran rápidos y que secuestraban niños por orden de doña Margarita. Luego matarían a los niños y su sangre se usaría para regar las plantas propiedad de la mujer rica. Estas plantas supuestamente estaban hechas de oro: raíces, tronco, ramas, hojas y flores. Todos estaban hechos del oro más puro, y los frutos que daban eran dinero real en varias denominaciones: dos, cuatro, cinco, diez, dieciséis y veinte pesos. Decían que doña Margarita era dueña de estas plantas hechas de oro, de la misma manera que el capitán Andong de Lipa también ponía su dinero en petates para secarlas. Me pregunto dónde está todo ese dinero ahora.

Mientras hablaban desde lejos, Meni iba pensando cuál podría ser el tema de sus conversaciones. Las palabras se le apretaban en la garganta.

Delfín se dio cuenta de esto y simplemente se alejó. No quería que Meni pensara que quería acercarse a ellos para poder mirar a Sela nuevamente.

* * *

Comenzó el ángelus. Una de las tres o cuatro monjas pasó junto a ellas, porque así parecían caminar, con los pies apenas tocando el suelo. Parecían moscas zumbando dentro y fuera de las reuniones populares, o, a veces, como águilas, con sus ojos agudos juzgando las acciones y conversaciones de la gente en el salón... Una de ellas dirigía las oraciones del ángelus. Todos se pusieron de pie y algunas personas se arrodillaron hasta que terminaron las oraciones, se besaron las manos y se intercambiaron saludos de "buenas noches" con todos.

Todos regresaron a su asiento original, excepto los dos hombres. Después de las oraciones, se sentaron frente a las tres mujeres, y sólo entonces se dieron cuenta de que efectivamente, una cierta oscuridad había caído sobre la tierra.

'Deberíamos irnos ahora', dijo Felipe, 'Madre, creo que deberíamos irnos ahora. El cielo ya se ha oscurecido y es posible que llueva pronto.'

"Creo que Ipe tiene razón, Sela", dijo la madre. 'Deberíamos irnos ahora. Haz lo mejor que puedas, hija mía, y compórtate de la manera más apropiada.

Y entonces su rostro se contrajo y empezó a llorar. Los ojos de Sela también se llenaron de lágrimas, pero no se derramaron, a diferencia de la primera vez que la llevaron a la universidad.

'Oh', les dijo Felipe en tono de broma, 'deberían derramar las lágrimas ahora porque tal vez no puedan volver a verse. Has decidido traerla aquí como becaria y luego lloras.

Meni se rió de este chiste. Luego añadió que aunque sus padres estuvieran en Manila, cuando la trajeron aquí, ella también derramaría lágrimas y no podría comer bien durante unos días.

'¿Cuándo me visitarás, madre?' preguntó Sela.

'El próximo mes. Tu padre y yo vendremos a visitarte.

'Por favor traiga cocos tiernos y otras frutas de nuestro jardín, y dulces hechos en Laguna. Por favor, tráeme también aceites perfumados. También quiero darle algunos a Meni.

'¿Pero puedes comer todos esos cocos tiernos, Sela?' preguntó Felipe.

'¿Por qué no? Y les daré un poco a las monjas. Comen muchos cocos tiernos.

'Oh, ¿lo hacen?' preguntó Delfín de repente.

Ante lo cual, Meni le lanzó una mirada penetrante y una mandíbula endurecida porque estaba apretando los dientes. Delfín vio estas señales y se quedó en silencio, como si le hubieran cortado la lengua. Nadie más se dio cuenta de esto, excepto Sela. Y así confirmó que su amiga y el mejor amigo de su hermano ya estaban en una relación.

Meni no podía entender por qué estaba tan enojada con Delfín. Incluso se arrepintió de conocer a Marcela. Pero incluso ella sentía que su muestra de enojo había sido excesiva. Hacer más demostraría que era una mujer de carácter tosco. Habría otras horas, otros días. Y estos pensamientos la calmaron.

Las otras monjas y estudiantes volvieron a arremolinarse a su alrededor. Lágrimas, risas, más historias se intercambiaron, prolongando la despedida. Sela besó la mano de su madre y luego frotó su mejilla contra la de Meni.

Delfín no sabía si despedirse de Sela estrechándole la mano o no. Pero pensó que a Meni no le importaría. Decir adiós formalmente era la marca de una persona civilizada. Estaba a punto de ir hacia Sela, que en ese momento todavía estaba hablando con Meni, cuya mano la rodeaba. Pero

Meni no quitó la mano de Sela y Delfín simplemente bajó las escaleras.

Delfín bajó las escaleras con la cabeza gacha, como si le hubiera mordido a una serpiente. Al ver esto, el corazón de Meni se llenó de lástima. Sela también sintió lo mismo. Pero cuando Meni sonrió para disimular su enfado, Sela se sintió mejor y suspiró, un suspiro que había dirigido a su madre y a su hermano, que ahora la dejaban.

'Felipe', llamó a su hermano, '¿cuándo volverás?'

–Pregúntaselo tú a Meni –respondió.

–Ah, Meni. No volverá a visitarme.

'¿Por qué no? Sólo espera y mira. Volverá la semana que viene', prometió Felipe.

'Gracias a todos ustedes. Adiós madre.'

Pero la madre no pudo responder más, porque nuevamente lloraba, lamentando haber decidido enviar a su hija a estudiar a la ciudad.

Luego subieron al carruaje y éste se alejó. Arriba, Sela, las dos monjas, la vieja guardia y algunos estudiantes observaron partir el carruaje. En su interior, la madre de Sela y Meni estaban sentadas una al lado de la otra, mientras Delfín y Felipe ocupaban el otro asiento.

Al llegar a la calle Santana, Delfín le pidió al conductor que se detuviera.

'¿Por qué?' preguntó Felipe.

'Iré ahora a Santana.'

'Deberías hacerlo mañana. La lluvia está a punto de caer.'

Pero Delfín no se dejó disuadir. Vio que Meni, que guardaba silencio salvo algunos gruñidos, mostraba su desaprobación ante su partida. Pero Delfín dijo que ya había concertado una cita con un compañero de allí y que debía ir aunque ya fuera de noche.

'Oye, Felipe', dijo Meni, 'déjalo en paz, que todavía tiene una reunión a la que asistir'.

"No, ya es de noche."

"Sí, efectivamente es de noche", añadió la mujer mayor, "y podría llover".

"Si la noche los alcanza", dijo Meni, "y la lluvia los alcanza, entonces pueden caminar y esperar en Concordia a que pase la lluvia..."

Los dos hombres intercambiaron miradas, cruzando sus ojos en la oscuridad como dos espadas brillantes, pero aun así, Delfín se fue.

Capítulo 8

CARTAS CONVERSANTES

13 de junio de 1904

MENI,

Estaba esperando que me escribieras. Creo que eres tú quien debería explicar por qué estabas enojada conmigo ayer. Sin embargo, no puedo esperar más. No puedo evitar recordar tu frente arrugada, tu mirada hiriente, tus palabras que podrían ponerme un nudo en la garganta y tu corazón dolorido por mi culpa.

Créeme cuando digo que anoche no pude dormir debido a esto. ¿Qué hice ayer que te hizo odiarme tanto? ¿Estabas irritada porque me uní a ti sin pedir permiso para hacerlo? Debes saber que Felipe fue quien me invitó a unirme. Me dijo que estarías allí con ellos para llevar a su hermana al Colegio Concordia. Y le dije que te dijera que yo iría contigo.

Felipe y yo incluso quedamos en verte en Paco. ¿Él no te contó todo esto? Si se olvidó de hacerlo, entonces no es culpa mía. No tenía intención de hacer esto sin tu permiso.

Tienes nuestro futuro unido en tu mano. Y nadie puede arrebatarnos ese futuro, a menos que muevas la mano y dejes que se vaya. Sigo creyendo que tus palabras de amor serán como telarañas a mi alrededor cuando muera, y lo mismo de mi parte.

Aprendamos a saber más sobre los rasgos de cada uno. Esto es para que cuando me veas actuar o me escuches hablar o hacer chistes, no te lleves una impresión equivocada. Por favor, no creas que me gusta otra persona. Un escritor dijo: "No hay veneno en el amor más poderoso que los celos". Es como un pequeño animal que deambula dentro del cuerpo de una persona enferma y que puede no atacar inmediatamente, pero lentamente la matará.'

¿Sabes, Meni, que tu corazón ahora está lleno de veneno y microbios? Si queremos vivir en el amor, debemos dejar de lado todos los celos.

Soy solo tuyo.

DELFÍN

A DELFÍN,

Leí tu carta cinco veces. No tengo el deber de escribir primero. Eres tú, ya que crees que estoy loca. ¿Pero todavía tienes que preguntar por qué?

Ya no estoy enojada ahora. Pero no quiero oír que fuiste otra vez con Felipe en su visita al Colegio Concordia. Si realmente quieres verme verdadera y profundamente enojada, entonces haz otra visita allí.

Qué bueno que no pudieras dormir la noche anterior. Por otro lado, yo dormí muy bien y profundamente. ¿Sabes por qué? Porque recordé el hermoso rostro de Marcela. Si alguna vez me enseñaras a escribir un poema, algo que hace tiempo prometiste hacer, mañana leerías un poema sobre ella, publicado en el diario *New York Times*.

Anoche tuve un sueño. Soñé que era un hombre llamado Delfín. Hace dos días traje a una joven a la universidad. Era una mujer cuya belleza no tenía comparación. Simplemente ya no recuerdo si Marcela era su nombre. Mientras estaba dentro del carruaje, sentí que estaba encantado y no vi a nadie más excepto su belleza. La miré de pies a cabeza, con ojos soñadores. Y de la misma manera, ella estaba conmigo: no podía responder cuando las otras personas que estaban

con nosotros le hacían preguntas. Nuestras miradas y sonrisas se hicieron más intensas cuando llegamos a la universidad. La monja parecía haberse fijado en nosotros: me pidió que bajara, por eso no pude estrecharle la mano a Marcela... (¡Ya, ya: el joven estaba avergonzado!)

Ese era mi sueño. ¿Tú también tuviste el mismo sueño?

Termino aquí, Delfín. Las palabras que dices sobre los celos no son ciertas: tener celos significa estar enamorado. Búscalo en el diccionario y compruébalo, y si no lo crees te lo explicaré más adelante.

Tu *Concordiana* nombrada

MENI

PD: ¿Quizás puedas escribir un poema sobre Sela en mi nombre?

* * *

20 de junio

DELFÍN, querida mía:

Nadie se dio cuenta, no te preocupes. Sólo el conductor de nuestro carruaje se dio cuenta, pero mi padre no se dio cuenta de lo que estaba pasando. Es cierto que casi me desmayo cuando mi padre gritó: '¿Por qué no hay luz encima de la puerta grande?' Pensé que había sentido tu presencia y bajaba las escaleras. Sólo notó la falta de luz porque era domingo y estaba con don Filemón y los americanos en su carruaje. Salía a las carreras a la hora del almuerzo y sólo regresaba por la noche. Estaba dolorido porque perdió.

Simplemente fingí que no pasaba nada. Desde el jardín me deslicé silenciosamente hasta la cocina.

¿Estabas asustado? ¿Estaban asustados?

Felipe no sabía qué hacer anoche cuando yo aún no había regresado a la casa.

No puedo decir con seguridad si seguiremos estudiando en la escuela nocturna. Yoyong no quiere que Talía siga estudiando. Dijo que si queremos aprender inglés, entonces podemos contratar a un profesor estadounidense para que visite la casa. Y tú, ¿has tomado alguna decisión?

Por favor acepta una carta adjunta a esta: ésta me la envió Pepito Serrallo de Tondo, y no pude entregársela anoche. Lea acerca de todas las tonterías que escribió allí. Se atrevió a escribir en español, aunque no sabía hacerlo bien. Ve a ver si ya puede contratarlo para trabajar en su periódico.

Terminaré aquí. Uno fuerte... para Delfín.

MENI

PD: Por favor no vengas aquí esta semana. Es posible que la belleza de nuestra glorieta le mime. Vuelve la semana que viene, ¿vale?

* * *

(Carta española de Pepito a Meni traducida al tagalo)

EN MANOS DE MI ESPERANZA

A la incomparable *filipina Judit*:

Esta es la tercera vez que toco mi pluma de la que nada fluye sino la tinta del amor, para poder ofrecer mis palabras perfumadas a tu incomparable belleza, tú que eres como los ángeles y los serafines, la fragancia de mi amor, palabras que aún no has respondido, mientras espero la esperanza que brotaría de tus labios.

No pueden existir en esta tierra los que no profesen amor por ti, a ti cuya belleza Dios ha ordenado ser la Reina de las Flores y del Extremo Oriente, el ideal de la raza filipina, como los héroes Burgos, Rizal, Mabini, entre otros.

Por favor, no me niegues algunas palabras que serían como agua para mi corazón, que tiene sed de amor.

Cuando te vi por primera vez bañándote en los manantiales de Antipolo, no pude controlar más el torrente de mi amor por ti, en estos mis días felices de soltería. Mientras recogíamos las ciruelas, no sabía qué hacer porque quería arrodillarme frente a Su Majestad. Pero alguien vino y me robó el trueno. Ahora sé quién es esa persona, pero si realmente tiene suerte de tener tu mano, debes saber que no tengo miedo de ofrecer mi vida contra alguien que bloquea el manantial de amor que brota de mi corazón, ¡sea quien sea!

Beso las huellas de tus pasos, ¡oh gran estrella de Oriente!
¡Espero tu dulce respuesta a mi santo deseo!

¡Adiós, lira de mi amor!

PEPING SERALLO

MENI, querida,

Gracias a Dios que no pasó nada. ¿Sabes de dónde salí? No a través de la puerta, sino que trepé a la valla. Si hubiera un policía patrullando afuera me habría metido en la cárcel y habría tenido que pasar la noche allí. Pero nadie puede comparar eso con lo que pasó entre nosotros la primera noche en el jardín, la noche en que llegó la señora Loleng.

¿Para que Serallo incluso me haya amenazado? ¿Quizás trajo contrabando consigo? ¿Por qué no respondes a su propuesta? Pobre hombre.

Yoyong también habló conmigo antes. Me habló de sus dudas acerca de que todos ustedes fueran a la escuela nocturna. También creo que es mejor que un tutor te enseñe inglés en casa. ¿Por qué no te transfieres a la Escuela Normal de Filipinas? Todavía están aceptando estudiantes en este momento.

¿No notas algo en Felipe? Ayer era domingo y, sin embargo, se quedó en casa todo el día. ¿No lo ves triste estos días? Me siento mal por él desde esta mañana, cuando vino a verme. Tuvo más suspiros que palabras. Estaba al borde de las lágrimas. Veamos qué le pasa, puede ser algo importante.

¿Conoce a Tentay, a quien visitaría en el San Lázaro de Santa Cruz? Tentay también estuvo ahí cuando estuvisteis

en Antipolo. No estoy seguro si se conocieron o si Felipe los presentó a ambos. Pero no creo que eso hubiera podido pasar, ya que Felipe es muy reservado. Apenas me habló de ella y de sus visitas a su casa. Ni siquiera me llevó con él: solo dijo 'un día'.

Tentay tenía varios hermanos y sus padres todavía estaban vivos. Según Felipe, su familia estaba endeudada hasta el cuello. El padre estaba enfermo y la madre todavía estaba amamantando a un bebé. Un hermano mayor que Tentay se había ido hacía seis años y nadie sabía dónde estaba, ya que había salido de Filipinas en 1898. Alguien dijo que estaba trabajando como sirviente en un barco. No sé cómo llegó a ser eso.

Felipe conoció al padre en una reunión de la Alianza de Organizaciones Obreras. Era la madre a quien no le agradaba Felipe. Y Tentay, que amaba más a su padre que a su madre, tuvo que quedarse en el medio. Felipe no sabía cuál era su posición en el corazón de Tentay, aunque llevaba un año cortejándola.

Había días en los que Tentay era todo dulzura y luz para Felipe, llena de promesas y trayendo paz a nuestro amigo. Deben haber sido los días en que ella seguía su corazón y los consejos de su padre. Pero también hubo días en que la luz se volvió borrosa y atenuada. A veces decía palabras que sacudían el sentido de esperanza de un hombre (como a veces lo hacías tú antes). Entre lágrimas, incluso le decía a

Felipe que se olvidara de ella, para que su madre la dejara en paz. En momentos como estos, Felipe simplemente salía de casa con amargura en la lengua, preocupación en el corazón y tristeza llenando todo su ser.

Pero estas no son las fuentes actuales de tristeza de Delfín, ya que él puede muy bien lidiar con ellas. Lo que no puede aceptar, y me lo ha confesado hoy, es que desde hace una semana Tentay ha estado enfadado con él.

El padre de Tentay conocía la situación real de Felipe en su pueblo natal. Se había enterado de que Felipe era extremadamente rico y solo vivía una vida pobre en Manila porque su padre se enojó con él por no estudiar bien. El padre de Tentay era anciano y cuando tosía, la sangre se mezclaba con su saliva. Se estaba debilitando cada vez más y ya no tenía más fuerzas. Porque conocía el buen carácter de Felipe, y tal vez en sus sueños de que algún día, pronto, su esposa y su familia tendrían una buena vida, deseó que Felipe se casara con Tentay.

Pero la madre y la hija no se dieron cuenta del deseo del enfermo. La madre sólo veía a Felipe como un pobre más. Ella también parecía haber perdido toda esperanza con Tentay.

Felipe no les dio ninguna idea de su riqueza, ni de palabra ni de hecho. Simplemente les decía que venía del sur, que sus padres todavía estaban vivos y que tenía una hermana.

Eso fue todo lo que les dijo. Incluso les dijo una mentira adicional: que gracias a su trabajo en la imprenta podía enviar dinero a casa para ayudar a su familia.

Por otro lado, a Tentay le importa un bledo si Felipe era pobre o no. Su pobreza no era una de las cosas que le hacían querer a ella. Porque sentía que sólo un pobre podía comprender a otro pobre. Y una persona rica simplemente la convertiría en esclava.

Pero Tentay también sabía que era hermosa. Los hombres con dinero y conocimientos se arrodillarían frente a ella. Lo único que le dijo a Felipe fue: 'Oh, Ipeng, te elegí a ti antes que a los hombres que me cortejan, incluso si eres pobre y no tan guapo'.

Te puedes imaginar, Meni, los efectos que estas palabras pueden tener en alguien como Felipe.

Sin embargo, la enfermedad del anciano empeoró el mes pasado, hasta el punto de que los niños temieron quedarse huérfanos. Aunque debió ser difícil, aun así fueron en peregrinación a Antipolo.

Felipe los visitó el sábado pasado y encontró la casa tan solitaria como un cementerio. Los niños lloraban; la madre y la hija estaban sentadas en un banco, susurrando entre sí mientras las lágrimas caían y el pecho se quedaba sin aliento. El enfermo estaba apoyado en un banco de bambú

y escupía débilmente en un recipiente lleno de ceniza. Saludó a Felipe y le pidió que pasara.

Tentay le indicó a Felipe que se sentara cerca de ella, mientras su madre seguía amamantando al bebé.

Ese día, Tentay pidió perdón a Felipe. Ella le dijo que no la cortejara más y que la tratara como a una hermana. Tentay dijo que su padre había hablado con ellos, contándoles sobre la verdadera posición de Felipe en la vida. Quería que Felipe cuidara de Tentay por su buen corazón. Cuando escuchó esto, la madre no estuvo ni de acuerdo ni en desacuerdo. Pero fue Tentay quien lo desaprobó. Cuando escuchó la noticia de su padre, el amor desapareció de ella como si se lo hubieran limpiado. Lloró y les dijo a sus padres que no le importaría casarse con alguien tan pobre como su propia familia. Tenía miedo de casarse con alguien rico si eso podría significar maltrato por parte de los padres del marido rico. Esto hizo que el padre se sintiera mal y derramó lágrimas amargas. Los niños se dieron cuenta de esto y comenzaron a llorar.

Tentay le relató todos estos hechos a Felipe. Luego añadió que cualquier palabra o consuelo de él no la haría cambiar de opinión.

Una negra tristeza siguió a Felipe durante todo el camino a casa.

Observa la moderación de Felipe. Esto pasó ayer y recién me lo contó hoy. Si no hubiera notado su tristeza y no le hubiera preguntado al respecto, no me habría contado lo sucedido.

Lamento tener que contarte, Meni, lo que le pasó a alguien que vive en tu casa. Me sentí como si acabara de escribir sobre la vida de otro hombre. Pero creo que deberías saber sobre esto ahora. Tú y yo podemos aprender algo de esto, ¿no?

Ahora terminaré aquí.

DELFÍN

PD: ¿Qué estás diciendo, que verte me consentiría? ¡Ay Meni! Incluso si te extraño muchísimo... entonces será la semana que viene, si es que es la semana que viene.

* * *

MI AMOR,

¡Ayer no hiciste nada más que escribirme una novela! De hecho eres un escritor. Como tu carta fue tan larga, mi respuesta será breve.

Dentro de dos días, el jueves, habrá función en el Teatro Zorrilla. Uno de los artistas nos envió entradas de cortesía, pero no me uniré a ellos para ver el espectáculo. ¿Puedes venir aquí?

¿De qué contrabando hablas en las cartas de Pepito? Las cartas están aquí. Simplemente las guardé conmigo, sólo para comprobar si, efectivamente, "los celos son el veneno y los microbios de cualquier relación". Ahora ya ves que no sólo las mujeres saben pedir fidelidad en el amor...

Podemos hablar de mis estudios en la Escuela Normal de Filipinas más tarde.

Y lo mismo con la situación de Felipe. ¡Qué lástima!

¿Qué estás diciendo acerca de que podemos aprender algo de lo que pasó entre él y Tentay? ¿Que por ser pobre también quieres darme las mismas razones que le dio Tentay? Sólo espera hasta que vengas aquí...

MENI

Capítulo 9

LA RIQUEZA DE LOS POBRES

Eran finales de agosto de 1904 y estaban almorzando, cuando Felipe vio venir hacia él a Lucio, hermano de Tentay. Tenía sólo doce años. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando se acercó a Felipe. Este último sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Lucio nunca había estado aquí antes. Felipe rápidamente dejó de comer y saludó al niño.

Sin decir palabra, el niño le entregó a Felipe un papel, el cual leyó rápidamente. '¿Dónde está tu hermana mayor?' preguntó.

"Ella está afuera, esperándote".

Felipe ni siquiera podía lavarse las manos. Simplemente tomó el trozo de papel. Cogió su traje y su sombrero y rápidamente se los puso.

No le importaban las bromas de sus compañeros de trabajo. Le preguntó al niño: '¿Son ustedes los únicos aquí?'

'Sí y mi hermana está en la otra calle'.

'¿Cómo está tu padre?'

El chico no respondió. Se limitó a mirar a Felipe y luego inclinó la cabeza. Pensó que el padre debía haber muerto, porque la nota de Tentay le pedía que se despidiera de la imprenta tan pronto como pudiera.

Aunque dudaba, Felipe preguntó: '¿Tu padre falleció?'

"No está muerto, pero te está buscando".

Vieron a Tentay parado en la curva de la carretera. Fueron hacia ella. Sus ojos no sólo estaban rojos, su rostro estaba manchado de lágrimas y sollozó al ver a Felipe.

"Ay, Felipe, espero que puedas ver a mi padre con vida", dijo.

Entonces el hermano y la hermana lloraron, y Felipe quedó tan embelesado por su pena que casi derrama lágrimas. Pero se contuvo, sintiendo que si se unía a su dolor, sería como

echar leña al fuego. No había mucha gente en la calle, pero una o dos personas sí los notaron.

"Entonces consigamos un carruaje para poder ir ahora", dijo Felipe.

Era un día caluroso y no se veían carruajes por ninguna parte. Finalmente, apareció uno y lo detuvieron. Tentay y Felipe se sentaron atrás, mientras el niño se sentó al lado del conductor.

Llegaron a la calle Bilibid sin hablar. La condición de su padre moribundo llenaba los pensamientos de Tentay. De repente también se sintió tímida al estar con Felipe, porque era la primera vez que se sentaban uno al lado del otro. Le preocupaba lo que la gente pudiera decir, especialmente aquellos que los conocían a ambos.

"Se suponía que debía pedirle a Lucio que te trajera", dijo Tentay, "pero él no sabía dónde trabajas".

—¿Y por qué sabes dónde trabajo?

'¿Se te ha olvidado el día en que mi mamá y yo vinimos de San Miguel? Estábamos pasando por tu imprenta cuando de repente saliste por la puerta.

'Oh, sí... ¿Pero tu madre sabe que vienes aquí?'

"Ella fue quien le pidió a Lucio que me acompañara".

–¿Y tu padre lo sabe?

'No. Estaba teniendo hipo cuando nos fuimos. Había estado preguntando por ti, por eso Lucio y yo salimos rápidamente de la casa. No había nadie más que pudiera ir a buscarte.

'¿Como está él ahora?'

'Él está bien cuando no tiene hipo. Pero cuando deja de tener hipo, es cuando empieza a quedarse sin aliento. Parece tan aterrador y es difícil hablar con él cuando tiene estos ataques.'

Mientras tanto, el carruaje ya estaba cerca de su destino. La casa de Tentay estaba en una de las calles del interior frente al Hospital San Lázaro.

* * *

Cuando estaban cerca de la casa, se escucharon gritos en el aire. 'Ay dios mío. Dandoy, Alejandrino... por favor no olviden el nombre de Jesús, María y José.'

Este gemido fue seguido por el llanto de dos niños. Felipe pareció entristecerse y su corazón se desgarró de dolor. Pensó que no podría llegar a tiempo para ver al padre todavía vivo. Pero tuvo que contenerse.

'Tentay', le dijo a su prometida que estaba arrodillada frente a la cama de bambú donde yacía su padre. Una cortina separaba este espacio del resto de la casa. 'Por favor, ve con tus hermanos y sácalos de esto. Tu madre y yo simplemente nos quedaremos aquí. Coge a tu hermana que todavía está amamantando y podrás ir a ver a la vecina. ¡Apresúrate!'

'¡Felipe! ¡Quedémonos todos aquí y muramos!' fue la respuesta de Tentay. Sus palabras parecieron ser más profundas que los huesos. "Quiero ver a mi padre hasta que cierre los ojos".

'Aling Teresa', le susurró Felipe a la madre, 'por favor, déjame quedarme aquí y decir las oraciones por él...'

'Sí, hijo mío, será mejor que lo hagas. No será bueno para mí hacerlo. ¡Ay, Felipe!'

Luego exhaló un profundo suspiro y se contuvo para no volver a llorar. Agarró el brazo de Tentay. Muy pronto, sólo estaban Felipe y el moribundo. Pero antes de irse la madre le dio instrucciones a Felipe.

'Ipeng, por favor reza las oraciones a Jesucristo. ¡No lo olvides! Por favor, ten piedad del alma de mi marido.'

Y los pensamientos se precipitaron dentro de la cabeza de Felipe. De la majestad de la muerte, de la vida de una persona, de un padre moribundo, de la estera tejida en la

que dormían los pobres, del destino de una mujer que pronto quedaría viuda y de los niños que quedarían huérfanos, de la recompensa o castigo que aguardaba en el otro. La vida, el cuerpo que solía ser fuerte, que trabajó incansablemente por otras personas y que ahora pronto desaparecerá, será enterrado y desintegrado... todos estos pensamientos corrían dentro de Felipe, mientras observaba el rostro del hombre que estaba a punto de morir.

Parecía como si hubiera un hilo debajo de la cama de bambú que le estaba quitando la vida al anciano. Resollaba horriblemente y mantenía los ojos cerrados. Cuando abrió los ojos, sólo se veía el blanco, porque tenía dificultad para respirar.

Felipe no sabía con qué nombre llamar al anciano, ya que sería una falta de respeto llamarlo por su nombre, 'Alejandro', ya que el enfermo era mayor. Pero por el bien del alma del anciano, dejó la tradición a un lado y comenzó a orar.

'Alejandro, en el fondo de tu corazón, por favor no olvides invocar el nombre de Jesús, María y José. Alejandro... Jesús... María... José...'

Felipe dijo esta oración, así como otras oraciones por los enfermos. El anciano debió reconocer la voz de Felipe diciéndole palabras tranquilizadoras. Abrió los ojos y dijo

con voz ronca: 'Felipe', luego demostró con su mano derecha su deseo de tomar un vaso de agua. 'Tengo sed.'

Felipe abrió el telón y habló con Tentay. 'Tu padre tiene sed. ¿Tienes sopa de carne para alimentarlo?'

Tentay y su madre se miraron y Tentay sacudió la cabeza con gravedad.

"¿Qué pasa con la sopa de arroz o el agua del arroz cocido?"

Tentay corrió a la cocina a buscar sopa de arroz, pero ya no era comestible. Fue cocinada anoche precisamente para el anciano, pero nunca pidió comer hasta hoy, porque había estado enfermo toda la noche.

Entonces el anciano le dijo a Felipe que sólo quería tomar un vaso de agua. '¡Qué oídos tan agudos tiene!' le dijo la madre a Tentay. "Debe haber escuchado nuestra charla de que ya no tenemos sopa ni sopa de arroz, por eso solo quiere agua para beber".

Tentay y su madre se abstuvieron de llorar. La hija inmediatamente tomó un vaso de agua y regresó con su padre. 'Padre, aquí tienes tu vaso de agua. ¿Debería usar una cuchara para ayudarte? ¿No quieres sopa?'

El anciano sacudió la cabeza y abrió la boca. Tentay puso la cucharada de agua cerca de la boca de su padre, con la mano temblorosa.

'Déjame hacerlo, Tentay', ofreció Felipe, cuando notó que Tentay estaba nerviosa.

"Oh, deja que la hija haga eso", dijeron dos vecinas que habían entrado y descorrieron la cortina.

El padre tomó cinco cucharadas de agua y nada más. Luego habló: 'Gracias a Dios. Felipe, ¿dónde está Teresa?'

La madre se acercó. "Mi esposa", dijo el enfermo. '¿Dónde están los niños?'

'Están todos aquí. Estamos todos bien. No te preocupes por nosotros. Todos estamos sanos, por la gracia de Dios.'

"Cuídalos siempre".

'Lo haré. No te preocupes.' Casi lloró, si no fuera por el codazo de una de las vecinas a su lado.

"Dormiré un rato", le dijo el anciano a Felipe. 'No te vayas... Y por favor cuida... de mi familia, por mí.'

Felipe se quedó sin palabras. El anciano lentamente recorrió con la mirada a todos los reunidos a su alrededor. Luego apoyó la cabeza en el lado derecho de la almohada y

cerró los ojos. Todos empezaron a susurrar y se aflojó la cortina. Sólo quedaron Tentay y Felipe.

La madre, así como los vecinos, Aling Marta y la anciana Toyang, se sentaron en las escaleras de bambú y empezaron a hablar.

'¿Por qué no hay una sola imagen de Jesucristo en el lugar donde oró Felipe?' –Preguntó Aling Marta.

'Tenemos uno. Tomamos prestada una imagen de la Santa Cruz, una grande. Pero cuando la condición de Andoy mejoró, el propietario nos la recogió. Dijo que le prestará la imagen a un moribundo de Quiapo.

'¿A quién pertenece esa imagen de Jesucristo?'

'La Hermana Barang es la propietaria.'

'Oh, su imagen es muy poderosa. Lástima que ya no esté aquí.

'Conozco otra imagen de Jesucristo. Ésta también es poderoso", añadió la anciana Toyang. "Pero está en Timbugan y no sé quién de nosotros puede ir allí y pedirla prestada ahora mismo".

"Tengo cuatro hijos y no puedo salir de casa", dijo Aling Teresa. "Tentay está aquí, pero no puedo enviarla a hacer recados a ninguna parte".

'¿Por qué no Felipe?'

'Oh, acaba de llegar. Y no estoy segura de que el dueño lo conozca.

Llamaron a Felipe, quien tampoco conocía el lugar. Entonces sucedió que a la anciana Toyang se le asignó tomar prestada la imagen de Jesucristo. También buscaría otra imagen, si esa no estuviera disponible.

'Felipe', dijo Aling Marta, 'no permitas que la cabeza de Andoy se incline hacia el lado derecho. Ese es el lado del diablo. Debe inclinar su cabeza hacia la izquierda, que es el lado del ángel...'

Felipe ignoró tal superstición y volvió a entrar.

'Otra cosa', dijo la anciana Toyang, '¿tienes agua bendita aquí?'

"No tenemos", respondió la esposa del enfermo.

'¿Qué clase de personas eres? Que Dios tenga piedad de vosotros... ¿Ha hecho Andoy su confesión de pecados?'

"Sí, lo hizo la semana pasada, en la casa".

'¿Pero ya tomó la Comunión?'

'Aún no. Quiere tomarla en la Iglesia, cuando esté bien. Dijo que aún no se está muriendo.

'¡Ay dios mío! Ahora le resultará difícil comulgar. Es como si no te importara el alma de una persona.

"Tal vez por eso sufre", dijo Aling Marta, "con la cabeza inclinada hacia la izquierda y luego hacia la derecha".

"Esto sólo ocurrió hoy", dijo la esposa. "Él siempre inclinaba la cabeza hacia la izquierda. También mira el cuadro de Jesús, María y José."

'Bueno, eso es bueno. Eso lo salvará de las tentaciones del diablo', dijo la anciana Toyang, quien luego pronunció una breve oración.

Como quería ver cómo estaba su marido, Aling Teresa se levantó y caminó hacia su cama.

'¿Está dormido?' les susurró a Felipe y Tentay. Felipe respondió 'sí' mientras Tentay asentía.

La madre dijo: 'Gracias a Dios, a la Santísima Virgen María y a Jesucristo', luego cargó a su pequeño hijo y salió de nuevo de la casa.

La anciana Toyang se despidió de ellos para ir a buscar prestada la imagen de Jesucristo, mientras que Aling Marta se quedó con Aling Teresa.

* * *

Aling Marta era viuda y no tenía hijos, ya que su hijo había muerto. Su marido solía jugar a veces, lo que los llevaba a pelearse. Aling Marta recurrió a masticar nuez de betel, fumar y también jugar. A veces incluso se unía a su marido En el reñidero de gallos.

"Y esa es mi vida", dijo Aling Marta. 'Como gatos no deseados. No tenemos una casa propia. Nuestros suegros, aunque cómodos, están enojados con nosotros. Deberías estar agradecida, Teresa. Aunque quedes viuda, tendrás a tus hijos contigo: son tesoros. ¿Cuántos hijos tuviste?'

–Once en total, incluido uno que nació muerto. Pero sólo sobrevivieron seis niños...'

'Todavía tienes seis tesoros. La riqueza de los pobres está en sus hijos.'

'Me alegra que todos resulten estar bien. Pero uno de ellos, Ruperto, está desaparecido. No sé si el mar lo ha reclamado...'

Ella no pudo hablar más y rompió a llorar. Luego sollozó ruidosamente, como si no se diera cuenta de que había alguien muy enfermo dentro de su casa.

'Ay, hijo mío, Ruperto', se lamentó, 'hace seis años que no lo vemos. ¿Qué pasa si regresa mucho más tarde? No podría ver a su padre con vida.'

Al oír llorar a su madre, Tentay salió. Pero cuando supo que estaban hablando de su hermano desaparecido, Ruperto, ella también comenzó a derramar lágrimas.

Amando, de seis años, se acercó entonces a la cama de su padre. Miró a su padre, lo examinó como si no fuera un niño. Entonces Amando se acercó a su madre y la abrazó.

A éste le siguió Víctor, que nació tres años después de Lucio. Víctor simplemente se paró frente a su padre. Él era el estoico, que simplemente miraba el evento que se desarrollaba ante él como si ningún mal viento pudiera tocarlo.

¡Seis niños! Uno menos: el que estaba escondido en un barco y ya debía haber sido tragado por el mar. Una hija que tenía dieciocho años, Lucio, Víctor, que tenía nueve, Amando, que tenía seis, y Julián, al que aún estaba amamantando... Esas eran las llamadas joyas que le dejaría su marido. ¡Los preciosos tesoros de los pobres!

* * *

El llanto afuera hizo que Felipe se alejara del lado del enfermo. Recordó a la familia que su llanto sólo empeoraría la situación del enfermo.

Dijo: "Escuchar el nombre del desaparecido Ruperto, junto con tu llanto, podría acabar con la vida que aún queda dentro de él".

Aling Marta le recordó a Aling Teresa. 'No debes pensar en tu hijo desaparecido sino en los que están aquí. Ruperto es un hombre. Ya es mayor y sabe cuidarse solo.

Eso calmó a todos. Cuando oyeron un crujido detrás de la cortina, todos se apresuraron a entrar. Pero el enfermo sólo movió la mano, tocó la cortina, y se volvió a dormir.

Tentay dijo: 'Ipeng, deberías sentarte primero. Llevas mucho tiempo de pie y es posible que tengas las piernas cansadas.

'Está bien, estoy acostumbrado a estar de pie durante mucho tiempo. Y ya descansé antes sentándome en esa silla', dijo, señalando una silla cercana.

'Sí, pero acércate a mí y te diré algo'.

El banco que le ofreció a Felipe estaba a menos de cuatro pasos de la cama de bambú de su padre. Este banco se podía ver desde el exterior, donde se sentaban Aling Marta, Aling Teresa y los niños. La casa era realmente pequeña. No tenía dormitorio. Era solo un rectángulo de tres brazos de ancho. A un lado había una pequeña y sucia cocina.

Si estuvieras caminando afuera y miraras adentro, podrías ver toda la casa a la vez. Solía haber una habitación, especialmente para la hija soltera, pero esta habitación estaba en desuso. Se convirtió en un espacio para el padre

enfermo, que tosía sangre y respiraba con dificultad durante toda la noche.

Tentay habló. Me avergüenzo mucho de haber tenido que ir a buscarte antes. La gente podría pensar que algo se estaba tramando entre nosotros. Y... ¿qué dijeron tus compañeros de trabajo cuando acababas de dejarlos? ¿Nos vieron? ¿Vieron a Lucio?

Felipe sabía que aliviaría su tristeza si le daba una respuesta equilibrada. Tentay ahora sonreía tímidamente, con los ojos rojos por el llanto anterior. Su rostro parecía un día de verano azotado por la lluvia, antes feliz pero ahora triste. Pero debajo de esto, Felipe vio a una mujer de buen carácter, una hija que amaba a sus padres y una mujer verdaderamente enamorada. Entonces decidió que era su turno de ser honesto pero tierno con ella.

"No te preocupes por venir a buscarme antes", dijo Felipe. 'No te preocupes por eso. Nadie en la imprenta te vio. ¿Y si lo hicieran? Sus comentarios no deben molestarnos, porque no saben lo que hay dentro de nosotros. Además, haremos todo por el bien de tu padre.

"Sí, Ipeng, por culpa de mi padre sufrimos y yo hice cosas que no debería haber hecho".

'¿Y cuáles son esas cosas que no deberías haber hecho?'

"No has estado aquí desde hace varias semanas... Quizás te enojaste conmigo o con mi madre... Y luego fui yo quien tuvo que ir allí a buscarte".

Tentay parecía una vela derritiéndose mientras hablaba. Tenía la mirada baja y la cabeza inclinada.

–Pero viniste a buscarme porque tu padre me estaba buscando. Deberíamos cumplir todos los deseos de un moribundo. Ni siquiera nos molestamos en discutir por qué me buscaste. Lo que quiero saber es por qué tu padre preguntó por mí y qué quiere que haga.

'De hecho, Ipeng, mi padre se está muriendo...'

Entonces ella no pudo hablar más. Recordó las veces que endureció su corazón cuando su padre le hablaba amablemente de Felipe. Ella solo siguió su consejo de aceptar su demanda porque el anciano estaba gravemente enfermo y, de hecho, agonizante. No hubo más tiempo para decir 'no' al pedido de su padre.

'No te culpo', dijo Felipe, al notar que Tentay se había quedado sin palabras, aunque podía adivinar lo que diría. 'Cuando te conocí, ya sentí que eras fría conmigo. Tu padre aún no te había hablado de la riqueza de mi familia en la provincia, y ya no sentías nada por mí. Pero tu frialdad se convirtió en odio cuando supiste que soy rico. Te he dicho muchas veces que no traigo ninguna riqueza conmigo, ya

que esa riqueza pertenece a mi familia. Tampoco puedo aceptar algo que ni siquiera es mío. Incluso te hablé de mis creencias respecto al dinero. Agregué que podrías quedarte aquí con tu familia, no necesitas venir conmigo y vivir con mi familia rica en la provincia. Viviremos aquí y nos ayudaremos unos a otros, incluso si vivimos una vida de pobreza. Pero...'

Tentay mantuvo la paz y se limitó a escuchar.

'Pero Tentay, nunca confiaste en mí. Incluso yo me convertí en una carga para tu familia. Otras personas se vuelven más felices cuando conocen mejor a quien las ama. Pero tú... sólo querías alejarme. Sólo ahora sentí algo de bondad hacia mí por parte de tu madre. Y luego, incluso tú y tu padre sentíais descontento el uno por el otro. Las tres veces que te visité entre julio y agosto pasados ni siquiera me saludaste. Ahora, Tentay, ponte en mi lugar. Me duele no haberlos visitado a usted y a su padre en las últimas tres semanas. ¿Pero que puedo hacer? No quiero cargarte más con mis sentimientos por ti. Sólo esperaba que algún día cambiaras la forma en que me consideras.

Tentay apenas podía hablar mientras escuchaba a Felipe. Tenía la mirada baja, pero a veces levantaba el rostro y miraba a Felipe. Una sonrisa comenzaba a formarse en la punta de sus labios, como si quisiera decir: 'Oh, ¿por qué tienes que recordarlo todo?' Pero como la muerte tocaba a su puerta, no era el momento adecuado para abrirle su corazón a Felipe y decirle que no debía preocuparse más.

Quería decirle que ya lo amaba, que ya no lo trataría con frialdad ni le mostraría la sombra de sus dudas. ¡Tal era el misterio del amor!

'Pero ahora', continuó Felipe, 'por la tristeza que ahora nos llena a todos, ya que estamos esperando que tu padre fallezca, simplemente protegeré estos sentimientos. Sólo me abrí contigo porque me hiciste preguntas.

Tentay tampoco podía hablar. Ella se dio cuenta de su error. ¿Por qué había permitido que los buenos deseos de su padre la hicieran rechazar a Felipe? ¿Por qué había insultado un amor que era puro y verdadero? Felipe llevaba un año cortejándola y no mostraba nada más que respeto y bondad hacia sus padres, cariño hacia sus hermanos y humildad y amor hacia ella. Nunca se mostró altivo durante sus visitas. Pero le preocupaba el destino de su madre y sus hermanos, si alguna vez se casaba con un hombre rico y poderoso como Felipe.

Capítulo 10

LOS ÚLTIMOS DESEOS DE UN PADRE

Las sombras de todo lo que había sucedido y todavía estaba sucediendo revoloteaban en los pensamientos de Tentay. Le preocupaba que su terquedad con respecto a la petición de su padre pudiera haber empeorado su situación. Ella se culpó a sí misma.

Hace dos noches recordó que su padre ya se estaba despidiendo de ellos. Atormentado por una tos terrible, pidió perdón a su esposa por no amarla lo suficiente. Su madre y Tentay habían llorado copiosamente y su madre había abrazado a su padre.

Su padre le dijo: 'Tentay, si realmente no puedes amar a Felipe debido a su riqueza y al posible maltrato de su familia, tú decides. Pero entre los hombres que te cortejan, yo

prefiero mucho a Felipe. Su bondad será su factor redentor sobre su riqueza. Me gusta no por su riqueza, sino por su amabilidad. Su salario en la imprenta y la riqueza de su familia le ayudarán a vivir una buena vida. A diferencia de mí, que desde joven, hasta ahora, tenía que trabajar duro día y noche, aunque estuviera enfermo. Pero todavía había días en que no teníamos nada que comer, y ahora moriré sin dejarte nada más que pobreza y deudas. Si no amas a Felipe, entonces no te cases hasta que Lucio sea un adolescente o tu hermano Ruperto haya regresado con nosotros. Al oír el nombre de su hermano, las lágrimas volvieron a brillar en las mejillas hundidas de su padre.

Después de un rato, su padre volvió a dormir y su madre volvió a hablar con Aling María. Tentay aprovechó esta ocasión para volver a hablar con su padre, aunque sólo fuera en sus pensamientos. Ella le dijo que no se preocupara más. *Seguiré tus consejos respecto a Felipe. No me dejes con pensamientos tristes en tu corazón con respecto a esto. No quiero que estés triste, ni siquiera en el más allá. Si así lo deseas, que así sea mi destino, que así sea, mi querido padre, ahora todo lo tengo claro...*

Después, le recordó todo esto a Felipe, e incluso agregó que cuando su padre despertó, ella le contó estas cosas. Una especie de felicidad se había apoderado del rostro de su padre, y pidió que trajeran a Felipe para poder hablar. Por eso, aunque pudiera parecer indecoroso de su parte, habían

tenido que correr hasta el lugar de trabajo de Felipe a buscarlo.

'¿Y qué me dirá?' preguntó Felipe.

'No sé. Pero supongo que te hablará de mi familia y de mí.

'Pero lo que le dijiste a tu padre... ¿realmente salió de tu corazón?'

'Sí, y puedo repetirlo delante de Dios'.

Felipe no esperaba tanta felicidad ese día. En medio de tanta tristeza y pena, las palabras de Tentay fueron suficientes para ahuyentar las nubes oscuras.

Por su parte, Tentay se sintió muy aliviada. Siguió el consejo de su padre y también siguió lo que su corazón decía. Felipe pensó para sí mismo: 'Yo también moriré si mi padre fallece con malos sentimientos hacia mí'. Y en ese momento, Tentay instó a Felipe a que se acercara a su padre y le dijera con toda humildad cuáles eran sus intenciones.

* * *

En ese momento, se les acercó Amando, el hermano más amable de Tentay. Le rodeó la cintura con el brazo y miró a su hermana mayor. Solo por su mirada, Tentay supo que quería decir algo pero no podía decirlo en voz alta. Entonces acercó su oído a Amando y le preguntó: '¿Qué pasa?' Tentay

estaba perturbada por lo que susurró Amando. Miró hacia afuera y luego a su madre sentada en las escaleras, pero no dijo nada. El niño no la dejó y ella le dijo que esperara. Felipe preguntó qué pasaba.

'¿Qué te dijo Amando?' preguntó Felipe.

"Nada", respondió suavemente, mientras miraba a su hermano que caminaba hacia su madre.

"Por favor, dime qué pasa", dijo Felipe.

"Sólo espera aquí", respondió Tentay, luego se levantó y salió. Se sorprendió al ver a través de la puerta que la estufa estaba encendida y Lucio se paró frente a ella. ¿Qué estaba cocinando? ¿Arroz? Tentay se acercó a la estufa y levantó la vasija de barro. De hecho, era arroz.

Aunque fuera una jugadora empedernida, Aling Marta tenía un corazón de oro. Ayudaría a los demás rápidamente si tuviera los medios para hacerlo, especialmente si hubiera ganado en el juego. En momentos como estos, sus manos estaban extendidas hacia quienes le pedían dinero prestado o buscaban su ayuda... Sabía que a la familia de Aling Teresa a veces le faltaba comida. Aling Marta se dio cuenta de que la familia aún no había almorzado. Ya deben ser las 3:30 de la tarde. Pero Aling Teresa no podía confiarle esto directamente. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras su

pequeño hijo se acercaba sigilosamente a ella y le susurraba sobre el arroz guisado.

Pero ¿quién entre sus vecinos los ayudaría esta vez, ya que se habían acostumbrado a que la familia pidiera ayuda? Aling Teresa tenía una hermana en Tondo, pero estaba casada con un hombre cruel. Ahuyentaría a cualquiera de la familia de Aling Teresa que fuera allí y pidiera ayuda.

Habían pasado dos meses desde la última vez que Tentay trabajó en la fábrica de tabaco, y además los salarios eran bajos. Tendría suerte si se llevara a casa dos pesos, que no eran suficientes para pagar el pasaje y la comida. Desde que su padre enfermó, tanto madre como hija habían decidido aceptar vestidos para remendar o coser en casa. Algunas personas les traían prendas para coser, vestidos, pantalones cortos y camisetas de estilo chino para hombres. Cosían la ropa con la máquina de coser en casa de la amiga de Tentay.

Pero hacía tres días que no cosían, a causa de la terrible enfermedad de su padre. El dinero que se les había pagado ya se había utilizado para comprar alimentos y medicinas para el enfermo. Una mujer que estaba casada con un estadounidense les pidió que le cosieran dos vestidos en rojo fuego, pero aún no podía conseguirlos, aunque ya había pasado un mes. Dijo que a su marido aún no le habían pagado y que ella no tenía dinero para pagar los vestidos. Un día, regresó y dijo que primero compraría un vestido y luego volvería a pagar los dos. Ella nunca lo hizo. Tampoco vieron

ni la sombra del marido americano. Aling Teresa había pensado en vender el traje por desesperación, pero nunca lo hizo. No quería que la acusaran de vender algo que no le pertenecía. Si fueran sólo la madre y la hija podrían vivir sin comer mucho, pero ¿qué pasa con los niños y el enfermo?

Finalmente, pudo ofrecerlo a la venta a una vecina, que se mostró reticente ante el color del vestido. Tampoco le quedaba bien. Por compasión a la pobre Aling Teresa, la vecina le dio dos pesos, que les alcanzaron para comprar comida para todo el día y también para el día siguiente. Pero ¿qué eran dos pesos para seis personas, incluido un enfermo que apenas comía y necesitaba medicinas?

¿Y Lucio, qué ayuda proporcionaba? Cuando su padre enfermó, se unió a Tentay en la fábrica de tabaco. Allí aprendió a fabricar cigarrillos, acarreaba fardos de tabaco y vertía las hojas trituradas en la máquina. El capataz le daba órdenes y a veces le pegaba a Lucio en la cabeza. Tampoco le dieron de comer, aunque le ordenaron que les trajera la comida, recogiera los platos y los lavara. Dos veces al mes recibía tres pesos y cuando su hermana dejó la fábrica, él hizo lo mismo. Junto a otros niños, llevaba desde la mañana hasta la noche bultos y maletas de las personas que tomaban el barco en Escolta. ¿Pero qué ganaba allí? Ganaba cuatro, ocho o dieciséis pesetas diarias, pero a veces las perdía jugando. Cuando perdía, le decía a su madre que las ganancias del día en el muelle habían sido escasas. ¿Quizás Lucio, como los demás jóvenes que trabajaban allí, también

había adquirido la costumbre de sacar algo del interior de las maletas que llevaba, si el dueño miraba hacia otra parte?

Por eso Aling Teresa le pidió a su hijo que dejara de trabajar allí, por miedo a que esto fuera una carga adicional a sus ya múltiples problemas.

¿Y Víctor, que sólo tenía nueve años? Había causado muchos problemas a sus padres. Siempre estaba en la calle, testarudo, juguetón, siempre inmerso en el juego y no le importaba en lo más mínimo la pobreza de la familia. Como su padre había caído enfermo, sería un día de suerte si lo pudieran encontrar en casa aunque fuera por una hora. Por las mañanas salía y se dirigía a Trozo, donde bañaba a los caballos en el mar o en el río, pagando una tarifa. Más de una vez se había caído de un caballo o fue perseguido por la policía en la calle. Los ocho pesos que ganaba con esto no le alcanzaban ni para comer.

De hecho, Mang Andoy tenía razón al buscar a alguien que ayudara a su familia después de su fallecimiento. Esto debía ser lo que le daba fuerzas mientras ya dormía, para cuando despertara más tarde, poder hablar seriamente con Felipe y decirle sus últimos deseos. Veía a Felipe como alguien que protegería y cuidaría a su hija.

Pero Felipe debió olvidar que no pidió permiso para salir de la imprenta. Sus compañeros de trabajo lo vieron salir, pero no estaban seguros de que regresaría más tarde. Pero

esto no le importaba. Lo que importaba era escuchar las últimas voluntades del enfermo, ver a la mujer que amaba, poder ayudar a esta familia destrozada por tanta pobreza... Todo eso le importaba más que el azote de palabras que pudiera recibir en la imprenta.

Felipe se consideraba estoico, pero se le cayeron las lágrimas al ver a los niños comiendo felices la comida que les daban y a la madre comiendo bocados de arroz, para poder tener leche para alimentar al bebé que estaba amamantando. Los niños estaban encantados porque esta vez no estaban comiendo sopa de arroz aguada sino granos de arroz puros y reales. Por eso Aling Teresa no pudo regañar a Lucio quien, cuando Aling Marta le dio el dinero, compró arroz pero no lo cocinó con mucha agua, para hacer sopa de arroz, como le indicó. El joven ya debe estar cansado de comer sopa de arroz aguada todos los días.

Tentay no quería comer. Incluso si su familia la invitaba una y otra vez a comer, ella no lo hacía. "No tengo hambre", dijo. Y en realidad ya no podía sentir hambre, acostumbrada como estaba a dar su parte de comida a su familia. Ella simplemente lo entretuvo para evitar que Felipe notara cómo sus hermanos recogían el arroz y se lo comían con avidez. Pero Felipe también le pidió de comer.

Aling Marta ya se había ido para entonces.

Felipe notó la evidente pobreza en la choza, incluso si la madre y la hija intentaban ocultarla. Dentro de la casa, le contó a Tentay sus sentimientos.

Él dijo: 'Ni siquiera me consideras uno contigo: uno contigo en sentimientos, uno contigo en el manejo de tus problemas. ¿Y qué si sé que no tienes dinero para el almuerzo? Tentay, ni siquiera pensaste en mi situación antes, cuando Aling Marta estuvo aquí. ¿Por qué estoy aquí si no puedo ayudarlos a todos?'

"Por favor, no me culpes", respondió la mujer suavemente. '¿Fui yo quien dio la bienvenida a Aling Marta? Y a mi madre seguramente le da vergüenza que te hayas dado cuenta de que hoy no tenemos comida.'

'Sí, Tentay, ambos tienen razón. Ahora estoy pensando que el culpable soy yo... Se detuvo y pareció escuchar una voz dentro de él. "Soy consciente de su pobreza y debería haberle ofrecido mi ayuda".

Y luego los dos guardaron silencio. Tentay no quiso hablar más. Felipe tampoco. Se culpó a sí mismo por no darse cuenta de que no había comida para ese día porque creció rico y nunca había tenido un día sin comida en su vida. Y entonces recordó la naturaleza reservada de Tentay, ella, que todavía lo trataba como a un extraño. Pero lo atribuyó al hecho de que recientemente habían hablado de sus sentimientos...

Su silencio se rompió cuando el hombre dormido se giró sobre la cama. Pensaron que se levantaría, pero simplemente se tumbó boca arriba y jadeó, como si se quedara sin aliento. Parecía tan cansado, como si hubiera caminado durante mucho, mucho tiempo. Tanto Tentay como Felipe no sabían qué hacer.

'¡Padre! ¿Que le pasó?' preguntó Tentay.

Desde afuera, Aling Teresa se disparó hacia adentro como una flecha. '¡Andoy! ¡Ay, mi Andoy! dijo ella, gritando su nombre mientras corría hacia su cama.

Los niños, que acababan de terminar de comer, también quedaron estupefactos. Incluso el bebé que estaba amamantando se despertó. Felipe calmó a todos.

"Todos, por favor, guarden silencio", dijo. "Tu padre está así porque acaba de despertar".

Y eso parecía la verdad. La respiración del enfermo se tranquilizó. Abrió los ojos y escudriñó los rostros que lo rodeaban: su esposa, sus hijos y Felipe, todos reunidos alrededor de su cama. Luego miró a Felipe y asintió con la cabeza al joven. Felipe se acercó y acercó su oreja a la boca del enfermo. Pero su voz no era suave: Tentay y Aling Teresa también escucharon las palabras del enfermo. Le estaba diciendo a su familia que no se lamentara ni llorara. Pidió a los niños que fueran con Aling Teresa y Tentay. Les dijo que

se callaran y que se fueran un rato, que quería decirle algo a Felipe.

Corrieron la cortina y salieron.

–¿Qué hora es, Felipe? –preguntó el enfermo al cabo de un rato.

Hablaba con claridad, incluso si su voz era ronca y su respiración era entrecortada.

"Deben ser alrededor de las cuatro y media de la tarde", respondió amablemente el joven.

'Oh, todavía es temprano. Me olvidé... '

'¿Se siente mejor ahora?'

'¡Ay, hijo mío! Me siento un poco mejor ahora. Pero será así. Todas mis fuerzas... se han ido...'

'¿Quiere comer sopa de arroz?'

El anciano sacudió la cabeza, levantó la mano y se señaló la garganta. Con voz ronca, dijo que era difícil que la comida pasara por su garganta.

Felipe escuchaba la respuesta del enfermo cuando entró Tentay con una taza de arroz lavado caliente y una cucharadita. Al escuchar la palabra 'congee', madre e hija corrieron a la cocina y sacaron parte del arroz hirviendo que

Lucio había dejado a un lado. Esto sería bueno para su padre enfermo. Lucio le estaba dando a su hermana un cubito de caramelo que le regalaba su madre.

Pero cuando le ofrecieron la comida, el rostro del enfermo se transformó en una mueca. Era una mueca más de tristeza ahora que ya no podía disfrutar el sabor de la comida. Pero Felipe logró convencer al enfermo para que abriera la boca y tomara unas cucharadas del arroz lavado endulzado con caramelo. Los que le daban de comer quedaron encantados, porque el enfermo se terminó media taza. Durante la noche y el día no había comido ni bebido nada, excepto el agua que había bebido antes. Su familia agradeció a Dios y pensó que su padre pronto se recuperaría.

Después todos se marcharon nuevamente, dejando a Felipe solo con el enfermo. Aling Teresa hizo callar a la bebé Huleng y se la entregó a Tentay. Luego se sentó cerca de la cortina para poder escuchar las conversaciones al otro lado.

'¿Aún le duele el pecho?', preguntó Felipe después de un rato.

'¡Oh sí! Parece haberse ido... Destrozado...'

El joven no habló durante un rato. Miró el pecho del enfermo y supo que sus días estaban contados. Mang Andoy siguió hablando.

'Felipe, gracias por venir hasta aquí... ¿Te fueron a buscar?'

'Sí, lo hicieron.'

'Quiero hablar contigo... antes de morir... Teresa te dirá algo... algo que ya habíamos comentado... ¡Oh! Por favor, cuida de mi familia... cuando me vaya... eres el único en quien puedo confiar... He estado enfermo durante un año... Ya he tomado demasiados medicamentos... Pero esta enfermedad parece ser mi destino... Cuanto más tiempo pasa, más sufro... Es mejor para mí morir... así nuestra vida no empeorará... Ya no seré una carga para mi esposa y mis hijos... ¡Qué pobreza tan terrible, Felipe!'

Entonces el enfermo se detuvo, como si quisiera que su pecho y su lengua, agitados, descansaran.

–Quizá le haga bien –dijo Felipe– que descanse un rato. Podemos hablar más tarde, cuando se sienta mejor.

«No», dijo el enfermo, sacudiendo la cabeza, «me iré en cuanto oscurezca. Cuando me quede en silencio, será para siempre. Felipe... ¿sigues siendo miembro de nuestra Alianza de Trabajadores?

'Sí, lo soy.'

'¿Esta mejor ahora?'

Felipe dudó entre decirle la verdad o no. Pero entonces, ¿por qué ocultar la verdad a los enfermos?

'No, no está.'

El enfermo suspiró. 'Parece que nunca veré que la Alianza salga tan bien como debería... No pueden arreglarlo... ¿Es todo lo que podemos esperar, especialmente de alguien como yo que está enfermo? En los últimos meses le pedí a Teresa tres veces que fuera a nuestra sede... Pero no había nadie allí... Cuando había alguien, decía que no podían hacer nada por mí... la Alianza no tiene dinero... y además estaba sumida en deudas... Entonces, si muero ahora, los que dejaré atrás no tendrán nada para sí mismos... Lástima para nuestra Alianza. Me uní aunque ya estaba débil, el mismo Día del Trabajo. Pensé que, con toda esta gente alrededor, la Alianza sería un éxito... Resulta que ni siquiera pueden ayudar a un miembro enfermo como yo...'

Capítulo 11

TALÍA Y YOYONG

Lo anunciaron cuatro periódicos: dos españoles, uno filipino-español y uno americano, al que luego siguieron los demás periódicos que salían en Manila, incluso en las páginas de los publicados en tagalo. Aunque no salieron simultáneamente, y aunque se notaba que las que siguieron tenían frases y extractos de noticias anteriores, todas parecían ser una tarjeta de invitación de don Ramón Miranda.

¿Y de qué trataba la invitación?

NaTalía Miranda y Honorio Madlang-Layon se iban a casar la tarde del próximo sábado. Se llevaría a cabo en la catedral, por lo que la invitación se envió a personas destacadas que viven cerca de la catedral, hasta el barrio de Don Ramón.

Ya era mediados de noviembre.

La estupidez de los periódicos volvió a salir a la luz. Además de la carta de invitación de Don Ramón que brillaba como un rayo, los periódicos también publicaban cartas floridas y llenas de sentimiento. De hecho, había una advertencia al final de la página de que los lectores no podrían asistir a la boda debido a la invitación impresa en los periódicos. Sin embargo, los dueños del periódico esperaban poder asistir; de hecho, las cartas de invitación decían que el evento estaba abierto a la prensa, cuyos integrantes podrían incluso ingresar al interior de la casa. Por lo tanto, ya no era necesario enviar invitaciones individuales a todos los miembros de la prensa. A esta dulce invitación se produjo una aprobación general, por lo que los periodistas rebuscaron en sus memorias, y hasta consultaron diccionarios, para encontrar las palabras más espumosas, que se adjuntarían al nombre de don Ramón Miranda y de los futuros esposos.

Para don Ramón, estaban decidiendo si utilizar o no 'rico y terrateniente', 'el inversor sabio', 'el asesor de los capitalistas filipinos', 'feliz', 'honorable', 'noble', 'soltero', 'incansable Director General de The Progress', entre otros.

Para Talía: flor hermosa, fragante, recatada, genial, la mayor de las dos estrellas de la familia Miranda de Santa Cruz...

Para Yoyong: joven y apuesto, famoso escritor y experto legal, artístico y político en ascenso, el abogado ganable y brillante profesor de derecho, 'uno de nuestros más queridos amigos'...

Los periódicos de Manila lanzaron una ráfaga de sus habituales frases recuadradas anunciando la boda en la familia de don Ramón Miranda. Sonaban como trabajadores contratados tocando tambores y platillos para anunciar un espectáculo diferente al de los teatros.

Fueron distinguidos los padrinos sugeridos por la familia del joven, entre los que se encontraba el comisario W. También fueron distinguidas las madrinas sugeridas por la familia de la joven, encabezadas por la rica viuda de Lafuente. Don Ramón había querido que la señora Loleng fuera uno de ellos, pero Talía lo rechazó.

La invitación y los anuncios de don Ramón tampoco podían faltar en el periódico de Delfín. Todos decían: "Voy a ir a esa boda", "me uniré al director", "escribiré las noticias yo mismo". Varios de ellos siguieron leyendo y releyendo la carta de invitación, pero no leyeron los nombres de *NaTalía* y *Honorio*. En cambio, leen Meni (por Filomena) y Delfín; comentarios sarcásticos para un compañero de trabajo al que querían tomar el pelo y que pensaban que tendría envidia de la gran boda de una de las hijas de Don Ramón...

Unas fuertes risas siguieron a sus lecturas de los nombres. Todas sus miradas se posaron en Delfín, quien se quedó sentado sin hablar, y todos continuaron con sus malos comentarios y burlas.

"Me uniré a Delfín", dijo uno de ellos. "No tengo nada que temer si estoy con él".

'¿También fuiste invitado?' -le preguntó uno de los directores a Delfín.

'¿Yo? Incluso podría recibir una patada de don Ramón si voy.

'¿Y por qué?', preguntó alguien en señal de protesta: 'vas allí como miembro de la prensa, como todos nosotros aquí'. Pero si don Ramón te da la espalda y tú sigues pellizcando a Meni desde el primer momento que la veas allí, entonces tu suegro sí te daría una patada.

'Ssssshhh', siseó el director en tono de broma, por lo que las risas se calmaron. 'Pellizcar es algo que no hacemos aquí en el trabajo. Oye, volved al trabajo.'

"Pero espere, querido director, aclaremos quién asistirá a la boda".

"Yo, sólo yo", dijo el director en tono burlón.

'No, eso no puede ser. Todos deberíamos asistir.'

'Seang y Reynoso estarán allí, sin duda', dijo uno alegremente.

–¿Y los de Sampaloc? añadió otro. "Oh, bailaré sin cesar con cualquiera de las mujeres".

–¿De Sampaloc? –preguntó alguien más, y siguió con risas y una mirada burlona al que había hablado antes, como diciendo: '¿Son de Lardizábal?'

El orador anterior entendió esto y ambos se echaron a reír.

'Y sin duda encontrarías allí a Julita, a la Maestra Inés y a toda la familia en Makapugay también...'

'¿Ah, de verdad? Entonces me gustaría bailar con Julita.

'Bailaré con la Maestra Inés.'

"Bueno, puedes estar con Inés y enfadarte", añadió otro.

'¡Bailaré con Meni!' dijo el director.

"Oye, bailaré con ella", respondió otro.

"Bailaré con Meni en los dos pasos", añadió otro.

"Bailaré el *vals* con ella".

'Y bailaré con ella cuando comiencen los siguientes bailes: el *rigodón*, *Delaware el honor*, el vals y los dos pasos', dijo el director.

Y todos hablaban juntos como un grupo de chinos ruidosos. Sólo eran seis, pero el ruido que hacían era imposible. Discutían sobre quién bailaría con Meni, aunque todavía faltaban tres días para el sábado, la boda y el baile.

'¿Y qué pasaría con Delfín?' preguntó uno de ellos, finalmente, en defensa, '¿si le arrebatamos a Meni?'

'Delfín es comunista', dijo el Director al ver que Delfín sólo sonreía y se mantenía reservado. 'No se quejará cuando nuestra *comunidad*...'

'¡Oye, oye, mi comunismo no incluye eso!' dijo Delfín, quien no pudo contener más su molestia. "Una mujer no es como una gallina, a la que todo el público puede picotear."

'¿Y por qué no?' preguntó alguien más, "el verdadero comunismo debería estar abierto a todos". No se puede hacer mitad y mitad, ni siquiera en trozos. En propiedades, capital, inteligencia, aquellos a quienes cortejas, e incluso tu esposa...'

"Hola", interrumpió el director. 'La esposa ya no está incluida. Ese tipo de comunismo es sólo para bárbaros, no para gente civilizada como Delfín y yo, ¿verdad? ¿Delfín?'

Creo que sólo nosotros dos tenemos derecho a bailar con Meni.

"No está bien", dijeron los otros cuatro trabajadores al unísono. '¡Todos nosotros! ¡Todos!'

'¡Todos ustedes deberían callarse!' Dijo Delfín en voz alta. "Mi nariz se está estrechando... Ni siquiera sabéis si podéis asistir sin una carta de invitación adecuada, pero ya estáis eligiendo a las parejas de baile".

"Está bien, eso es todo", interrumpió el director. "Volved al trabajo". Hablaremos de esto más tarde. Ya es mediodía y nadie ha escrito nada todavía. Dejadme escribir la noticia yo mismo...'

El ruido en la sala de redacción disminuyó lentamente. Como herreros que habían vuelto a tomar sus martillos y el hierro, regresaron a sus respectivos yunques. Los ecos de las risas fueron reemplazados por el sonido de los bolígrafos sobre el papel. Alguien hacía un ruido, alguien susurraba, alguien discutía, alguien se quedaba en silencio. Algo tan pequeño los había conmovido, pero las puntas afiladas de sus plumas podían despertar a un país que llevaba mucho tiempo dormido, podían desterrar la pesada carga de quienes gobiernan, podían causar problemas a toda la humanidad. Y ese era el valor, caro o barato, de las horas que transcurrían cada día en el mundo de los periódicos.

* * *

El sábado se acercaba rápidamente.

Las solteras de Santa Cruz parecían casarse ellas mismas, según los preparativos que hacían para la boda, eligiendo los vestidos que llevarían para el baile. No les gustaba la ropa que ya habían usado. 'Este vestido es caro y bonito, pero ya lo usé durante el Santo Rosario. Este vestido y pañuelo se han visto antes, durante la festividad de Nuestra Señora del Pilar. Este color es ahora demasiado común; ese color no combina con este vestido; ese color es feo por la noche. La novia vestirá de blanco en la iglesia, de azul claro en casa y de rojo durante el baile. Por tanto, no debemos vestir los mismos colores. Deberíamos tener diferentes colores, cortes y diseños, para no quedar tan mal en comparación con la novia y los demás invitados...' Estos fueron los pensamientos que llenaban la mente de las solteras de Santa Cruz que eran amigas de Talía, así como los de Quiapo, Trozo y Binondo, que habían recibido la invitación a la boda. Las que tenían los medios compraron vestidos nuevos, mientras que las demás se conformaron con añadir nuevos diseños, nuevos aretes y otras cosas que le dieran a sus vestidos una sensación de novedad a los ojos de los demás invitados.

Así que compraron, cosieron, midieron y probaron vestidos con frenesí en las casas de las mujeres solteras, durante los últimos cuatro días antes de la boda.

Pero entre todos ellos, Isiang era la más ansiosa. Ella acompañaría a Talía a la fiesta en su honor el sábado por la tarde y le pondría el velo durante la boda. Martín Morales era el padrino de boda de Yoyong: el farmacéutico que amaba a Isiang, que trepó valientemente y sacudió el ciruelo cerca de los manantiales de Antipolo. ¡Qué buenas elecciones! Ambos habían trabajado en esto. Isiang planeaba ser la dama de honor de Talía, mientras que Morales le preguntó a Yoyong si podía ser el padrino. Se decía que a quien le pusiera el velo algún día también le pondrían un velo en la cabeza...

Por eso, la señora Loleng, madre de Isiang, se sintió aún más orgullosa. Madre e hija habían vagado por la ciudad, habían estado en las tiendas de París, Manila, Islas Filipinas, Ricart y Soler, La Bella Filipina, Nuevo Siglo, Siglo XX y hasta el Almacén de Velasco, y al llegar a casa y probarse la ropa, todavía estaban descontentas con ella. Isiang había hecho confeccionar tres conjuntos de ropa, como si hubiera querido que los invitados la confundieran con la novia. Si la confusión llenó a Talía y su hermana, así como a sus diseñadores y modistas, la misma confusión también llenó la mente de la señora Loleng y su hija al coser sus vestidos para la boda y el baile.

¿Y qué hay de los hombres? También se estaban preparando, qué más: zapatos nuevos y corbatas nuevas alcanzaban para un solo traje viejo y negro, lo cual estaba bien, ya que el evento se realizaría de noche.

A medida que se acercaba el sábado, la falta de tiempo preocupaba profundamente a quienes habían invitado y a quienes habían sido invitados. La ansiedad por los preparativos había llegado incluso a la catedral el sábado al mediodía. Lo que Miguel le dijo a Julia en la obra musical, *No Más Herida*, parecía acertado: 'se iluminarían todas las iglesias, y se haría girar la campana de la torre...'

* * *

Don Ramón convocó el viernes a veinticuatro trabajadores varones en El Progreso: algunos ayudarían a limpiar la casa y decorarla, así como el jardín, mientras que los otros ayudarían a cocinar y almacenar la comida. Se pidió a seis mujeres que también trabajaban en la fábrica que ayudaran a colgar los damascos y las cortinas, así como a extender las diferentes alfombras. También se les pidió que colgaran los marcos de las puertas y los banderines de las ventanas, así como que pusieran fundas de tela en las sillas y dibujaran el diseño en la plataforma. Se perdieron dos días, el viernes y el sábado. Recibirían su salario semanal de cuatro días el lunes siguiente, porque don Ramón nunca pensó en tener que pagar los sueldos de más de 1.000 personas ese viernes por la tarde. Generalmente recibían su salario en sábado pero Don Ramón le dijo a Don Filemón que los salarios se los debían dar el lunes siguiente, esta vez. 'Mi estómago, aguantará este día', parecían murmurar para sí los trabajadores de la fábrica de tabaco, al escuchar las instrucciones del dueño de la fábrica. No tendrían trabajo un

sábado, pero tenían que ayudar en la boda de la hija de su patrón. Por eso los trabajadores a quienes don Ramón no eligió para ayudar en la boda se quedaron en casa dos días, rascándose la barriga.

Gracias a los veinticuatro hombres y seis mujeres, junto con los demás que ya estaban en la casa de don Ramón, sus exteriores e interiores, visibles de cerca y de lejos, aunque fuera sólo el mediodía del sábado, ya parecían un palacio en un "Reino en Albania", si tuviéramos que creer en las obras de teatro de antaño. Podría haber sido un palacio, ya que era realmente hermoso y grandioso. Las plantas crecían exuberantemente al frente y a los lados, muy parecidas a los tan cacareados jardines de las princesas. Sin embargo, no tenía una torre de siete niveles, ya que este país era propenso a los terremotos.

Colgadas de las paredes hechas de piedra y hierro había faroles de papel japoneses de colores tan hermosos, anunciando a la gente, aunque todavía estuvieran lejos, que este era un lugar donde se iba a realizar una gran celebración. Los faroles de papel japoneses también abundaban en los jardines, las puertas e incluso en el espacio bajo la gran casa, colgados de las ventanas e incluso detrás de la casa. Sólo las linternas de papel japonesas ya debieron costarle a esta boda cientos de pesos. Podría haber causado alguna mejora en la suerte de los filipinos si estas linternas de papel que adornaban las fiestas, hechas por chinos y japoneses, se hubieran elaborado aquí. El trabajo se

hubiera hecho aquí y se hubiera quedado aquí... ¿Pero cuándo pensaría así gente como don Ramón?

Los vendedores de plantas en Singalong y Pasay también tenían algunos familiares trabajando en The Progress. Ofrecieron diversas flores y plantas, hermosas hojas y cocos, palmeras y banianos, y otras plantas y arbustos decorativos para la casa donde se iba a celebrar la fiesta. Se ofrecieron muchos de ellos pero sólo se compraron unos pocos. Cuando se trataba de dar obsequios y solicitar favores, los filipinos pobres podían compararse con los ricos que nunca padecían los dolores del hambre.

Pero cuando llegó la tarde llovía. Las linternas de papel japonesas y otras decoraciones del exterior de la casa se mojaron. Pero esto no afectó la animación de la fiesta. Los novios que estaban a punto de casarse, sus padres, testigos, damas de honor y padrinos, y muchos otros, llegaron a la catedral cuando aún no eran las cinco de la tarde. La lluvia atrapó a algunos de ellos mientras se dirigían a la catedral, donde se llevarían a cabo los ritos y rituales de la boda de los ricos a las cinco y media. Algunas personas ya estaban esperando en la iglesia, mientras que otras se dirigían a la gran casa.

El dinero gobernaba en los ritos y rituales realizados por la iglesia. Algunas partes de las ceremonias se acortaron o alargaron, pero pase lo que pase, todo se redujo a esto: tres sacerdotes, sacristanes, los que encendían las velas y

sostenían los pequeños pero brillantes fuegos artificiales, luces brillantes en las que se había gastado mucho dinero. con puro abandono, costosas cortinas y flores frescas, gruesas alfombras y humo del incensario, campanas, música de órgano, orquesta, cantos, oraciones, bendiciones y otros rituales vacíos e inútiles para que la boda parezca respetable y costosa...

'Tú, mujer, ¿aceptas a este hombre como tu legítimo marido?'

'Sí.'

'¿Y qué hay de ti, hombre? ¿Aceptas a esta mujer como tu legítima esposa?'

'Sí.'

'Hombre, te doy una esposa y no una esclava.'

'Mujer, saliste de la costilla de un hombre, ámalo y síguelo con todo tu corazón...'

'Que ambos vivan juntos y vivan bien...'

Estas y otras cosas se hablaron en latín y español, y así se celebró la gran boda.

El carruaje en el que viajaban los recién casados encabezaba el convoy de regreso a casa y parecía haber

descendido de las nubes. Lo tiraban dos caballos negros con ojos color carbón y movimientos de reyes, que levantaban las patas, estiraban el cuello y trotaban.

Lo seguía el carruaje en el que viajaban la señora Loleng e Isiang, un carruaje rocoso con cristales brillantes tirado también por un caballo negro de pelaje como el de un ciervo.

A continuación, estaba el carruaje del padrino, el comisario W, al lado del carruaje que transportaba a don Filemón.

Lo seguía el carruaje de don Ramón, junto al de la madrina, la viuda de Lafuente, lo que irritó a la señora Loleng cuando sus miradas se encontraron. Isiang no quiso alejarse del carruaje de los recién casados. La señora Loleng quería que su carruaje estuviera cerca del de don Ramón, para poder ver cómo actuaba ante la otra madrina...

El carruaje que transportaba al farmacéutico Morales y a Celso Bentus iba de un lado a otro: avanzaba, luego aminoraba la marcha, avanzaba al lado de otro carruaje, queriendo estar cerca del de Isiang, que seguía mirándolos atrás. Pero no pudo insertarse en el camino de los otros vagones, a causa de los personajes distinguidos que había dentro de esos coches.

Después de éste iban otros quince vehículos de construcción mixta: carruajes tirados por caballos, vehículos tipo caja tirados por un pony nativo, dos automóviles que

transportaban a los que asistirían a la boda en la iglesia: hombres y mujeres, la mayoría solteros; algunas personas que trabajan en el gobierno; algunos empresarios y propietarios de fábricas; amigos de Don Ramón o de los recién casados.

Desde la catedral hasta la casa de Santa Cruz, toda la comitiva, cuando se la miraba por primera vez, parecía un cortejo de muertos, pero un cortejo de alguien rico. Pero este pensamiento se desvanecería al ver a la pareja sentada dentro del carruaje principal, así como las costosas ropas de las mujeres, ninguna de las cuales vestía el color de luto, y no tenía rastro de tristeza en sus rostros.

* * *

Mientras estaban sentados juntos, Talía y Yoyong no recordaban ninguna muerte: ningún dolor, ningún horizonte del cielo asomándose ante ellos; ni lágrimas, ni amarguras, ni sufrimiento, ni espinas de la vida. Todos sonreían, todos parecían frescos, todos eran fragantes, agradables y guapos. Honorio, que ya debería estar acostumbrado a ver una estrella cayendo del cielo, compañero de vida y portador de felicidad, habiendo experimentado todo esto antes, ahora parecía nuevo en los caminos del amor. No sabía qué decirle a Talía. Y cuando miraba a la gente que los miraba fijamente, le parecía ver sólo lombrices, mientras que por eso se sentía afortunado y mil veces más feliz.

Pero lo fue más con Talía. Sabía que todas las jóvenes estaban llenas de envidia. Sintió la oleada de sentimientos en los corazones de quienes creían en las bendiciones del sacramento que recién habían recibido con mucha fe. Alma pura, el viento que sopla, fuego del amor, esperanza jaspeada, cofre de hierro, un ser como el agua, presencia sedosa, palabras perfumadas, amor y cariño... ¡Yoyong lo tenía todo!

* * *

Incluso antes de que el primer carruaje pudiera cruzar la puerta, ya flotaba en el aire una canción alegre de la Orquesta Rizal, que esperaba junto a la gran escalera de la casa. Desde las ventanas, en el espacio debajo de la casa, en la escalera, dentro de la casa, los amigos de Talía y los amigos de Yoyong –además de los muchos invitados que ya esperaban en la casa– dieron la bienvenida a los recién casados y ofrecieron sus más dulces y más efusivas felicitaciones. ¡Qué felicidad, qué ruido, montones de alegría y regocijo!

Algunas de las mujeres reunidas, después de saludar a Talía, comenzaron a susurrar entre ellas. Miraron su vestido, hicieron comentarios sarcásticos al respecto y se rieron entre ellos.

Dijeron: 'El vestido de inspiración española no le queda bien'. ¡Incluso si estuviera vestida enteramente de seda;

hubiera sido mejor si hubiera usado un vestido de inspiración filipina!

'¡Vaya, Talía es *mestiza*, mestiza!' dijo otro.

'¿Y si es mestiza? Ella sólo es nieta de un español, mientras que yo soy hija de uno. Pero el vestido de inspiración filipina realmente luce mejor para las mestizas. Si me caso, ya no podré llevar algo así.'

Al otro lado de la sala, un grupo de mujeres, entre ellas la señora Loleng, que acababa de sentarse, alababan la belleza de Talía: el vestido le sentaba bien, decían, porque era de piel clara, alta, aunque no demasiado, con cejas pobladas y cabello recogido en un moño, a la manera española.

En otro encuentro de mujeres, la charla se centraba en si las joyas que brillan en los dedos, brazos y pecho, cuello y cabello de Talía, fueron compradas en Estrella del Norte y las demás compradas a Félix Ullman y Zafiro, y cuáles de ellas fueron regaladas por Yoyong.

Mientras tanto, en las reuniones de hombres, se hablaba de que Honorio era abogado, de sus rasgos de carácter y los de Talía, de lo que debían estar pensando los recién casados ahora, en medio de tantos invitados. Algunos fueron hacia donde estaba sentado Yoyong y susurraron algo que provocó una carcajada tanto de Yoyong como del invitado, y

los demás hicieron lo mismo. Estas deben ser las bromas habituales que se hacen a los recién casados...

Y entre tantas risas y charlas, la orquesta seguía tocando. Los invitados entraban y salían del salón, se sentaban o se levantaban, como manjares pegajosos y dulces hechos de leche de coco, azúcar moreno y arroz glutinoso, que se removían continuamente. Muchos acababan de llegar, aunque ya eran las seis y media de la tarde.

Mientras tanto, Talía, que ya se estaba mareando por el calor, observó a la multitud y luego entró en la habitación para cambiarse de ropa. Turing, su nueva cuñada, así como sus suegros, la ayudaban y abanicaban mientras caminaba.

¿Pero dónde estaba Meni? ¿Dónde estaba la hermana menor que debería haberla acompañado y besarla, abrazarla y llenarse de la misma alegría que ahora llenaba su corazón? ¿Dónde estaba la Meni que la había ayudado a coser el vestido que usaría, que incluso la ayudó a ponerse el vestido antes de salir de casa para la boda? la Meni que estaba feliz y se burlaba de ella diciéndole: 'Talía, si llega el momento de casarme, espero que tú también me ayudes'.

¿Dónde estaba? Ella no se unió a ellos en la iglesia y tampoco les dio la bienvenida a casa. No se la veía por ningún lado en la sala, ni en ninguna de las habitaciones de la casa. A Talía realmente no le importaba la ausencia de Meni, porque antes estuvo ocupada hablando con los

numerosos invitados y recibiendo la fragancia de sus buenos deseos. Y cuando Turing la ayudaba a ponerse el vestido, dijo: 'Meni no quiere entrar, está ahí afuera, llorando'.

Fue como si un puño hubiera golpeado el pecho de Talía. Simplemente recordó que todavía tenía una hermana. ¿Pero quién tenía derecho a sentirse mal y a llorar? Ella, que se había olvidado momentáneamente por lo nuevo de su matrimonio, o Meni, que ni siquiera la recibió y le deseó lo mejor ya que su padre y sus hermanas habían aceptado que se casara con Yoyong... En la balanza de la reflexión, decidió que debía ser culpa suya. Ella inmediatamente se arrepintió. Las lágrimas brotaron de sus ojos. Le pidió a Turing que se apresurara a quitarse las joyas. Luego, cuando sólo llevaba su vestido, sin ningún adorno, atravesó las puertas de las dos habitaciones cercanas, sin pasar por la sala, y se dirigió directamente a la cocina de la casa. Alguien le dijo que Meni estaba en el baño. Ella fue allí...

Y efectivamente, Meni estaba sentada en el tanque de agua blanca, con los pies apoyados en uno de los tres escalones de la escalera con la cabeza inclinada. Se sentó frente a una de las puertas selladas, con un codo apoyado en un muslo, sus ojos hablaban solo para sí misma, llenos de tristeza. Su rostro estaba bañado por lágrimas, no las lágrimas que rozaron los labios de Delfín esa noche en el jardín, sino lágrimas de amor por una hermana que sería separada de ella de ahora en adelante, ¡incluso de la estera y la manta que una vez habían compartido! ¿Tenía envidia?

¿O estaba llena de remordimiento? ¿Estaba ansiosa? ¿O estaba llena de miedo? ¿Dónde estaba Delfín en ese momento?

'¡Meni!', gritó Talía mientras asomaba la cabeza y abría lentamente la puerta. Su voz era tierna pero triste, llena de asombro por lo que le pasaba a su hermana, a quien finalmente había encontrado.

La que fue llamada se sorprendió. Ella levantó la cabeza. ¡Era Talía! Corrió hacia su hermana y le preguntó: '¿Por qué estás aquí? ¿Por qué estás triste por mi llegada?'

Meni no podía hablar con claridad. Su voz se ahogó en su garganta mientras abrazaba a Talía, con su corazón lleno de confusión.

'¿Por qué te sientes mal?' continuó Talía. '¿No os gusta a todos Yoyong? Incluso fuiste tú quien me dijo a menudo que Yoyong era amable y que te sentirías cómoda con él si alguna vez me casaba con él, y que incluso a mi padre y a nuestros otros hermanos les agradaría.'

'Sí, pero...' y Meni se puso a llorar de nuevo. A través de esto, parecía demostrar que no podía evitar sentirse triste. Le gustaba Yoyong por su hermana, pero Talía estaba atada a ella como por un cordón umbilical; y, sin embargo, era Yoyong quien la robaría y estaría con ella de ahora en adelante, día y noche.

'Si tan solo hubiera sabido', dijo Talía, sintiéndose ahora triste, 'que al final no te gustaría que me casara con Yoyong, incluso si él me cortejara con tanta paciencia, no le habría dado mi palabra y mi promesa de amor.'

'¿Qué hay de mí, Talía? Ahora estaré sola aquí.'

'No abandonaremos este lugar. No tienes nada de qué preocuparte.'

–Te irás. Yoyong tiene su propia casa.

'¿Así que es eso? Sólo nos iremos después de que te hayas casado.'

'¡Te estas burlando de mí!', dijo Meni en tono herido.
–¿Será mi padre más relajado conmigo ahora que estás casada?

'¿Pero qué pasa si es tu momento de casarte?'

'Oh... ese momento no llegará. Mi padre dijo que lo acompañaría en una visita a Japón, después de que os casarais.'

'¿Así que es eso? Tú también volverás aquí. Si Delfín no puede seguirte, no te preocupes, yo lo cuidaré. Puedes enviarme tus cartas para él y yo se las llevaré.'

Meni aún no había oído hablar así a su hermana. Talía sabía que Delfín era el amante de Meni. Le había leído algunas de las cartas de Delfín, pero estas eran las que escribieron antes de la cita en el jardín de su casa. También era consciente del terrible enojo de su padre hacia la relación, y esto debió causarle también cierto disgusto al principio. Pero eran hermanas, ambas solteras, y se querían muchísimo. Entonces Talía, aunque no estaba completamente de acuerdo con la relación de su hermana con Delfín, simplemente la dejó ser de la misma manera que Meni no interfería en su relación con Yoyong. Pero ahora sentía la sensación de aislamiento y tristeza que envolvía a su hermana. Si bien al principio había dudado de las palabras de su hermana, ahora sabía que Meni era sincera en su demanda de ayuda.

Justo en el momento en que sus corazones se estaban calmando, llegaron Yoyong, Turing, Isiang y los demás. Debieron haber sentido lo que estaba sucediendo y por eso hicieron lo mismo. Allí se agruparon todos, con los ojos de Meni todavía rojos de tanto llorar, así que todos la animaron y la llevaron adentro.

El malestar y las lágrimas derramadas entre las hermanas se extendieron como el viento por toda la casa. Los que estaban dentro del salón intercambiaron susurros y comentarios sarcásticos, algunos de los cuales eran superficiales y otros profundos. Pero como todo, esto también sucedió. Meni ya estaba feliz cuando salió al salón.

La luz brillante sólo mostraba algunos rastros de la tristeza que había nublado su rostro momentos antes. Uno por uno, los presentes susurraron entre sí sobre la gran diferencia entre la belleza de Meni y Talía. Y efectivamente, esto era cierto. Todos los vestidos de Talía estaban cortados como si fueran para una matrona, no sólo su vestido de novia sino también sus vestidos de casa. Se corrió la voz de que esto era lo que la señora Loleng y don Ramón habían querido...

Entonces, en lugar de aumentar su belleza, su ropa simplemente la disminuía. Por su parte, Meni lució vestidos inspirados en los nativos tagalos; su vestido era agradable a la vista, estaba bien cortado y no contrastaba con el color de su piel. Por la forma en que se vistieron las dos hermanas ese día, las invitadas vieron lo gracioso y feo que era pedir prestada ropa de otras tierras, y lo hermoso que era usar vestidos que pertenecían a la propia gente. Aprendieron que los filipinos no debían tomar prestado e imitar todo lo que era bueno en Europa o Estados Unidos. Ya sea en la ropa o en los rasgos de carácter, sólo debemos tomar prestados aquellos elementos que no destruyan lo que es bello en nuestro propio país y raza. En otras palabras, aquellos que no deformarían ni destruirían el alma misma de los nativos tagalos...

Los hombres estrecharon la mano de Meni, mientras que las mujeres le estrecharon la mano o la besaron en la mejilla, como si fuera ella la que acabara de casarse. Los invitados

estaban felices de verla y muchos de ellos habían visto su hermoso rostro por primera vez.

Allí también estaba Peping Serallo, que en compañía de sus amigos, Morales, Bentus y algunos más, quedó estupefacto al ver la belleza de Meni. Bentus le dio un golpe en la oreja. '¡Ey! Un mal viento podría volarte los ojos y dejarte bizco.

Pero Peping simplemente ignoró las duras palabras. Se limitó a tocarse la oreja recién tocada pero no apartó los ojos de Meni. Le había escrito varias veces, pero sus cartas fueron ignoradas. Cuando Meni sonrió ante algo que le había susurrado su nueva cuñada, Peping habló con Bentus en español. '*Chico, mira me adorada tormente: es una verdadera angel caida del Eden ...*'

Bentus y Morales casi se echan a reír al escuchar a Peping declarar que su corazón estaba siendo atormentado por un ángel del Jardín del Edén.

'Amigo mío, ya no puedes hacer nada. El corazón atormentado de Meni pertenece ahora a un periodista», bromeó Morales en voz baja.

¿Delfín? Y soltó un insulto lleno de risas, creyéndose superior a Delfín.

Mientras tanto, afuera se escuchaba el ruido de los platos y el tintineo de cucharas y tenedores mientras se preparaba la cena, mientras en el salón los camareros ya estaban

sirviendo cerveza y otras bebidas. Esto siguió a la nueva costumbre entre los filipinos, no sólo entre los ricos sino también entre los pobres, de que se debía servir cerveza, helado y diferentes tipos de pasta en las fiestas e incluso en las pequeñas reuniones. ¡Oh, cerveza que había llegado a los tiempos modernos!

Don Ramón siempre permanecía en compañía del comisario, que se sentaba entre él y don Filemón. Frente a ellos se sentaban la viuda de Lafuente y la recién llegada señora Loleng. Don Ramón invitó a todos, especialmente a los miembros de la prensa, a reunirse con él en su biblioteca que contenía los numerosos regalos para los recién casados. Muchos de ellos hicieron lo mismo, para admirar la riqueza añadida a los que ya eran ricos.

La habitación era grande. Meni tenía la llave de la habitación y la abrió. Había tres hermosos estantes, más altos que un ser humano y más anchos que un brazo y medio. Contenían varios libros, algunos de los cuales don Ramón había heredado de los españoles, que habían muerto aquí en Filipinas; los demás eran libros que había leído en el Colegio de San Juan de Letrán y en la universidad de España, cuando todavía estaba interesado en estudiar Medicina. Los demás libros los compró en sus diversos viajes a Europa, mientras que otros los compró en Manila, incluidas las nuevas novelas que empezaban a ser populares y se vendían en el club, que acababa de cerrar porque los socios se habían peleado entre sí, lo que dio lugar a la venta de los libros. En

el centro había dos mesas largas y cerca de las ventanas había dos mesas redondas cubiertas con manteles de seda blanca.

Si creyésemos a la señora Loleng, ¡todos los regalos para los recién casados que había en la biblioteca debían valer alrededor de 100.000 pesos! Pero si analizamos esta afirmación, lo más probable es que los regalos valgan alrededor de 50.000 pesos.

¿Y quién dio estos regalos? Don Ramón era Don Ramón, y la riqueza engendraba riqueza. Tenía muchos amigos en toda Manila: el dinero engendraba dinero y los regalos engendraban regalos. Don Ramón prestaba dinero a amigos y también hacía espléndidos obsequios en sus eventos. Yoyong y Talía también tenían una buena cantidad de amigos. Y el hecho de que su padrino fuera el propio comisario y su madrina la viuda de Lafuente, aseguraba que los regalos de los invitados serían efectivamente caros.

Los cuervos se quedaron boquiabiertos y admiraron todos los regalos. Pero, ¿alguien entre ellos, siquiera una persona, pensó que la habitación en la que habían entrado en ese momento no tenía ningún valor excepto como un mero contenedor de riqueza dormida atesorada debido a las malas costumbres de los ricos?

* * *

En el programa que don Ramón había preparado, se bailarían el *rigodón de honor*, el *tradicional baile formal*, después de que todos hubieran cenado. Con una señal suya, la orquesta pasó a la música. Las pulgas parecían haberse arrastrado por la espalda y los muslos de los hombres, y parecían lombrices retorciéndose en arroz hervido con anchoas, cuando se levantaron de sus asientos y se acercaron a las mujeres.

Los madrugadores que ya habían echado el ojo a su Dulcinea entre las damas ya no se sumaron a la avalancha de hombres que se levantaban de sus asientos. Simplemente intercambiaban miradas pegajosas con las mujeres que les gustaban, o les guiñaban un ojo, y estaban listos: '¡Prepárense, porque esto será una conquista!' Pero los que no tenían iniciativa parecían despertarse de su sueño cuando la orquesta empezó a tocar. Lanzaron miradas en diferentes direcciones. Algunas de las hermosas mujeres también eran exigentes; algunos de ellos se pararon en medio del salón, y desde allí, los hombres que venían parecían una fuerza invasora buscando una ruta para llegar más rápido a ellas. Y cuando llegaron junto a las mujeres, los hombres parecían abejas zumbando mientras les hablaban. Si a las mujeres les gustaban, dejaban que los hombres las tomaran de la mano derecha para empezar a bailar, y si no les gustaban los hombres, inventaban todo tipo de excusas. Así, el acto de elegir pareja se volvió un tanto tosco, ya que

Don Ramón se olvidó de pedir entradas a sus invitados ya que habría baile después de la cena.

El salón era realmente grandioso. Las mesas redondas estaban llenas de flores fragantes, caracolas finas y brillantes y otros objetos del mar, así como álbumes apartados para hacer el espacio aún más grande. Era tan espacioso que los bailarines podían dividirse en dos grupos, pero nuestra atención debe centrarse en el grupo al que pertenecían los recién casados. Este grupo estaba compuesto por ocho parejas. Estaba dirigido nada menos que por don Ramón, cuya mano rodeaba los hombros de la voluntaria viuda de Lafuente; estaban frente a Meni quien estaba en compañía del imperioso Comisario. Entre los que iban en cabeza estaban Yoyong y Talía, delante de los cuales estaban Turing y Simeon (un amigo de Turing a quien no vimos en los manantiales de Antipolo). A los lados estaban el doctor Alejo Bravo y Julita (la sanmiguelense), al frente de la mestiza estaban Generosa de Vera y el abogado Bárbaro San Benito (amigo de Yoyong), así como el maestro señor Morgue y la señorita Inés, que estaban frente a la señora Loleng.

Cuando se dio cuenta de que simplemente la habían dejado a un lado, la señora Loleng miró furiosa a la rica viuda de Lafuente, que se reía desde que todavía estaba en el carruaje de la catedral. También se horrorizó al ver a la mujer de San Miguel, a quien durante mucho tiempo había querido avergonzar. Y frente a ella estaba un hombre cuyo largo cuello parecía el de un pájaro de patas largas, así como

una señorita filipina que no quería hablar en español y tagalo, sino solo en inglés. Sería abrazada por el anciano marido de esta mujer, que se había vuelto viejo por bailar este estúpido baile. ¡Oh, dioses enojados!

Y no fueron éstas las únicas palabras que la señora Loleng quiso expulsar de su corazón y de su garganta. Si tan solo pudiera convertirse en la estrella principal de una obra tradicional, habría dicho: '¡Dios mío! ¿Por qué dar vida a esta infeliz existencia mía? ¿Por qué no simplemente matar a todos los traidores y sinvergüenzas que hay entre nosotros? La Señora Loleng sintió todas estas emociones al comienzo del baile, así que simplemente siguió los movimientos del baile y llamó a su hija, Isiang, para que la reemplazara en la segunda parte del baile. Pero Isiang se negó, quejándose de lo ajustados de su nuevo par de zapatos. Entonces la señora Loleng no tuvo más remedio que terminar la segunda parte hasta que la cadena de bailarines se confundió.

Para calmar sus sentimientos ante la gente y el baile que se había descontrolado, la señora Loleng simplemente entró al salón donde las mujeres se cambiaban de ropa; buscaba a su hija, que no estaba. Alguien le dijo que su hija salió a hacer algo, entrando a las habitaciones a las que Talía había entrado antes para ir a Meni. ¿Por qué tuvo que salir cuando el vestuario ya tenía todo lo que las mujeres necesitaban?

Entonces la señora Loleng siguió la ruta que antes había tomado Talía. Estaba empezando a pensar que su hija debía

estar haciendo algo malo afuera. Pensó en Morales. Volvió a cruzar una puerta y comprobó si él era parte de los hombres del salón que aún no habían bailado. Pero él no estaba allí, como tampoco en los otros grupos. *¡Estos traidores! ¿Dónde están?* Los pelos de la piel y la nuca de la señora Loleng se erizaron como nunca antes. Anteriormente había detectado algo en los actos y las miradas pegajosas entre los dos. Había reprendido a su hija más de una vez por el trato indecente que había dado a su pretendiente que era químico. Ella sabía que estaban enamorados, por eso a él le permitieron visitar su casa y lo trataban bien. Pero hacer esto en la casa de otra persona, dejando atrás a muchas personas dentro y desapareciendo sin pedir permiso, era un comportamiento inaceptable, incluso para una hija única.

Las dudas de la madre se demostraron ciertas. Primero fue al baño donde habían visto a Meni antes, pero Isiang no estaba allí. Fue hasta las escaleras de piedra de la cocina y escuchó a la gente susurrar en la terraza. Su sangre empezó a hervir. Era un lugar oscuro, sin apenas luz. Sólo los rayos de luz de la cocina y del baño atravesaban las puertas e iluminaban la oscura terraza y las escaleras. Aún quedaban macetas con plantas con flores que no fueron derribadas para decorar las escaleras de piedra y los interiores de la casa. Allí había un espacio lleno de flores y hojas donde las personas sólo podían ser descubiertas por alguien que tuviera sospechas.

'¿Isiang? ¿Isiang?' –gritó rápidamente la madre en la penumbra.

No hubo respuesta. Pero la madre vio a alguien moviéndose entre las sombras.

'¿Dionisia? ¿Dionísia?

'¿Sí Madre?'

Al oír la voz de su hija, la señora Loleng se acercó y gritó con la voz llena de furia.

'¿Qué están haciendo ustedes dos aquí? ¿Y qué haces aquí, jovencita?

Pellizcó a su hija, que no pudo expresar su dolorida protesta por la vergüenza y la sorpresa. Quería esconderse en un rincón de la terraza y esconderse detrás de las plantas en macetas, pero su madre ya se había abalanzado sobre ella. Estaba atrapada por el cabello y temiendo que se arruinara el moño que le tomó medio día arreglar, se había levantado. Al ponerse de pie, chocó contra una maceta que cayó y se estrelló contra un pozo sin uso que estaba debajo y que estaba cubierto por una tabla de madera, siguiendo las órdenes de las autoridades sanitarias, quienes dijeron que dichos pozos podrían ser focos de microbios.

Morales no sabía dónde esconderse y tampoco quería abandonar a Isiang ante la furia de su madre. Intentó

intervenir y calmar a la anciana. Pero mientras la mujer se enderezaba, Isiang dijo: '¡Sólo le pedí que me ayudara a recoger algunas flores!' Al escuchar esto, la madre encaró a Morales.

'¡Hombre desvergonzado!', gritó. "Su educación es en vano para ambos."

"Por favor, no grites, madre", suplicó Isiang.

'¿Eh? ¿Ahora estás avergonzada?

'Señora Loleng', dijo lentamente Morales, 'la culpa la tengo yo. La seguí hasta aquí sin que ella lo supiera. Por favor, no cree una escena aquí. ¡Puedes hacer eso en tu casa e incluso puedes matarme si quieres!'

–¿Y ahora sientes vergüenza? La señora Loleng gritaba y ya no le importaba si la gente podía oírla.

"Madre, por favor", dijo Isiang con voz suave, aunque estaba casi llorando.

'¡Él! ¡Mujer desvergonzada! Y le propinó una bofetada a su hija. Su palma golpeó los lóbulos de las orejas de la joven y ésta cayó al suelo de baldosas. Entonces la señora Loleng volvió a encarar a Morales y lo golpeó en repetidas ocasiones.

Su voz fuerte y el sonido de sus puños golpeando a Morales llamaron la atención de las personas que salían y entraban a la cocina, así como la de los dos cocineros. Alguien corrió hacia don Ramón y Talía para informarles del problema en la terraza.

Don Ramón todavía podía escuchar las palabras de la señora Loleng. –¿Eso es lo que nos harías a cambio de nuestra amabilidad, desvergonzado? ¡Y usted es incluso químico!

'¿Qué está pasando, Loleng?' Dijo Don Ramón aún desde lejos.

¡No te metas aquí!, dijo ella. ¡Tú trata con tus socios allí y déjanos aquí!

¡Palabras de una huésped al dueño de la casa! Sin embargo, los sirvientes de la casa ya consideraban a la señora Loleng como parte del hogar.

Don Ramón logró calmarla. Pidió a alguien que trajera a Isiang adentro, y regañó a Martín Morales, reprendiéndolo por no respetar al dueño de la casa que lo había invitado a una fiesta, y lo echó como a una persona sin importancia. Le pidieron que subiera las escaleras de piedra de la cocina y no las escaleras de delante de la gran casa.

Morales bajó las escaleras sin siquiera acordarse de coger su sombrero. Como alguien mordido por una serpiente,

simplemente bajó las escaleras, entró al espacio debajo de la casa y salió por la puerta que daba a la calle.

Mientras tanto, arriba y entre la gente que trabajaba afuera, lo que vieron cuando la madre descubrió la cita de su hija con su pretendiente fue como miel y leche de coco. Cuando Meni, Don Filemón, Yoyong y algunos más seguían a Don Ramón y Talía, era el momento en que Isiang y Morales acababan de bajar las escaleras. ¿Pero podría ocultarse algo como esto? ¡Había demasiados testigos! El río preferiría obstruirse porque no se podría controlar su crecida. Un susurro fue más fuerte que un grito. Y con esto, los susurros afuera y el ceño fruncido de los que habían entrado, incluso si Isiang ya había ido a la habitación con Meni, también entraron en los oídos y llegaron al conocimiento de los demás invitados.

¡Qué postre tan temprano!, dijeron algunas personas.

"Después de todo, son jóvenes", dijeron los demás en español.

La figura mítica de Mandarangan parecía haberse sentado en la nuca de don Filemón cuando escuchó todo esto. Corrió escaleras abajo y persiguió a Morales. Pero el joven ya había desaparecido. Ya estaba afuera; como un pájaro aturdido, estaba sentado en un rincón, con la cabeza gacha.

Toda alegría y tristeza deben pasar, especialmente en celebraciones como estas, en las que todo era nuevo, cuando todos querían hacerse notar y convertirse en la niña de los ojos de todos. Además, ya era hora de cenar: muchos estómagos ya gruñían y la gente ya se lamía las chuletas. Lo sucedido entre Isiang y Morales pronto fue olvidado por muchos, mientras unos cuantos más, que estaban comiendo más tarde, seguían cuchicheando sobre lo sucedido e incluso se reían de ello.

La señora Loleng e Isiang no pudieron cenar. Sólo querían llegar a su propia casa. Mientras los invitados cenaban, la madre y la hija simplemente dejaron que Meni y Turing las calmaran. Luego, bajaron y se fueron, sin siquiera despedirse de don Filemón.

Felipe no estaba allí mientras sucedían todas estas cosas, a pesar de que era un miembro de la casa.

Pero él no estaba desaparecido. Don Ramón le había pedido que esa tarde fuera a buscar a Marcela al Colegio Concordia. Pero ella no pudo reunirse con él porque estaba enferma. Además de esto, ella tampoco sabía bailar, y sería muy vergonzoso rechazar una oferta para bailar.

Felipe invitó a Delfín a acompañarlo para ir a buscar a Marcela, pero su amigo se negó. Le preocupaba que su futura esposa se enterara. Felipe solo se rió al escuchar la negativa de Delfín. Era consciente de que Sela había sido la

fuente de los celos de Meni. Por su parte, Felipe también le dijo a Delfín: "Tu negativa a acompañarme ahora y en el futuro demuestra que simplemente estás evitando estar en presencia de la joven y hermosa Sela".

De Concordia, Felipe fue nuevamente a Delfín, para discutir las razones por las que no se unió a él. También hablaron de por qué los padres de Felipe no pudieron acudir ese día y por qué les acababan de enviar su espléndido obsequio y su aportación económica para la ceremonia nupcial, como prueba de su parentesco incluso desde lejos. Felipe también le pidió a su amigo que asistiera a la celebración de la boda y no molestara más a Don Ramón. Habría muchos invitados allí, incluida la gente del periódico, y hubiera sido improbable que aún así se hubiera notado su presencia.

Pero Delfín se negó rotundamente. Meni, que también le había pedido que asistiera a la celebración de la boda antes, ahora le había dicho que se saltara la asistencia. Durante la última conversación entre don Ramón y don Filemón sobre las invitaciones enviadas a los periódicos, don Filemón había dicho de manera degradante el nombre de Delfín, mientras hablaba de los periodistas de *Nueva Día*. Delfín simplemente soportó todo en silencio. Su mente estaba atormentada por la celebración de la boda, la suavidad como pétalos de las manos de Meni que tocarían los brazos o cubrirían los hombros de otro hombre que bailaba con ella. Una pizca de

envidia y una pizca de celos. ¿Y entonces por qué diría que sólo las mujeres sufren de celos?

Felipe también estaba solo en la casa. Ya era de noche y los recién casados ya estaban allí cuando él llegó. Informó a don Ramón los motivos por los que Sela no podía unirse a ellos. Luego pasó treinta minutos mirando a la gente guapa reunida en el salón, viendo los montones de obsequios y ofrendas espléndidos, estrechando la mano de unas pocas personas (sólo unas pocas, ya que un simple periodista como Felipe no podía tener muchos amigos en compañía tan rica y distinguida) y después de entrar y salir de la casa, subir las escaleras y volver a pasar debajo de la casa, finalmente se retiró a su propio espacio, mientras arriba de él, los recién casados y los invitados disfrutaban de un banquete. Arriba había personas como él que estaban sirviendo en la mesa de la cena, que ni siquiera pudieron cerrar los ojos durante toda la noche de celebración. ¿Cuántos días de cansancio y cuántas noches de desvelo soportarían, todo por la boda de la familia del señor?

Se sentó un rato en una silla de madera que era el único mueble que había en su lugar. Luego desenrolló su estera sobre un trozo de madera contrachapada y se tumbó sobre ella. Pero se llenó de ansiedad mientras su cuerpo yacía sobre la colchoneta. Entonces se sentó y decidió cerrar la puerta para estar en completo aislamiento y que reinase un silencio total. ¿Debería apagar la luz? Ahora no, de todos modos no tenía sueño. Y a la luz de aquella vieja lámpara de

gas sobre la mesa, se podía leer una gran lección de vida, una dulce sonrisa del futuro que esperaba, una invitación para reflexionar sobre la explosión de alegría del piso de arriba, mientras estaba allí, debajo de la casa, la causa fundamental de todo: en la brecha entre sus creencias y rasgos de carácter, en relación con los rasgos de carácter de aquellos que estaban desperdiciando dinero descuidadamente en el piso de arriba.

No podía soportar lo que estaba sucediendo. No podía entender cómo miles de pesos vuelan cuando los ricos se casan y cómo no queda ni un solo peso para los pobres que se están muriendo.

En su mente volvieron a flotar los pensamientos de Tentay y su pobre familia, especialmente durante aquellos días en que Mang Andoy agonizaba. Una y otra vez vio en su mente las miradas, las formas y los actos de los hermanos de Tentay cuando les ofrecía comida; la forma entrecortada con la que Aling Tere comía, sin pensar en su propio alimento sino en el del bebé que estaba amamantando; las lágrimas de Tentay corrían por su rostro cuando no tenía sopa ni caldo de arroz para ofrecerle a su padre; todo esto eran como flores tristes entrelazadas que le recordaban el olor de un cadáver, de una casa, de una vida pobre y rota...

Mientras tanto, arriba, en la casa donde vivía, en ese mismo momento la gente no se peleaba por unos bocados de arroz; no había Teresa alimentándose para alargar la vida

de su bebé, no había Tentay llorando porque no podía ofrecer consuelo a un padre moribundo, no había tristeza, no había vida llena de espinas... Todo sobraba, todo era alegría, hasta el dolor. Y las luchas eran todavía felicidad, toda la comida deliciosa, todas las decoraciones hermosas, ¡todo era pura abundancia y exuberancia! ¡Todo creado por el Capital!

¿Pero por qué? ¿De dónde venía la diferencia entre unos y otros, cuando todo el mundo era un ser humano que tenía derecho a vivir cómodamente?

Sus reflexiones se sumergieron aún más profundamente. Intentó llegar a las raíces mismas y a las razones de las diferencias entre la vida de las personas: de los ricos y de los pobres, de los poderosos y de los que no tienen poder, de los que mandan y de los que obedecen, del señor y del esclavo, de la nobleza y el servilismo... y en su mente volvió el debate que se había encendido entre don Ramón y Delfín en Antipolo. Creía, en lo más profundo de su corazón, el razonamiento dado por Delfín. La claridad de los pensamientos de Delfín, la prueba encontrada en los libros que Delfín había leído sobre cómo vivían los ricos y los pobres en otros países, y las verdades mostradas en las vidas de los pobres y sus hijos como se ve en Mang Andoy y las vidas de los ricos como don Ramón, don Filemón y el capitán Loloy, que era su padre. Todo esto se cohesionó dentro de él, avivando su odio por la miserable condición de la humanidad y la forma en que se gobernaba Filipinas.

A diferencia de Delfín, Felipe apenas comenzaba a reflexionar sobre la condición humana. No creía que debiéramos sondear las raíces mismas de lo que aquejaba al país, buscar las liendres que hacen que las heridas de los pobres se pudran. Le bastó ver y oír los lamentos de los pobres, no sólo en Filipinas sino en otros lugares, para pensar en formas de curar esas condiciones en el menor tiempo posible. Y estas soluciones, en la mente temeraria de Felipe, no deben ser lentas sino repentinas: cortar el corazón o arrancar las raíces que hacen crecer la planta dañina; cortar los jóvenes brotes de bambú de la crueldad que dañan el crecimiento; desterrar a aquellos que son crueles y opresivos, para que no infecten a otros y muten; derribar la jerarquía para que todos estén en pie de igualdad, iguales en clase y estilos de vida. Sabía que algunas personas nacían en las montañas y los bosques, mientras que otras nacían en las llanuras o junto al mar. Cada uno tendría sus propias características, color de piel, altura y forma. Pero estas diferencias no deberían restar valor a su humanidad básica. Sus amplias lecturas y su aguda observación de las cosas que delineaban las diferencias entre las personas demostraron que la pobreza no era natural para los seres humanos; no venía con ellos cuando nacían, sino que eran formados por la gente misma: los frutos amargos de quienes gobernaron el país.

¿Quién no nació desnudo? ¿Quién nació con un anillo brillando en su dedo? ¿Quién nació ya rico y poderoso, o

impotente y pobre, poseyendo ya tierra y una casa, y otras clases de propiedades? Ni uno solo. Sólo adquirirían esto después del nacimiento. ¿Pero cómo? Y aquí venían los enigmas y la podredumbre de la sociedad, podredumbre que sólo conducía a más podredumbre, amontonada sobre las cabezas de los débiles y los pobres, cuyo olor se pudría en el mundo entero. Por eso los socialistas, especialmente los anarquistas, querían un mundo donde la gente estuviera bien alimentada y limpia, con suficiente peso y solidez de carácter. Y esto sólo podría llegar si curamos la podredumbre, según los socialistas, o si acabamos con la podredumbre, según los anarquistas... Felipe prefirió descartar la podredumbre y no sólo curarla, porque según él, aunque se cure lo que está podrido, seguirá estando podrido: después simplemente contagiará a otras personas con su debilidad y su olor.

Sus reflexiones fueron cada vez más profundas. En su mente, recordó las duras y similares verdades expresadas por Kropotkin, cuyos libros había leído, especialmente *La conquista del pan*, así como *El Futuro* y *la Sociedad moribunda* de Sebastian Faure, *La propiedad es un robo* de J. Proudhon, *El capital* de Karl Marx, *Evolución y revolución* de Eliseo Reclus, *Dios y el Estado* de Bakunin, *La resurrección* de Tolstoi, entre muchos otros anarquistas que habían escrito sobre la podredumbre de la sociedad, como se ve en la gobernanza, las leyes, el capital, el trabajo, la herencia, la propiedad, la guerra y todos los demás beneficios que

corresponden sólo a unas pocas personas. En ese mismo momento recordó todo lo que había leído de todos esos libros, que compró a tan alto costo para él, considerando su miseria.

Ésta era la llama de sus pensamientos. Siempre le había apasionado la condición humana. Delfín también sabía de corrupción y se oponía apasionadamente a ella, pero la fría razón también le decía que aún quedaba bondad y que la gente debía salvarse. En su opinión, sólo cuando se sopesan ambos lados de la cuestión se puede ver una idea crecer y dar frutos en el momento adecuado y según el esquema de las cosas.

Felipe estaba hundido en sus pensamientos. Apenas podía sentir lo que estaba pasando arriba. Sus pensamientos parecían haber conducido a sueños. Afuera, la cena ya había terminado. Los invitados entraron nuevamente al salón y corrieron a la pista de baile para una celebración que duró toda la noche. La orquesta y el piano apenas dejaron de tocar, al igual que el sonido de las voces que cantaban. Algunos invitados, que ya no podían luchar contra el sueño, empezaron a marcharse. Todo esto sucedió sin inmiscuirse en el curso de sus pensamientos, hasta el final, cuando se olvidó y se quedó dormido, hundiéndose más en las imágenes de la vida que llevaba, y cuando despertó, ya era de mañana, y el sol estaba en su cenit en el cielo.

Arriba estaba muy tranquilo, como si nada hubiera pasado la noche anterior. Los ecos de la música y las voces que cantaban desaparecieron, así como el arrastrar de pies y las risas. La fiesta había terminado. Los recién casados dormían profundamente, abrazados.

Capítulo 12

LA AMARGURA DEL CAPITÁN LOLOY

Al mediodía del 7 de diciembre, víspera de la fiesta de la Inmaculada Concepción, patrona de Concordia, el capitán Loloy partió hacia Manila. Llevó consigo a un joven y a una joven y se dirigió directamente a la casa de huéspedes de su amigo don Ramón.

Al igual que antes, no fue a Felipe a quien el capitán Loloy buscó al llegar, sino al padrino de su hijo. Le preguntaría qué había estado haciendo su testarudo y desobediente hijo. Si padre e hijo tuvieran la oportunidad de hablar, sería breve, y sería un milagro si la conversación no estuviera llena de malas palabras que Felipe recordaría con amargura. El Capitán Loloy aún no había superado su decepción con el

muchacho, de quien esperaba que lo sucedería en la administración de su vasta riqueza.

Pero don Ramón no estaba en la casa de huéspedes. Pudo haber estado en la fábrica, en la casa de don Filemón, en El Progreso, en la casa de la joven sanmiguelense, o en un hotel con unos amigos. Sólo Meni y Talía, ambas durmiendo la siesta, fueron sorprendidas por el capitán Loloy en la casa. Su otro amigo, el abogado Madlang-Layon, había partido esa mañana para asistir a un juicio en un tribunal provincial de Pampanga.

Una sirvienta informó a Talía y ella rápidamente se puso un kimono antes de mirar por la puerta. Reconoció al Capitán Loloy sentado en la sala, refrescándose con un abanico japonés.

'¡Es usted, señor!' Saludó Talía mientras miraba por la puerta.

'¡Por qué, Talía!' Respondió el Capitán Loloy. '¿Dónde está tu padre?'

'Él no está aquí, señor. Salió a almorzar.

'¡Oh, no! ¿Qué pasa con Yoyong?'

"Está en Pampanga".

"En ese caso, simplemente continúe descansando", dijo el Capitán Loloy.

'Por favor, descanse también. Debe estar cansado. ¿Usted ha almorzado?'

"Sí, en el barco."

Talía, antes de retirarse a su habitación a dormir, llamó a un sirviente y le pidió que preparara una habitación donde el capitán Loloy pudiera descansar.

Meni estaba durmiendo en una habitación cerca de la de Talía.

Ninguna de los dos vio al Capitán Loloy esa misma tarde. Dejó un mensaje de que había ido al Concordia College. Le dijo a uno de los sirvientes que al llegar le dijera a Felipe que lo esperara.

Felipe, de la prensa, solía ir a San Lázaro para comprobar si había alguna reunión a la que él y Delfín pudieran asistir. Esa tarde se fue directo a su casa, aunque sólo pasó por su habitación alquilada para conseguir algo. Nadie se dio cuenta de él y nadie pudo decirle que su padre estaba cerca.

Pronto volvió a la calle. Generalmente llegaba a San Lázaro al atardecer y escuchaba una conversación entre Tentay y su madre. La hija estaría cosiendo algo en la máquina que

Felipe había conseguido con las pequeñas sumas que le enviaba su madre. La conversación sería sobre él.

'No hay nada más que pedirle, por la forma en que se presenta. Pensé que a mi padre le gustaba por eso, no por el dinero de su familia.

"Y tus hermanos están de acuerdo contigo", respondió Aling Teresa. 'Lo único que puedo decir es que debes cuidar tu cuerpo. Cualquier cosa que haya hecho para cuidar de ti no importará si tú no te cuidas a ti misma. Nuestra pureza es todo lo que tenemos. Si te entregas demasiado pronto, el hombre podría mostrar su verdadero yo. Entonces no te adorará a ti, sino que sólo se adorará a sí mismo.'

"Felipe nunca ha hablado de eso".

'No confíes así sin más. Un hombre es un hombre y nosotras seremos mujeres para siempre. Puede que a veces seamos firmes, pero nos convertimos en harapos ante el amor. Cualquier negativa puede suavizarse con una promesa.

La máquina de coser volvió a sonar.

A Felipe le preocupaba que alguien lo notara. Miró a su alrededor y se asomó a la ventana. Notó a Tentay sentada con la máquina de coser, y a Aling Teresa también sentada apoyada en la pared hecha de tiras de bambú. Dudó en entrar de inmediato por temor a ser visto y atrapado

escuchando a escondidas su conversación. Pero tampoco quiso perderse la conversación. Podría aprender a vivir con su familia por lo que escucharía.

'Un hombre, después de conseguir lo que quiere de una mujer, puede fácilmente buscar razones para dejarnos. Si ve a otro hombre mirándote, o nota una mala acción, encuentra una carta inofensiva de otra persona para ti, o un pañuelo u otro objeto, discutirá contigo hasta que pelees y él hará de ese su motivo para irse. Cambia la situación cuando encuentran a alguien nuevo. Si surgiera un problema por tu relación con Felipe debido a esto, no habría familia en peor situación que la nuestra. También deberías tener cuidado con las palabras de tu padre porque Andoy sufrirá más en el más allá si ve que tu pureza ha sido manchada.'

Se hizo un silencio entre madre e hija, como si estuvieran a punto de rezar.

Entonces Tentay habló. "Felipe realmente no ha hecho nada de eso, ni ha hablado de ello. Creo que se comportará correctamente con nuestra familia, aunque me pregunto acerca de sus padres. Su madre y su padre pertenecen a una clase social alta y su hermana también está acostumbrada al lujo. A veces me pregunto si seguiré los últimos recordatorios de mi padre. Cuando Felipe está aquí hablamos de las costumbres que se observan durante el duelo y la Cuaresma, pero no puedo evitar pensar en sus

padres. ¿No será una astilla del viejo bloque? ¿Y alguien como él no debería casarse con alguien de su talla?

'¿Cómo puedes decir eso? Aún no has conocido a su familia.

'Uno de los compañeros de oficina de Felipe me dijo que sólo se mezclan con los de su especie. ¿Y si descubren que alguien de nuestra talla se casará con su hijo?

En el silencio que siguió, Felipe se alejó de la casa y luego regresó, tosiendo para indicar que acababa de llegar.

Presentó sus respetos a Aling Teresa y luego dijo: '¡La noche se ha sobrepuesto al día con tu costura!'

"Este pañuelo es un trabajo urgente", respondió ella.

Aling Teresa llamó a Lucio. Le preguntó a su futuro yerno: '¿No está Lucio en el campo?'

Madre e hija se miraron, posiblemente pensando que Lucio y Víctor deberían jugar frente a la casa para avisarles que venía Felipe.

Tentay dijo: "Quizás estén jugando con la pelota que habían introducido los estadounidenses".

"No se cansan de jugar", suspiró la madre.

Felipe no estaba seguro si le iban a dejar entrar a la casa.

"Bueno, entra y siéntate", dijo la madre.

Los tres ayudaron a poner las cosas en orden, mientras Amando jugaba con el más pequeño, Huleng.

El sol ya se había puesto detrás de las montañas.

* * *

Esa noche, Tentay y Felipe hablaron largo rato hasta que la cena alcanzó a la familia. Los dos dijeron que la seguirían.

'¿Por qué te ves triste?' preguntó Felipe.

'¿Yo, triste? Es a ti a quien le estoy prestando atención.

"Sólo estoy comprobando si recuerdas el consejo que te envió tu padre".

El corazón de Tentay parecía haber sido atravesado por una lanza.

'¿Por qué preguntas eso, Ipeng? ¿No sabes que el recuerdo que me traes es amargo para mí?

'¡Sólo estoy bromeando, Tentay! Lo lamento. Es sólo que ese recuerdo sigue apareciendo en mi mente.'

'¿No es el mismo caso conmigo? ¡Todavía no lo mencionaría como lo haces tú, por respeto a la promesa que le hice a mi padre y a ti!'

Felipe guardó silencio.

–¿Volverás a preguntar sobre eso alguna vez?

"No", prometió el hombre.

'¿Realmente?'

'Promesa.'

–¿A qué hora dejaste la prensa? Tentay preguntó con una sonrisa.

'Alrededor de las 5 p.m.'

'¿Por qué llegaste hace un momento?'

"Pasé por la casa."

'¿La casa?'

'¿Por qué; por dónde más?'

Tentay miró a Felipe con asombro. Él respondió con una sonrisa traviesa.

–¿Es cierto que no viste a Lucio junto a la puerta?

'Eso es lo que dije. ¿Le pediste que estuviera alerta?'

'Sí. Podrías pasarte por la casa de las lindas vecinas...'

Estas bromas continuaron hasta después de la cena, cuando el resto de la familia ya se había unido a ellos. Como de costumbre, jugaron varios juegos de cartas. Lucio ya sabía jugar, ¡y hasta hacer trampa! Hizo equipo con su madre, con Tentay y Felipe del otro lado.

Jugaron hasta medianoche, sin que los dos notaran su hambre. De todos modos, no hubo clases debido a la Fiesta de la Inmaculada Concepción del día siguiente.

Cuando Felipe llegó a su casa, la puerta ya estaba cerrada. Como de costumbre, simplemente trepó la valla.

Ah, la vida del hombre nuevo.

* * *

Felipe encendió una cerilla luego de entrar a un pasillo. Vio a tres personas roncando. Reconoció al que yacía sin estera en el suelo: Gudyo, uno de sus sirvientes en la provincia.

Se acabó la primera cerilla, así que Felipe encendió otra. Los dos despertaron y se sorprendieron al ver a Felipe. Despertaron a Gudyo meciéndole los hombros.

'¡Estás aquí!' Dijo Felipe. '¿Quién está contigo?'

'¡Felipe!' Dijo Gudyo aturdido. "Estoy con el capitán."

'¿El padre?'

–Sí, y Andang también.

'Ustedes dos, ¿están con Gudyo?'

"Recogerán a Sela hoy, no en Navidad".

'¿Y madre?'

"Se quedó atrás en la provincia".

'¿A qué hora llegastéis aquí?'

"A última hora de la mañana cogimos el barco".

'¿Temprano? Pero no te vi a primera hora de la tarde.

Probablemente estábamos arriba. El capitán fue al Concordia College. Nos pidió que lo esperáramos y le dijimos que lo esperaríamos a él. Por eso me quedé dormido aquí.

'¿Sela ya está aquí?'

'Aún no. Mañana es la Fiesta de la Inmaculada Concepción en la universidad. Creo que haremos el viaje de regreso el sábado.

'¿Qué dijo mi padre cuando vio que yo estaba fuera?'

'Estaba molesto, preguntándose dónde estabas. Él y don Ramón hablaban en voz alta arriba. Creo que le dijo a tu padre que estabas cortejando a alguien en Dulumbayan.

'¿Has oído eso?'

'Sí, mientras estaban cenando. Don Ramón dijo que estabas cortejando a una mendiga, por eso tu padre estaba tan enojado. Parece que se dijeron más cosas de ti...'

Felipe no pudo hablar de inmediato. *¡¿Mendiga?! –¿Estás seguro de que eso fue lo que dijo?*

'Sí. Don Ramón se reía al decirlo, y el capitán no pudo responder...'

'¡Ah! ¿No pensaron siquiera que 'mendigo' es alguien que ha sufrido y ha sido agraviado, alguien que tiene un corazón puro y sentido del honor?'

Gudyo quedó atónito por lo que había dicho Felipe. Desde pequeño, cuando empezó a vivir en lo del Capitán Loloy para reemplazar a un hermano suyo que había fallecido, ya tenía una deuda de 200 pesos. Pensó que siempre estaría en deuda con el hombre hasta la muerte...

'¡Oh, hijo de esclavos! ¿Cuándo podré devolverte la libertad que mi padre te quitó?'

Gudyo no podía hablar en absoluto.

'¿Por qué mi padre te pidió que me vigilaras?'

'No sé.'

Los dos acordaron irse a dormir. Gudyó volvió a roncar poco después, mientras Felipe se tomaba un momento para dormir, acunado por sus dudas, hasta que llegaba la mañana.

* * *

El Capitán Loloy se levantó temprano, antes que todos los demás en la casa.

Después de despertarse, fue a la sala y tomó asiento mientras terminaba un cigarrillo. Luego de esto, bajó al primer piso para ver si su hijo estaba en su habitación. Empujó la puerta y allí estaba el hijo, despierto y escribiendo en su escritorio. Sólo Gudyó estaba con él, todavía acostado. Los otros dos ya estaban arriba. Uno estaba limpiando el piso mientras el otro ayudaba a preparar la ropa de Don Ramón para el día.

'Felipe, ven aquí'.

Felipe, atónito, se dio vuelta. Se acercó a su padre como un acusado se acerca a un juez.

'¿A qué hora llegaste aquí?'

"Las 11 de la noche, creo".

—¿Y dónde estuviste la mayor parte de la noche?

"Me dejé llevar... jugando a las cartas en casa de un amigo".

'¡Un amigo! ¿Y por qué sigues tomando clases de inglés? Le dijiste a tu madre que irías a la escuela nocturna.

El padre notó la vacilación del niño.

'¡Que tan bueno sos!' Continuó cuando su hijo no pudo decir nada. Has estado a la altura de la imagen del desvergonzado y aún así nos tratas como a tontos. Hubiera sido mejor para ti morir que avergonzar a nuestra familia. Podría haberte repudiado. Si otros me preguntaran dónde estaba, simplemente podría decir que murió aquí en Manila. ¡Véte! Cásate con la hija de ese mendigo. Cuéntale a nuestra gente del pueblo lo que realmente has aprendido aquí: ¡preferirías traerte a casa otra boca que alimentar en lugar de estudiar! Y trajiste vergüenza a esta casa donde vives. Un día me veré obligado a someterte. Ni siquiera Dios podrá culparme si ejerciera mi autoridad como padre.'

Felipe no pudo decir nada. Sus buenos modales le impidieron responder. Le molestó mucho la acusación de don Ramón de que la mujer que amaba era una mendiga. Sí, pidieron dinero prestado y a veces están a punto de mendigar comida, pero no era su culpa. No eran como aquellos que devastan descaradamente todos los recursos disponibles para su propio beneficio, quitándoles hasta la

piel a los trabajadores. ¿Pero cómo podría decirle esto a su padre?

'Dime, ¿qué pretendes hacer con tu vida con eso?'

"Nada", Felipe apenas pudo decir.

'¿Qué quieres decir con nada? ¿Planeas quedarte aquí por el resto de tu vida? Oh Dios, ¿por qué me diste un hijo tan desvergonzado?'

Felipe se abstuvo de decir nada más. El capitán Loloy finalmente se apiadó de su hijo. El padre, al ver lo grande que era, notó cómo su hijo se había encogido. No había otra manera que sacar a Felipe de este lugar. Supo por Don Ramón que a su hijo le gustaba salir con amigos que le enseñaban ideas locas del socialismo y el anarquismo. Estas palabras que terminaban en '-ismos', el Capitán Loloy apenas las entendió. Pero asociaba el anarquismo, gracias a lo que había oído, con la idea de matar a un presidente. Finalmente decidió llevarse a su hijo a casa, para que bajo su atenta mirada pudiera recuperar sus buenos modales y su sentido del trabajo duro; para que luego encontrase a alguien con quien casarse que perteneciera a su misma clase social.

El capitán Loloy y don Ramón se habían guardado el plan para sí, pues no querían decírselo a Felipe de inmediato. El padre bajó los estribos y se abstuvo de maldecir.

–Bueno, después del desayuno iremos al colegio y veremos la procesión de la Inmaculada Concepción. Marcela estará toda preparada y hermosa hoy. ¡Mira cómo ella hace todo lo posible para enorgullecernos, a diferencia de ti!

La tranquilidad de lo dicho molestó a Felipe. Su padre no se calmó así. Pero él simplemente no contradijo nada de lo que dijo el anciano.

* * *

Esa mañana fueron al Concordia College, pero no pudieron hablar con Sela. Una de las monjas la había asignado como ángel de la procesión. Cuando el capitán Loloy, Felipe y Andang, la criada, la vieron, quedaron asombrados: tenía un velo de seda sobre el rostro y su cabello estaba cubierto con finas tiras de papel japonés. El ángel no tenía el pelo rizado. Todos los ángeles tenían que parecer hijos de españoles: ninguno feo, ninguno de pelo rizado, ninguno moreno, ningún hijo de los nativos tagalos.

Los tres regresaron por la tarde, esta vez con Talía y sus hermanos, quienes también querían ver la procesión.

Pudieron hablar con Sela por un rato. Parecía un ángel, porque su piel morena estaba cubierta con cinco capas de polvo blanco.

Meni agradeció que Delfín no estuviera allí para verlo.

Al capitán Loloy casi se le hace un nudo en el cuello mientras estiraba el cuello para ver a Sela durante la procesión. A su modo de ver, su hija era el ángel más hermoso del cielo.

Desde esa noche hasta el día siguiente no pasó nada importante. A Felipe no se le ocurrió ninguna razón para decirle a Tentay por qué no estuvo presente el día de la fiesta.

Felipe pudo ir a trabajar al día siguiente. Tuvo que pedir permiso para volver a casa al mediodía porque se esperaba que ayudara a comprar cosas para llevar a la provincia. Recogerían a Sela esa tarde para que pudiera acompañarlos en el viaje a casa.

Todo esto inquietó a Felipe, pero nunca sospechó de los planes de su padre.

–¿Quién sabe a qué se debe eso? Dijo Delfín. "Tu padre probablemente haya pensado en algunas cosas, así que cualquier cosa que hagas lo enojará".

"Eso es lo que pensé, pero no estoy seguro".

–¿Y si te lleva a casa con ellos?

'¿Llevarme a casa?'

'¿Quién sabe? Si eso sucede, ¿qué nos pasará a mí y a tus amigos? ¿Qué tal Tentay? ¿Por qué no les dices adiós primero para que sepan que te vas a casa?

'¡Ay, Delfín, por favor no me hables de volver a casa! No necesito hacérselo saber; sabes que se sienten mal por mi padre, ¡y con razón! ¿Y me voy a casa? Padre tendrá que superar dificultades antes de que yo vaya con él. Ese es el pensamiento más alejado de su mente. Si esto alguna vez sucede, seguramente secaré su sangre cuando esté allí.

"Pero no puedes decir eso".

'Mañana saldrá del muelle el buque *Pasaje de Pérez*. Ve allí. Si no me pasa nada malo, llevaré a papá allí. Sela también se unirá a él. Podrás ver a mi hermana e iremos a trabajar juntos.

Felipe dejó la prensa al mediodía para comprar varias cosas para el viaje de regreso a casa. Por la tarde, padre e hijo recogieron a Marcela y llegaron por la noche a casa de don Ramón. Su padre parecía más amable. Incluso hubo cantos y bailes con música de piano, una abundante cena y un gran momento en el piso de arriba. Aparte de algunos comentarios secundarios entre él y Meni sobre lo que él y Delfín habían hablado, Felipe estaba de buen humor, cara a cara con Don Ramón, su padre, así como con la señora Loleng y su hija, Isiang, a quien Talía había invitado porque un amigo se iba a casa al Este.

Su padre despertó a Felipe al amanecer. Se le ordenó, se le apresuró, se le obligó a prepararse para el viaje a casa, sin dejar lugar a desacuerdos. De hecho, se iba a casa.

'¡Oh, si tan sólo pudiera luchar contra mi padre!' Se dijo Felipe, incapaz de hacer nada mientras su padre lo obligaba a unirse a ellos. '¿Por qué necesito veinte años más para tener una resolución firme, incluso cuando pienso mejor que mi padre y sé que nunca querría heredar ni sus modales ni su riqueza?'

'¿Vienes o no?'

Felipe dudó hasta que escuchó a Marcela bajar las escaleras, para calmarlo lo suficiente como para aceptar el plan de su padre. Tenía la intención de regresar a la ciudad con su hermana después del Día de Reyes en enero.

Sela fue quien abrió el arcón, dobló la ropa y colocó los libros y otras cosas que Felipe pudiera utilizar mientras estuviera en la provincia.

No tuvieron más tiempo para desayunar, porque el barco partiría pronto. Uno de los grandes carruajes de don Ramón los llevó a todos hasta el muelle.

Delfín ya llegó puntual al muelle. Aunque el carruaje todavía estaba lejos, Delfín ya podía ver la tristeza en el rostro de Felipe. Incluso Sela, que normalmente era una imagen de alegría, parecía una corona de flores funerarias.

El puente que llevaba al barco estaba a punto de ser retirado cuando llegaron. Felipe no pudo decirle mucho a su amigo: 'Después de todo, tienes razón. No lo puedo creer, mi padre... Cuida a la prensa y a mi familia en San Lázaro. ¡Les escribiré inmediatamente!'

El Capitán Loloy, quien estaba cuidando a los sirvientes que subían su equipaje al barco, no les hizo caso a Felipe, Sela y Delfín, hasta más tarde cuando tuvo que apresurar a los hermanos para que entraran al barco porque estaba a punto de zarpar.

Delfín sí recibió una carta después de cinco días. Más allá de las circunstancias de su llegada, Felipe le había pedido a Delfín que no le contara nada a Tentay sobre lo ocurrido entre él y su padre, no fuera a ser que esto empeorara la situación. Volvería a casa antes de Navidad. Para cuando escribiera su siguiente carta a Delfín, Felipe habría ahorrado un poco de dinero para enviárselo a Tentay.

Felipe describió la situación en su país y en su provincia. Era igual, o incluso peor que antes. Su padre, que también es el actual alcalde de la ciudad, siguió comportándose como un rey que no había perdido el control sobre sus súbditos. Todavía tenía muchos sirvientes atendiendo a todas sus necesidades, tanto hombres como mujeres, incluidos los que ya le servían antes de que Felipe partiera hacia Manila.

Delfín, en cambio, cumplió los deseos de su amigo. Aunque tuvo cuidado con sus palabras, Tentay simplemente se quedó sentada en silencio, menguando como una vela. No podía creer que Felipe se hubiera ido sin despedirse. Ella pensó que él todavía estaba en Manila y simplemente evitaba las cargas de su pobre familia. Aling Teresa también quedó estupefacta por lo que había oído. Era la primera vez que Felipe hacía algo así.

La madre y la hija se susurraron entre sí. ¿Escuchó Felipe de qué hablaban esa tarde?

"Debe ser eso", dijo Aling Teresa. "No puedo creer esto."

Luego, la madre y la hija le preguntaron a Delfín dónde estaba realmente Felipe y qué había sucedido realmente. Confiaban, especialmente Tentay, en que Felipe estaba en Manila.

Delfín no pudo contenerse y les mostró la carta de Felipe. Tentay la leyó atentamente, pero aún persistía en pensar que estaba en Manila. Delfín le mostró el sello de Laguna, pero ¿qué sabía ella del sistema postal?

* * *

Delfín le escribió a su amigo de la provincia. Describió las penas de la madre y la hija, y le pidió a Felipe que ahora les escriba directamente, que si quiere enviar dinero lo mejor

será que lo haga a través de él. Delfín simplemente les traería el dinero.

Al día siguiente, Delfín estaba a punto de ir a la oficina de correos cuando vio algo alrededor de la hora del almuerzo, algo que no podía imaginarse haciendo a Tentay.

Después de escribir su carta, se asomó a su ventana que, al estar más alta que el nivel de la calle, le permitía ver lo que sucedía en la calle. Hacia la derecha vio a una mujer, vestida con un chal andrajoso del color de un huevo podrido, junto con un niño.

Según el aspecto de Tentay, podría haber sido que realmente estuviera probando si Felipe no estuviera en Manila. Delfín miró al niño que salió a la prensa. Después de que Lucio vio a Delfín, la tez del niño se volvió pálida. Tentay le había pedido que no se mostrara ante Delfín a toda costa.

'¡Por qué, Lucio!' saludó el escritor al niño. '¿Por qué estás aquí?'

El niño no pudo hablar de inmediato. 'Nada.'

'¿No me estás buscando?'

'No.'

'¿Es Felipe?'

'No.'

'¿Dónde dejaste a tu hermana?'

El niño no pudo soportar más las preguntas. Tímidamente, dijo "Adiós" y atravesó la puerta.

Entonces Delfín fue hasta la puerta y se asomó cuando pensó que el niño estaba ya muy lejos. Y efectivamente, tenía razón. Tentay estaba con su hermano comprando comida en los puestos de Santa Cruz, pero se pasaron por la prensa para comprobar si Felipe estaba allí.

Esa tarde, sin poder soportar más la situación, Delfín se dirigió a San Lázaro. Dado que la familia no creía que Felipe realmente se hubiera ido, se llevó el borrador de su carta.

Tentay no estaba en casa cuando llegó. Según su madre, estaba con una mujer en Tondo. Lucio estaba en casa, pero estaba con los otros niños. Delfín sintió que no le estaban contando todo, pero trató de ocultarles sus sospechas. No esperaba no obtener nada de esa visita.

El martes de la semana siguiente recibió otra carta de Felipe con veinte pesos en billetes adjuntos. La carta contenía ideas sobre cómo hacer creer a Tentay las circunstancias de su partida y su solicitud de ocultar los detalles de por qué se fue. Escribió sobre su hermana tocando el piano y entreteniendo a todos, sobre cómo dejaría la ciudad y visitaría a los agricultores. Su padre

simplemente lo dejó en paz. También pudo decirle a su padre que seguiría enviando cartas a Tentay.

Delfín llevó la carta a la madre y a la hija. Una vez más, no esperaba sacar nada de esta visita. Los pilló y ya habían aceptado que Felipe había salido de Manila, pero no la idea de que había salido de Manila contra su voluntad. "No es aceptable", según ellos, "que haya algo que pueda provocar que esto suceda, excepto el incumplimiento de una promesa, aparte de la posibilidad de que sus padres lo aceptaran para no volver nunca más".

Luego, Delfín le entregó la carta a Tentay.

'¿Somos tan niños', decían, 'que después de sufrir un dolor podemos consolarnos con un trozo de pastel de arroz? Con la misericordia de Dios, sobreviviremos a pesar de los sufrimientos que ahora soportamos.'

A Delfín se le secó la garganta al intentar convencerlos de que aceptaran los veinte pesos. Incluso los niños a quienes les estaba dando un peso a cada uno, rehuyeron y se escondieron en la habitación después de ver a Tentay morderse el labio inferior.

Delfín se fue sin lograr nada.

Capítulo 13

FLORES Y ESPINAS

Meni era una flor que, desde hacía unas semanas, ya se había marchitado por culpa del exceso de sol.

Talía, profundamente preocupada por su hermana, notó los cambios. Estuvieron casi siempre juntas desde la infancia, durmiendo una al lado de la otra y viviendo en la misma casa. Después de que Talía se casara, prometió que nunca estaría demasiado lejos de Meni. Sus afectos ahora estaban divididos entre su marido y su hermana. La más joven, seguramente, no podría acusar a la mayor de no cumplir su promesa.

Antes de casarse con Yoyong, Talía notó que algunas de las prendas que normalmente usaba Meni no se podían encontrar en la pila de ropa sucia. No estaba del todo segura

porque era Meni quien se encargaba de entregar, enumerar y recibir los artículos limpios de manos de la lavandera.

Con el paso de los meses, Talía notó más cambios en su hermana. Incluso su esposo debió notar algunas cosas porque un día, cuando don Ramón estaba fuera, Yoyong le preguntó al respecto. Yoyong y Talía estaban sentados junto a la ventana.

"Tengo un mal presentimiento sobre esto", dijo.

'¿Crees que es verdad?' –Preguntó Talía.

'Las predicciones meteorológicas pueden salir mal, ipero nunca mis corazonadas!' Respondió Honorio Madlang–Layón.

Talía parecía llevar una montaña sobre sus hombros, incluso mientras estaba sentada. Miró en dirección a la puerta de Meni. Pero ella sólo captó la proyección de una sombra.

'¿Quién crees que es?' Talía le preguntó a su marido.

'¿Por que me preguntas?' Yoyong intentó evitar la pregunta. 'Tú eres la que está con ella la mayor parte del día. Conoces sus acciones. ¡Debes saber quién viene aquí a verla!

La verdad era que Talía sabía quién era. Incluso antes de casarse, su hermana menor podía leerse como el agua.

Delfín era un joven conocido, presente en las reuniones típicas de los abogados. Él y el abogado Honorio Madlang-Layon no eran sólo conocidos: también eran buenos amigos y solían hablar entre ellos. Incluso en el trabajo, se los podía encontrar hablando sobre temas y proyectos de ley presentados ante la ciudad de Manila, a veces de acuerdo y a veces no. Yoyong también sabía algo sobre Delfín y Meni. Por eso se interpuso entre Delfín y don Ramón durante el paseo por los manantiales de Antipolo.

A pesar de estos pensamientos, Yoyong no dijo nada. Trató de asegurarse de que Talía estuviera bien. Aparte de esto, no creía que la relación fuera a dar frutos, dado el disgusto de don Ramón por Delfín, como se vio durante la salida.

'No puedo decir mucho sobre nadie que haya estado aquí recientemente. Bautista, Peping, el doctor Limpoco... No he visto nada sospechoso en ellos.'

'¿Estás segura de que no lo sabes?'

'No. En realidad.'

'¿Hay alguien más que la esté cortejando?'

Ella lo pensó. Por más que intentó identificar a otro pretendiente, sólo le vino a la mente el nombre de Delfín.

Tanto Talía como Yoyong evitaron identificar a Delfín. Al final, se vio obligada a decirlo.

'Ahí está... ¡Delfín!'

'¿Qué estás pensando realmente? ¿Es sólo tu corazonada?'

Talía no pudo responder. La ira por Delfín subió a su pecho. Se arrepintió de lo que le había prometido a Meni la noche de su boda, que soportaría toda la ira de su padre, en caso de que la hermana menor se escapara. Ella dijo eso por lástima. Ahora, si hubiera sabido que Meni se escapaba con Delfín, Talía habría hecho oídos sordos a las lágrimas de su hermana menor y la habría regañado.

'Mira, creo que lo mejor es intentar sentir lo que está pasando Meni ahora y hablar con ella...'

'¿En realidad? En caso de que lo haga, la mataré. ¡Le pediré a mi padre que la mate!'

'¡No hagas eso!' Yoyong se burló de ella. ¿Es sólo una simple gallina a la que podrías retorcer el cuello?'

'Bueno, ¿cómo crees que está ella?'

'En caso de que sea cierto, bueno, me alegro de que hayan hecho las cosas antes de tiempo...'

'Oh, ¿por qué no simplemente duermes, Yoyong?'

'¿No quieres un sobrino escritor? ¿No quiere ahora mi padre tener un nieto de una de sus hijas?'

Talía se levantó, lista para irrumpir en la habitación de Meni.

'¡Ey! No hables con ella ahora. Espera hasta que estéis solo las dos en casa. Y no arremetas contra ella.

'¿Debería estar alegre con ella?'

"No alegre... sólo recuerda que una vez tú también eras una niña".

'¡Yo no era así en absoluto!'

'¿En realidad? Sólo te perdoné, eso es todo. Si te hubiera cortejado, entonces...'

'¿Que hubieras dicho tu?'

Yoyong soltó una carcajada, tratando de calmar a Talía. Ella se relajó un poco. La pareja decidió hablar con ellos: Talía con Meni, Yoyong con Delfin.

* * *

Yoyong fue poco después a su sala de lectura. Talía notó que alguien miraba por la ventana de Meni. Meni no se movía mientras miraba hacia abajo, aparentemente contemplando las plantas colgantes.

Talía se acercó a ella en silencio. El jardín estaba oscuro y sólo la luna iluminaba.

'¡Estoy aquí!' Dijo Talía, sorprendiendo a Meni.

'¡Pensé que era otra persona!' respondió la hermana menor.

'¿Qué estás mirando?'

'Nada. Sólo intento tener sueño.

–¿Y por qué quieres acostarte tan temprano?

Talía miró a su hermana de pies a cabeza. Se centró en el pecho de Meni y luego en su rostro. Meni nunca fue así. Meni no podía soportar la mirada de su hermana.

'Perdóname. No puedo soportar más esto. Por favor, mátame ahora.'

'¡Creo que lo haré, Meni!'

Meni no mostró ni la más mínima sorpresa.

"Prometiste que me ayudarías".

–¿Qué te pasa, Meni?

"No espero que nadie se apiade de mí. Sólo tu.'

Empezaron a hablar, pero apenas se les oía detrás de la puerta. Uno sólo podía sentir la desesperación de Meni, y

Talía, a pesar de su enojo, sentía tristeza y lástima por su hermana. Meni deseó haberle contado a su hermana antes.

'¡Meni!' Dijo Talía. '¡Padre te matará por esto! Lamento no haberme casado antes y haberme ido de esta casa.'

'¿Por qué?'

'Porque padre me culpará. ¡Me matará si te pasa algo!

"Asumiré la culpa y el castigo".

'Oh, eso no servirá para él.'

"En ese caso, realmente no puedes ayudarme". Y una Meni llorosa contuvo sus sollozos. Talía se sintió culpable, pero el peso de lo que sucedería parecía más pesado que su promesa.

¡No tienes derecho a sentirte mal! ¡Oh, la vergüenza y la preocupación que tu desconsideración nos trae a mí y a nuestra familia! ¿Qué más quieres de mí?

–Nada más –dijo Meni entre sollozos. 'Deberías matarme...'

'¿Qué?'

'No te culpes por no haberte casado antes y marcharte. Mañana ya no me verás aquí. Por favor, perdóname, Talía...'

Meni abrazó a Talía, empapando los hombros de esta última con sus lágrimas.

'¿Qué? ¡Meni!'

'En caso de que mi padre me busque, únete a la búsqueda. Por favor dile que no sabes que me había ido, por qué me fui...'

'¡Basta, Meni! ¿Dónde vas a ir?'

'¡Sólo déjame en paz!'

"Ni siquiera estás seguro de si Delfín te profesará su amor".

¡Oh, si lo conocieras!

'Por supuesto, sé que es una buena persona. ¿Pero cómo terminarás si vas con él?'

'¡No quiero estar con un hombre rico, Talía!'

'¡Sí, sí, pero no podremos soportar verte en la miseria!'

'Es muy tarde ahora. Y me he enamorado de él.'

'¿Qué habéis acordado?'

'Haremos lo mejor para cada uno. ¿Pero cómo podemos hacer eso sin el apoyo de mi familia?'

'No lo rechazo porque sea pobre. No lo quiero para ti porque sólo quiero lo mejor para ti.

"Por eso ya no me verás".

'¡Oh, vamos, Meni!'

'No te preocupes. Te escribiré dentro de dos días... Yoyong debe estar buscándote ahora.'

Pensando en su marido, Talía salió del jardín y se dirigió a la sala.

* * *

Yoyong intentó escuchar la conversación desde la sala de lectura. Cuando Talía se acercó a la sala de lectura, él ya se había ido. Fue al dormitorio y lo vio sentado en la cama, bostezando como si tuviera sueño.

Le preguntó a Talía sobre las prisas por hablar con Meni. Talía le preguntó a Yoyong si podía dormir en la habitación de Meni, pero él no respondió. Así que esperó hasta que él se durmiera y luego fue con su hermana.

Pero Meni ya estaba profundamente dormida. Talía acercó su oreja al corazón de la menor y luego a su estómago. Si volvieran a ser niñas, Talía ya habría salpicado de besos el estómago de su hermana.

Aún no era tarde. En la vecina casa de Rogacianos, marido y mujer seguían jugando al dominó. Don Ramón aún no había llegado a casa. La gente seguía en el camino, algunos de ellos se dirigían al Teatro Zorrilla para comprobar si pasaban alguna película.

Talía estaba consumida por la idea de la llegada de su padre. Aún así, el cansancio la venció tanto como a su hermana. Queriendo estar atenta, durmió en uno de los sillones de la sala de estar.

No vio a Meni despertarse y empezar a empacar su ropa y sus joyas. El reloj dio la medianoche. Meni esperó la llegada del amanecer. No buscó a su hermana, pensando que debía estar arropada en la cama con su marido.

Meni tuvo que esperar dos horas más para que nadie la notara en la calle. Sería muy seguro salir a las 4 de la mañana, cuando la gente estaría camino a la *Misa de Gallo*, una de las misas de novena que se celebraban en preparación para la Navidad.

Ella y Delfín no tenían un acuerdo definitivo sobre cómo se reunirían. Aún así, Meni sintió el profundo deseo de fugarse. En el peor de los casos, simplemente iría a la casa de un amigo común en Quiapo. No había nadie allí excepto su amiga y la hija de su amiga. Meni confió en que Delfín la vería allí.

Todos estos eran los pensamientos de Meni mientras ordenaba sus cosas. De repente, vio a Talía a través de su puerta, recostada en uno de los sillones. En unos segundos, Talía de repente se levantó y se acercó a ella.

'¿Qué estás haciendo?'

'Nada. ¿Por qué estás ahí? ¿Dónde está Yoyong?'

'Él está dormido. Realmente tenía la intención de estar contigo.'

'¿Y si te busca?'

–Déjalo en paz entonces.

'¿Sabe él que estás aquí?'

'Él sabe. Yoyong sintió que algo estaba pasando antes que yo.'

Meni palideció. –¿No se lo dijiste?

'No.'

'¿Qué sabe él?'

'Todo.'

Talía vio el equipaje sobre la cama. '¿Qué es esto?'

Meni no dijo nada, pero sus labios sellados se lo dijeron todo.

'Por favor reconsidera. No querrás verme enojada, ¿verdad?

'¡Talía! ¡Por favor déjame ir! ¡Padre simplemente me matará si me ve!'

Yoyong dormía profundamente y el sonido de las voces lo despertó. Consideró intervenir, pero pensó que sería mejor no hacerlo.

Talía tomó algunos de los artículos que estaban empacando y Meni los agarró. Esto continuó de un lado a otro, hasta que el joyero de Meni cayó al suelo.

'¡No puedo creerte!', lloró Meni.

'¡Es tu culpa!' replicó Talía.

Mientras recogía los pedazos esparcidos, Talía le preguntó a Meni si realmente iba a salir de la casa, pero no recibió respuesta. Talía, a pesar de su enfado, convenció a su hermana para que se quedara. El mayor sería quien hablaría con su padre. Ella pediría la ayuda de Yoyong, también de su hermano Siano, para que Meni y Delfín pudieran casarse en paz.

'¡Pero eso es imposible!' dijo Meni.

'Vamos. Nosotros nos encargaremos de ello.'

'¡Si Siano se entera, me matará!'

'Le pediré a Yoyong que responda por ti. Sabes que lo escuchan.'

A pesar de sus dudas sobre la oferta de Talía, Meni encontró consuelo al pensar que Talía la apoyaría.

–¿Y si mi padre dice que no?

"Entonces puedes fugarte".

'¿Cuándo discutirás esto con Yoyong y Siano?'

"Mañana, lo prometo."

'¿Cuándo se lo dirás a papá?'

'Vamos a ver. Tendrá que ser cuando esté con nosotros en casa y cuando esté de buen humor.'

Las hermanas se abrazaron. Talía besó a su hermana pequeña en la mejilla, la frente y el cabello. Ya no pudieron dormir ni ir a la iglesia para la misa de novena.

Yoyong entraba y salía del sueño mientras pensaba en lo que estaba pasando con las hermanas. Más tarde, sintió el frío beso de Talía en su mejilla y sus fríos dedos en su nariz, mientras intuía el amanecer.

Capítulo 14

LA PERSONALIDAD DE DELFÍN

Sentarse, escribir, señalar con la cabeza el lugar donde estaba sentado. A veces, susurrando, sus palabras iban a la par con las palabras que contaba con los dedos. Luego levantaba la cara. De repente, sus ojos se enfocaban en una fotografía frente a él, una imagen vívida y hermosa: la fotografía de Meni. La miraba mientras escribía, la musa de su poesía...

Esa tarde Delfín no pudo salir de su casa. Estaba terminando un poema que estaba escribiendo para Meni, así como para el bebé en su vientre, y estaba extasiado.

Su corazón rebosaba de una mezcla de alegría y pena: alegría de que pronto sería padre; pena que antes de que eso sucediera, tendrían que pasar por una maraña de sufrimiento.

Estaba ansioso día y noche. Quería estar con Meni en todo momento. Pero debido a su personalidad comedida y su secretismo en palabras y hechos, nadie en su familia ni en su oficina sabía lo que estaba sucediendo. Nadie excepto Felipe, pero lo que Felipe sabía, sólo lo había intuido, porque ni Meni ni Delfín, a pesar de que los tres estaban tan unidos, le habían contado su destino hasta el momento.

En cuanto a Delfín, sabía que estaba preparado para lo que sucedería. Estaba dispuesto incluso a dar su vida si ese fuera el precio de la victoria.

Meni le hizo consciente de todas estas cosas –y luego, estaba el matrimonio de Talía– y no hablaron de nada más, excepto lo que harían ante los problemas que iban a sobrevenir en su relación. Habían planeado fugarse varias veces, pero Meni finalmente no pudo decidirse. Ella seguía diciendo "más tarde" o "deja que las cosas sean", por lo que no pudieron seguir adelante con su plan precipitado. Entendió los dolores que tenía que pasar una mujer en una situación similar; las cosas que tenía que equilibrar en su vida. Y como no podía persuadirla de que se mantuviera alejada de los matorrales que la rodeaban, Delfín simplemente se aseguró de que la confianza de Meni en él se profundizara. Por eso le enviaba cartas o escribía poemas que se publicarían en el *New York Times Day*, con un título secreto que sólo Meni entendía, dándole placer y calmando sus pensamientos.

Esa tarde estaba terminando un poema; un poema que reflejaba sus sentimientos más queridos, un poema para Meni que la hacía sentir que no estaba sola cargando con el peso de su tristeza y ansiedad.

PARA TI

Tierra bendita en la que sembré
La semilla de mi única vida,
La semilla que en ti no se desperdició
Por ahora se ha convertido en una planta,
Mírame y yo
ya no quiero nada mas
Puedo ver desde esa planta en particular
El fruto de nuestra vida compartida.

*

A ti que guardaste mi fragancia y savia
En tu núcleo que está puro y sellado,
Tu núcleo que cuando se despliega
Tu fragancia y la mía empiezan a subir.
mira que yo estoy
Siempre emocionado y no quiero nada más.
¡Excepto tenerte a ti, mi hermosa flor!
En la realidad, o incluso en mis sueños.

*

Espejo liso en el que está impreso.
La imagen de mi propio rostro y corazón,
Mi cara y mi corazón cuyos colores,
Lo prometo, nunca se desvanecerán.
por favor sabe eso
estoy preocupado e infeliz
Mientras nos escondemos y no podemos mostrar
Lo que anhelamos incansablemente.

*

Tu corazón que ha aceptado el mío,
Que secretamente unió tu vida a la mía.
El vínculo que ha sellado nuestros destinos,
Un vínculo que nadie podrá romper:
Estoy aquí,
Listo para añadir viveza a tu color.
Hazme tu defensor y tu núcleo:
Te sostendré en la desesperación.

*

Nombre de mi nombre
completamente hermanado,
Vivo con atracción y confianza,
No estés triste, no te turbes,
Cúbrete los oídos del ruido de la multitud;
Estoy aquí
¿Quién te dio mi noble palabra?

Una promesa que nunca flaqueará
Y que puedes llevar a la tumba.

*

En nuestros momentos de sufrimiento,
Por favor canta la canción que siempre canto:
'Si pudiéramos soportar la espina puntiaguda.
Entonces seríamos consolados y nunca
sufriríamos',
El sufrimiento desaparecería.

Sólo le faltaban unos versos más y el poema estaría terminado, pero escuchó que alguien llamaba desde la escalera: era el ex cochero de don Ramón, y tenía una carta de Meni.

"Me pidió que esperara su respuesta", dijo el cochero.

'¿Y dónde está ella? ¿No los transportaste esta tarde?' preguntó Delfín, mientras abría la carta.

'No señor. Yo también me pregunté sobre eso. Ni siquiera la señorita Talía se molestó en bajar. También es bueno porque mañana no tendré que limpiar el carruaje.

'¿Qué tal don Ramón?'

—Hoy no almorzó en casa. Me acaba de decir que esta tarde lleve los tres caballos a San Lázaro. Creo que el caballo del

señor Yoyong participará hoy en una carrera. Ambos están todavía en las pistas de carreras y volverán a casa cuando ya haya oscurecido.'

Mientras el cochero aún hablaba, Delfín empezó a leer la carta. El cochero notó el ceño fruncido de Delfín y la ansiedad en su rostro mientras leía la carta. Delfín no se conformó con leerlo de pie: regresó a su escritorio, con la mano derecha en la frente y el codo sobre la mesa. La carta parecía contener la grave noticia de un acontecimiento terrible.

Todos suponemos el terrible suceso contenido en la carta, pero Delfín justo se enteraba de ello ahora. Adjunto:

18 de diciembre de 1904

DELFÍN,

Si todavía estás callado, deberías estar preocupado ahora por lo que me está pasando, ya que este podría ser el día del que te hablaba, el punto final de mi vida.

Toda la noche y hasta esta tarde, Delfín, si supieras la vergüenza y el sufrimiento que he soportado.

Mi condición, Delfín, ya fue notada anoche por Talía, después de cenar, y no sólo por ella sino también por Yoyong. Mi hermana casi me mata, si no fuera por el

hecho de que yo era todo humildad cuando ella ya estaba muy enojada.

Oh, si hubiera logrado fugarme contigo al amanecer, ¿qué harías ahora? ¿Y qué pasa con los problemas que habrían estallado en nuestra casa? Y todo esto es gracias a ti, Delfín. Si me abandonas en este momento de mi vida, no me volverás a ver, aunque tenga mil vidas; ¡Ya ni siquiera podrás ver mi sombra!

Ya había empacado mi ropa. Estaba decidida a no quedarme hasta la mañana, pero Talía estuvo vigilándome toda la noche. Estaba a punto de irme cuando ella se levantó y me enfrentó, y ambos lloramos. Ella me impidió irme y dijo que estaría a cargo de nuestro padre. También pediría la ayuda de mi cuñado, incluso la de mi hermano, para pedirle a mi padre que se calmara y me perdonara y me permitiera estar contigo. Ambos saben quien eres tú, ¿cómo puedo negarlo?

Talía también me pidió que te escribiera esta carta para decirte que antes de que ellos y Rogaciano hablen con mi padre, quieren hablar contigo primero, en la casa de Yoyong en Tondo, mañana lunes por la tarde. No olvides estar allí. Por favor, sé humilde ante ellos, incluso si mi hermana te maldice. Te harán preguntas y explorarán lo que realmente sientes hacia mí. ¡Ahora depende de ti! ¡Si me abandonas en mi momento de vergüenza, si puedo

intentar suicidarme, también puedo intentar matar a otra persona! Recuerda lo que te digo.

Ya me tengo que ir, Delfín, y espero plenamente que te reúnas con ellos y hables con ellos, y por favor considera a tu amada, que ahora conoce el sabor de las lágrimas a cada hora por su amor por ti.

MENI

Delfín leyó esta carta más de dos veces. Incluso repitió aquellas partes en las que las palabras de Meni destrozaban su corazón. Si no hubiera considerado que el cochero tendría que volver tarde a casa, no habría escrito una respuesta inmediata.

Entonces él le respondió con otra carta. Estaba llena de garantías de que su corazón se compadecía del de ella, está entrelazado con el de ella para siempre y no se vería nublado por nada más. Como prueba de que ella estaba en su mente, adjuntó el poema inacabado a su carta. También prometió visitar la casa de Yoyong a la hora acordada.

En la tarde del día siguiente, el marido y la mujer, así como Delfín, llegaron casi al mismo tiempo a la casa designada en Tondo.

Mientras estaba allí, incluso desde el principio, ya se intercambiaron palabras frías, principalmente por parte de las preguntas y acusaciones de Talía. Era de esperarse: una

hermana era una hermana. Frente a ella estaba aquel que, según ella, menospreciaba la dignidad de su casa; que se atrevió a llegar a Meni, que provenía del mismo cordón umbilical que ella; quien hizo que Meni enfrentara la ira de su padre; todos estos se combinaron en el ser de Talía, por eso no podía ser más que fría con Delfín. Pero Delfín decidió no enfrentarla. Él le respondió con humildad, incluso si sus palabras fueron duras y frías. Ella soltó las palabras "no tienes vergüenza, no conoces ningún sentido del honor" y lanzó la amenaza de que "un día, el que derribe nuestra casa recibirá su merecido". Pero Delfín simplemente se tragó estas palabras hasta sus entrañas. Sabía que esas duras palabras podrían venir de ella y ya se había armado de valor. Pero Talía puso fin a sus furiosas palabras cuando vio su humilde respuesta. Dejó a Yoyong para que se ocupara de Delfín y salió apresuradamente de la sala de estar.

Yoyong no era una persona de mal genio. Siendo solo el cuñado, había dejado que la hermana soltara un torrente de palabras enojadas, mientras su comportamiento era firme pero también considerado, y Delfín respondió de la misma manera.

Mientras estaba allí, Yoyong finalmente supo sobre los antecedentes de Delfín. Se enteró de que el hombre era natural de Manila, hijo único de una familia que podría considerarse acomodada, excepto que su fortuna estaba devastada por diversas enfermedades y muertes. Delfín quedó solo a los diez años y fue criado por la hermana de su

madre. Creció con su tía y sus dos primos. La familia puso sus esperanzas en Delfín, quien agradecido los consideraba su propia familia. Delfín ganaba cuarenta pesos con el periódico, cantidad que difícilmente podía cubrir todos los gastos de la familia. Sus estudios de Derecho se vieron interrumpidos ocasionalmente por falta de fondos para pagar la matrícula y los libros. La cantidad de cuarenta pesos que le pagaban a un periodista que también estudiaba, miembro de varias organizaciones y que actuaba como padre de dos primos jóvenes, suponían muy poca cosa.

'Está todo ahí', dijo Yoyong, después de que Delfin le revelara sus antecedentes, 'las cosas que te alejarían del padre y los hermanos de Meni. Había llegado a conocer sus rasgos de carácter más de una vez. Sólo llevaba una camisa sencilla y un par de pantalones cuando comencé a cortejar a Talía, y sabían que no tenía los medios para igualar la riqueza de ella y, por lo tanto, también me trataron con indiferencia. Incluso antes de casarnos, dudaban si mi título de Abogado fuera genuino, y Don Ramón y yo no estábamos del todo cómodos uno en compañía del otro. Don Ramón tiene la costumbre de hacer comentarios sarcásticos, y de esto deduje que sólo miraba por el dinero y nada más.

'Como te dije', continuó Yoyong, 'puedes imaginar cuán amargo será el veneno en el corazón de Don Ramón si sabe que eres el padre del bebé de Meni. Todavía no es consciente del estado de ella, pero pronto lo será. Y cuando llegue ese momento, no sé qué destino os esperará a ti y a

Meni. Por eso necesitábamos hablar contigo primero. Queríamos saber tu opinión sobre este asunto.

'Oh, señor Madlang-Layon', dijo Delfín con tristeza, 'ya que me ha abierto su corazón y me ha contado todo, lo único que puedo decir honestamente es que no tengo nada que ofrecerle excepto una seguridad: que preservaré el honor de Meni, incluso si la lanza de la muerte se cruza en mi camino. Me gustaría agradecerle por intervenir con calma entre nosotros. Por favor, no crea que pierde el tiempo tranquilizándonos a Meni y a mí. Soy realmente un hombre pobre, sin títulos sólidos a mi nombre ni grandes riquezas, pero por favor dígame a la señora Talía que su hermana no sufriría si se quedase conmigo.'

'Si fuera sólo Talía', dijo el abogado, 'habría sido un asunto fácil. Estoy hablando de su padre. La brecha entre las posibilidades de que él acepte nuestra postura y no la suya es mayor que la distancia entre la tierra y el cielo. Meni y tú tendréis que pasar por el ojo de una aguja, ah, con don Ramón.

"Creo que será mejor si Meni y yo nos alejamos de él".

'Eso era lo que Meni también había pensado. ¿Pero a qué parte de la Tierra iréis donde él no pueda encontraros? Además, ¿por qué tendrías que dejar tu trabajo en el periódico?

"Me arriesgaré."

¡Esa es una forma inmadura de decidir, señor Delfín! En cuanto a Talía, ahora que lo sabe todo, no permitirá que su hermana simplemente se vaya. Le prometió a Meni que hablará con su padre. Pero ella sólo quería saber qué tienes en mente, porque si don Ramón acepta y está de acuerdo, ¿te encargarías también de Meni? ¡Si se trata de eso, entonces es mejor que te mates!

"Como le he dicho, señor Madlang-Layon, ofrezco mi vida y mi alma a este tema".

'Si ese es el caso, entonces llamaré a Talía... ¡Pero antes de que lo olvide! Antes de llamarla, tengo que decirte algo.

'¿Qué es eso?' preguntó Delfín, cuyas esperanzas comenzaban a aumentar.

–Tienes una cosa que don Ramón realmente odia. Más que tu pobreza, hay algo en ti que a él no le gusta y no aceptará, aunque las mismas entrañas de Meni diesen a luz a un niño.

'¿Qué es eso?'

–¿Recuerdas las palabras que intercambiasteis en los manantiales de Antipolo?

'No puedo olvidar eso. Por eso hasta ahora no puedo visitar la casa de Meni, cuando antes podía ir en compañía de Felipe.'

'Felipe y tú, según don Ramón, sois para él como hiel amarga. Esta será la razón principal por la que ambos no estarán de acuerdo. Las doctrinas socialistas que ustedes promulgan sólo darán este fruto. Atacaste la lógica de la propiedad privada. ¿Podríamos decirle a nuestro pueblo que no aspire a la riqueza, mientras les enseñamos la virtud del trabajo duro y les recordamos cada hora, que la falta de dinero y riqueza conduce a la falta de comodidad para la humanidad?'

'¡Oh!' Delfín respondió asombrado. 'No quise decir que los filipinos no deberían aspirar a la riqueza. Lo que dije fue que no deberíamos simplemente dormir y permitir que la riqueza se acumule en manos de unos pocos; la riqueza debe pertenecer a todos. Dije que muchas personas se vuelven ricas no por su trabajo honesto y su trabajo decente, sino bebiendo la sangre de los pobres, apoderándose de aquello por lo que otros han trabajado duro, simplemente porque están obligados a pagar una pequeña renta o un humilde préstamo. Lo que quise decir es que debido a que algunos de nuestro pueblo ahora son ricos, usan el dinero para hacer lo que quieren: entregarse a puros lujos, comprar casas extravagantes, ropa y estilos de vida excesivos, mientras que aquí y allá todavía se puede escuchar los gritos de los pobres y los ecos del sufrimiento en todas partes.'

'¿Pero podríamos simplemente cambiarlos ahora? No estoy del todo de acuerdo con Don Ramón, pero lo que puedo decir es que esos temas ahora se están discutiendo en países más desarrollados que el nuestro, y se discutirán en los próximos tiempos. Aún no ha llegado el momento de que debatamos aquí estas cuestiones.'

'Son las mismas cosas que me dijo don Ramón', respondió Delfín.

"Eso es cierto", coincidió Madlang-Layon. –No respondí entonces porque no quería que la conversación con él continuara más. Pero desde entonces hacía mucho que quería hablar con usted, para informarle con calma que don Ramón tiene derecho a sentirse mal y a sentirse herido, especialmente don Filemón, con las palabras que usted les había dicho. Todas sus teorías revolucionarias sobre la propiedad privada conducen al comunismo, que aún no debería discutirse, dado el estado actual de nuestro país o los rasgos de carácter actuales de nuestros trabajadores. Las cenizas de los cigarrillos de los dos hombres todavía estaban calientes, por eso no pudieron expresar claramente estos pensamientos. Pero ¿qué quiere el socialismo en los países desarrollados? Que en manos del Estado deberían estar todas las tierras, todas las semillas y cosechas, todas las máquinas utilizadas en la producción, todo el capital, la propiedad y su administración, y que el Estado –o sus representantes– manejaría todo el esquema de las cosas. De esta manera ya no habría división entre pobres y ricos, nadie

se apropiaría de la propiedad de otros, porque ahora el Estado es dueño de todo. ¡Pero eso es pura utopía! Un mero sueño que nunca sucederá.'

'No es imposible', dijo Delfín, 'se hará por etapas para que...'

Pero Madlang-Layon se limitó a seguir hablando. 'Para alcanzar esos objetivos, los socialistas querrán ser mayoría en el parlamento, el Congreso o cualquier otra asamblea nacional, para tener las riendas del poder, como hacen ahora en Bélgica. ¿Pero qué pasará? Será lo mismo. En el momento en que los socialistas tomen las riendas del poder, también dominarán el país. ¿Y qué ha hecho el socialismo hasta ahora?

'¿Por qué dices eso?'

"¿Puedes comparar, con los ojos cerrados, la comodidad en países socialistas como Bélgica y Alemania, por ejemplo, con la comodidad en países como Estados Unidos, que no siguen esta creencia?"

–¿Entonces me estás diciendo que no hay socialismo en Estados Unidos?

"Lo hay, pero lo que quiero decir es que las creencias del partido socialista no son las que dan consuelo a Estados Unidos ni a otros países".

'Amigo mío, Madlang-Layon, de hecho el partido socialista no es un partido importante en Estados Unidos, pero sigue algunos de los principios del socialismo. La Constitución de los Estados Unidos está llena de principios socialistas. Estas incluyen la toma de control de la industria ferroviaria por parte del Estado, la vivienda socializada, la entrega de tierras a los pobres, la apertura de escuelas públicas, el suministro de agua a la gente, la apertura de bibliotecas públicas, casas de recreación, centros de salud, orfanatos... Todo esto son señales que muestran que los rayos de luz del socialismo han comenzado a brillar sobre los Estados Unidos...'

'Debe comprender, amigo Delfín', respondió el abogado, que 'si Estados Unidos ahora persigue los llamados ideales socialistas, hay otras dos fuerzas más poderosas trabajando en ese país: el capital y la sindicación. El capitalismo allí domina todo, incluso los llamados ideales socialistas. Mientras los trabajadores se organizan y solidifican sus filas, los capitalistas hacen lo mismo, ayudándose unos a otros a sobrevivir a las huelgas obreras, sobornando a los que gobiernan, presionando para que se aprueben leyes que refuercen sus filas, cosechando el grano y los frutos del Capital. Mientras vuestros llamados socialistas se fortalecen, también lo hacen los grandes capitalistas.'

'Pero por otro lado, señor Madlang-Layon, eso en lugar de debilitar al socialismo, sólo lo fortalece', dijo Delfín.

'¿Y por qué?' preguntó el abogado asombrado.

'Porque el dinero ahora está concentrado en manos de unos pocos; y por lo tanto, los socialistas se enfrentarán sólo a unos pocos enemigos cuando llegue la hora del ajuste de cuentas y llegue la revolución social.'

–Pocos pero aún muchos, amigo Delfín. ¿No sabes que el llamado trust es una organización de diferentes capitalistas? Esto significa que intereses ya poderosos vinculados entre sí se fortalecerán. La revolución social de la que hablas o el levantamiento violento deseado por los anarquistas... todo eso no cambiará el curso natural de las cosas. Estas confianzas, por malas que parezcan, también traen algo bueno. Gracias a los distintos capitales, pudimos descubrir y aprovechar los numerosos recursos que hay debajo, ocultos por la propia naturaleza.'

"Todo ese capital redundará en más bien para todos si está en manos del Estado", intervino Delfín, "en nombre de todos". Todos lo cuidarán, porque todos se beneficiarán de él. Pero si el capital está sólo en manos de los llamados trusts, estos simplemente dominarán la Tierra y no sabrán lo que quiere la gente. Serán meros señores del capital, alimentándose de las filas de los débiles y los pobres. Esto es lo que está sucediendo ahora en los Estados Unidos. Lo que los fideicomisos pueden hacer, las personas pueden hacerlo mejor, porque el Estado socialista no es más que el grupo de personas que necesita los recursos y las mismas personas que debían beneficiarse de ellos...'

Honorio Madlang-Layon se paró en seco. Pensó que Delfín y él simplemente podrían seguir profundizando en la discusión. De repente recordó a Talía, quien debía estar enojada mientras lo esperaba. En ese momento, Turing entró con dos vasos de cerveza fría y los colocó encima de la mesa de madera entre los dos hombres. Pero Talía no estaba molesta; ella estaba con su cuñada en la habitación cerca de la escalera. Podían escuchar a los dos hombres hablando de cosas que nunca entendieron. Simplemente se decían unos a otros: 'Estos hombres eruditos. Cuando hablan, su discusión llega a todas partes.' Pero se entretuvieron mientras escuchaban la charla.

Los dos hombres que estaban dentro se ofrecieron la cerveza. Yoyong bebió la mitad de su vaso de cerveza. Delfín solo tomó un sorbo, ya que no estaba acostumbrado a beberla. Después de limpiarse la espuma de los labios y del bigote, respondió al último argumento de Delfín.

"Mira esto", dijo. 'No estoy de acuerdo con ninguno de estos dos sistemas: el sistema individual y el socialista. No me gusta el primero porque da una importancia y un poder desmesurados al individuo, algo que no puede ni debe tener. Los individualistas sostienen que debería haber total libertad, que nadie debería ser obligado a hacer algo o seguir a alguien en quien no cree. En cuanto a lo segundo, tampoco creo en el socialismo, que, por lo que veo, es lo que abrazas. Los socialistas creen que el individuo está para el grupo, que debe hacer algo en beneficio del grupo al que pertenece.

Cree que nadie puede vivir solo, que el individuo debe ser un ser social. El más mínimo bocado de comida que ingiere no proviene de su propio sudor, sino que es producto de un proceso en el que participan muchas otras personas. La debilidad de una persona puede ser reforzada por la fuerza de otras, de modo que todos lleguen al bien común... De esta manera, los socialistas dan el máximo poder e importancia al Estado.'

"Pero tanto el individualismo como el socialismo", continuó Madlang-Layon, "en mi opinión, tienen sus respectivas debilidades". Para el humanista, la consideración dada al individuo lo convierten en una especie de dios. Y los socialistas, entregan todo lo que tienen al Estado. Los primeros quieren que los individuos sean libres para trabajar y satisfacer sus necesidades, mientras que los segundos quiere que la sociedad lo haga por el individuo. Ambos son meros sueños. Porque el individuo es realmente parte de la sociedad y del Estado, incluso si trabaja duro por cuenta propia. Por otro lado, el grupo no debe obstaculizar los sueños de ningún hombre.

'Amigo mío, Delfín, deberíamos atenernos a un sistema que esté a caballo entre ambos: no deberíamos consagrar completamente los derechos del individuo, ni debería permitírsele depender enteramente del poder y la capacidad de la sociedad. A ambos se les debe respetar y dar importancia, y ninguno debe aspirar a diezmar al otro. Esto se enmarca en una nueva teoría de la economía llamada

intervencionismo. En este sentido, el Estado es unas veces socialista y otras individualista, según las circunstancias. A la gente se le enseñará lo que necesita aprender para ganarse la vida y perseguir sus sueños, y luego se la dejará ir. El Estado es dueño de la tierra colectiva, de los negocios, de la propiedad, entre otras cosas que todas las personas deberían tener; pero también permite a los individuos poseer una pequeña parcela de tierra y otros tipos de propiedad, siempre que esto no perjudique al colectivo general. De modo que el Estado en el sistema intervencionista no está dirigido por la sociedad como los socialistas quieren que sea. Está dirigido por una organización compuesta por personas, que mantiene el orden, hace justicia a todos, equilibra las condiciones de todos. Esta sociedad no es obscena; no se basa en meros sueños, sino en una realidad sólida y en lo que realmente sucede y debería suceder en la vida de las personas y en cómo se gestionan sus asuntos.'

Delfín entendió de qué trataba el intervencionismo: donde el Estado se sentaba en medio de lo que quería el individuo y lo que quería el colectivo. Estuvo de acuerdo con los beneficios que podría dar, ¿por qué no? Aunque era un idealista, también leía libros y conocía la realidad. Pero en su opinión las cosas aún no se habían arreglado. Las nubes del conocimiento aún no se habían disipado ante sus ojos. Una tormenta de dudas todavía lo invadía. Lo que creía ahora, lo dudaría más tarde. Y lo que se había arreglado por ahora, se

desharía más tarde. Conocía la importancia del socialismo, pero también era consciente de las dificultades para establecerlo. También creía que el actual orden de cosas era malo; el sistema y su gobernanza permitieron que los ricos devoraran a los pobres. Se necesitaba una solución. Delfín buscaba nuevas formas de curación. El intervencionismo parecía bueno sobre el papel, pero ¿se ha aplicado con éxito en alguna parte? Ni siquiera en Estados Unidos, ni en Inglaterra, ni en Francia se pueden ver sus brillantes ejemplos; allí donde los muchos pobres también sufren a manos de los pocos ricos. ¿Qué más podría decirle Delfín a este abogado que discutía con él con razonamientos, a diferencia de los viejos con quienes discutía en Antipolo?

'Señor Yoyong', dijo finalmente, 'el sistema en el que el Estado o el gobierno se interpone entre las clases dominantes y las dominadas ya se está implementando en varios países, pero las comodidades que todos desean no han llegado tampoco allí. Las cosas incluso empeoraron. Esto sucede porque las fuerzas del capital, la inteligencia y los deberes oficiales ahogan a la gente común, que generalmente es analfabeta. Cuando el Estado interviene, sólo permite que los ricos gobiernen más. Esto, a su vez, sólo permite nadar a dos tipos de personas: una que está hambrienta, y otra que no, y ambas clases de personas buscan la orilla del progreso.'

'Tus suposiciones están equivocadas, amigo Delfín, el Estado no permitirá que algo así suceda. El Estado tiene el mandato de proteger a los débiles...'

"Pero eso no es lo que sucede", subrayó el escritor. 'El gobierno actual simplemente finge que ya no es una monarquía y trabaja para satisfacer las necesidades de todos. Pero cuando los pobres cometen un error, toda la fuerza del gobierno cae sobre ellos, en nombre del Estado protector. No sabemos dónde está la mano de la justicia, la mano que debe castigar a quienes oprimen...'

"Está ahí", interrumpió el abogado, "en la decisión del pueblo".

'¿Y quién nos dirá qué quiere la gente?'

'La prensa.'

'¿Los periódicos y la prensa que también están influenciados por el poder y la fuerza de los opresores? ¿La prensa que atiende a los intereses de las empresas, los adinerados y los poderosos?'

"Pero", insistió Madlang-Layon, "cuando la prensa revela los errores de quienes nos gobiernan, se convierten en meros santos con pies de barro, y poco a poco se derriten y desaparecen".

–¿Y es ese castigo suficiente por los errores que han cometido? Además, estaría bien que el gobierno escuchara las denuncias de la prensa, pero lo que suele pasar es que simplemente hacen oídos sordos y luego demandan a la prensa.'

El abogado Honorio pensó un momento antes de volver a intervenir. 'Mira, amigo Delfín, ya que tú también eres periodista, es bueno que estemos discutiendo esto. Cuando la prensa revela la verdad sobre el orden de las cosas, puede provocar grietas y destruir los cimientos de cualquier cosa, por muy estable que parezca. Y aquí radica la diferencia entre Estado y gobierno. El primero está compuesto por el propio pueblo, mientras que el segundo es el conjunto de personas y burocracia que administran los asuntos del Estado.'

'Déjame decirte una cosa, Madlang-Layon, amigo mío', dijo Delfín, 'que lo que dijiste también es una quimera. La verdadera fuerza de una nación no reside en el producto de la imaginación. La verdadera fuerza de una nación sólo se muestra cuando hay una revolución que alarmaría al Estado y lo haría desmoronarse. No pudimos negar a los franceses su revolución en 1789, ni a los estadounidenses la suya en 1774. Tampoco pudimos negar la nuestra, cuando en 1896 nos unimos y nos separamos de España. Y lo mismo está sucediendo ahora en Rusia, donde el pueblo se está rebelando. El poder del Estado en un sistema intervencionista es sólo un susurro en el viento. El gobierno

controla todo: las fuerzas armadas, la policía, las armas de guerra, los recursos naturales, las leyes, el sistema de justicia, así como el sistema penal. No se hace nada por el país sin recurrir a la amenaza de las balas. Esas cosas están sucediendo incluso en Estados Unidos, donde las cosas no son justas, como parecen serlo, para los no iniciados. ¿Me estás diciendo entonces que si el rico es culpable, también debería ser castigado?

'En efecto.'

'¿Y cómo sucederá eso, dada la forma en que funciona el sistema de justicia en este país?' preguntó Delfín. '¿Cómo sucederá eso cuando el abogado de los ricos puede simplemente interrogar a los pobres y hundirlos en el agujero de la ilógica?'

'Aquí', dijo Madlang-Layon, 'tenemos abogados gratuitos dependientes de la Fiscalía. Los tribunales les asignan la tarea de ocuparse de los casos de los pobres.'

'¡Ay, esos abogados públicos!' dijo Delfín con una sonrisa amarga. 'Los abogados libres, los que no son contratados.' Pero no continuó con lo que quería decir, recordando que estaba hablando con otro abogado, quien podría sentirse mal por lo que diría. Con las palabras "abogados libres", ya pudo insinuar claramente lo que quería decir. En lugar de eso, se limitó a afirmar: "Entonces estaría agradecido si los abogados designados por los tribunales para prestar

servicios gratuitos a los pobres no fueran simplemente recién graduados sino abogados experimentados". Volvamos a nuestro tema original. Todavía tengo que ver una ley que prohíba a los ricos ganar dinero con el sudor de las frentes del pueblo, o convertir a los pobres en esclavos mediante salarios injustos para los trabajadores.'

'¡Pero la esclavitud no está permitida por la ley!' –exclamó Yoyong.

'¿No está permitida? Pues yo no he oído hablar de ningún hombre rico que haya ido a prisión por oprimir a sus sirvientes, imponiendo intereses usureros sobre deudas que, como serpientes, se vuelven más grandes cuanto más las notas. Nadie ha ido a la cárcel por tener sirvientes mal alimentados, mal vestidos, azotados aquí y allá por sus órdenes, acusados injustamente y soportando la peor parte de la violencia de su señor y su familia. La misma injusticia se aplica a los agricultores pobres que trabajan en los campos.'

'¿Por qué los ricos van a ir a la cárcel si nadie presenta un caso contra ellos?'

"Pues ese es el problema", dijo Delfín. '¿Para qué esperamos a que los pobres y los débiles presenten un caso contra los fuertes, cuando ese caso lo decidirá el alcalde o el amigo de los ricos?!'

'¡No podemos hacer nada al respecto!', dijo Madlang-Layon: "Si los pobres, cobardes, no presentan un caso contra los ricos, entonces deberían sufrir en silencio". Por eso necesitan estudiar y aprender también sus derechos y deberes.'

'Ay, señor Yoyong, estudiar. ¿Cómo pueden ir a la escuela aquellos que heredaron las deudas de sus padres fallecidos? ¿Y cuántos ricos han enviado a sus sirvientes a la escuela? ¿De dónde sacarán el dinero para pagar su matrícula, excepto para vender su cuerpo y alma, nuevamente, al amo? ¿Cómo pueden estudiar los pobres cuando, incluso si trabajan duro día y noche, lo que llevarán a casa apenas les alcanzará para su sustento diario? Lo que sucede es que, aunque todavía pequeños, los hijos de los pobres empiezan a trabajar sólo para ayudar a sus padres en el trabajo diario.'

'No podemos hacer nada, Delfín, amigo. No todos podemos ser amos así que no dejará de haber esclavos. No todo el mundo puede ser rico, por lo que siempre habrá pobres.'

'Pero el socialismo puede acabar con la esclavitud y el señorío. Todos trabajarán, sin exigir obediencia a nadie. Dejará de haber mucha gente que se matará trabajando duro sólo para unos pocos que viven con toda la comodidad.'

'¿Y qué?' preguntó el abogado de manera sarcástica, '¿deberíamos entonces convertirnos todos en agricultores?'

¿Pescadores? ¿Trabajadores de fabrica? ¿No habrá más abogados como yo y estudiantes de derecho como usted?

"Tal vez para entonces ya no necesitemos abogados", dijo el joven con una sonrisa, "porque ya no habrá tenencia de la tierra ni preocupaciones sobre la propiedad privada, ya que los tribunales dictarán sentencias de manera diferente a como hoy. Luego seguiremos el sistema judicial de Suiza, Estados Unidos y otros países."

"Pero eso sólo les sucederá a los países desarrollados".

'Por eso en un Estado socialista cada uno estudiará lo que prefiera y aprenderá a hacer lo que la sociedad necesita. Nadie tiene que robar porque la propiedad ya es de todos. No habrá más traición contra el gobierno, porque no hay ningún gobierno que sea objeto de tal acto. Todos los problemas serán decididos por un organismo elegido cuidadosamente para realizar dicho trabajo. Las guerras entre razas y países también desaparecerán, porque ya no habrá avaricia y, si existe, una junta internacional puede extinguirla fácilmente.'

'Sueños. Utopía', afirmó el abogado. 'Pero ¿crees realmente que el Estado socialista es la tierra prometida? ¿Habrá tal condición en la que a nadie le faltará nada más?'

"Esto no termina ahí", explicó el escritor. 'Se puede pensar en algo mejor que el socialismo. Lo que estoy diciendo es

que deberíamos cambiar el esquema de las cosas en nuestro país porque ningún sistema ha curado todavía las dolencias de los pobres y la injusticia cometida contra tantos. En un Estado socialista, algunas personas todavía enfrentarían una carencia, pero a diferencia de lo que tenemos ahora, cuando tenemos a los heridos que caminan por las calles, por quienes pasan los carruajes de los ricos; a veces hay fiesta, y a veces hay hambruna...'

"Muy bien, entonces", dijo el abogado, "todo depende de usted". Si no quiere creerme, lo que está diciendo es una quimera.

'Un sueño hoy que se hará realidad mañana. Los descubrimientos del siglo pasado ni siquiera fueron producto de la imaginación de la gente de hace dos siglos. Pero miren lo que tenemos ahora: tenemos barcos, imprentas y electricidad, entre muchas otras cosas. El antiguo gobierno de los reyes está siendo reemplazado lentamente por el gobierno del pueblo; el poder de unos pocos ahora está siendo entregado a muchos. Y todo esto continuará porque, inevitablemente, todo el mundo está esperando que surja el socialismo”.

—¿Entonces realmente espera que esto suceda, dadas las condiciones actuales de Filipinas?

Delfín miró furioso al abogado y luego respondió lentamente. 'Cuando defiendo el socialismo, no quiero decir

que sucederá de la noche a la mañana. Considere los beneficios del sistema intervencionista, que ahora se está implementando en algunos otros países. Todavía será difícil que el socialismo arraigue aquí, dadas las condiciones actuales del país y la forma en que se gobierna. También soy consciente de que los pobres también tienen hábitos que deberían corregirse. También soy consciente de que las doctrinas socialistas se difunden mejor en los países libres y desarrollados, administrados por sus propios hijos y no por extranjeros. También soy consciente de que el sistema capitalista aquí no está tan profundamente arraigado como en Estados Unidos, España y Francia. Ni que la dificultad de trabajar aquí sea una quinta parte de la que hay en otras tierras, donde los trabajadores se encuentran diariamente con las fauces de la muerte o se adentran más profundamente en la tierra en los pozos mineros. Acepto todo eso, señor Madlang-Layon.

El abogado escuchaba absorto.

'Pero también creo que debemos dejar que el resplandor de un nuevo día brille en esta tierra, para que podamos empezar a ayudar a los pobres. Deberíamos detener la desventurada violencia contra ellos, infligida por la empresa capitalista. Sin duda llegará ese día en que nuestras fábricas serán más grandes, las máquinas más brillantes, y todo comenzará con nuestras imprentas, donde las impresoras están siendo dejadas de lado en favor de las recién llegadas máquinas linotipia y monotipia, operadas por una ráfaga de

electricidad. Un día seremos soberanos y libres, y los extranjeros nos dejarán elegir nuestro propio gobierno que, aunque no lo otorguen voluntariamente, ciertamente lo tendremos algún día, como se marchitan las ramas, cuando llega el momento. El puntual vence al ágil. Nuestros trabajadores no deben quedarse dormidos mientras reina plenamente el reino capitalista. Deberían tener la fuerza para luchar con la codicia de ese reino. Deberían darse cuenta de que la vida de los hombres y el destino de los países no tienen por qué terminar así. Los pobres ahora deberían darse cuenta de que son pobres no porque sea natural u ordenado por Dios. Son pobres por la forma en que están gobernados, por las leyes que los gravan, por el sistema que sólo ayuda a los astutos y a los poderosos...'

Mientras el escritor insistía en esto, el abogado simplemente negaba con la cabeza. En ese momento, vio a Talía guiñándole un ojo, mordiéndose el labio inferior y con el ceño fruncido. Ella ya parecía molesta por haber esperado tanto.

Talía y Turing se habían deleitado mutuamente con sus historias. Habían derramado lágrimas cuando Talía narró lo sucedido a Meni, a quien Turing también consideraba su propia hermana, amiga y confidente. Sus susurros y narraciones casi habían terminado, mientras los dos hombres todavía estaban inmersos en su acalorado debate.

Cuando Yoyong notó el enfado de su esposa, retornó la discusión a la agenda original de su reunión. Ahora sabía lo terco que era Delfín, cualidad que Don Ramón no aceptaría incluso si Meni y él hicieran todo lo posible por pacificar a las dos partes.

"Si eres así", dijo Madlang-Layon, "entonces tú y tu suegro nunca estaréis de acuerdo".

'¡Oh!' dijo el joven con confusión. 'Lo que he dicho es sólo entre nosotros dos. Pero no entablaré esa discusión con don Ramón.

'¿Entonces que deberíamos hacer?'

—No espero nada, señor Yoyong, excepto su ayuda. Ofreceré mi propia vida si es necesario para salvar el honor de Meni y de don Ramón.

'¡Oh qué! ¿Vamos a esperar aquí a que llegue la noche? Talía preguntó con voz aguda, mientras entraba a la sala de estar.

"Sí, querida, ya casi hemos terminado", dijo Yoyong con voz suave.

Y en ese mismo momento decidieron que tanto marido como mujer hablarían con don Ramón sobre el estado de Meni, y luego llamarían a Delfín para contarle lo sucedido.

Delfín sabía que podía confiar en que Yoyong haría lo mejor que pudiera frente a su suegro, debido a la gran estimación que Yoyong tenía de él.

Y fue sólo entonces cuando se despidieron, cuando el día ya estaba anocheciendo.

Turing se unió a marido y mujer en el regreso a casa.

Capítulo 15

LA DIGNIDAD DE LOS RICOS

Talía y Yoyong cumplieron su promesa a Meni y Delfín. Incluso hablaron con su hermano Siano poco después, a pesar de los temores de Talía sobre su temperamento. Es más, incluso consiguieron que la mujer de Siano estuviera de su lado, y esa misma noche decidieron hablar con don Ramón. Estaban teniendo una agradable charla durante la cena cuando el abogado sacó a relucir el tema.

Meni intentaba ver qué pasaba en el comedor. Estaba paseando de un lado a otro en su habitación porque Talía le había informado que hablarían con su padre esa noche. No podía oír mucho desde donde estaba, así que miró dos veces. En su segundo intento, desafortunadamente sus ojos

se encontraron con los de Don Ramón, quien pronto estaba escupiendo ira cuando Yoyong intentó detenerlo.

'¡Cómo se atreven todos!' gritó el viejo. '¡La mataré!'

El cuerpo de Meni tembló y se quedó helada.

'¡Meni! ¡Meni! ¿Dónde estás? ¡Ven aquí!'

Meni sintió que estaba lista para morir. Miró las ventanas de su casa, contemplando si preferiría saltar y morir antes que ser asesinada por su padre.

'¡Los mataré a todos!' –exclamó don Ramón aun cuando Yoyong y Siano ya habían asegurado los brazos del anciano. 'Esto es tu culpa, Talía. ¡Esto no habría sucedido si no te hubieras confabulado con ella!'

"Padre, no fue culpa mía", intentó explicar Talía.

'¡Quiero verla!'

Nadie pudo responder.

No había posibilidad de que alguien pudiera suplicar clemencia a don Ramón. El rostro de Talía ya estaba inundado de lágrimas, mientras Yoyong y Siano intentaban razonar con el anciano.

"Perderemos la cara ante otras personas con todo este ruido que estás haciendo, padre", dijo Yoyong.

¿Qué quieres decir con perder la cara? ¡Tráela aquí!

Talía no pudo soportarlo más. Después del segundo grito, fue directamente a la habitación de Meni. Las hermanas se abrazaron llorando.

'¿Cómo es que lo mencionaste?' –Preguntó Meni.

'¡Esto es tu culpa!' –lloró Talía –.

Los dos casi se desploman en el suelo. '¡Esconder!' Dijo Talía. "Sólo le diré que no estás aquí."

'¿Dónde me esconderé?'

'¿Debajo de la cama, en el techo? Pasa por la ventana. Puedes pasar a la otra habitación.

Las dos estaban atrapadas en su confusión. El viejo volvió a gritar. '¡Ya voy!' Siano entró corriendo en la habitación, seguido de su esposa.

Don Ramón se escapó de las manos que lo sujetaban y se precipitó al cuarto de Meni.

'¿Dónde está la descarada?'

Meni luchó por ponerse de pie.

Yoyong se apresuró a ayudar, pero ya era demasiado tarde. Don Ramón ya había abofeteado a Meni y luego la pisoteó mientras caía al suelo.

'¡Madre!', lloró Meni antes de desmayarse finalmente.

* * *

La casa estaba en silencio como una tumba. Los ojos de don Ramón ardían en lágrimas, pero no pudo repetir lo que hizo antes, porque Yoyong y Siano nuevamente lo sujetaron.

Nadie pudo acercarse a Meni hasta que Talía gritó y corrió hacia su hermana. Siano y su esposa la siguieron, dejando a su padre, que respiraba con dificultad.

'¡Perder un hijo no me importa si solo me avergüenza!'

Meni recuperó el conocimiento después de que le administraran éter, agua y le mordieran los pulgares.

La llevaron suavemente a su cama. Su cuerpo andrajoso parecía no tener huesos y Talía no se apartaba de su lado.

Pero entonces, las mejillas de Meni comenzaron a oscurecerse rápidamente. Puso la mano de Talía en su pecho, dejándola sentir el ritmo frenético. Estaba mareada y entumecida por todas partes, incluso en los pies, especialmente en el pulgar que su cuñada le había mordido para despertarla.

Los hermanos pensaron en llamar al doctor Borja, el médico de la familia, pero no se atrevieron por miedo a la vergüenza. Pensaron en otros médicos, pero don Ramón conocía a todos los médicos de Santa Cruz, donde vivían.

Talía y su cuñada vigilaban a Meni, mientras los dos hombres se quedaban con don Ramón.

Más tarde, las dos mujeres se durmieron y Meni se encontró despierta en la oscuridad de la noche. Pensó en Delfín y lo extrañó. La bofetada de la pesada mano de su padre y el pisotón de sus pies podía soportarlos por el amor que sentía por Delfín. Sabía que podía morir por él.

Meni finalmente se quedó dormida. Don Ramón, según un sirviente, había escapado de la vivienda, vestido sólo con su ropa de casa, después de que Yoyong lo dejara en la habitación.

Mientras caminaba en la penumbra, a don Ramón le pareció ver los rostros de sus amigos y conocidos. Pensó que se estaban burlando de él. Se sentía abatido entre los que vivían en Santa Cruz, en Manila, en toda Filipinas. Incluso Loleng, quien pensó que lo entendería mejor, parecía mirarlo con despecho. Debía estar pensando que deberían echar a Meni de la casa ahora. Como todos los demás hijos estaban casados, no había razón para que Loleng no lo visitara, ni para que Don Ramón no le diera todas las cosas que ella quería.

Talía y Yoyong revisaron la habitación del anciano. Y efectivamente, ya no estaba. Don Ramón no salía a caminar por las calles a esas horas, excepto cuando iba a misa, porque dijeran lo que dijeran de él, don Ramón seguía siendo católico, al fin y al cabo.

* * *

Meni se despertó cuando el sol ya estaba alto en el cielo. Se despertó completamente descansada. Pero lo que empeoró fueron las heridas en su interior, la ansiedad que se desbocaba en su corazón por el destino que les esperaba a ella y a Delfín, quien no tenía idea del odio desatado sobre ella por su propio padre.

Quería levantarse de la cama, pero su cuerpo todavía se sentía cansado, a pesar de que su sueño era profundo, aunque intermitente. Finalmente se sentó para tomar la comida que Talía le ofrecía. Pero a ella no le apetecía la comida. Su garganta y su pecho parecían haberse apretado, rechazando cualquier alimento. Los ojos de su hermana le suplicaban que comiera sólo un bocado. Ambos rostros estaban inundados de lágrimas.

'¿Estás también enojada conmigo, Talía?' –Preguntó Meni.

'¿Por qué debería estar enojada contigo?' Respondió Talía. "Vamos, por favor come ahora".

Ella comió un bocado de comida.

-¿Qué te dijo padre esta mañana?

"Él no está aquí hoy".

'¿No está aquí?'

"Sí, cuando nos despertamos, ya se había ido".

'¿A dónde fue?'

"Tal vez simplemente se fue a otro lugar para calmar sus sentimientos". Meni suspiró profundamente.

'¿Y tú, Talía? ¿Tú también me abandonarás?'

'¿Abandonarte? ¿Lo que estoy haciendo ahora es un acto de abandono?'

'¡Ay, hermana mía!' Dijo Meni con voz dulce y gentil, y puso uno de sus brazos alrededor del hombro de su hermana. 'Tenía miedo de que tu también cambiaras de opinión acerca de mí, debido a la vergüenza que traería a esta casa si alguna vez la gente supiera del pecado que he cometido...'

Talía guardó silencio durante un rato. Su pecho se contrajo cuando escuchó esas palabras. '¿Por qué estás diciendo eso? Incluso si lo que hiciste no fue bueno, ¿me has visto darte la espalda?'

'Tienes razón, pero...'

'¿Qué más quieres?'

Fue el turno de Meni de quedarse en silencio. Las dos hermanas simplemente se miraron y cambiaron el tono de su conversación cuando la cuñada de Talía entró a la habitación. Recogió el desayuno que no había terminado y, muy pronto, las dos hermanas se quedaron solas nuevamente.

'Talía', prosiguió Meni, 'quiero pedirte un favor'.

'¿Qué es eso?'

"Si tan sólo se pudiera hacer".

'Sera hecho.'

'¿Papá volverá pronto?'

'¿Por qué volvería pronto, en esta situación? Pero Siano lo está buscando.

'¿Entonces Siano tampoco está por aquí?'

"No, le pedí que fuera al doctor Gatdula".

'¡Un médico!' Meni dijo con sorpresa. –¿Y por qué irías a buscarlo para que me curara si no estoy enferma en absoluto?

'Tu cara todavía está hinchada y oscurecida. Dijiste que también te duele el cuerpo y tu corazón parece palpitar, tal vez...'

'Soportaré todo esto, Talía. Como mi padre aún no ha llegado, le solicito que alguien lo traiga... a él.

'¿A Delfín?

Meni asintió.

–¿Y si padre regresa y lo ve?

Meni pensó un rato y luego volvió a hablar. 'Le pediremos que se esconda. Sólo quiero hablar con él ahora; Quiero que vea mi condición. Por favor encuentra una manera de que venga.'

'¡Pero no deberías hablar con él aquí!' respondió la otra.

'¿Y dónde? No puedo bajar...'

'Escribámosle y contémosle todo lo que pasó'.

'No. Quiero hablar con él. También quiero que veas lo que haría.

Talía seguía expresando su desacuerdo, pero Meni le suplicó dulcemente hasta que finalmente accedió a enviarle una carta a Delfín, pidiéndole que viniera a la casa tan pronto

como pudiera y que no se preocupara de que le hicieran algún daño, porque el padre no estaba ahí.

* * *

Pero Madlang-Layon no vio esto con demasiados buenos ojos. Se enteró por la propia Talía, quien se lo había susurrado mientras él leía un periódico en la sala de estar. Le pidió a alguien que fuera tras el sirviente que llevaba el mensaje y, afortunadamente, pudieron recuperar la carta.

Madlang-Layon explicó que pedirle a Delfín que viniera a la casa en ese momento no sería lo mejor para nadie. Si el anciano ve a Delfín, o si alguien le susurra que se le permitió entrar a la casa, todos estarían en problemas. Y eso sin duda lo incluiría a él, Madlang-Layon, que todavía estaba tratando de agradar a su suegro. Y si Siano alguna vez viera a Delfín en la casa, no sería demasiado descabellado imaginar que perdería el autocontrol y dañaría al hombre que les había quitado a todos a su hermana.

Meni consideró estas explicaciones. Más tarde estuvo de acuerdo en que sería más peligroso si su hermano o su padre vieran o escucharan que Delfín había entrado en su casa. Yoyong también prometió que él mismo buscaría a Delfín en la redacción del periódico, para contarle todo lo sucedido.

Mientras tanto, Siano acababa de llegar con el doctor Gatdula, a quien le habían enviado a buscar.

El médico tomó el pulso de Meni, examinó su rostro, observó sus moretones y el dolor en los lados de su cuerpo, y luego le preguntó a Meni qué más sentía y dónde más tenía dolor. Posteriormente, el médico preguntó a Talía, Siano y su esposa sobre su relación con Meni.

El Dr. Gatdula era un médico de provincias que recientemente se había mudado a Manila y estaba empezando a establecer su práctica. Todavía no conocía a mucha gente y no tenía pacientes ricos como la familia de Don Ramón. Esa fue la primera vez que entró en su casa.

El inteligente médico ya conocía la verdadera causa de los hematomas en la cara de Meni así como de la pequeña hinchazón en un costado de su cuerpo, aunque no se tratara de afecciones graves. Nadie en la casa se atrevería a admitir la verdadera razón, excepto que Meni hizo algo mal y su padre la abofeteó y pateó con furia.

'¡Oh, ella también tiene otra condición!' agregó el médico, quien ahora sonreía y trataba de detectar si alguien que estaba frente a él ya sospechaba del otro padecimiento de Meni.

Talía fingió que no sabía nada.

"Hay que tener cuidado con ella", dijo el médico, "porque el dolor en un costado del cuerpo y su negativa a comer, así

como las palpitaciones en su corazón y su tristeza, pueden derivar en dolencias más graves".

Y entonces el médico anotó la medicina para los moretones en la cara de Meni así como en el costado de su cuerpo que aún estaba rojo por la patada de Don Ramón. También le dio medicina para las palpitaciones del corazón y la opresión del pecho. Y luego, como un sacerdote escuchando una confesión, acercó sus labios a su oído y le susurró algo mientras los demás estaban preocupados leyendo la lista de medicamentos que Meni tendría que tomar. El médico dijo algo que tomó a Meni por sorpresa, diciéndole que tuviera cuidado consigo misma para que su condición no empeorara más. Meni no pudo responder con una negación... Simplemente se quedó en silencio, pero las palabras del médico llenaron su corazón y corrieron por sus venas, llegaron a su rostro y lo llenaron del color pálido de la vergüenza. ¿Pero qué más podría hacer ella? Ella simplemente culpó en silencio a Siano por haber ido a buscar al médico. Qué bueno que no conocieran a este médico, y que don Ramón tampoco estaba.

Cuando el médico estaba a punto de despedirse, solo dejó instrucciones de que no necesitaba regresar más para un chequeo, siempre y cuando siguieran el régimen médico que les había dado. Pero si surgiera algo, podrían buscarlo en cualquier momento.

Mientras tanto, Yoyong también bajó las escaleras. Quería cumplir la promesa que le había hecho a su cuñada, de quien se compadecía. Pudo ver a Delfín en la redacción del periódico y conversaron en un rincón.

A Delfín le contaron todo, incluso la reciente visita del médico. Una tormenta de tristeza llenó el corazón del escritor. Pero esto pronto fue reemplazado por ira hacia Don Ramón. Si no estuviera pensando en Madlang-Layon, se habría enfurecido y habría comenzado a lanzar maldiciones y amenazas al anciano que estaba menospreciando su propia persona. Pero Madlang-Layon parecía poseer una poción que calmaba a Delfin. Explicó que don Ramón tal vez estaba equivocado, pero que también debían considerar la traición que le habían hecho al anciano, además de haber deshonrado el buen nombre de la familia.

'Es cierto', dijo Delfín, 'pero ¿recurriríamos a eso si no estuviéramos sometidos al rigor y a las palabras insultantes de don Ramón?'

–El viejo sólo fue estricto contigo –dijo Yoyong– cuando tuviste un debate en los manantiales de Antipolo. Pero antes incluso te permitían visitar a Meni en su casa.

Pero no iba allí para cortejarla. Siempre estuve en compañía de Felipe.'

–Pero don Ramón ya sabía que estabas cortejando a una de sus hijas.

'Sea como fuere', dijo Delfín, '¿no pasaron ellos también por la vida como un solo hombre, y por eso tuvieron que recurrir a actos como estos?'

Madlang–Layon se rió antes de responder.

'Haz lo que digo y no lo que hago. ¿Aún recuerdas esta línea de razonamiento?'

Incluso Delfín sonrió al escuchar esto.

'Lo que puedo decirte', añadió Yoyong, 'es que te calmes para que podamos discutir las cosas de una manera más razonable. Creo que todavía podemos lograr que el viejo se dé la vuelta. Permitamos que un padre herido pase por una ola de ira. Te daré una actualización sobre lo que pase. Sólo ten cuidado con Don Ramón y su enfado. No te preocupes por Meni, creo que este es el último dolor que aguantará...'

Delfín se calmó al escuchar las amables y afectuosas sugerencias de Yoyong. En ese momento, miró a Yoyong como una bendición. ¿Qué otra bondad podría dar un amigo? Si pudiera, habría besado la mano de Yoyong en agradecimiento. Y cuando estaban a punto de separarse, no pudo evitar darle un abrazo a su gran amigo.

Capítulo 16

LA SEÑORA LOLENG

El nacimiento del Mesías en un pesebre de Belén, que solía ser el centro de tanta celebración en la casa de don Ramón, parecía no haber entrado en la mente de nadie. ¿Dónde está la feliz y trabajadora Meni que decoraría el pesebre? ¿Podría Talía siquiera molestarse en hacer esta tarea?

Cada niño o adulto que vino y deseó a la familia una Feliz Navidad ese día salió de casa rascándose la cabeza. Don Ramón no pudo ser encontrado en ningún momento en la casa. Los exteriores e interiores de la casa parecían tan tristes como un cementerio y tan desordenados como una jungla, a diferencia de las Navidades pasadas. Todas las ventanas estaban cerradas, como si no hubiera gente viviendo dentro. Todos los sirvientes dijeron a quienes los

visitaron que no había nadie allí, o que los residentes de la casa se habían ido a otra parte.

Todos quedaron sorprendidos por este repentino giro de los acontecimientos, contrario a las costumbres locales. Pero, ¿cómo iban a ser las cosas igual cuando Meni había cambiado, Talía había cambiado e incluso Don Ramón había cambiado? Ya no tenía una sola hija y el número de personas que vivían en su gran casa también había cambiado. Don Ramón conocía sólo un Delfín; ahora podría haber uno más pequeño, que sería motivo de vergüenza...

Y efectivamente, don Ramón ya casi no se quedaba en su casona. Encontró una excusa con su amigo don Filemón, en cuya casa a veces dormía y pasaba las horas. Don Filemón simplemente lo dejó en paz. Cuando Don Ramón no iba a la fábrica El Progreso, simplemente se hacía cargo del trabajo del día, pensando que su amigo necesitaba consuelo para sus penas. Y esta fuente de angustia también era bien conocida por la señora Loleng y su hija. A la anciana no le gustaba guardar secretos ni que le ocultaran secretos. Don Ramón quedó encantado con los consuelos ofrecidos por la familia, por los cálidos saludos de la madre y la hija, que lo recibían cada vez que los visitaba.

La casa también tenía un piano e Isiang, al igual que Meni, tocaba bien el piano. También conocía algunas canciones cuya belleza sería engullida por su gran voz, pero era motivo

de entretenimiento para todos, especialmente para don Ramón y la señora Loleng, que se sentaban al fondo.

Y así pasaba don Ramón los días y las noches de las fiestas navideñas. Si don Filemón no estaba en la casa, hacía el papel de don Filemón; y si estaba Don Filemón, entonces eran dos Don Filemón.

A Isiang no le importó todo esto. Le debía mucho a su madre y a don Ramón, quienes se entretenían dentro o fuera de la casa, mientras ella hacía lo mismo con Morales, el farmacéutico. Mientras la señora Loleng y don Ramón hablaban de la fábrica Progreso que dirigía don Filemón, Isiang tocaba el piano y cantaba con Morales. Mientras los dos mayores debieron conversar sobre la tristeza que había descendido sobre la casa de don Ramón, los dos más jóvenes debieron saborear los placeres del cielo y aspirar el perfume de las flores abiertas... Era divertido pensar que mientras los dos mayores estaban a punto de morir arriba, los dos más jóvenes estaban como niños jugando en la parte inferior de la casa... A Morales ya no lo regañaban cuando los visitaba. La discordia que había sembrado se había curado hacía tiempo.

'Mi hija debe haberse vuelto a caer', le decía la señora Loleng a don Ramón, cada vez que notaba que el piano había dejado de sonar en la sala y la voz de Morales también estaba ausente.

'Oh, déjalos en paz, que son jóvenes amantes', respondía el viejo.

A esto le seguía el sonido de sus risas, y así fue como el día pasaba para la madre y la hija.

* * *

Si don Ramón no visitaba a su amante de San Miguel durante dos, tres o incluso cuatro días, no pasaría nada. Pero si no la visitaba durante una semana o incluso dos, especialmente en las noches en que sería agradable salir y pasear por las ferias de Quiapo y la Luneta, o por alguna otra parte de Manila por donde solía llevar en su carruaje a Julita, sería motivo de asombro, sospecha y enfado.

Julita empezó a sentirse molesta. Esperó durante las misas de medianoche, el día de Navidad e incluso los días posteriores, pero no pasó nada. Don Ramón ni siquiera le envió una fruta podrida ni un carruaje. Julita pedía que alguien buscara al viejo en su casa o en la fábrica, pero no lo encontraban. Incluso cuando ella y su madre buscaron a Don Ramón, no pudieron determinar su paradero.

"Podría estar enfermo", dijo la madre.

'¿Qué otra enfermedad le ocurriría a ese viejo búfalo de agua?' respondió Julia, con la ira creciendo dentro de ella.

'Entonces, ¿adónde más iría?'

¡Dónde más que a revolcarse en el barro, allí con la vieja bruja de Santa Cruz!

El enojo de Julita empeoró por el hecho de que sus finanzas estaban cayendo. En realidad, no le importaba la señora Loleng y su romance con don Ramón. Lo que la irritaba era que a ella y a su madre no se les proporcionaba lo que necesitaban. Le habían llegado noticias de que efectivamente don Ramón se hospedaba en casa de la señora Loleng, y hasta dormiría allí hasta el mediodía y por la noche.

Julita se preguntó esto. Tomar una siesta en casa de otra persona después del almuerzo estaría bien, pero ¿dormir allí por la noche? ¿Qué pensarían y dirían las hijas de don Ramón?

Ella no estaba al tanto de los problemas que habían acaecido en la casa de don Ramón. Desde que Talía se casó, no había puesto un pie en la casa. Así que visitaron la casa el día en que el rey Herodes había ordenado decapitar a los inocentes. Pero cuando la visitaron, sólo Talía parecía estar allí. Meni, que solía darles una bienvenida tan cálida, sólo había echado un vistazo desde una de las ventanas selladas. Aún no eran las ocho de la noche y, sin embargo, Talía afirmó que ya estaban durmiendo. Cuando preguntaron dónde estaba don Ramón, Talía dijo: 'Oh, no lo sé. Quizás esté en casa de la señora Loleng. Si Talía había tenido la intención de decir esto o no, escuchar estas palabras alimentó la

sospecha que crecía dentro de Julita, y comenzó a agitarse nuevamente... ¡*Con la señora Loleng!*

Habían llegado a la casa con grandes esperanzas y habían salido con una pesadumbre en el corazón. En lugar de regresar directamente a casa, se dirigieron a la casa de la señora Loleng. Se detuvieron delante y oyeron risas dentro de la casa. Julita reconoció inmediatamente la voz profunda de don Ramón, una voz que sonaba al unísono con la voz estridente de una mujer, una voz que, como una enredadera, se entrelazaba en sus oídos. Incluso escuchó a don Filemón reírse a carcajadas.

'¡Qué bestia!' Se dijo Julita.

Tanto la madre como la hija temblaban de ira, pero ¿qué podían hacer? No podían simplemente subir a la casa. Si pudiera hacerlo, la madre habría denunciado el incidente a un policía, pero en la impotencia de su ira, la madre planeó vengarse contra la señora Loleng. Descargarían su ira contra don Filemón y la señora Loleng, y no tanto contra don Ramón.

Como personas que habían perdido en el juego, la madre y la hija regresaron a casa llenas de angustia. Mientras caminaban, seguían hablando de la mejor manera de vengarse. Querían que don Ramón pusiera fin a su relación con la anciana señora Loleng. Julita no podía entender por qué la abandonaban para valerse por sí misma, cuando era

la mujer más joven y, además, soltera. La otra mujer no sólo era vieja, sino que además estaba casada: una agitadora con una boca como una chimenea y fumando cigarros. Ella también era hermosa, pero la diferencia con la señora Loleng era que la mujer mayor era mestiza, pero ¿el color de la piel determinaba la bondad y la belleza? La señora Loleng había conocido a muchos hombres antes, a los chinos de Trozo y a los demás hombres de Santa Cruz, antes de casarse con don Filemón. ¿Y quién lo sabía? Aparte de Don Ramón, ¿tal vez ella también tenía otros hombres?

Julita comenzó a tener un romance con Don Ramón a causa de su madre, quien había quedado cegada por la riqueza de Don Ramón. Julita se dio cuenta de que don Ramón no le prestaba atención porque era pobre. Los ricos sólo merecían estar con otros ricos. Recordó la promesa de Don Ramón de que si Talía alguna vez se casaba, él se casaría con ella después de cuatro meses. ¿Pero dónde, cuándo y cómo se cumpliría esa promesa, si ya había sido abandonada?

Ella comenzó a sentir lástima de sí misma y le dijo a su madre: '¡Es tu culpa que nos haya pasado esto!' La madre simplemente se quedó callada y cambió el tema de la conversación.

Siguieron caminando por Santa Cruz y llegaron a su casa después de muchas horas.

* * *

Era costumbre en casa de la señora Loleng que cuando el reloj daba las doce, don Ramón y don Filemón, se pusieran a comer. Durante esos días, Don Filemón no iba a su casa a almorzar y simplemente se quedaba en la fábrica para cubrir la ausencia de Don Ramón. Pero ese mediodía, madre e hija no tenían idea de que sería don Filemón quien llegaría y no don Ramón.

Morales ya estaba allí desde las diez de la mañana. Él le estaba enseñando danza de dos pasos a Isiang, y luego ella le enseñó a tocar el piano. Como don Filemón no había regresado a casa y don Ramón aún no había llegado, ella simplemente permitió que Morales se quedara a almorzar.

Mientras comían llegó un mensajero a decir que don Ramón no almorzaría allí; simplemente almorzaría en su propia casa. ¿Pero qué casa? Don Ramón se encontraba en San Miguel, ya que esa misma mañana lamentablemente se había encontrado con Julita y su madre en Santa Cruz. Estaban a punto de abordar un carruaje que los llevaría al Santo Cristo, cuando los ojos penetrantes de Julita vieron a don Ramón caminando con su bastón, desde la calle Enrile y dirigiéndose en dirección a ellas.

Julita tocó a su madre y señaló al anciano a lo lejos. No subieron al carruaje ni esperaron a que el anciano se acercara a ellas sino que corrieron hacia él. Aunque

estuviera soltera, Julita tenía tendencia a comportarse como una mujer casada, ruidosa y enojada, y no le importaba que los demás supieran que ella era la amante de don Ramón, ya que el viejo era viudo y rico.

Mucha gente en Santa Cruz conocía a don Ramón y mientras caminaba lo saludaban y él les correspondía. Pero no pudo responder al abogado Villaruel, quien lo había saludado, pues ya vio a la madre y a la hija cargando hacia él.

"Ahora estoy condenado", se dijo a sí mismo. '¡Finalmente caí en manos de madre e hija que son como los soldados del Estado!'

—¿Qué te pasó, viejo holgazán?

Todavía estaba a un metro de don Ramón cuando comenzó el arrebató de Julita. Pero don Ramón no se sorprendió con estas palabras, como a un buceador experimentado no le sorprende el ataque de un pez pequeño. El color no desapareció de su rostro. Incluso logró sonreír.

'Oh, ¿adónde vas, Juleng?'

'¿Dónde?' respondió la mujer. '¡Donde sea!'

La anciana no dijo nada. Ella simplemente retrocedió varios pasos, sonriendo y guiñándole un ojo a don Ramón, dejando que Julita hablara.

'¿Y tú? ¿Adónde vas?'

"Vine de casa y ahora voy a la fábrica".

'¿Fábrica? ¿Qué fábrica?'

Julita dijo todas estas palabras con cierto nerviosismo en la voz. Sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas, pero parecían lágrimas de cocodrilo, porque Julita no estaba enamorada del viejo.

Don Ramón se sintió como un gallo mirando a Julita. Parecía más bonita ahora, ya que no la había visto desde hacía dos semanas.

"No te enfades más", dijo con voz dulce. 'Simplemente no sabes los problemas que he tenido recientemente, por eso me acusas de estas cosas. Déjalo estar. ¿A dónde quieres ir?'

'¿Por qué te importaría adónde vamos?' Dijo Julita en tono altivo. 'Vamos a ver a esa anciana en cuya casa duermes por las noches...'

'Oh vamos. Ya no voy a ir a la fábrica.'

Fue la anciana quien respondió. "Realmente vamos a Divisoria".

'Está bien, entonces vayamos a Divisoria. ¿Qué queréis comprar?'

'¡Ah!' Dijo Julia. 'Ya basta de esa Divisoria.'

'Entonces, ¿adónde quieres ir?' preguntó la madre.

¡A un viejo pedazo de infierno!

Don Ramón se rió y luego dijo: 'Ya sea un infierno viejo o uno nuevo, iré contigo'.

'Oh, no vengas más con nosotras. Únete a tu vieja...

-No hagas demasiado ruido, querida. Estamos en las calles. Puedes hacer este tipo de charla más tarde en San Miguel. Te acompaño.'

En fin, la joven bajó el tono y todos tomaron un carruaje con destino a San Miguel.

Mientras estaban en camino, Don Ramón notó que madre e hija se guiñaban el ojo y susurraban entre sí. Incluso se sonreían en secreto la una a la otra. Les preguntó qué pasaba, pero las dos mujeres se mantuvieron en silencio.

Al viejo amante se le sirvió el almuerzo en casa de Julita y después de comer allí, también descansó. Allí escuchó las

acusaciones y sospechas de Julita, simplemente dejándola desahogar todas sus frustraciones, y luego la escuchó hacer una letanía de todo lo que necesitaba. Todo volvió a la normalidad: el amor al dinero y el amor comprado con dinero dormían uno al lado del otro en la cama.

Pero el descanso proporcionado al mediodía no descendió ese día sobre la casa de Isiang.

Don Filemón fue a su casa aquel día, al mediodía. Sin previo aviso, subió silenciosamente las escaleras, mientras que antes gritaba: '¡Loleng!' o 'Isiang' mientras lo hacía, hoy sólo hubo silencio. No abrió la puerta de inmediato. Primero, escuchó el sonido de las conversaciones y las risas intercaladas con el tintineo de los utensilios, el ruido de los platos, el sonido de los pasos de los sirvientes mientras servían al grupo que comía. La voz masculina pertenecía a Morales, mientras que las voces femeninas eran las de su esposa e hija. No escuchó la voz fuerte y retumbante de su amigo Ramón. Sacó una carta de su bolsillo y la leyó rápidamente como si estuviera representando un papel en una obra de teatro. Después de leer la carta, volvió a acercar la oreja a la puerta; luego dobló la carta y la volvió a guardar en el bolsillo. Luego buscó su reloj y miró la hora: muy pronto terminaría el almuerzo. Era casi la una de la tarde.

'¿Por qué Ramón aún no está aquí?' se preguntó a sí mismo. '¿O tal vez ha terminado de almorzar y ya está descansando dentro?' Luego empujó un poco la puerta y, a

través del hueco, inspeccionó su casa. Ramón no estaba allí; él tampoco sintió nada. '¡Quizás esta carta esté llena de mentiras!' se dijo a sí mismo. Sabía que Ramón almorzaba a menudo en su casa, junto con su esposa y su hija, en su ausencia. Ese mismo día, Ramón le había preguntado si vendría a casa a almorzar y él dijo: "No", simplemente almorzaría en la fábrica. Entonces Ramón seguramente estaría aquí. –¿O tal vez almorzó en su propia casa?, se preguntó él. No soportaba días así, porque esa mañana Ramón le había contado sus problemas en casa y el aburrimiento que había comenzado a apoderarse de él, a causa de Meni a quien le prohibió casarse con Delfín.

Don Filemón permaneció en ese puesto y lugar por mucho tiempo. Al no poder escuchar la voz de Ramón a quien buscaba, descargó su ira contra Morales. –¿Y por qué diablos está aquí Morales incluso a la hora del almuerzo? se preguntó a sí mismo. 'Entonces, ¿estas dos mujeres ahora están conspirando contra mí?' Los tres habían terminado de almorzar y ahora estaban de pie. Loleng fue a la cocina, mientras los dos entraban, tal vez para tocar el piano o sentarse y conversar. El anciano los escuchaba atentamente al otro lado de la puerta. Don Filemón escuchó hablar a Morales, mientras los dos jóvenes estaban sentados cerca de la escalera. '¡Tu madre puede haber tenido un mal día, su pareja no está aquí!' Esto fue respondido con '¡Oh, eres malvado!' junto con el sonido de su risa. Y luego los dos

entraron, con las manos unidas y se sentaron en las sillas de la sala.

Una sirvienta salió de la cocina y corrió hacia Isiang, caminando de puntillas. Le estaba haciendo señas a Isiang con las manos y los labios para indicarle que había alguien afuera. Esta criada había visto a don Filemón cuando retiraba la mesa. Pero los dos jóvenes no podían entender lo que decía la sirvienta y se les encogió el pecho cuando ella señaló la puerta que había estado señalando. Había un hueco en esa puerta e Isiang creyó ver el rostro de su padre. Sin decir nada, se alejó de Morales y apartó su mano de su apretón. '¡Mi padre está aquí!' –le susurró rápidamente al farmacéutico, quien casi se desmaya de la sorpresa.

Pero don Filemón no pudo soportarlo más. Empujó la puerta con fuerza y disparó hacia el interior de la casa como una flecha. Los dos jóvenes habían pensado que sería su último día en la Tierra, pero don Filemón no era propenso a abofetear y golpear a la gente, a diferencia de su amigo don Ramón. Sin embargo, en realidad era un bocazas y soltó una andanada de maldiciones como si estuviera picando comida fermentada. No acudió a Morales sino a la hija, a quien no lastimó sino que la azotó con sus palabras.

'¿Dónde está tu madre?' preguntó con voz enojada.

Pero ella no fue capaz de responder a una pregunta tan rápida; Morales tampoco pudo decir nada. Podría ser un

hombre alto y de huesos grandes, incluso lujurioso, como lo demostraron sus actos en la terraza esa noche, pero ese día, simplemente permaneció clavado en el suelo.

'¿Dónde está tu desvergonzada madre?' Don Filemón repitió su pregunta.

Sus ojos eran como puntas gemelas de cuchillos, su mandíbula y sus dientes castañeteaban, sus puños cerrados con fuerza y cuando estos puños se movían, Isiang pensó que sería su día del juicio. Ella finalmente pudo responder: "Está afuera".

'¡Loleng!' Don Filemón gritó en voz alta.

Pero la señora Loleng ya estaba informada de la situación. El criado tocó repetidamente su puerta, y cuando la abrió le dijeron que efectivamente don Filemón había vuelto y estaba de mal humor. Sabía que la fuente de su ira era Morales.

Al verla, don Filemón lanzó un torrente de maldiciones y palabras hirientes. Pero la señora Loleng, que nunca había rehuído la ira de su marido ni de nadie, le respondió, maldición por maldición, grito por grito, la palabra más vil por cada palabra más vil que había oído. Incluso intentó hablar más que Don Filemón. Pero esta vez, el hombre no la dejó en paz. Cuando don Filemón la culpó por lo que Morales le estaba haciendo a Isiang, ella respondió que él no podía

hacerle nada indecente porque ella, la madre, siempre estaba presente. Pero esto no hizo más que inflamar aún más las brasas de la ira de don Filemón. Su mente se oscureció. Él agarró una silla y se la arrojó y ella evitó la silla que volaba en su dirección con un grito. La silla golpeó uno de sus pies y cayó al suelo. Morales estaba a punto de ayudar a la señora Loleng. Al verlo, Don Filemón corrió a su habitación y agarró su revólver de encima de su pequeña mesa. Como una flecha, voló de regreso a la sala de estar pero fue recibido por Isiang. Estaba a punto de ayudar a su madre a levantarse del suelo cuando vio a su padre corriendo hacia su habitación y supo que cogería su revólver. Morales estaba a punto de huir, pero don Filemón ya le había apuntado con el revólver. Abrazó a su padre y con todas sus fuerzas intentó arrebatarse el revólver, pero fracasó; ella se aferró a su cuello para que su padre no pudiera moverse ni caminar. "Te voy a matar", dijo. Su padre la empujó a un lado y ella cayó cerca de los pies de la mesa frente al espejo.

Pero Morales ya había desaparecido cuando Don Filemón pudo liberarse del agarre de su hija. La señora Loleng no sabía adónde iría. Estaba a punto de huir cuando vio el revólver de su marido apuntándola. No estaba segura de si él realmente la mataría; de lo que estaba segura era que si don Filemón hubiera llegado hasta Morales, el joven ya estaría muerto.

Isiang se levantó y agarró a su padre por detrás. Estaba agarrando la mano de su padre mientras su madre gritaba: '¡Filemon! ¡Filemón! De repente agarró la mano derecha de su padre y el revólver casi se le cae de las manos.

"Ven aquí", le dijo a la señora Loleng con voz potente. '¡Acércate a mí si quieres vivir!'

La señora Loleng no sabía qué hacer. ¿Debería acercarse, como él le estaba diciendo, o debería correr hacia la puerta? Isiang ya se había arrodillado frente a su padre y pedía perdón por el bien de su madre. Pero su padre simplemente la alejó.

'¿Dónde está ese hombre?' -le preguntó a la señora Loleng. '¿Dónde lo escondiste?'

'Ya se fue', dijo, pensando que don Filemón buscaba a Morales. Pero como ella no quería acercarse a él, su marido se acercó a ella y su hija gritó. Isiang pensó que su padre mataría a tiros a su madre o la golpearía con el revólver. La señora Loleng se escapó pero don Filemón la alcanzó. La agarraba con tanta fuerza que la manga de su vestido casi estaba rota.

Incluso los sirvientes, junto con los conductores de carruajes que vivían debajo de la casa, comenzaron a gritar. Algunos salieron de la cocina, mientras que otros subieron

las escaleras. Pero don Filemón sólo les gritó y luego cerró todas las ventanas y puertas.

Cuando ya sólo quedaban los tres en la sala, don Ramón retomó sus preguntas. Sacó una carta de su bolsillo, se la dio a la señora Loleng y le pidió que la leyera.

Con manos temblorosas, la señora Loleng recibió la carta. La miró con los ojos llenos de lágrimas.

'¡Léela en voz alta!', dijo Don Filemón, 'para que también oiga tu desvergonzada hija lo que contiene'.

Desdobló el papel de la carta mecanografiada. Decía así:

'¡Ay, pobre Don Filemón de los Dos Cuernos!'

Si quieres saber por qué ahora te pusimos el apellido de 'Dos Cuernos', debes espiar tu casa todos los días, y allí verás dos cuernos. El primer cuerno es de tu mujer, mientras que el otro es de tu hija y cuando llegas a casa al mediodía o en la noche, te ponen estos dos cuernos en la cabeza sin que tú lo sepas.

¿Sabes quiénes están ayudando a tu esposa y a tu hija a coronarte con dos cuernos? Nada menos que su socio comercial, don Ramón Miranda, y tu yerno, Martín Morales.

¿Y sabes a qué hora te hacen los cuernos? Cada vez que sales por la mañana y, a veces, cuando no te presentas a almorzar al mediodía.

Vuelve a casa hoy o mañana al mediodía, y entonces sabrás que tienes una deuda de gratitud conmigo por decirte la verdad.

ALGUIEN QUE TE COMPADECE

'Entonces, ¿qué leíste?' –Preguntó don Filemón al ver que su esposa había terminado de leer la carta.

'¿Por qué creerías siquiera en una carta así?' Dijo alegremente la señora Loleng, para reavivar su autoestima.

Pero Filemón simplemente la abofeteó y también abofeteó a su hija. '¿Y por qué no iba a creer esta carta? Llevo mucho tiempo sospechando de vosotros dos. Y qué mejor prueba que lo que vi hoy...'

La lengua y el cuerpo del anciano temblaban de rabia mientras hablaba. Pero se podía ver en él a alguien que no quería matar a nadie; con el odio de quien se siente decepcionado con el objeto de su odio, y por eso no pudo disparar del todo el revólver que portaba.

–¿Y de dónde sacaste esa carta?

'No es necesario que sepas de dónde. Lo que quiero que me digas es ¿dónde está Ramón?

'¡No sé! Estoy seguro de que está con su familia en Santa Cruz.

–¿Dijo que vendría aquí a almorzar?

'No. Le dije que si quería venir aquí, que veiniese. Si no, entonces no debería hacerlo.

'¡Callate la boca!' Don Filemón acompañó sus palabras con su revólver apuntando a ella, como para golpearla.

Ella gritó y dijo mientras lloraba: '¿Por qué le haces esto a tu esposa y a tu hija?'

Y ella perdió el control y se puso a llorar sin consuelo. Isiang también comenzó a llorar, de modo que la madre y la hija parecían estar de luto por alguien que acababa de morir. La señora Loleng salpicó sus lágrimas con sus palabras, diciendo por qué haría tal cosa en su vejez. Incluso insinuó algo sobre las propias indiscreciones de Don Filemón, diciendo que los hombres mujeriegos se vuelven violentos con sus esposas y sospechan que ellas están haciendo lo que ellos mismos estaban haciendo.

Don Filemón se quedó inmóvil. No estaba acostumbrado a escuchar palabras tan tristes y acusaciones tan duras. Se le ocurrió que alguien debía haber escrito esa carta sólo para

dejarlo en ridículo. Puede que se hubiera burlado de otras mujeres antes, pero en realidad nunca entabló ninguna relación con ellas. Una vez, la señora Loleng visitó la fábrica The Progress y lo encontró burlándose de las hermosas trabajadoras, lo que provocó una pelea cuando llegaron a casa.

Su ira disminuyó lentamente, pero no lo demostró. Quería demostrarle que seguía siendo el hombre de la casa y el cabeza de familia.

'¡Quiero que llames a Ramón ahora!' dijo con todo el poder que pudo reunir.

La señora Loleng vaciló.

'¡Escríbele ahora y pídele que venga aquí para que podamos hablar de hombre a hombre!'

'¿Y por qué me pides que le escriba? ¿Por qué no lo haces tú?'

Isiang, que solía hablar en presencia de su padre, ahora se sintió avergonzada y se limitó a mirar a sus padres en silencio.

'¡Te ordeno que lo llames!' dijo, sus ojos comenzando a agudizarse de nuevo.

Cuando la señora Loleng vio que la ira volvía a crecer en él, inmediatamente llamó a Teban, uno de sus criados, y le pidió que buscara a don Ramón en su propia casa o en San Miguel, y que lo trajera en su nombre.

"Pero no sé dónde encontrarlo en San Miguel".

–Allí, en Novaliches Road. Pregúntales dónde vive Julita.

Y así el criado salió como le habían dicho, como si fuera a buscar a un médico o a un sacerdote.

Mientras tanto, las acusaciones dentro de la casa se habían calmado. Don Filemón paseaba sin soltar su revólver; a veces lo colocaba encima de una mesa o una silla y luego lo volvía a levantar. Muchas cosas se descontrolaron en su mente. Mientras tanto, la señora Loleng se arrepintió en el momento en que el sirviente se fue. Debió haberle dado una señal a don Ramón sobre lo que estaba pasando. La apariencia y el estado mental de su marido eran los de alguien que estaba dispuesto a matar a cualquiera. Ella y su hija todavía estaban encogidas de miedo ante su marido, cuyas acciones recientes nunca antes habían visto. Simplemente se contentaron con mirarse furtivamente la una a la otra. Por la forma en que la señora Loleng miraba a su hija, la culpaba por lo que debió ver su marido cuando llegó a casa y encontró a Morales con su hija. E Isiang, que parecía entender esa mirada de su madre, le estaba comunicando que no estaba haciendo nada indecente para

causar tal alboroto por parte de su padre. Cuando don Filemón le dio la espalda, madre e hija pudieron hablar. 'Me pregunto quién escribió esa carta.' –Preguntó Isiang.

'¡No sé!' respondió la madre.

Si aquella carta había causado confusión en la mente de las dos mujeres, también lo hizo en la de don Filemón. Se preguntaba quién le había enviado esa carta anónima. No sabía si agradecerle o vengarse de él, dada la situación actual de su familia. Pero estaba decidido a terminar el asunto con don Ramón esa tarde, y estaba dispuesto a afrontar la muerte si era necesario, mientras esperaba que llegara el otro hombre.

* * *

Llegó don Ramón, dejando atrás a una Julita confundida. Ella pensó que efectivamente había problemas, pero eran domésticos e involucraban a don Ramón y sus hijas. No sabía que el criado que había ido a buscar a don Ramón trabajaba en la casa de la señora Loleng.

Llegó a una casa envuelta en la tristeza de un cementerio. Los tres miembros de la familia que estaban sentados separados uno del otro, con las manos en la barbilla, parecían miembros de una familia que visitasen la tumba de un difunto en un cementerio. No sabíamos a quién se parecía don Ramón cuando entró en la casa: si a un ángel o

al diablo, a un hombre o a una bestia. La verdad es que don Filemón sintió que su ira volvía a aumentar al ver al otro anciano; la visión de un hombre anteriormente respetable y digno se redujo a la de un enemigo antiguo y canoso que durante mucho tiempo lo había traicionado a sus espaldas. En el corazón de la señora Loleng revoloteaban las oscuras alas del miedo, de la ira y de una extraña felicidad: se le erizaban los pelos de la nuca al ver a don Ramón peleándose con su marido, y sentía ira al pensar que había habido que ir a buscarlo a la casa de su amante en Santa Cruz; y finalmente, sintió felicidad de que en medio de sus problemas domésticos, alguien hubiera venido a ayudarlos.

Don Ramón no sabía con quién hablar primero, porque los tres simplemente lo recibieron con miradas tristes o llenas de otros significados secretos. Ninguno de los tres podía hablar. El revólver ya no estaba en manos de don Filemón. Sin proponérselo, hace un rato se le cayó de la mano, aterrizando en una silla al fondo. Pero el hombre que acababa de llegar ya había visto el revólver, dando crédito a la afirmación del criado de que don Ramón debía venir, de lo contrario se derramaría sangre en la casa de don Filemón. Fue don Ramón quien finalmente habló.

'¿Por qué? ¿Qué está pasando aquí?' dijo, mientras miraba a los tres miembros de la familia, uno tras otro.

Pero nadie habló, así que repitió la pregunta.

'Filemon, ¿qué está pasando?'

Don Filemón no respondió, simplemente sacó la carta de su bolsillo y se la entregó al otro anciano, quien se puso los lentes y comenzó a leer. Al leer la primera línea, 'Dos cuernos', murmuró en silencio para sí mismo y sintió que un presentimiento se apoderaba de su corazón. Ya estaba pensando en qué decir y cómo actuar mientras seguía leyendo la carta. Durante todo este tiempo estuvo muy consciente del revólver que yacía sobre una silla detrás de don Filemón. Después de leer, se quitó los anteojos y fijó sus ojos nublados en don Filemón.

–¿Lo has leído ya? dijo el otro hombre de manera burlona.

'Sí, pero... ¿por qué te dejarías convencer por una simple carta como esta?'

'Ramón, no hay humo sin fuego', respondió don Filemón con furia apenas contenida.

"Si crees en algo así, entonces eres alguien que ha perdido la cabeza".

–No, Ramón. Si el que escribió eso no hubiera sido testigo de las cosas, no habría escrito esa carta.'

'Pero no debemos creer todo lo que vemos. Este ya no es el momento para... ¿Dónde está tu fe? Como dijo el propio

Santo Tomás: “Sólo cree en algo después de haberlo sentido”.

'Vi algo y lo sentí también, Ramón. Si no fuera por el hecho de que me contuve antes, este asunto habría sido expuesto mucho antes para que todo el mundo lo viera. Pero ahora que lo ha sabido incluso una persona anónima, que me ha escrito esta carta, es hora de vengarme de mi amigo, mi esposa y mi hija que me han traicionado... Estoy aquí como un hombre agraviado. ¡Es Filemón quien ha sido testigo de todas estas cosas!'

Dijo todas estas palabras mientras su corazón latía con fuerza. Mientras tanto, don Ramón controlaba la risa al ver a don Filemón, risa mezclada con lástima por la estupidez del otro. Don Filemón era quien debería ser la parte activa aquí, pero solo estaba reaccionando a lo que decía el sospechoso, Don Ramón.

'Filemón, no me digas estas cosas', respondió don Ramón con cierta dureza en la voz. 'Somos dos hombres hablando aquí. Pero no tengo ninguna intención de discutir contigo por un asunto que no tiene principio ni fin.

'¡Sin principio ni fin!' dijo don Filemón.

'Dije eso porque me estás acusando. Nos conocemos no sólo ahora, sino desde hace mucho tiempo. Sabes lo que he hecho y dónde he estado, los vericuetos de mi vida, mis

travesuras y deseos. No te oculté ningún secreto... ¿Y ahora me estás acusando de algo que me supera? No te pido que dejes de lado tus dudas, pero sí que no creas en ninguna intención maliciosa que pueda transmitirse en esa carta anónima y cobarde. Si de repente nos enojamos el uno con el otro y nos separamos, la gente hará preguntas. Y si la gente supiera que la fuente de nuestra discordia era simplemente una carta como ésta, ¿no crees que el autor de la carta simplemente se reiría de ti y susurraría cosas más desagradables sobre ti por haber creído en su carta?

'No me importa quién escribió esa carta', dijo Don Filemón, 'porque no soy ciego. ¿Todos ustedes realmente piensan que soy tan estúpido?

–Nadie te acusa de eso, Filemón.

"Cuando llegué hoy al mediodía, vi a uno de ustedes confirmar el contenido exacto de esa carta".

'¿Quién? ¿Morales?

'Sí, y lo vi con mi hija aquí, adentro...'

'Bueno, si eso es lo que estás diciendo, entonces puedes culparme incluso a mí. Pero no sé con los niños. Lo único que puedo decirles es que nosotros también pasamos por lo que ellos están pasando ahora. Cuando actuamos antes con nuestras amigas, nuestros actos parecían reales, incluso si simplemente los inventábamos. Y sí, visitaba tu casa a

menudo y los miraba aquí: simplemente estaban hablando, divirtiéndose, tocando el piano y cantando. Sus miradas, acciones y palabras son las de jóvenes que realmente están enamorados el uno del otro, y estoy seguro de que tanto usted como su esposa también lo saben. Y no puedo decir nada más para probar lo que contiene esa carta. Sé que no me quedaré aquí sentado sin decir ni hacer nada si su hija y Morales hicieran algo indecente. Morales a veces almorzaba aquí, pero solo lo hacía por invitación mía, porque estábamos felices de verlo tocar el piano mientras su hija cantaba. Estábamos encantados y usted también lo estaría si estuviera aquí.

Pero don Filemón no pareció conmoverse ante las palabras de su amigo. Mientras escuchaba, sacudía la cabeza y mostraba su desaprobación. En su mente, se sentía avergonzado por quien había enviado la carta, así como de los demás que podrían haberlo sabido y de ahora en adelante lo mirarían con desdén.

'Ramón, Ramón', continuó, 'ya estamos bien de edad, aunque yo soy más joven que tú, por eso estará mal traicionarse o engañarse unos a otros. Lo único que puedo decir es que de ahora en adelante no quiero ver en mi casa a la persona que sospecho que me traiciona. ¡Y el que no siga mis deseos obtendrá lo que se merece!'

Dijo esto de una manera fría y dura, luego miró el revólver encima de una silla detrás de él. Pero don Ramón, que no

estaba acostumbrado a ser el agua para apagar una llama; que no estaba acostumbrado a ceder el paso a otras personas, no daba muestras de nervios. Audaz y sin miedo, respondió a las pétreas palabras de don Filemón con sus propias palabras de acero.

'¿Y por qué hablas así? ¿Crees que puedes asustarme?

Al escuchar el giro de la conversación, la señora Loleng quiso interponerse entre los dos hombres. Pero se contuvo cuando vio la furia en los ojos de su marido. Incluso Isiang quedó reducida a la parálisis; ella simplemente miró y escuchó a los dos ancianos que tenía delante.

"Deberías recordar", dijo don Ramón, "que yo no estaría ahora aquí en tu casa si no me hubieran traído e invitado a venir aquí".

–Pero yo no te invité, lo hizo Loleng –respondió don Filemón, y luego dio un paso atrás.

Don Ramón miró sin querer a la señora Loleng, y ella también lo miró con una mezcla de sorpresa y aparente movimiento de cabeza, con los labios apuntando a su marido, como diciendo: '¡No fui yo quien quiso que te fueran a buscar, fue él! Fue una suerte que don Filemón no captara la mirada entre ambas partes.

"Si no eres tú quien me hizo ir a buscar, entonces ya no hace falta que me quede aquí ni un segundo más", dijo don

Ramón, "si quieres demostrar tu hombría y entablar un duelo conmigo, entonces no lo hagas aquí. ¡Ven a mi casa, o podemos hacerlo en otro lado, pero aquí no!"

Don Filemón no pronunció después de esto palabra alguna. Sus mejillas traicionaron el castañeteo de sus dientes. Don Ramón no esperó ninguna otra acción. Caminó de espaldas a las escaleras, temiendo que Don Filemón lo traicionara y le disparara por la espalda. Pudo bajar las escaleras sin ningún problema. Don Filemón quedó hirviendo de ira. Y el hombre que se había ido finalmente llegó al camino.

Ya no regresó a San Miguel, sino a su propia casa. A medida que la media tarde descendía casi hasta el anochecer, el anciano siguió caminando, aparentemente sin darse cuenta del calor y su transpiración. Mientras caminaba pensaba en quién debía haber escrito aquella carta anónima que hizo que el otrora cortés y bondadoso don Filemón actuara como lo había hecho aquel mediodía. Mientras buscaba en su mente posibles sospechosos, de repente pensó en Julita, quien debía estar enojada porque no la había visitado en San Miguel las semanas anteriores. También quería vengarse de la señora Loleng, a quien despreciaba abiertamente.

Se demostró que sus sospechas eran correctas. Si tan solo pudiera recordar los susurros, los guiños y las miradas intercambiadas entre la madre y la hija en el carruaje camino a San Miguel, entonces la sospecha se habría solidificado.

Esa misma mañana, Julita había dejado en el correo la carta para don Filemón como venganza contra don Ramón y la señora Loleng. En los susurros intercambiados entre madre e hija, don Ramón había escuchado la pregunta de la madre: "¿Qué tal la carta que acabas de dejar en el correo?" Y la hija había respondido: 'Este viejo está ahora en nuestras manos. En cuanto al marido y la mujer de allí, que prueben los frutos amargos de su discordia.

Capítulo 17

LOS CONSPIRADORES

Antes de Navidad, antes de que Talía le permitiera entrar a la casa principal, Delfín recibió una carta de Felipe. Contenía noticias sobre cosas importantes y sobre acontecimientos y desastres sombríos, y sobre la inminente partida de Felipe hacia Manila.

Mi querido amigo, ¿sabías qué enfureció a mi padre? Me había prohibido bajar a la finca a cazar o a relacionarme con nuestros trabajadores. Incluso se negó a dejarme acompañarlo cuando salía a hacer sus recados diarios. Uno de nuestros trabajadores le había dicho a mi padre que yo había estado adoctrinando a nuestros agricultores con ideas sobre sus derechos humanos inherentes y cómo deberían ser tratados con dignidad y

respeto por parte de los capitalistas y terratenientes. Totalmente cierto. He estado plantando las semillas de los ideales socialistas en las mentes de los humildes agricultores que trabajan duro en las tierras de mi padre y en las de los pueblos vecinos.

Cuando se les preguntaba cómo ellos y sus antepasados se convirtieron en sirvientes, decían: "No lo sabemos". Había sido así desde que tenían uso de razón. Todos ellos están endeudados, y lo estarán siempre, si las cosas no cambian. Les insté a que no pagaran más sus deudas, porque sus antepasados hacía tiempo que habían saldado sus deudas. Deberían romper sus ataduras y negarse a servir los intereses de sus codiciosos amos. Los hombres de clase media que me escucharon predicar me desestimaron como un demagogo y agitador ante una multitud enojada. Incluso me llamaron falso profeta que guiaba a los ciegos a destruirse a sí mismos. He estado enseñando a los trabajadores los beneficios de una sociedad socialista y sus beneficios: una tierra sin señores, una sociedad libre del capitalismo. Incluso les dije que yo, nada menos que el hijo de su amo, el Capitán Loloy, me niego a tomar parte en esta larga historia de explotación. Creo que me creen genuino y sincero...

Y resultó que por mis enseñanzas mi padre tuvo una pelea con uno de sus trabajadores. Golpeó al trabajador con su bastón sólo porque el pobre no pudo completar su trabajo del día. El trabajador dejó el servicio de mi padre

y pronto se le unirá mi compañero constante, Gudyó, que también quiere irse conmigo a Manila...

Mi padre me echó la culpa a mí. Llevo aquí apenas medio mes y me han regañado duramente cuatro veces. Mi madre simplemente se sentó y lloró en un rincón mientras veía a mi padre azotarme con maldiciones e insultos...

¿Qué voy a hacer, Delfín? ¿Debería simplemente hacer la vista gorda ante los actos de injusticia y opresión que se desarrollan ante mí? Si aquellos que están iluminados simplemente se quedan atrás y no hacen nada, entonces seguramente la oscuridad descenderá sobre nuestra tierra y nos consumirá a todos...

Eso es todo por ahora. Mi padre no puede esperar a deshacerse de mí, así que me voy. Estaré allí antes del Año Nuevo. Por favor, transmite la noticia a Tentay y Meni.

Esto y muchas otras cosas era lo que decía el extraordinario Felipe, y Delfín no tardó en responder. Delfín no tenía mucho que decir sobre las conferencias sobre socialismo y el incidente con el criado del capitán Loloy. Simplemente regañó gentilmente a Felipe por ser demasiado descarado e impulsivo, aunque sólo fuera por respeto a su llorosa madre.

La mente de Delfín seguía vagando hacia Meni. Le prometió a Felipe que le daría la noticia a Tentay cuando tuviera la oportunidad. Desde la tarde en que fue humillado al rechazarle los veinte pesos que le enviaba Felipe, Delfín evitaba las visitas a la casa. Al final de su carta, Delfín le dijo a Felipe que al llegar se quedara con él en lugar de con Don Ramón.

Desde el día en que Madlang-Layon visitó a Delfín a la oficina y Delfín escuchó la triste noticia de que Meni había enfermado misteriosamente, Delfín había estado visitando al abogado en Escolta. Estaba desesperado por reunir más noticias y le suplicó al abogado que le ayudara a concertar una reunión con su amada Meni.

Meni había estado haciendo exactamente lo mismo. En una carta que recibió, descubrió cómo Delfín también había estado sufriendo. Siguió rogando a su hermana que la dejara ver a Delfín, e incluso buscó la ayuda del abogado para que intercediera. Pero no estaba destinado a ser.

Todo ese llanto y desánimo preocupaba a Talía, a quien le preocupaba que la ya frágil condición de Meni solo pudiera empeorar, ya que estaba claro que Meni no quería mejorar. Meni no sólo odiaba a su insensible padre, sino que también había comenzado a alejarse del resto de la familia. Había dejado de comer, no tomaba sus medicamentos y se negaba a ver a su médico.

Talía no podía decidir si regañar a su hermana o colmarla de más cariño. Las rabietas de su hermana habían comenzado a molestarla. Incitó a Meni con la noticia de que Delfín pronto la visitaría, pero Delfín nunca llegó. Pensó en enviar a Meni con Yoyong a Tondo, para que los amantes tuvieran la oportunidad de verse. Pero el miedo a su padre la detuvo. Sabía que había espías entre los sirvientes de su padre y no quería correr el riesgo de quedar atrapada en el fuego cruzado.

Una tarde, Talía decidió almorzar con su hermana. Pidió a los sirvientes que trajeran comida al interior de la habitación y se sentó junto a Meni para alimentarla. Al principio, Talía empujó suavemente a su hermana con una cucharada de sopa caliente, pero Meni simplemente se negó a comer. Entonces Talía decidió que ya estaba harta de las rabietas de Meni y simplemente estalló. Tiró la cuchara al suelo y rápidamente se levantó, casi derribando la mesita de noche. Dio unos pasos hasta la puerta, luego se volvió hacia su hermana y le dijo:

'¡Adelante, mátate por lo que a mí me importa!
¡Realmente estás poniendo a prueba mi paciencia con todas tus tonterías infantiles!'

Las palabras que pronunció traspasaron su propio corazón y sintió como si veneno corriera por sus venas. Talía acababa de salir cuando escuchó los repentinos y fuertes sonidos de

porcelana y cubiertos chocando contra el suelo dentro de la habitación de Meni.

Talía volvió corriendo al interior, sorprendida al ver a Meni rígida en el suelo, con la mitad de su cara empapada en lo que parecía un pequeño charco de sangre. Debe haberse golpeado la cabeza con el piso de madera, o la esquina del asiento de la silla, cuando se levantó de la cama y se desplomó. Ella no respiraba. En unos momentos, los sirvientes se apresuraron a reanimar a Meni.

Siano buscó al doctor Gatdula y cuando éste llegó, Meni ya había empezado a recuperar el conocimiento. Estaba de nuevo en la cama, respirando con dificultad y los sirvientes le habían vendado cuidadosamente la cabeza.

Cuando Meni abrió los ojos, no vio el rostro enojado que había visto antes de perder el conocimiento, sino los ojos y las mejillas de Talía brillando con lágrimas. Las hermanas se miraron a los ojos y hubo un silencio como el de amantes resentidos que se encuentran inesperadamente después de una larga separación.

El doctor Gatdula sabía lo que había pasado entre las hermanas. Siguió chasqueando la lengua y sacudiendo la cabeza mientras atendía a Meni. Las hermanas interpretaron que eso significaba que él estaba perturbado y disgustado por la situación.

"Realmente depende de usted si decide no seguir mis consejos médicos". Buscó el pulso de Meni. '¿Por qué no come?'

Talía le dio al doctor una mirada sorprendida. Entonces, se dio cuenta de que el médico ya debía haberse enterado de lo sucedido por las charlas de los vecinos y los sirvientes. Ella simplemente asintió en silencio y dirigió su mirada hacia su hermana, como si señalara con el dedo al silencioso culpable.

El doctor Gatdula, que para entonces ya había adquirido un conocimiento íntimo de los asuntos de la casa, le dio una receta y habló con Talía en privado. El médico sabía que la enfermedad de Meni no se podía curar sólo con medicamentos. Como médico, sólo podía dar consejos sobre cómo evitar que la condición de Meni empeorara. Francamente, le dijo a Talía que si la familia no permitía que los amantes volvieran a verse, deberían enviar a Meni lejos de Manila. Le recomendó un lugar encantador y remoto donde, con el tiempo, podría olvidarse de Delfín.

El consejo del médico preocupó profundamente a Talía.

* * *

Tan pronto como llegaron los suministros de la farmacia, Talía volvió a sentarse junto a Meni para darle las medicinas.

'¿Por qué todavía te molestas en tratarme?', objetó Meni y apartó la medicina de sus labios.

'No seas tonta. Vamos, tómate tu medicina, por favor. Insistió Talía y nuevamente llevó la cuchara a los labios de Meni.

'¡Ay, hermana mía! ¡Ya no deseo vivir! Todo esto es inútil."

Talía le dirigió una mirada de complicidad a su cuñada, que también estaba en la habitación. Sin pronunciar palabra, se levantó en silencio para dejar que su cuñada ocupara su lugar. Estaba enfurruñada en una silla lejos de la cama de Meni, mirando fijamente el suelo de madera. ¿Se preguntaba si su cuñada podría convencer a Meni de que tomara su medicación! Sabía que Meni no sólo estaba siendo testaruda. Talía podía escuchar las silenciosas súplicas de ayuda de Meni incluso cuando se negaba a tragar sus medicinas. Talía no podía decidir si su hermana sólo estaba siendo dramática o si realmente quería poner fin a su miserable vida.

Meni se sentó, se apoyó en dos almohadas grandes y le indicó a Talía que se acercara a su cama. Talía lo hizo nerviosamente.

'Siente mi pecho. Tengo dificultad para respirar. ¿Lo sientes?'

'No seas tonta. Es sólo el latido de tu corazón, como el mío. Toma, siente mi pecho.'

Talía tomó la mano de Meni y la puso sobre su pecho.

'Sí, pero los latidos de mi corazón no son tan fuertes y constantes como los tuyos. Creo que me estoy muriendo.'

'¡Deja de hacer tonterías! Toma tu medicina ahora y lo llamaré.'

'¿A Delfín?' preguntó la cuñada con aparente indiferencia.

Meni al escuchar esas palabras se volteó. Miró a Talía con ojos incrédulos que parecían decir: '¿En serio?'

'Sí, a él. Toma tu medicamento y Delfín estará aquí frente a ti antes de que te des cuenta.' Talía volvió a centrar su atención en la cuchara que tenía en la mano.

'Está bien. Beberé eso sólo cuando Delfín ya esté aquí, en carne y hueso.' Meni sintió emoción por un momento, pero la duda la frenó ya que esta no sería la primera vez que su hermana intentaba engañarla con mentiras sobre el regreso de Delfín.

Talía no perdió el tiempo y llamó a su cochero para que fuera a buscar a Delfín. Justo en frente de Meni, Talía dio órdenes específicas al cochero para que buscara a Delfín ya sea en el trabajo o en su casa, y que no regresara sin él.

–¿Pero qué pasa si Siano se entera? preguntó Meni.

"No hay necesidad de preocuparse por eso". 'Ya son las dos de la tarde. Siano ya se fue. Es muy poco probable que se entere.

'¿Y si atrapa a Delfín aquí?'

"Todo bien, siempre y cuando no se crucen".

'¿Qué pasa si Yoyong se entera? –Dijo Meni una vez más.

'¡Me haré cargo de ello!' Dijo Talía.

Y así, las tres mujeres en la habitación sintieron como si les arrancaran espinas de los costados. De repente, toda la desesperación que apretaba su pecho y proyectaba una sombra en la habitación desapareció. La habitación y sus rostros antes tristes ahora brillaban de emoción y esperanza.

Meni estaba desconcertada por el cambio de opinión de su hermana. Talía finalmente se apiadó y cedió. Meni se sintió complacida, pensando que sus payasadas habían funcionado. Estaba segura de que finalmente lograría comunicarse con Talía, ya que siempre había sabido que Talía era una hermana cariñosa y dedicada.

Por otro lado, Talía pensó que ya no podía soportar ver sufrir a Meni. Estaba harta cuando arrojó la cuchara al suelo

antes, pero cuando vio a Meni tirada rígida en el suelo, con la cabeza empapada en sangre, lloró e inmediatamente se arrepintió de lo que había hecho. Mientras observaba a su cuñada atender a Meni, se dio cuenta de que la única manera de ayudar a Meni ahora era dejarla ver a Delfín. Ya no le importaba si su padre se enteraba de que Delfín había venido a ver a Meni.

La esposa de Siano, su cuñada, como una sirvienta obediente, simplemente obedecía las órdenes de la dueña de la casa, Talía. Se comportó como el agua tomando la forma de su recipiente. Era una con sus cuñadas, en la alegría y en el sufrimiento.

* * *

La puerta ya estaba cerrada cuando regresó don Ramón. Pasó un rato antes de que un nervioso asistente, el cochero, saliera a abrir la puerta al dueño que esperaba. Don Ramón casi regañó al sirviente de rostro pálido cuyas manos temblaban mientras buscaba las llaves. El anciano se preguntó por qué la puerta tenía que estar cerrada con llave, mientras comenzaba a caminar hacia la casa principal. Pero antes de que el cochero pudiera hacerle entrar en la casa, el amo se volvió hacia su sirviente. Ordenó al sirviente que volviera y cerrara la puerta.

Don Ramón estaba acostumbrado a que todas las ventanas de la casa estuvieran cerradas. Lo que le pareció extraño fue

que cuando entraba a la casa principal, su llegada sorprendiera a la criada que estaba sentada en una silla frente a la puerta principal. La criada no sabía si levantarse y volver corriendo a la cocina o quedarse quieta. Estaba pálida como el vinagre blanco. Don Ramón pensó: Oh, debe estar preocupada porque estoy de mal humor, o sorprendida porque llegué a casa inesperadamente, tal vez.

'¿Dónde están los otros?'

'Ellos... están dentro... señor', respondió la doncella con voz tímida.

'¿Están durmiendo?'

Sus ojos recorrieron el interior de la casa y luego respondió: "Creo que sí... señor".

'¿Meni comió algo?'

'... No lo sé... señor.'

'¿Ella salió?'

'No señor.'

'¿Quién le trajo la comida?'

–La señorita Talía, señor.

'¿Está Yoyong por aquí?'

'No señor. No ha regresado, señor.

–¿Y Siano?

–Salió hoy, señor.

Este interrogatorio fue muy silencioso, apenas audible desde el interior de la habitación de Meni. La criada no se atrevió a hablar, ya que eso habría sido una falta de respeto hacia el dueño de la casa. Sólo deseaba no haber sido sorprendida por la repentina llegada del Don.

Don Ramón caminó hasta el gran salón de la casa. Allí se podían ver las cuatro puertas de las cuatro habitaciones de la casa: el dormitorio de Meni, el dormitorio de Talía, el estudio y el almacén. Don Ramón y Siano vivían en habitaciones fuera de la casa principal, donde hacía más fresco.

Las puertas de Meni y Talía estaban entreabiertas. Don Ramón podía oír pasos débiles y voces bajas desde el interior de la habitación de Meni. Se quedó afuera de la puerta para escuchar atentamente, pero luego la habitación quedó en silencio. Caminó hacia las ventanas al otro extremo de la sala de estar. Mientras regresaba al sofá, su nuera salió por la puerta. Parecía nerviosa y agitada, casi incapaz de hablar, como si acabaran de expulsarla.

'¿Qué sucede contigo?'

'¡Oh nada!'

'¿Nada? ¿Quién está ahí?'

Como ella no podía responder y parecía muerta de miedo, Don Ramón empezó a sospechar. El portero estaba jugueteando con las llaves, el rostro de la criada estaba completamente pálido, al igual que su nuera que estaba frente a él ahora. Luego se oyeron voces bajas y pasos débiles dentro de la habitación de Meni. No pensó que fuera Delfín; estaba más preocupado de que algo malo le hubiera pasado a Meni. Desde aquel día que le dio una paliza a Meni, don Ramón no volvió a entrar a su habitación. Pero esta vez, no pudo resistir la tentación de mirar dentro para ver qué estaba pasando. Y así lo hizo. En esa habitación donde la luz y la oscuridad parecían unirse la una a la otra, todo lo que podía ver era a Meni sentada en su cama, girándose hacia la puerta que acababa de abrirse. Entonces, sus miradas se encontraron. Cuando don Ramón se retiró de la puerta, sintió una curiosa mezcla de rabia, lástima y sospecha. Meni no sintió más que una inmensa conmoción y miedo.

Don Ramón se trasladó a la habitación de Talía. Mientras se asomaba al interior, se indignó al ver a Talía empujando a un hombre extraño debajo de su cama.

'¡Talía!'

Talía se quedó helada como si alguien acabara de dispararle por la espalda. Don Ramón entró corriendo y se agachó para ver quién era aquel hombre extraño. Era Delfín, vestido de blanco, acurrucado en un rincón alejado debajo de la cama de Talía.

'¿Qué demonios estás haciendo? ¿Por qué estás aquí?'

Talía agarró al anciano por la cintura y lo apartó justo cuando Don Ramón se agachó para sacar a Delfín. '¡Basta, padre!'

Don Ramón, fuerte para un hombre de su edad, se soltó y Delfín luchó debajo de la cama para evadir la captura. Se había puesto en marcha una búsqueda inútil. Talía reunió todas sus fuerzas para alejar al anciano. Meni saltó de su cama, chillando. Y la mujer de Siano se arrojó y se unió a la refriega. Las tres mujeres lucharon por evitar que las manos del anciano retorcieran el cuello de Delfín. Mientras Delfín corría hacia la puerta, Don Ramón golpeó a Talía, que intentaba bloquear su camino, arrojó a Meni que desesperadamente se aferraba a su abrigo y chocó con la esposa de Siano mientras perseguía a Delfín.

* * *

Delfín nunca logró pasar la puerta cerrada. Tan pronto como salió de la casa, el cochero que escuchó el alboroto en el piso de arriba lo llevó a un lado y le dijo que se escondiera.

'¿Dónde está?! ¿Adónde fue?!', preguntó don Ramón, respirando pesadamente como un toro bravo, mientras bajaba las escaleras.

"No lo sé, señor."

¡*Sinverguenza!* Hombre desvergonzado. ¿Qué quieres decir con que no lo sabes? ¡Maldito!

Don Ramón le dio una bofetada tan fuerte al cochero que el pobre escuchó un zumbido en los oídos.

'¡Lo crea o no, no sé adónde fue!'

El anciano decidió ignorar al sirviente y corrió hacia la puerta. Pero la puerta estaba intacta, por lo que supuso que Delfín todavía debía estar en algún lugar dentro. La búsqueda inútil continuó mientras el Don recorría el terreno, rodeaba los arbustos de los jardines, bajaba al sótano y registraba los establos. Pasó un tiempo antes de que se diera cuenta de que estaba solo en esta salvaje persecución. Vio a sus sirvientes simplemente mirándolo, viéndolo como si fuera un perro rabioso persiguiéndose su propia cola.

'¡Qué están haciendo ahí parados, idiotas! ¡Id y buscar a Delfín!'

Pensando que Delfin todavía podría estar dentro de la casa principal, el Don agarró el látigo que colgaba en el carruaje y corrió de regreso a la casa principal. Tan pronto como

regresó al interior, los sirvientes que hace unos segundos eran espectadores pasivos de repente se convirtieron en agentes que entraron en acción.

Don Ramón pensó para sí: '¡Traidores! ¡Malditos! ¡Esto es indignante! ¡Sirvientes conspirando contra su amo!' Sintió que matar a sus sirvientes y sus linajes ni siquiera sería capaz de apagar las llamas de su ira.

Llamó a todos sus sirvientes, uno por uno, empezando por el cochero, y les preguntó sobre su papel en esta gran conspiración. Pero ¿quién en su sano juicio admitiría alguna vez que se unieron voluntariamente a tal complot contra el Don? Ni una sola alma, a pesar de las crueles palabras, del chasquido del látigo del amo y de las violentas palizas de un señor despiadado.

Y entonces el anciano dirigió su ira hacia Talía, porque estaba convencido de que una transgresión de esta escala no podría haber ocurrido sin su conocimiento.

'¡Talía!'

Al final, con su magistral habilidad en el interrogatorio y la extorsión, Don Ramón consiguió que las tres mujeres confesaran sus pecados.

Ya era el atardecer cuando Yoyong regresó. Iba camino a casa cuando se encontró con uno de los sirvientes que informó lo que estaba pasando en casa de Don Ramón. Al

entrar en la casa, vio los rostros tristes de Talía y el cochero, Meni tratando desesperadamente de recuperar el aliento y la esposa de Siano, pálida como un fantasma. Y luego tuvo que oír todo lo sucedido de boca del propio don Ramón. Yoyong estaba furioso con Talía. Pero sabía que tenía que calmar la situación, así que calmó a todos.

'¿Dónde está Delfín? ¿Cómo escapó?', le preguntó Yoyong a su cuñada cuando los demás ya habían salido de la habitación.

'No tengo ni idea. Pero escuché a Talía y al cochero susurrar antes. Delfín se escondió debajo de las escaleras, y cuando tu padre regresó a la casa, aprovechó la oportunidad, corrió para salvar su vida, saltó la cerca y se escabulló fuera de la vista.

'¡Todos ustedes son temerarios!' dijo Madlang-Layon, todavía furioso.

Capítulo 18

CUANDO EL POLVO SE ASIENTA

¿Qué pasa ahora? ¿Qué debo hacer a continuación?

Estos eran los pensamientos que corrían por la cabeza de don Ramón mientras continuaba con sus asuntos cotidianos. Luchó por encontrar respuestas a estas preguntas persistentes, pero se sintió derrotado.

Siguió murmurando para sí mismo y mirando al vacío, como un novicio solemne realizando algún ejercicio espiritual sagrado. Ya no sentía la necesidad de salir a pasear por los terrenos exteriores de la casa. Había abandonado su búsqueda de Loleng y Julita. Acaba de enviarle una carta a Julita explicándole por qué había dejado de verla.

Y en cuanto a Loleng, bueno, simplemente cortó los lazos con ella. Incluso los trabajadores de la fábrica notaron la extraña coincidencia de que un buen día, ambas mujeres no se presentaron. Le pidió a Siano que dirigiera las operaciones de la fábrica de tabaco en su ausencia. También lo hizo en caso de que Don Filemón no apareciera, lo que sospechaba que probablemente sucedería.

Todos en la casa de don Ramón estaban inquietos. Eran cautelosos a su alrededor, caminando de puntillas sobre cristales rotos, por así decirlo. Comenzaron a hablar con voz ronca, esforzándose en evitar cualquier ruido que pudiera perturbarlo. Se marchitaron como una mimosa a apenas un pie de distancia de Don Ramón. En cuestión de días, toda la casa se había convertido en un cementerio perseguido por fantasmas que no se atrevían a hablar, o en una prisión aterrorizada por un cruel director.

Yoyong, que solía ser cercano a Don Ramón, se despojó de su antiguo yo alegre y mantuvo la distancia. Talía se comportó como una esposa encarcelada y sorprendida en un acto de adulterio. Todavía tenía tanto miedo de su padre que se aisló en su habitación.

Y Meni. ¡Ay, pobre Meni! Ella era la única alma viviente que todavía desafiaba al anciano. Como para fastidiar a su padre, tosía fuerte y, a menudo, respiraba tan profundamente, que se podía escuchar desde todos los rincones de la casa. Pero esto ya no era un acto. La condición de Meni había

empeorado. El doctor Gatdula lo confirmó y también lo hicieron los demás médicos, cuya segunda opinión buscó el Don. El corazón del anciano estaba destrozado, pero era demasiado orgulloso para mostrar cualquier signo de debilidad emocional.

De hecho, la visión de Meni consumiéndose le traspasó el alma. Ahora no estaba seguro de si era prudente interponerse en el camino de la felicidad de su hija. Pensó que él sería el único culpable si esta enfermedad acababa con la vida de su hija.

¡Oh, condenar a muerte a su propia hija! La idea sacudió a Don Ramón hasta los huesos. Estaba mortificado por lo que había hecho. Un profundo arrepentimiento lo carcomía desde dentro. Y vergüenza. Seguramente, lo que Meni hizo no era nada comparado con lo que él le había hecho a Loleng, la esposa de Don Filemón, y a la encantadora e inocente niña Julita. O incluso a todas las cosas desagradables que había cometido en su juventud, a todas esas mujeres pobres e inocentes cuyos tiernos corazones había roto.

Si Yoyong se acercara a él ahora y negociara una tregua para Meni y Delfín, probablemente se rendiría y aceptaría que su hija se casara con el hombre que despreciaba. Sólo quería disipar esa pesada atmósfera de desesperación y permitir que la vida volviera a la casa.

Pero el anciano todavía no podía evitar sus oscuros pensamientos. Todavía no podía entender el hecho de que Delfín era pobre y no tenía nada que dar sino todo que quitarle. Delfín lo despreciaba por su riqueza. Que Delfín se casara con su princesa seguramente lo avergonzaría, lo convertiría en objeto de burla. Creía que Delfín era un personaje turbio, un huérfano, un anarquista, un estudiante hambriento, un escritor sin un centavo, muy lejos de alguien como un Carnegie o un pretendiente como Rothschild con quien felizmente querría desposar a su hija. Y así, don Ramón se convenció de que tenía razón al rechazar a Delfín.

Por frustración y desesperación, pensó que si Meni muriera, abandonaría el país y huiría al extranjero, lejos de la implacable gente del pueblo que seguramente lo culparía por la muerte de su hija. O haría las maletas de Meni y se la llevaría con él a Manila. Pensó en llevar un arma para poder matar a Delfín si alguna vez lo volvía a ver.

¿Qué tengo que hacer? ¡Qué vida tan miserable es ésta!

Se había estado haciendo las mismas preguntas una y otra vez durante los últimos tres días. Pero no estuvo ni cerca de una resolución. Todos estos pensamientos y preocupaciones estaban empezando a llevarlo al límite.

* * *

Fue una de esas tardes en las que don Ramón estaba de mejor humor, cuando Yoyong tuvo la oportunidad de hablar con el anciano. El Don estaba dando un tranquilo paseo por el jardín, fumando un gran cigarro. Cuando Yoyong vio al anciano sentarse en una silla de jardín, fue a sentarse junto al Don.

Al principio fue una pequeña charla sobre el tiempo, luego hablaron de que necesitaban más fondos para construir un nuevo sitio para The Progress, de cómo el aumento de los aranceles sobre el tabaco había afectado la producción y de cómo se estaban llevando a cabo planes para generar más capital para el negocio.

Al poco tiempo, la conversación derivó en los recientes y desafortunados acontecimientos que le habían sucedido a don Ramón.

'Todos nuestros planes de negocios seguramente se harían realidad si no estuviera tan distraído por los trágicos acontecimientos recientes. Todos ellos carecen de sentido en este momento. Prefiero morir en paz ahora, antes que soportar todas estas parodias de mis propias hijas', dijo Don Ramón.

'Pero ¿por qué insistir en pensamientos tan oscuros sobre la muerte? Todavía tiene una vida por delante', respondió Yoyong.

'Yoyong, mi hija ha manchado mi buen nombre. Su unión con Talía trajo gran orgullo y honor a nuestra familia. Pero el romance de Meni con Delfín ha causado vergüenza y deshonra. ¿Cómo puedo enfrentarme a mis compañeros ahora? Y sólo tengo a Talía, tu esposa, como culpable. Prefiero morir y llevarme a mis hijas a la tumba que vivir una vida sin dignidad. Eso, o iría a la cárcel por matar a mis propias hijas.

Los problemas de Don Ramón inquietaron a Madlang-Layon. De repente, Yoyong se dio cuenta de que el Don tenía una visión distorsionada de su supuesto honor. Le parecía extraño que Don Ramón hubiera perdido el rumbo porque su hija se había enamorado de un hombre sin dinero pero brillante y decente, pero no pensase en cómo había avasallado a personas como Julita y Doña Loleng. Ahora estaba convencido de que Don Ramón le permitió casarse con Talía sólo porque era un abogado famoso, una figura política prominente y descendiente de una familia rica. Era, en todos los aspectos, todo lo contrario de Delfín. Yoyong se guardó estas reflexiones para sí mismo. Dirigió la conversación hacia su agenda de negociar la paz en el hogar.

–Deje todo eso, padre. No podemos deshacer el pasado. Nadie te culpa por lo que le pasó a Meni. Lo que debería preocuparnos es preservar el honor de Meni. A diferencia de Estados Unidos, aquí, cuando se habla de una mujer que ha sido deshonrada por un hombre, la única manera de restaurar su honor es que se case con el culpable. No

importa si el hombre es feo y pobre, o si la mujer es bella y rica. Una vez que una mujer ha sido secuestrada por un hombre, la única salida es casarse. Somos diferentes a los estadounidenses, que prefieren presentar demandas que siempre terminan con la mujer siendo pagada en los tribunales. El honor de nuestras mujeres simplemente no se puede comprar. Para evitar un escándalo público, no presentemos cargos contra Delfín.

"No hay necesidad de eso", dijo Don Ramón.

'Como desee, padre. Sólo quería dar una palabra de precaución. Detengámonos un momento y pongámonos en la piel de Meni y Delfín. Sin lugar a dudas, son jóvenes e imprudentes, y están demasiado dispuestos a sacrificarse en nombre del amor. Si lo único que nos preocupa es la vergüenza pública, se casen o no, el daño ya está hecho. No hará daño ajustarse a las normas de la sociedad. Sin mencionar que temo que la condición de Meni esté empeorando. Me parece que se está muriendo.

'¡Qué mejor destino que la muerte le sobrevenga a ella o a cualquiera de nosotros!' Dijo Don Ramón.

'La muerte parece ser deseable para alguien como Vd. que detesta la vergüenza y el ridículo. Pero aquí tenemos una oportunidad de redimirnos. Las noticias de lo que le ocurrió a Meni aún no se han difundido fuera de esta casa.

Don Ramón replicó: 'Ah, pero te estás olvidando que a nuestros sirvientes les encanta chismorrear, Yoyong. ¿Y crees que Delfín no hablaría de esto con sus amigos?'

'No tenemos que preocuparnos por los sirvientes. Les advertí que no hablaran del estado de Meni. Y Delfín no se atrevería, porque te teme más a ti que a Dios. De hecho, han pasado meses y todavía no hemos oído hablar de ningún rumor que se haya extendido por ahí.'

'¿Cómo lo sabrías?', insistió Don Ramón. '¿No has notado que cada vez que salgo de casa, la gente me mira fijamente? ¡Se susurran entre sí, sus oídos ya arden con jugosas historias sobre lo que sucede dentro de esta casa! Algunos se atreverían a saludarme con preguntas atrevidas como: "¿Cómo está Meni? ¿Por qué rara vez se la ve afuera? ¿Qué enfermedad le ha sucedido? ¡Yoyong! ¡Que Dios me perdone si mato a un vecino o a mí mismo!'

'Le advierto de que no deje que sus emociones gobiernen sus acciones. El miedo y la ira sólo pueden traerle más sufrimiento y convertir a tus amigos en enemigos. Además, es normal que la gente sienta curiosidad por un vecino al que hace tiempo que no ve. Yo era así cuando cortejaba a Talía. Vendría corriendo hasta aquí después de aproximadamente una semana sin verla ni saber nada de ella, sólo para asegurarme de que estaba bien. A menudo, sólo nosotros mismos tenemos la culpa de todas las dificultades que enfrentamos.'

La conversación pareció haber calmado un poco al anciano. Al parecer, Madlang-Layon estaba logrando convencer al anciano para que finalmente siguiera sus sugerencias.

Por supuesto, hazlo a tu manera. Ahora lo dejo todo en tus manos, a pesar de mis objeciones. Me voy del país a Japón y allí, tal vez, termine mi miseria. Mañana haré los arreglos. Te dejaré a cargo de esta casa. Siano dirigirá la fábrica en mi ausencia. Ayúdalo a administrar nuestras propiedades alquiladas. Aparte de Japón, también haré una gira por América y Europa. Nunca volveré. Ahora estoy libre de la carga que son mis hijas, así que iré a donde quiera. Eres libre de hacer lo que quieras con los bienes que te dejo. Si deseas enviarme algo de dinero al extranjero, gracias.

Yoyong se limitó a escuchar el fluir de palabras del anciano. Se quedó sin palabras.

'Yoyong, hace tiempo que quería hacer esto y el momento no podría ser mejor. Estoy agradecido de que Talía te tenga como esposo, porque eres un hombre sabio en quien mis hijas pueden confiar mientras yo no esté. Mi única petición es que no le cuentes a nadie mis planes, ni siquiera a tu esposa, al menos no hasta que me haya ido. Sólo diles que hice un viaje de negocios a Japón y otros países.

Yoyong quedó encantado después de escuchar los planes del anciano.

–¿Hablas en serio de tus planes?

"Absolutamente, y son definitivos".

'En ese caso, ¿seguimos adelante con los planes de boda?'

¡Realmente no me importa, Yoyong! No me preguntes más. No quiero volver a ver a Delfín ni a Meni nunca más. Una vez que se casen, no quiero que vuelvan a poner un pie en esta casa. ¡Nunca dejes que se lleven nada de esta casa! Dile a Talía que me envíe un inventario completo de todas las joyas y adornos de esta casa.

Y así fue como Yoyong finalmente obtuvo la bendición del anciano.

* * *

Esa misma noche, Yoyong le contó a su esposa cómo el anciano había permitido la boda de Meni y Delfín. Talía le dio la noticia a Meni y las hermanas estaban nerviosas mientras hablaban de los preparativos. La noticia llegó a Siano y su esposa, y no pasó mucho tiempo antes de que los cuatro estuvieran acurrucados en el dormitorio de Meni, como fantasmas en vísperas del Día de los Difuntos esperando ansiosamente su ascensión del purgatorio.

Don Ramón yacía despierto en su cama mientras seguía dándole vueltas a sus planes. Ahora estaba lleno de

convicción acerca de sus planes de partir hacia Japón y luego permanecer en Estados Unidos hasta sus últimos días.

Madlang-Layon cumplió su palabra y no habló de los planes del anciano.

Todos se sintieron tranquilos al imaginar la emoción y el deleite de los días venideros. Excepto Meni, cuyo corazón rebosaba de felicidad tras ser liberada de la agonía, y Talía, que iba y venía para atender las necesidades de su hermana.

"Talía, por favor duerme un poco", dijo Yoyong.

"Sí, querido, iré a la cama en breve", respondió Talía.

'Fue una mala idea dar la noticia tan pronto. Debería haber esperado hasta mañana.

'Oh, no te enojas, por favor'. Talía plantó el más dulce de los besos en la frente y los labios de su marido. "Está bien, vámonos a la cama ahora".

No pasó mucho tiempo antes de que Talía volviera a hablar.

'Querido, ¿podrías disculparme un momento? Seguramente Meni sigue despierta. Me gustaría ir a ver si está bien. Está completamente sola en su habitación.

'Bien. Ve.'

Y las dos hermanas se quedaron despiertas toda la noche, pensando en el nuevo día que llegaría al amanecer. A la mañana siguiente, Yoyong se levantó para saludar al anciano, pero Don Ramón ya no estaba. Yoyong se preguntó si efectivamente el anciano había planeado esto desde el principio y si ya había abandonado el país. Si fuera así, seguramente el anciano debía haber tenido todos los preparativos de viaje en orden. Yoyong miró dentro de la habitación del anciano y no vio nada fuera de lo común. Pero no podía quitarse la sensación de que algo había salido mal con el anciano. Yoyong salió corriendo a preguntar a los sirvientes si habían visto al Don salir de la casa esa mañana. El cochero que vivía en el sótano dijo que había oído a alguien abrir la puerta, pero pensó que era sólo el jardinero.

Madlang-Layon guardó sus preocupaciones para sí y se dispuso a buscar a don Ramón.

* * *

Ya había caído la noche cuando regresó don Ramón. Todos los arreglos para la boda ya estaban hechos. Se acordó que se realizaría en casa de un amigo en Quiapo, donde próximamente se hospedaría Meni, según los deseos de don Ramón. Meni pensó que sería todo un escándalo si se mudaba con Delfín a Sampaloc.

Meni, que ya llevaba seis meses de camino, ya había mostrado los primeros signos de recuperación de los

moretones dejados por la paliza de su padre, las innumerables noches de insomnio, el hambre autoinfligida, el constante tira y afloja con su hermana, el coste emocional y psicológico de haber estado separada durante tanto tiempo de su amado. De repente, todo aquello parecía un recuerdo lejano. No pasaría mucho tiempo antes de que ella y Delfín finalmente se unieran como marido y mujer.

Meni esperó a que don Ramón se retirara a su dormitorio antes de levantarse de la cama. Ayudada por Talía y una sirvienta, tomó un carruaje y partió esa tarde hacia la casa de Quiapo. La ceremonia nupcial no tuvo lugar hasta la tarde del día siguiente. Don Ramón había decidido no cooperar y Madlang-Layon tuvo que aguantar las rabietas del anciano antes de obtener la firma requerida en el formulario de consentimiento de los padres.

Ya caía el sol cuando llegó el sacerdote capuchino para officiar la ceremonia privada de la boda. Delfín vestía un viejo traje de lino y pantalones blancos, y Meni vestía su ropa de todos los días que era mucho más elegante que la ropa festiva que usaban los trabajadores y agricultores el día de Año Nuevo.

"Qué lástima que una chica rica se case con un escritor sin un centavo", le susurró a su hija la dueña de la casa en Quiapo. Ahora ya sabes lo que es casarse con alguien en contra de los deseos de tus padres. Esto no se parece en nada a la boda de Talía. Nada en absoluto. Así que, querida

hija, cuando llegue el momento, elige sabiamente a tu marido.

Talía y Yoyong, madrina y padrino de la pareja de recién casados, fueron testigos, junto con Siano y su esposa, y un amigo de Delfín, que también era escritor.

Por fin, después de cruzar un vasto océano de tristeza, los amantes Delfín y Meni finalmente eran uno como marido y mujer.

Capítulo 19

CIELOS DESPEJADOS

Meni se encontró sola en su nueva casa, finalmente liberada de las garras de Talía y Don Ramón. Ya no era hija ni hermana; ahora era toda la esposa de Delfín. Sintió el dolor de la separación, que Delfín pudo desterrar. Pero Delfín era un alma gentil y un esposo de buen corazón; no era ni amo ni señor para Meni. No tomó a Meni como esclava, pero se regocijó de que ahora ella estuviera cautiva de su amor. Seguía siendo el mismo hombre que prometió ser siempre fiel y amante de Meni, hasta que la muerte los separara.

El único deseo de Delfín ahora era quitar de delante de los ojos de Meni el espeso velo que cubría los cielos sobre ellos. Éste ya no era un momento de pena o sufrimiento; quería que Meni contemplara el sol ahora ardiendo con su amor.

'Mi querida Meni, ahora te dedico todo mi ser. Tómate todo y no dejes restos.' Murmuró Delfín mientras sostenía a su esposa en sus tiernos brazos.

'No, Delfín. Déjame darte todo de mí.' La todavía frágil Meni luchaba por levantarse de la cama.

'Estate quieto. Descansa sobre mi pecho y apoya tu cabeza en mis brazos. Déjame aliviar el dolor de tu enfermedad.'

'¿Cómo voy a entregarme en este lamentable estado?'

'Soy tu esposo. Guárdame dentro de tu corazón. No temas nunca.

"Pero tú estás dentro de mí". Meni señaló al niño que crecía dentro de ella.

'¡Ah, en efecto!'

"No hay nada que pueda alejarte de mí ahora".

'Oh nada. En verdad, nada, mi querida Meni.

Nada podría arruinar su felicidad ahora. Meni ya no temía a su iracundo padre ni a los calumniadores habitantes del pueblo, ya que su dignidad había sido recuperada nuevamente por su matrimonio con Delfín. Ya no le preocupaba que hubiera podido tener un hijo fuera del matrimonio. Y tenía a su siempre cariñosa hermana, Talía,

para correr a su lado en momentos de necesidad. Se había desprendido de los viejos lujos que alguna vez tuvo: las joyas y la ropa fina de antaño no eran nada comparadas con el amor y la devoción de Delfín como esposo y futuro padre. No podía importarle menos que su marido fuera un hombre pobre, o no haberse casado con un abogado, un médico o algún otro profesional con mucho dinero. Se enorgullecía del hecho de que Delfín fuera un escritor admirado, un estudiante de derecho que algún día se convertiría en un importante estadista. Toda la riqueza e influencia de su padre ahora se veían eclipsadas por la llegada de un recién nacido, a quien colmarían de amor y afecto sin medida.

Meni se sintió embriagada por el más feliz de los pensamientos. Finalmente estaba libre del miedo, la tristeza y la desesperación.

* * *

Era un sábado por la tarde cuando Felipe, acompañado de Gudy, llegó a Manila para ver a Delfín. Delfín salió corriendo a saludar a Felipe, a quien no veía desde hacía un año. Al enterarse de la boda, Felipe no podía esperar a ver a la esposa de su mejor amigo.

'¿Dónde está ella?'

'¡Estoy dentro, ¡peng! ¡Saldré en un rato!'

'Ay, Meni, no hace falta', gritó Delfín a su esposa.

Pero Meni ya estaba en la puerta principal y extendió la mano para estrechar las manos de Felipe. A Felipe le llamó la atención el aspecto irreconocible de Meni: ojos hundidos, mejillas pálidas, nariz encogida, boca temblorosa, barbilla puntiaguda, cuello venoso, clavícula saliente, extremidades arrugadas.

'¿Qué pasó en el último mes? Delfín, esto no era lo que imaginaba por las cartas que me habías enviado.'

–Pues claro que no. La última vez que te escribí, su estado aún no era tan malo. No escribí más porque dijiste que vendrías antes de Año Nuevo.

–¿Qué pasa, Ipeng? ¿Me veo horrible?

"Dios, Meni, pareces gravemente enferma".

'No seas ridículo. Estoy muy viva, al igual que tú. Aunque parece que has engordado algo, si se me permite decirlo. ¡Qué afortunado eres!

'Oh, ustedes son los afortunados, porque sus males han terminado. ¡Diferente a mí! Delfín, ¿has tenido noticias de Tentay? ¡Me muero por escuchar noticias!'

'Te lo contaré todo. Pero por ahora, entra y descansa un poco. Delfín se volvió para susurrarle a su esposa que trajera algunos refrigerios para los dos invitados que acababan de

llegar. Pero tan pronto como se dispuso a preparar la cena, Felipe declinó cortésmente.

'No es necesario, ya que ya comimos bocadillos en el barco. Anteriormente, el barco en el que estábamos tuvo problemas para atracar y no estábamos seguros de poder llegar aquí antes del atardecer. Sentémonos y hablemos. Cuéntame todo lo que pasó mientras estuve fuera. Ah, y disfruta de algunas de estas delicias que trajimos para ti. Meni, toma algunos de los cocos tiernos que traje. Espero que estén bien.'

'¿Qué pasa con Tentay? ¿Qué le trajiste? Preguntó Meni mientras bebía el jugo del coco tierno que Gudyó le había abierto.

'Nada.'

'¿Nada? Llévate algunas de estas delicias y dáselas a Tentay. No debes ir a verla sin llevarle regalos, ¿sabes?

'Oh, no. No iré a verla hasta mañana.

'Ve a verla ahora. No esperes hasta mañana. Delfín me cuenta que la familia de Tentay está pasando por un momento difícil. ¡Has sido negligente!'

'Les envié dinero, pero ella se negó a aceptarlo. ¿Que se suponía que debía hacer? Delfín me dijo que lo rechazaron varias veces.

'Por supuesto que lo hizo. Si Delfín me abandonara como tú hiciste con Tentay, quemaría todos los recuerdos.'

–¿Los quemarías? Bromeó Delfín.

'Absolutamente.'

¡Qué carácter tienen ustedes las mujeres! Dijo Felipe.

¡Y ustedes, los hombres, son tan desalmados!

–Está bien, Felipe, quizás lo mejor sea que le lleves todos estos regalos a Tentay. Nadie aquí se los va a comer, especialmente la yaca. Ciertamente no son buenos para Meni.

Felipe decidió que sería prudente seguir el consejo de Delfín. Acababa de escapar de casa y ciertamente no tuvo tiempo de comprar más regalos para Tentay cuando llegaron a Manila. No podía molestar a su hermana ni a su madre, ya que lloraban cada vez que les contaba sus planes de irse para siempre. Estaba fuertemente custodiado por los sirvientes, a quienes su madre y su hermana les habían ordenado que vigilaran cada uno de sus movimientos. Su hermana, Sela, fue castigada por su padre y no pudo volver a la escuela en Manila. Su padre temía que Sela aprendiera las mismas maneras obstinadas que él había adoptado durante su estancia en Manila.

Fue una medianoche cuando Felipe se escapó. Sólo disponía de cuatro pesos para gastos de bolsillo, ya que no cobró salario durante toda su estancia en casa. Cuatro pesos era una suma mísera para dos personas que caminaban medio día desde un pueblo remoto de Laguna hasta los muelles de la bahía, para subir a bordo de un barco que los llevaría a Manila, donde tendrían que encontrar un lugar donde permanecer. Cuando llegó a Manila, a Felipe no le quedaba dinero para la familia necesitada de Tentay.

Los tres amigos charlaron hasta que Meni sintió náuseas y pidió irse. El sol se había puesto hacía mucho tiempo y la conversación había continuado sobre lo que había sucedido durante el tiempo que no se vieron: las tristezas, los dolores, las alegrías de los días pasados. Pero ahora todos se sentían esperanzados, ya que enfrentaban un futuro prometedor.

"Volveré a hablar contigo, pero por ahora tengo que descansar".

'Felipe, cena con nosotros antes de irte.'

Y entonces cenaron temprano. Felipe y Gudyo se estaban yendo cuando Talía, Yoyong, Siano y su esposa vinieron de visita. Felipe se quedó un rato para ponerse al día con viejos amigos. Ya eran las ocho de la noche cuando Delfín se despidió de su viejo amigo. Más risas y vítores llenaron la casa cuando los nuevos visitantes se enteraron de que Felipe había ido a ver a su amada Tentay.

* * *

No mucho había cambiado en San Lázaro. Felipe vio a la misma vieja Aling Teresa, Tentay, los niños Lucio y Amando, y al amamantado Julián. Curiosamente estaba desaparecido Víctor, de nueve años, que había sido enviado a vivir con una tía en Tondo. La familia había acordado regalarlo para que pudiera ir a la escuela y ayudar en la casa de su tía. Como muestra, Aling Tere había recibido ocho pesos, que había utilizado para comprar ropa nueva como regalo de Navidad para los niños, un pequeño precio a pagar a cambio de la escolarización de Víctor.

Al principio, hubo cálidas palabras de bienvenida y saludos entre Tentay y Felipe, pero el intercambio se volvió amargo cuando Felipe mencionó sus cartas y la negativa de Tentay a aceptar el dinero que había enviado a través de Delfín. Comenzaron a tener un acalorado intercambio de palabras y se hicieron graves acusaciones el uno al otro.

"Nunca esperé que hicieras algo así, Felipe". Tentay estaba sacudiendo la cabeza, obviamente todavía dolida, mientras su madre se giraba para atrapar al niño, que estaba a punto de chocar contra la pared.

Mientras la pareja seguía discutiendo dentro de la casa, los niños afuera se peleaban por el coco tierno. Amando ya quería comerse el coco, pero Lucio advirtió que les daría dolor de estómago. Decidieron optar por el manjar

elaborado con leche de coco, palma de azúcar y miel. Los dos niños se pusieron manos a la obra como gatitos hambrientos, gruñendo, siseando y manoseándose el uno al otro. Gudyó observaba, y de vez en cuando los separaba, sin decidir si divertirse o sentir lástima por los niños hambrientos, porque sabía exactamente cómo eran las cosas para la gente pobre como él.

Aling Teresa se sintió avergonzada de que un extraño como Gudyó viera a sus dos hijos peleando por la comida como animales hambrientos.

'¡Lucio! ¡Amando!'

Los dos niños se quedaron paralizados del shock. Lucio dejó caer el caramelo a medio comer que sostenía y los dos se volvieron hacia su madre, que los miraba fijamente a través de la puerta. Como soldados de infantería, los dos niños se levantaron al mismo tiempo, dejaron caer sus dulces y se marcharon silenciosamente para limpiarse.

'Fue mi culpa. Les di los dulces', se disculpó Gudyó.

Aling Teresa dejó al niño que llevaba en brazos y fue a regañar y azotar a los dos niños que se habían equivocado. '¿No tenéis vergüenza? ¡Actuando como bestias hambrientas frente a un completo desconocido! ¡Lástima!'

Mientras tanto, la pareja que estaba adentro no se dio cuenta de la conmoción que se produjo afuera.

"No, tú y tu madre se equivocaron". Felipe sonrió al escuchar el largo lamento de Tentay por los hechos ocurridos durante su ausencia. 'Si fuera enteramente por mí, no habría salido de Manila. Mi trabajo está aquí... mis estudios... ¡Oh, diablos! ¡Aquí es donde está mi Tentay!'

'¡Tu tienda de campaña!', se burló Tentay. Tienes el descaro de decir eso después de escapar sin decirme una palabra ni a mí ni siquiera a mi madre. ¿Después de vivir tanto tiempo en tu ciudad natal y que tus padres te dijeran que no cortejaras a una mujer pobre como yo? ¡"Tu tienda de campaña"! ¿De verdad pensaste que estaría bien ir y venir sin herir nuestros sentimientos de alguna manera?

'No, no es así en absoluto. Qué palabras tan duras. Aunque me ausentara durante un mes, siempre estarías en mi mente.

'Oh, ¿entonces estabas preocupada por nosotros aquí? ¿Y pensaste que la mejor manera de mostrar tu preocupación era enviarnos dinero, preocupado de que probablemente nos muriéramos de hambre? ¿De verdad pensaste que éramos tan descarados como para aceptar tu donación simbólica?

'¡Tentay, por favor!'

'¿De verdad pensaste que sólo porque somos pobres podrías humillarnos así?'

Las lágrimas brotaron de los ojos de Tentay mientras se ahogaba con los sentimientos heridos que había reprimido durante tanto tiempo.

'¡Si mi padre todavía estuviera vivo, no nos tratarías así!' Tentay se derrumbó por completo y sollozó.

* * *

Felipe se quedó estupefacto al ver llorar a Tentay. Miró sus lágrimas que brillaban como cristales a la cálida luz de la lámpara de gas y sintió un dolor en el pecho. Las últimas palabras de Tentay, 'si mi padre todavía estuviera vivo...' resonaron en sus oídos.

'Por respeto a tu querido padre fallecido, a quien le hice un voto solemne, Tentay, te pido que nunca más vuelvas a decir palabras tan duras. Mi conciencia está tranquila y no fui infiel a las palabras que le di a tu padre. Nunca me atrevería a insultarte por ser pobre. No fue sólo dinero lo que di. En las tres cartas que te envié quería que supieras por qué tuve que irme de repente para volver a mi ciudad natal... ¿Por qué estás tan enojada?'

'¡Tú también estarías muy enojado si estuvieras en nuestro lugar!'

–Lo sé, Tentay. Entiendo por qué te dolió tanto cuando me fui sin despedirme. Pero no había por qué ofenderse por el

dinero que envié. Y nunca deberías pensar que te insultaría por ser pobre. Yo nunca haría algo así.'

'No en nuestra cara...' respondió Tentay.

'Oh, entonces ahora estás diciendo que soy mentiroso.'

'¡No cambies las cosas! ¡Actuaste como una persona totalmente diferente cuando nos diste la espalda y volviste corriendo con tus padres!'

"No vayamos allí otra vez." Felipe suplicó gentilmente. Es cierto que mis padres no están muy interesados en que encuentre aquí una pareja y que lo único que quieren es una nuera de una familia rica. Pero ellos no te conocen y estoy seguro de que les agradarás una vez que te conozcan.

"Por el contrario, tus padres seguramente me examinarán y una vez que mis defectos queden expuestos, seguramente te prohibirán volver a verme".

'¡No me importa si deciden que eres una novia no apta! En asuntos como este, siempre tomaré mis propias decisiones".

¡Pero ya estás moviendo tus hilos!

'No, sólo estoy siendo un hijo obediente. Hiciste exactamente lo mismo. Sólo estabas obedeciendo los deseos de tu padre cuando me tomaste como tu

pretendiente. Estoy seguro de que no tendrías una relación conmigo si tu padre estuviera en contra.

'¿Deberíamos estar hablando de eso ahora?', objetó Tentay.

'¿Y por qué no? Mencionaste la desaprobación de mis padres hacia ti. Pareces haber olvidado que a tu madre no le agradaba y salías conmigo sólo para complacer a tu padre. ¿Por qué no deberíamos hablar de estas cosas?

'¡Pero eso es diferente! Te entretuve incluso antes de que mi padre me pidiera que te aceptara como mi pretendiente. Al principio no te dije que realmente me gustabas porque tenía miedo de que tus padres se opusieran si descubrían que éramos pareja. Desde el principio, supe que sería imposible agradarles a tus padres, ya que pensaban demasiado en sí mismos. No quería darte falsas esperanzas. Todo lo que quería era estar con alguien a quien mis padres y hermanos aceptarían con gusto como uno de los suyos.'

'¿Y quién podría ser?'

'Bien ... '

'En realidad, ¿quién podría ser ese hombre?'

"Espera, estaba hablando de entonces, no de ahora".

'Entonces ahora. No importa. ¿Quién es ese hombre?'

"No hay ningún hombre."

'Vamos. ¿Por qué no lo dirías?

–En este momento no está aquí en Manila.

Felipe quedó estupefacto. Por un momento guardó silencio. Luego, sin un atisbo de sonrisa en sus labios, respondió: '¿Quién es él? ¿De dónde es él?'

–Oh, viene de una provincia de algún lugar del este. Sus padres le prohibieron verme porque querían que se casara con una chica que viene de una familia rica.

Felipe se dio cuenta de que Tentay estaba jugando con él y se echó a reír. '¡Bien! ¡Pero ese hombre está aquí, frente a ti, en cuerpo y alma! En realidad, nunca se fue porque incluso cuando estaba fuera, su corazón y su mente estaban aquí contigo.'

'Oh, no. ¡Tú no eres el hombre del que estaba hablando!'

–¿Quién es entonces?

"Te lo dije, no eres tú."

"Entonces lo buscaré".

'¿Y si te dijera que eres tú...?'

–¡Entonces te diré que soy tu hombre, en verdad!

¡Ah, qué dulces palabras! Tentay había abandonado todas las pretensiones en este punto. Ella y Felipe se sentaron en silencio, mirándose amorosamente a los ojos.

"Siempre he temido que tus padres nos odiarían si alguna vez nos casáramos", suspiró Tentay.

'Sólo dime cuándo y como quieras. Eres tú quien se está conteniendo. Tú y toda esta charla de tristeza y desesperación. Mira a mi amigo Delfín. Ahora está felizmente casado con Meni. Y ahora viven solos. Meni se atrevió a ir en contra de los deseos de su padre y gracias a eso consiguió lo que su corazón más deseaba. ¡Si Meni pudo hacer eso, yo también puedo! Ella es una niña y yo soy un hombre. No hay nada que mis padres puedan hacer para impedir que me case contigo. No los dejaré.

'Pero Meni y Delfín estaban destinados a casarse. Puede que la esposa sea rica, pero el marido es un hombre talentoso. Son tan diferentes a nosotros. Mírame: una tonta, una mujer fea, incapaz de ser la esposa de ningún hombre.

'¿Impropio? ¿Feo? ¡De nada! ¡Cariño, eres el doble de bonita que Meni!

'¡Oh, no te burles así de mí! ¡Siempre me haces eso!'

¡No me estoy burlando de ti, ni siquiera me estoy riendo de ti! Las mujeres como Meni son tan bonitas como piedras

preciosas finamente talladas. ¡Pero tú, querida, tu belleza es innata y toda viene de dentro!

Tentay se recostó como si estuviera avergonzada por las palabras de Felipe. Felipe supo entonces que Tentay nunca volvería a hablar de lo avergonzada que estaba de ser pobre. Ya era tarde, pero los dos siguieron hablando. Aling Teresa ya se había quedado dormida con los niños, y Gudyó, en algún momento, no pudo seguir el ritmo y decidió dejar a los dos y retirarse a pasar la noche.

* * *

El sueño eludió a Tentay esa noche. Seguía pensando en su conversación con Felipe. Felipe había decidido quedarse definitivamente en Manila y conservar su trabajo en la ciudad. Si vivieran juntos, no se plantearían quedarse en casa de los padres de Felipe. En cambio, vivirían con la familia de Tentay. Felipe no quiso ninguna ceremonia nupcial, ya que consideraba el matrimonio como un instrumento de esclavitud bajo la institución religiosa. Preferiría acabar con toda la pompa y circunstancia, ya que lo único que le importaba era ser libre para amar. Pero la idea de Felipe sobre el amor libre perturbó profundamente a Tentay, porque esa noción iba en contra de los dictados de la fe y las normas de la sociedad. Sabía que a su madre no le gustaría la idea y detestaba la idea de ser despreciada por el público por ser inmoral.

Tentay pensó que fácilmente podrían acercarse a cualquier sacerdote religioso para officiar su boda, porque eso era lo que se suponía que debía hacer un católico devoto. Pero Felipe pensó que no hacía falta que simples mortales, como ellos, fueran testigos de su unión. No era necesario que un completo extraño fuera testigo de su profesión de amor y devoción mutua. Y odiaba la idea de tener que pagar la ceremonia. El dinero para la boda equivaldría al dinero que necesitarían tres familias pobres para mantenerse durante un año.

Tentay no podía soportar la idea de vivir en pecado ante los ojos de Dios si se convirtiera en una simple pareja de hecho. Pero Felipe le recordó la importancia de la virtud y la fidelidad, que no debería importar si eran bendecidos o no por el sacramento del matrimonio.

¿Qué pasa con su madre? 'Seguramente', pensó Tentay, 'ella lo desaprobaba'. Siendo una católica devota, su madre protestaría con vehemencia. 'Así no es como fuimos criados por nuestras madres y padres. Eso va en contra de todo lo que nos enseñaron que era verdadero y bueno'.

Tentay estaba completamente confundida, ya que no podía decidir si los planes de Felipe eran buenos o malos. Como ocurre con cualquier dilema moral, Tentay expuso todos los pros y los contras. Como dicta su fe, sería inmoral seguir los deseos de Felipe. Fue una mala idea aunque sólo fuera porque no estaba segura de la sinceridad de Felipe.

Parecería una idea maravillosa, si uno tuviera en cuenta que Felipe seguiría siendo abandonado por su familia y sus compañeros pase lo que pase, por lo que no habría ningún daño real allí. Y si resultaba que Felipe era un mal marido, fácilmente podría dejarlo.

Ya casi amanecía, pero Tentay todavía estaba completamente despierta. Todavía no había llegado a una resolución pacífica.

'Aquí hay esperanza contra esperanza. Quizás, si volviera a hablar con él...'

Y finalmente, Tentay se durmió.

Capítulo 20

EL DINERO HACE QUE EL MUNDO GIRE

Pasó una semana antes de que Don Ramón pusiera en marcha sus planes. En esa semana, después de que Meni abandonara la casa, él no había salido de su habitación y había pasado sus días revolcándose en la desesperación.

Varias veces había pensado en acabar con su propia vida y contemplaba todo tipo de formas de hacerlo. ¿Debería pegarse un tiro en el pecho o volarse los sesos con su revólver? ¿Ahorcarse como lo hizo Judas o beber veneno? ¿Saltar de un puente o volverse loco y desafiar a cualquiera hasta la muerte? Pero decidió que todavía no era su momento de morir. Soñaba con viajar al extranjero, dejar su ciudad natal, que se había convertido en una amarga fuente

de vergüenza, y vivir feliz en una tierra lejana hasta el día de su muerte.

Pensó para sí mismo: 'Cuando me haya ido, podrán decir lo que quieran sobre mi familia. No tendré que oír nada de eso.

De vez en cuando se preguntaba por Julita y la señora Loleng. Loleng era una mujer casada y simplemente no podía llevarla con él en sus viajes. Por otro lado, Julita era una joven soltera que sólo tenía a su madre, una mujer presentable que simplemente seguía a su hija a todas partes. Seguramente un largo viaje sería agotador si no tuviera una mujer como compañera. Jugó con la idea de llevarse a Julita con él, pero luego decidió renunciar a cualquier cosa que lo agobiara. Se recordó a sí mismo que se iba en un viaje de placer, nacido del deseo de esconderse de todos sus conocidos. Quería buscar aventuras hasta sus últimos días. Seguramente en Japón, América y Europa encontraría fácilmente una sustituta para Julita que se adaptara a sus gustos. Todo lo que necesitaba era dinero. Los veinte mil dólares que había reservado inicialmente no serían suficientes, por lo que pensó en retirar todo su dinero, dejando sólo la herencia y todos sus bienes a sus hijos.

'Con todo este dinero', reflexionó don Ramón, '¡puedo dar la vuelta al mundo! Y todavía quedarán todas mis propiedades y fondos de capital para dejarles a mis hijos. Recibirán su herencia cuando yo muera.

¿Pero quiénes eran esos "ellos" a los que se refería don Ramón?

Ya había repudiado a Meni y la había desterrado. Eso lo dejaba sólo con Talía y su marido, y Siano y su esposa.

'Soy el patriarca y todavía estoy vivo. ¡Yo decidiré qué poner en mi última voluntad y testamento!' Don Ramón pensó mientras los recuerdos de Meni y su derecho a su propiedad surgían en su mente.

En lo que a él respectaba, su vida en Manila había terminado. Se dedicó a finalizar su última voluntad y testamento como lo habría hecho un hombre rico moribundo. Y para ello pidió ayuda a su yerno, el abogado Madlang-Layon. Los dos hombres eran inseparables y trabajaban incansablemente como si estuvieran construyendo el templo de Salomón.

Talía empezó a sospechar que algo andaba raro con su padre. Intentó preguntarle a su marido, pero Yoyong no rompió su juramento al anciano. Y en varias ocasiones espió a su viejo en su habitación, rebuscando documentos y empacando su ropa. Aún así, Talía no tenía idea de lo que estaba pasando. El anciano mantenía su habitación bajo llave cada vez que salía de casa. La única persona con la que habló don Ramón fue Yoyong, quien parecía ser la única persona importante de la casa.

Ése era el tema frecuente de conversación durante las visitas de Talía y Siano a Meni. Por un lado, los hermanos estaban agradecidos de que gracias a la ayuda de Yoyong, Don Ramón finalmente se hubiera calmado. Por otro lado, les molestaba el hecho de que el anciano ahora parecía amar y respetar a Yoyong más que a sus propios hijos.

Meni fue la que más sufrió: tenía todo el derecho a sentirse enfadada y resentida. No obstante, estaba agradecida a Yoyong, porque si no hubiera sido por él, seguramente ya habría muerto a causa de la enfermedad y la desesperación.

Aún así, su fe y confianza en Yoyong se mantuvieron sin cambios. Estaban agradecidos de que Yoyong estuviera allí para calmar al siempre volátil Don Ramón.

* * *

De hecho, Madlang–Layon tenía al anciano bajo su hechizo. Había adquirido un conocimiento íntimo de cómo funcionaba la mente de don Ramón. El anciano había comenzado a revelar sus secretos previamente fuertemente guardados: las propiedades, activos y pasivos que sus hijos desconocían. Don Ramón hacía tiempo que se había resignado a la idea de que no podía confiar en sus hijos, ni siquiera en Siano, para manejar sus asuntos si ocurría algo inesperado. Madlang–Layon siempre había sido el abogado de confianza de Don Ramón en todas las batallas legales que

había enfrentado. Cuando Madlang-Layon habló, don Ramón escuchó absorto.

Madlang-Layon conocía todos los motivos por los que don Ramón quería salir del país. No se trataba sólo del romance de Meni con Delfín. El viejo necesitaba alejarse de don Filemón, quien se había convertido en su enemigo jurado. Los rumores sobre él y Loleng habían llegado a oídos de Don Filemón, y después de esa pelea, los dos hombres ya no se hablaban. Madlang-Layon no tenía ninguna duda de que aquel era el mejor momento para que don Ramón abandonara Manila para siempre.

Pero encontrar una buena coartada para la partida de don Ramón supuso un gran desafío. ¿Qué tipo de excusa aceptarían amigos, familiares, vecinos y socios comerciales? Pensarían que Don Ramón simplemente iba a importar equipos para la planta de tabaco y visitar Japón, América y Europa para estudiar las tendencias globales en el negocio del tabaco. También podría estar negociando con diplomáticos para reducir los aranceles sobre el tabaco y bajar los impuestos que se habían convertido en una amenaza para las empresas locales. Además, también podría estar buscando tratamiento para una enfermedad grave en el extranjero. Seguramente todas estas serían razones lógicas que nadie cuestionaría.

Esta vez, don Ramón prefirió renunciar a los habituales fanfarrones de la prensa. "Sólo se lo haremos saber cuando

ya esté a bordo". Los hijos de Don Ramón seguramente se opondrían a que él viajara solo por cualquier motivo. Afortunadamente para don Ramón, Julita ya había rechazado su oferta de viajar con él a Japón. Pero la señora Loleng era otra cosa: a pesar del alboroto entre don Ramón y don Filemón, Loleng seguía enviando mensajes y cartas a don Ramón.

Ya nada se interponía en su camino, excepto el último testamento, que confió a Madlang-Layon. Yoyong se había encargado de todo y había asumido el poder para presidir la propiedad en lugar de Don Ramón. Yoyong había sido elegido para convertirse en el nuevo dueño de la casa, no Siano, el hijo en quien Don Ramón nunca había confiado para manejar asuntos importantes.

* * *

La víspera de su partida, don Ramón cenó con sus hijos y les habló de sus planes. Les dijo que sería sólo por unos meses y que, en caso de morir en el extranjero, había redactado su última voluntad y testamento para sus hijos.

Cualquiera que conociera a Don Ramón sabía que no debía oponerse cuando el anciano claramente ponía plena convicción detrás de sus palabras y decisiones. Pero Talía y Siano, al enterarse de las espantosas intenciones de su padre, expresaron sus objeciones. De pronto los hijos se dieron cuenta de lo que había sucedido entre Don Ramón y

Madlang–Layon. Murmuró Talía para sí misma, reprochando en silencio a su marido por no contarles lo que estaba pasando. Si Yoyong se lo hubiera dicho, habrían frustrado los planes del anciano, que en ese momento ya eran definitivos y absolutos.

No pasó mucho tiempo antes de que Talía, incapaz de lidiar con las cosas que había escuchado, se levantara y abandonara la mesa del comedor. Seguida por Yoyong, fue al dormitorio de su padre y vio su equipaje y maletín, todo cuidadosamente preparado. Los dos discutieron un poco, pero las dulces palabras y los hábiles modales de Madlang–Layon prevalecieron, y Talía, resignada, ahogó silenciosamente su objeción y su dolor en silenciosas y amargas lágrimas.

Siano y su esposa rápidamente recuperaron la compostura después de escuchar la impactante noticia. No fue difícil convencer a Siano de la sabiduría de las intenciones de su padre. No tenía objeciones a gestionar la nómina de la fábrica, ni a su herencia tal y como constaba en el último testamento de su padre. No le importaba que él no supervisaría las propiedades alquiladas, o que Meni no recibiría absolutamente nada de su padre, o que su cuñado sería el albacea del patrimonio de su padre. El deseo de su padre era su orden y no había nada que pudieran hacer para cambiarlo.

Comparada con Talía, Siano no era nada; ella era más hombre de lo que Siano jamás podría ser, cuando se trataba de asuntos como estos. Talía fue más vocal en sus protestas y habló abiertamente de sus sospechas.

'Si realmente se iba de viaje, ¿por qué el último testamento?' Talía le preguntó a Yoyong mientras estaban sentados en la sala mientras Don Ramón, Siano y su esposa seguían charlando en el comedor. Talía temía no volver a ver a su padre, porque muriera en un país lejano.

'Y si realmente necesitaba apresurar su última voluntad y testamento, ¿por qué dejó fuera a Meni de su testamento? ¡Pobre, pobre Meni! ¡No puedo permitir eso!' Y Talía sollozó. –Tú sabías todo esto. ¿Por qué no dijiste nada? ¡Eres abogado y su cuñado! Meni no era una hija ilegítima, nació del santo matrimonio. ¿Por qué harías eso y cuál es tu excusa para no dejarle nada a Meni? ¡Eso no puede ser!'

"No tuve nada que ver con los planes de tu padre", alegó Madlang-Layon. Ya lo conoces, lo que dice es cierto. No me correspondía decirle qué hacer con su riqueza y propiedades. Era su deseo dejar a Meni fuera de su testamento. Él es el padre y tengo que seguir su deseo. Por razones justificables, un padre puede desheredar a su hijo, y eso es algo que sólo los abogados entenderían. Y lo que es más importante, y esta es la razón por la que no fui en contra de sus deseos, a tu padre le molestó lo que le pasó a Meni. Preferiría que eliminara a Meni de su testamento, porque de

lo contrario habría descargado toda su ira sobre ella. Habría asesinado a Meni y a Delfín con sus propias manos, si yo no hubiera estado presente para controlarlo. Y no es del todo malo que su dinero y sus pertenencias sigan siendo para sus propios hijos. Me dijo que si tú te opones, suspendería el último testamento y gastaría todo su dinero en lujos y ocio. Si eso sucede, ninguno de ustedes obtendrá nada. Quizás no lo sepas Talía, pero tu padre casi les regala miles de pesos a Julita y a la señora Loleng. Menos mal que estuve cerca para detenerlo. Y en cuanto a Meni, no desesperéis. Después de todo, ella sigue siendo familia. No la abandonaremos, pase lo que pase. Meni no necesita saber nada si seguimos ayudándola y dándole todo lo que necesita.'

A Talía no se le ocurrió ninguna otra objeción que plantearle a su marido-abogado. Aunque tenía educación, no sabía nada sobre las legalidades de las herencias y las últimas voluntades. Confiaba en la competencia y la lealtad de Madlang-Layon. Además, ella no sabía cómo argumentar legalmente el caso de Meni. Tuvo que aceptar la derrota. Con todo su dolor, ella simplemente le echó la culpa al corazón frío y cruel de su padre. Se consoló con el hecho de que Yoyong se preocupaba por Meni y él nunca abandonaría a su hermana en momentos de necesidad.

'¿Qué te dijo exactamente? ¿Que se irá y nunca volverá? Entonces, ¿es su última voluntad y testamento?

'No dijo durante cuántos meses o años estará fuera. Por ahora todo es incierto.

–¿Entonces por qué no lo acompañamos? Dijiste que también querías visitar Japón.

'Ahora es un mal momento. Rusia y Japón todavía están en guerra. Y si nos vamos, ¿quién se hará cargo del patrimonio de tu padre aquí? Ciertamente no podemos confiar en tu perezoso hermano Siano. Seguramente dejará pasar las cosas si las mareas suben.

Talía no pudo evitar estar de acuerdo con Yoyong.

'Yoyong, tengo un mal presentimiento sobre la partida de mi padre. Tengo miedo de que muera en el mar o solo en un lugar lejano.

'Oh, tu intuición y tu instinto. La muerte nos sigue sin importar a dónde vayamos. Y no hay nada que podamos hacer para cambiar la opinión de tu testarudo viejo. Creo que lo mejor sería que se fuera del país, sobre todo porque don Filemón todavía le guarda un serio rencor. ¿Sabías lo que pasó?

'No. ¿Qué pasó?'

Y así Madlang–Layon le contó a Talía la historia que le había contado don Ramón, sobre lo que pasó entre él, Loleng y don Filemón. Pronto se les unieron don Ramón y

Siano, y la conversación continuó sobre la partida de don Ramón al día siguiente. Talía, aún sintiendo lástima por su hermana, abordó el tema de las reliquias familiares que don Ramón había escondido en una de sus maletas.

'¡Me las llevaré conmigo!', objetó Don Ramón. 'Si lo deseas, puedes darle toda la ropa y accesorios sencillos, pero quemar todas las galas que queden. Las finas joyas que fueron de tu madre, esas son de tu madre y ella no tiene derecho a nada de tu madre. Tu madre, si todavía estuviera viva, seguramente habría estrangulado a tu hermana por lo que hizo.

'Padre, no creo que mamá hiciera eso. Mi madre amaba muchísimo a Meni cuando todavía estaba viva.

'¡Sin embargo! Si tu madre todavía estuviera aquí, esto no habría sucedido. Ella te habría culpado. ¡Eras la hermana mayor y aun así dejaste que esto sucediera! No quiero hablar más de esto. Me estoy volviendo a enojar.

Talía sintió como si un gato le hubiera comido la lengua. Las palabras de su padre pincharon una herida supurante. Ella se quedó sin palabras.

'¿Qué quieres que pase? ¿Quieres ver cómo se burla de mí ese bastardo que, después de robarme a mi querida hija, sería recompensado con riquezas heredadas de sus parientes? A los que me desobedecen, ya no los considero

mis propios hijos. Ella eligió estar con los pobres, ¡y así vivirá entre ellos! Esa es su propia carga ahora. Ya me han deshonrado. ¡No permitiré ser objeto de burla!

Madlang-Layon ya podía sentir que la tensión aumentaba. Le dirigió a su esposa una mirada de advertencia, como para decirle a Talía que abandonara la conversación. Pero Talía persistió.

'Pero padre, como ya la has repudiado, por favor déjale la ropa fina. Sería una lástima desperdiciarlas. No las uso. Y las joyas de mamá...'

'Bien, ella puede quedarse con la ropa. Pero las joyas, ¡absolutamente no! Las llevaré conmigo dondequiera que vaya, para recordarme a la hija traicionera a quien he castigado. Eso es todo. Fin de la discusión. Me estoy enojando de nuevo. Mi decisión es definitiva. ¡Haced lo que digo!'

Todos en la sala inclinaron la cabeza al escuchar las palabras del anciano. La tensa atmósfera comenzó a calmarse. Después de un rato, la conversación terminó y todos se levantaron, bostezando, listos para retirarse a descansar por la noche.

La mañana siguiente transcurrió según lo planeado. No hubo despedidas, salvo amigos que estaban convencidos de que se marchaba para atender unos asuntos en la fábrica.

No se molestó en ver a don Filemón en absoluto y simplemente le dejó una nota enviada por correo. Envío un memorando diciéndoles a los trabajadores de su fábrica que ayudaran a su hijo a gestionar las operaciones diarias mientras él estaba fuera.

Lo acompañaba uno de sus sirvientes, un joven huérfano de Pampanga, llamado Tikong, a quien el anciano había llegado a agradar mucho porque el niño era obediente y servil. Nada era más atractivo para Don Ramón que un esclavo dispuesto a hacer lo que el amo quisiera. Tikong había hecho juramento de seguir a Don Ramón donde quiera que fuera, incluso hasta su lecho de muerte.

Meni, a quien Talía no había visto en una semana, no tenía idea de lo que había sucedido. Talía todavía no había asumido la abrupta partida de su padre, y todavía no podía aceptar cómo Meni, la niña rebelde, su propia carne y sangre, había sido repudiada. Talía temía que su hermana ya se hubiera enterado de la noticia y no quería ningún conflicto emocional con Meni. Como nunca traicionó a su hermana ni le mintió en la cara, Talía se mantuvo alejada de su pobre y amada hermana.

Sin embargo, Delfín sabía desde hacía días que don Ramón Miranda, dueño de El Progreso, había abandonado el país. Le pareció extraño que no hubiera noticias al respecto en los periódicos. Esto era bastante inusual en Don Ramón, ya que al hombre rico le encantaba la atención de los medios. Pero

Madlang–Layon le aseguró que el anciano viajaba por negocios. Delfín no pensó más en ello y decidió que Meni no tenía por qué saberlo.

Pero la pareja empezó a preguntarse por qué los hermanos habían dejado de hacer sus visitas diarias. Pensaron que don Ramón, cuya ira no conocía límites, se lo había prohibido. No se habían atrevido a visitar a los Miranda, ya que no querían tener más problemas con el anciano. Además, el médico, que hacía visitas domiciliarias periódicas a casa de Talía disuadió a Meni de salir al aire libre hasta que se recuperara por completo.

Desde hacía varias semanas, Madlang–Layon y Delfín se encontraban en las carreteras, en las reuniones del consejo o dondequiera que los llevaran sus deberes. Los dos intercambiaban cálidos saludos y bromas, y cuando se les preguntaba por qué Siano y Talía no los habían visitado durante días, Madlang–Layon se disculpaba porque había estado ocupado y lo había estado retrasando. En sus encuentros casuales, nunca habló de don Ramón, pues la sola mención del nombre sólo abría viejas heridas en Delfín, quien no había olvidado el dolor causado por el anciano.

Capítulo 21

MENI EN AISLAMIENTO

Se había dicho que los médicos no podían curar todas las enfermedades, que las medicinas no podían curar a los enfermos de amor, que la felicidad era el único antídoto contra el dolor y el sufrimiento, y que a una mujer dispuesta a morir por su amor se le debía permitir sentar cabeza con su hombre. Tal fue el caso de Meni.

El doctor Gatdula siempre había sido capaz de tratar todo tipo de enfermedades, ya fueran contusiones, conmociones cerebrales, náuseas, palpitaciones, úlceras y similares. Pero cuando se trataba de problemas emocionales y angustias, no servía de nada. Después de que todos sus intentos de tratar a Meni fracasaron, sugirió en broma que un curandero podría ser el único que podría curarla. Entendió que la única

manera de que Meni mejorara era si ella misma quería curarse.

Sin lugar a dudas, fue el consejo del doctor Gatdula lo que hizo que la familia cediera y reconsiderara el matrimonio de Meni con Delfín. Su insistencia en que la causa fundamental de la enfermedad de Meni era el dolor de su corazón impulsó a Don Ramón a conceder finalmente el deseo de su hija.

La condición de Meni había ido mejorando constantemente gracias a su nuevo "médico", el "Doctor Delfín". Era como si Delfín hubiera encontrado un ungüento milagroso que eliminaba todos los dolores y molestias de Meni. Meni ahora estaba escondida, a salvo de las crueles costumbres de su padre, libre de la vergüenza pública y llena de esperanza para su hijo por nacer.

Se sentía totalmente en paz en su aislamiento. Ahora compartía casa con Delfín. No importaba que no tuviera un hermoso dormitorio o una sala de estar lujosamente decorada. No le importaba tener un piano de cola, armarios enormes, espejos de tocador, un patio lleno de flores fragantes ni los demás lujos que le otorgaba su padre. Todas esas cosas buenas no estaban a la altura de la alegría y la calidez que sentía en los brazos de Delfín. Ahora, más que nunca, se sentía verdaderamente bendecida y no quería nada más.

Por la mañana, sintiéndose muy ligera, se levantaba y ayudaba a la tía de Delfín a preparar el desayuno. Pero la tía no la dejaba mojarse los dedos, ensuciarse manipulando ollas, sentarse frente a la estufa caliente, manipular pescado maloliente, poner la mesa o limpiar después de las comidas.

'¡Oh, no estás acostumbrada a esto, hija mía!' la tía le decía cada vez que se ofrecía a ayudar. ¡Tareas menores como estas no te convienen, querida!

A Meni se le prohibía constantemente hacer las tareas del hogar. Su tía política la adoraba, corriendo repetidamente a su lado para preguntarle qué le gustaría comer o si se sentía mal, advirtiéndole incansablemente que tuviera mucho cuidado con sus movimientos, recordándole que se desatara el cabello cuando fuera a dormir y advertirle que no saliera por la noche. La anciana le hacía llevar una bolsa llena de dientes de ajo machacados para protegerse de las malvadas criaturas por la noche, y Delfín se quejaba de que Meni olía a “rollitos de primavera”.

Meni recibió atención y protección las 24 horas del día para asegurarse de que su parto se desarrollara sin complicaciones y que el bebé resultara normal y saludable. La tía siempre se burlaba del médico que atendía el embarazo de Meni. 'En aquel entonces, mi madre nunca dependió de médicos ni medicamentos durante su embarazo o cuando se puso de parto. Míranos a mí y a mis hermanos, todos seguimos vivos y bien, incluso ahora. Tuve

varios hijos, pero nunca fui al médico. Lo único que necesitábamos eran hierbas y raíces y gracias a Dios estamos todos bastante bien.'

Así fueron las enseñanzas y palabras de sabiduría de la tía de Delfín. La mujer había sido viuda durante años; ahora estaba casada y todavía estaba criando a dos hijos pequeños a su edad de cuarenta años. De hecho, la tía era anticuada y bastante supersticiosa. Delfín se burlaría de ella por aferrarse ciegamente a creencias y nociones antiguas, y su tía siempre lo reprendería por cuestionar las viejas costumbres.

Sin embargo, Meni, que no compartía las creencias y nociones de la anciana, obedeció silenciosamente a su tía política y tomó todos los medicamentos que ella le dio. En este nuevo hogar, no tuvo que mover un dedo en absoluto. Ella disfrutó de este nuevo amor maternal de la tía de Delfín, un amor que durante mucho tiempo nunca había sentido mientras vivía en la casa de su padre.

Meni ya no se sentía sola. Tenía invitados en casa (amigos y colegas de Delfín, y algunos viejos amigos que vinieron a ver cómo estaba) y todos se permitían bromear alegremente hasta que oscurecía.

* * *

Durante el día, los únicos que estaban en la casa eran Meni, la tía y los dos niños pequeños. Delfín, Felipe en la editorial y hasta Gudyó, que había alquilado un local, estaban trabajando.

Meni comenzó a preocuparse porque no había visto a sus hermanos en una semana. Talía le había enviado toda la ropa que su padre no quería darle y le había dicho que volvería a visitarla tan pronto como Yoyong tuviera tiempo libre. La excusa de Talía inquietó a Meni. No creía que Yoyong fuera motivo suficiente para que Talía y Siano no vinieran a verla. Le preocupaba que algo malo les hubiera pasado a sus hermanos. ¿O su padre les prohibió visitarla?

Meni sintió la necesidad de pedirles a Delfín y Felipe que husmearan la casa de Santa Cruz para saber qué pasaba allí. Los dos hombres accedieron de buen grado y se dispusieron, una tarde, a espiar la casa de don Ramón. Todas las ventanas estaban cerradas y la casa estaba tan oscura y lúgubre como cuando Meni estuvo gravemente enferma. Los arbustos del patio se habían vuelto salvajes y un polvo espeso cubría las hojas. Los sirvientes, al parecer, habían abandonado sus tareas y deberes.

Los dos hombres habrían abandonado su misión si no fuera por Tino, que salió a comprar algo a la tienda china. Felipe llamó a Tino y le indicó que se acercara. Tino se alegró de ver a sus viejos amigos: Felipe a quien hacía mucho tiempo que no veía, y Delfín, quien fue el causante del caos

que descendió sobre la casa de don Ramón. Fue por Tino que los dos hombres se enteraron de la huida de Don Ramón, de cómo el nombre de Meni podría haber sido eliminado del último testamento del anciano, y de cómo Talía había llorado y llorado por la difícil situación de Meni. Delfín y Felipe quedaron profundamente perturbados por esta noticia. De camino a casa, los dos hombres se preguntaron cómo le darían la noticia a Meni.

'Estaba pensando, ¿cuál fue ese último testamento que mencionó Tino?' Se preguntó Felipe en voz alta.

–Que el nombre de Meni podría haber sido eliminado del último testamento del anciano –aportó Delfín.

'Y si ese fuera el caso, ¿querías que tu esposa heredara algo de su padre?'

'Felipe, ya conoces mi posición cuando se trata de estas cosas. No es necesario que me preguntes nada. Mi preocupación es la base legal del anciano para eliminar a Meni de su última voluntad y testamento. ¿Qué libro de leyes utilizó para justificar el repudiar absolutamente a su propia sangre?'

'¡Libro de leyes!' –soltó Felipe burlescamente. ¡Tuve la suerte de no encontrar un libro de reglas así! Pero por lo poco que he leído y oído, esos libros de reglas no son más que una pirámide invertida de derechos y obligaciones,

donde la parte inferior puntiaguda se refiere a los derechos y privilegios de los pobres y los débiles, mientras que la parte superior, gruesa, se refiere a los derechos de los ricos y los poderosos. Estos libros de leyes son todas obligaciones impuestas por los amos a los esclavos. Y no lo olvides, don Ramón tenía a su lado a un brillante abogado, su yerno. ¡Seguramente esos dos encontraron una manera de eludir las leyes que rigen la herencia!

"No lo sé, Ipe", dijo Delfín, sacudiendo la cabeza. 'Pueden hacer lo que quieran con las leyes. Realmente no tuvieron que redactar esa última voluntad y testamento. ¿Recuerdas que una vez tuve una acalorada discusión con don Ramón y don Filemón, cuando cité a Goethe y planteé mi objeción contra la riqueza heredada? ¿No dije que transmitir la riqueza acumulada a través de una herencia sólo genera descendencia perezosa y apática? ¿Y qué derecho tienen los padres a transmitir a sus hijos una riqueza que, de todos modos, ciertamente fue mal habida? ¡Así es exactamente como han proliferado los hijos pródigos!'

–Efectivamente –asintió Felipe. Y sería un espectáculo digno de contemplar, ver a los hijos luchando con uñas y dientes para conseguir la mayor parte de las riquezas de sus padres. Ahí es cuando llegamos a ver la fea verdad de que la sangre no siempre es más espesa que el agua. Ahí es cuando sale todo el hedor. Todo por culpa de la riqueza por la que nunca trabajaron.

"Me recuerda la vieja superstición de que cuando los ricos fallecen, sus almas son enviadas de regreso a la tierra para perseguir a los hijos que dejaron atrás, para instarlos a devolver todas sus riquezas y pertenencias a los pobres".

"Ah, conozco historias similares", dijo Felipe. 'Y muchos de ellas mencionan a la Iglesia, cómo además de retribuir a los pobres, las almas de los difuntos piden que parte de sus riquezas se den a "la casa de Dios".'

—Sí, eso también —convino Delfín. 'La Iglesia siempre recibe herencia de los ricos muertos. Podría actuar como albacea presidiendo la riqueza y las pertenencias de los ricos. Ella habría sido el modelo perfecto de una sociedad verdaderamente comunista, siguiendo los ideales comunistas de Jesucristo. Pero claro, ya había perdido toda fe en la Iglesia. El clero ya no es el austero santo de los viejos tiempos, porque se ha vuelto codicioso y corrupto. Felipe, es a gente como don Ramón a quien se le deben contar historias y supersticiones tan viejas, precisamente por los valores que él profesa. Hombres como don Ramón y Filemón, e incluso tu propio padre, el capitán Loloy, adoran el dinero y las riquezas como a sus dioses. Para ellos el paraíso está aquí en la tierra, no en el más allá.'

Felipe reflexionó en voz baja. Hombres como don Ramón, don Felipe y su padre, el capitán Loloy, fueron criados para ser ricos decentes dando limosnas a los pobres, donaciones a las familias de los difuntos y haciendo caridad. Estos

hombres habían sido moldeados para pensar que eso era lo que debían hacer los hombres ricos y decentes; que al hacerlo, devolverán a los pobres parte de la riqueza que ellos mismos nunca ganaron.

Delfín adivinó lo que estaba pensando Felipe. 'No sé nada de tu padre, porque no tengo ningún conocimiento personal de sus asuntos. ¡Pero don Ramón! ¡El pequeño Carnegie! ¡Ja!' Y los dos hombres se rieron de buena gana.

Luego, Delfín añadió: 'Si repudió a Meni sólo porque ella me eligió a mí, un hombre al que odiaba absolutamente, ¿crees que se molestaría en dar su dinero a los pobres, a quienes, estoy seguro, realmente desdeña por carecer del mismo?'

–¿Pero realmente crees que don Ramón repudiaría a su propia hija, así sin más? –argumentó Felipe.

'Oh, no tengo ninguna duda al respecto. Eso está totalmente en sincronía con el carácter de Don Ramón", confirmó Delfín. 'Lo que me pregunto es, ¿qué dijo Madlang–Layon al respecto? ¿Dio su consentimiento?'

'Ya te lo dije, Delfín. Madlang–Layon es un "buen chico". Debió haber hecho exactamente lo que habría hecho un buen abogado.

–¿Pero aceptaría él, por su honor y dignidad, los deseos del anciano?'

'Vamos, Delfín. El honor es ridículo. Eso es hablar de dinero, amigo mío. ¿Seguramente dejaría de lado su honor y dignidad ante las monedas de oro y los billetes del Tesoro? Si Meni fuera eliminada del último testamento del anciano, ¿a quién le correspondería entonces la parte de Meni? Por supuesto, a los otros dos hijos. Seguramente Talía estaría recibiendo más. Recuerda, lo que es de Talía también es suyo.'

'No creo que Yoyong sea capaz de hacer eso. ¿Quizás don Ramón se llevó la parte de Meni cuando se fue? Pero Yoyong no pudo...'

'Cree lo que quieras creer, Delfín. Pero de alguna manera, no puedo deshacerme de la sensación de que tu benévolo cuñado debe haber hechizado al anciano, o debe haber realizado algún tipo de truco. Ambos hemos visto muchas veces cómo cada vez que Madlang-Layon decía que no o que no puede ser, Don Ramón inmediatamente daba marcha atrás. Has visto lo cercanos que se han vuelto esos dos hombres. Además, Madlang-Layon es muy consciente de tus inclinaciones socialistas...

'¡Qué manera de aprovechar mis principios socialistas!' Dijo Delfín, riendo.

'¡Pronto lo sabremos!'

Los dos hombres estaban parados afuera de la casa de Don Ramón. Ya había anochecido y la oscuridad había envuelto los cuatro rincones del cielo, y ahora descendía sobre la casa que se encontraba lejos de las farolas.

* * *

Delfín y Felipe decidieron no perder el tiempo en darle la noticia a Meni, aunque optaron por no contarle que su padre se había ido definitivamente del país. Meni rompió en sollozos profundos y empezó a ahogarse y a recuperar el aliento. Nuevamente cayó inconsciente.

Quizás fue una mala idea decírselo a Meni, aunque al principio los dos hombres intentaron ocultar esa información de que Don Ramón no volvería nunca. Pero Meni ya tenía un mal presentimiento por la situación en casa, por lo que Delfín se vio obligado a decirle la verdad.

Meni recuperó el conocimiento momentáneamente, gracias a los medicamentos que siempre tenía a mano en casa. Ahora tenían motivos para llamar al médico para una visita urgente a domicilio. Delfín le escribió una carta a Talía para contarle este percance más reciente, sin decirle que se había enterado sobre su padre porque él y Felipe estaban espiando afuera de su casa. Apenas unas horas después de enviar la carta, Talía vino a visitar a Meni, una vez más.

Capítulo 22

LAS INTENCIONES DE MADLANG-LAYON

'¡Padre no se habría ido si no fuera por ti!' Talía regañó a Meni después de que la criticaran por no impedir que su padre se fuera.

'Bien, échame la culpa por que se haya ido', respondió Meni. ¡Pero podrías habérmelo dicho! Podría haber tenido la oportunidad, bajo pena de muerte, de pedirle perdón y suplicarle que se quedara. Pero no te preocupaste por mí. Me parece que ya no me consideras un miembro de la familia.

Meni rompió a llorar, lo que provocó que las personas en la habitación corrieran a su lado para calmarla, para que no se desmayara por la angustia.

El intercambio de palabras acaloradas cesó de inmediato. Delfín y Siano intercedieron para desterrar la tensión entre las dos hermanas, quienes claramente albergaban malos sentimientos entre sí. Comenzaron a hablar entre ellos de manera tranquila. Talía, al ver que Meni se volvía más receptiva, le contó todo lo que necesitaba saber. Ella no ocultó ni una sola palabra de verdad, incluida la parte sobre la eliminación del nombre de Meni del último testamento de su padre.

A Meni no le molestó la última voluntad y el testamento de su padre. A Talía le preocupaba que Meni la acusara de conspirar con su padre, pero esto era lo que menos estaba en la mente de Meni. La noticia no conmovió a Meni ni un poco.

"Siempre respetaré tus deseos", dijo Meni. 'Seguí los deseos de mi corazón y aceptaría de buen grado las decisiones de mi padre y las de mi hermano y mi hermana. Especialmente a ti, Talía, a quien le debo todo, incluso mi vida. No me molesta en absoluto la decisión de mi padre, si eso es lo que él quería. Delfín y yo, por la misericordia de Dios, sobreviviremos sin la herencia. Mi única petición, hermana mía, es que no me abandones en mi momento de necesidad. Me preocupa no poder superar mi delicada situación en este momento.'

'¡Oh, por favor deja de hacer eso!', la interrumpió Talía, suspirando profundamente, las lágrimas corrían por sus mejillas.

Por un momento, Talía imaginó una mariposa muy oscura revoloteando alrededor de Meni, como para confirmar el miedo de su hermana. Quitó la imagen de su cabeza y decidió que a Meni no le haría ningún bien que todos estuvieran sombríos y hundidos en la desesperación. En cambio, pensó que debería animar a su hermana.

La esposa de Siano, que escuchaba la conversación de las hermanas, salió a buscar a Delfín, temiendo que el ambiente dentro de la casa volviera a espesarse de tensión.

'¿Qué pasa con ustedes dos?' Dijo Delfín con una sonrisa. 'Solo han pasado unos minutos y aquí estás, llorando con todo tu corazón otra vez. ¿Por qué no habláis vosotras dos de cómo amaros, por el bien de los niños que lleváis en vuestro vientre?'

Los rostros de las hermanas se iluminaron al escuchar las palabras de Delfín y comenzaron a sonreír. Ahora era evidente que Talía también estaba embarazada y que probablemente daría a luz poco después que Meni.

"No hay razón para que ustedes dos estén tristes, ahora que ambas están esperando", añadió Delfín. "Ustedes dos tendrán un abogado y un periodista, ya verán".

'Ah, Delfín.' Respondió Talía. 'Si se convirtieran en abogado y periodista y terminara en la misma situación en la que estamos nosotros, ¡preferiría que murieran antes de convertirse en adultos! Deja que la Parca se los lleve cuando nazcan.'

"Oh, en realidad no piensas eso", bromeó Delfín. 'Estoy seguro de que una vez que nazcan, no prestarás atención a ningún percance. Querrás que sobrevivan y definitivamente correrás en su ayuda.'

'Sea como sea', argumentó Talía, 'ahora que nuestra familia está pasando por esta terrible crisis, cómo desearía que la muerte nos llevara cuando éramos unos niños pequeños. Puede que seamos ricos y vivamos en el lujo, pero somos mucho menos afortunados que los que nacen en la pobreza.'

Las palabras de Talía despertaron en la mente de Delfín algunos de los pensamientos socialistas que habían estado latentes en su interior por un tiempo. Aquí estaba una mujer ilustrada y privilegiada, no socialista por inclinación, expresando la verdad de que la felicidad en la vida no proviene de la riqueza material; tanto los ricos como los pobres sufren desesperación, albergan profundos sentimientos de arrepentimiento y resentimiento y experimentan tristeza y desgracia. Delfín pensó que era irónico que una mujer rica pudiera sucumbir fácilmente a las dificultades, que alguien con acceso a una gran riqueza

pudiera fácilmente ahogarse en el dolor y que aquellos que son despiadados con los desfavorecidos pudieran ser débiles en medio de la pobreza.

Delfín sabía de qué estaban discutiendo Talía y Meni: la huida de don Ramón y la desheredación de Meni. Sabía que a Meni no le importaba la riqueza de su padre, ya que éste la había adoctrinado durante mucho tiempo en la ideología socialista. Había profesado que se casó con ella no por el dinero de su familia. Delfín le enseñó a Meni que la riqueza de un hombre debe transmitirse no sólo a sus hijos o seres queridos; en cambio, la mayor parte, si no la totalidad, debería entregarse a cooperativas, organizaciones benéficas o al tesoro de la ciudad, en beneficio de la población en general.

Éstas y otras enseñanzas ya no eran nuevas para Meni. Aunque puede que no fuera tan incondicional como Delfín, era una verdadera socialista, Meni se aferró a estos ideales mientras discutía con Talía sobre la herencia.

* * *

Talía y su cuñada decidieron quedarse a almorzar en casa de Meni, y Siano y Yoyong emprendieron el camino a casa. Más tarde esa misma tarde, Yoyong empezó a preocuparse si debía volver a buscar a las dos mujeres. Lo atormentaban las dudas cada vez que pensaba en don Ramón y en los hijos que había dejado atrás, y especialmente en Meni y Delfín.

No podía negar que jugó un papel importante en la exclusión de Meni del último testamento de don Ramón y en su designación como albacea de la considerable riqueza del anciano. A pesar de haber sido un esposo y cuñado ejemplar, la gente no pasaría por alto que pudo haber sido corrompido por la codicia de poder y dinero, que nunca habría obtenido simplemente siendo abogado.

Al recordar los días en que apenas cortejaba a Talía, tenía claro que su ambición de poder y riqueza lo había empujado a acercarse a Don Ramón. No habría conocido al anciano si no fuera por las batallas legales que habían ganado en los tribunales. No se habrían unido íntimamente (y esto fue durante la época en que la primera esposa de Madlang–Layon todavía estaba viva) si no fuera por su amor mutuo por las carreras de caballos y otros pasatiempos. De hecho, el dinero los unió, así como la sed de mayor riqueza y lujo. Y después de casarse con Talía, Madlang–Layon obtuvo un mayor acceso a oportunidades lucrativas. Seguramente nadie dudaría de que utilizó su condición de yerno y abogado para lograr las aspiraciones de su vida.

No obstante, Madlang–Layon siempre se había considerado un hombre de honor y dignidad. Era un hombre de buen corazón, porque si no fuera así, nunca tendría reparos en alcanzar sus metas y ambiciones. No sentiría ningún sentimiento de culpa por los tratos secretos entre él y Don Ramón. Evitaría que la ropa sucia tocara su piel, que de otro modo estaría inmaculada.

Esos eran los pensamientos que pasaban por su cabeza cuando Yoyong llegó a casa y descubrió que Talía y la esposa de Siano todavía estaban en casa de Meni. Se debatía entre ir o no a buscarlas. Sentía como si tuviera una estrella marcada en la frente que no quería que Meni y Delfín vieran. Era como si el gato se hubiera comido la lengua, a pesar de que no había hablado con Delfín sobre estos temas. Delfín, aunque todavía joven, estaba bastante acostumbrado a las cosas jurídicas; un hombre que estaba bastante familiarizado con los mecanismos internos de la traición, alguien lo suficientemente hábil como para detectar cualquier señal de traición. Nadie podía burlar a Delfín con promesas vacías, porque, como cualquier otro periodista, poseía un conocimiento íntimo de los asuntos mundanos en todas partes.

Por un lado, Madlang-Layon sabía que Delfín era un socialista que tenía fuertes objeciones contra la herencia y la riqueza personal como la de Don Ramón, pero eso no significaba que Delfín aceptaría pasivamente que su padre repudiara a Meni. Delfín, sin inmutarse por el hecho de que Talía fuera la hermana de Meni, seguramente armaría un escándalo por haberle negado su parte justa de las riquezas del anciano. La participación de Meni no era en absoluto escasa. Para un socialista como Delfín, cien mil (o incluso cincuenta) mil pesos ya era una enorme suma de dinero que podría usarse para construir una empresa que liberaría a la clase trabajadora de su miseria. ¡100 mil dólares! Eso habría

sido suficiente para construir una casa modesta, una buena biblioteca y una fábrica de procesamiento de tamaño mediano, todo en beneficio de la sociedad proletaria.

De nada le serviría a Madlang-Layon fingir inocencia y echar toda la culpa a don Ramón, ya que realmente era el anciano quien tenía el poder de preparar su última voluntad y testamento. Sería difícil para cualquiera creer que simplemente estaba actuando como mediador y pacifista con don Ramón. Si se lavara las manos de todo este lío, perdería mucho más. No podría presentar el acuerdo firmado como prueba de que don Ramón lo designó voluntariamente como albacea. Si se desechara la declaración jurada, entonces no tendría poder para ejecutar nada en absoluto.

Madlang-Layon, por diligencia debida, aconsejó a Don Ramón sobre las ramificaciones y legalidades de excluir a Meni del último testamento. En su opinión, podría citar fácilmente varios libros de derecho, ninguno de los cuales hacía la más mínima mención de algo en el sentido de que "un padre está dentro de sus derechos legales para privar a un hijo de su riqueza, únicamente sobre la base de la casarse con el cónyuge equivocado".

Pero Don Ramón es un hombre extremadamente terco, y fue esta terquedad la que hizo que Madlang-Layon se beneficiara enormemente, y que Delfín y Meni no obtuvieran absolutamente nada.

"Encuentra una manera de eludir cualquier ley que se interponga en mi camino", recuerda Madlang-Layon que dijo el anciano. 'En pocas palabras, ¡no quiero que ese hijo mío traidor obtenga nada de mí!'

«Pero Meni es una heredera legítima cuyo único error fue casarse con el hombre que no apruebas», había aconsejado Madlang-Layon al anciano.

'¡Ese matrimonio es precisamente lo que desprecio!' Dijo Don Ramón. 'Si mi hija tuvo el coraje de ir en contra de mi voluntad, ¿por qué debería verme obligado a honrarla como mi heredera y beneficiaria?'

"Oh, pero eso no es motivo suficiente", respondió Madlang-Layon. 'El derecho de un hijo al patrimonio de sus padres es inmanente, y ese derecho no puede ser quitado simplemente porque se case con el hombre equivocado. Incluso su derecho a casarse con quien ella elija es inviolable.

'¡Pero ella no tenía la edad adecuada cuando se casó y se deshonró al quedar embarazada incluso antes de casarse!'

'No importa, padre. ¿No diste tu bendición?'

'¡Es tu culpa!' Respondió don Ramón.

'Esa no es mi culpa. Mi error fue tener el deseo de traer la paz a esta casa lo más rápido posible. Estaba claro que ninguna pelea y discusión podría cambiar el hecho de que su

hija se sentía miserable. Era inevitable que la pareja acabara junta.

'En ese caso', dijo don Ramón, '¡tu título de abogado no sirve para nada! ¿No pudiste encontrar una manera de conseguir lo que quiero? ¡Claro, no soy abogado! ¿Pero no crees que es absolutamente humillante para un padre ceder ante el deseo de su hija rebelde de casarse con un vagabundo hambriento, socialista y anarquista?'

'¡Don Ramón, sus palabras son demasiado duras! Quiero que sepas que la inteligencia de los abogados se rige por los dictados de la ley.

Don Ramón se burló. 'Pfff, ¿y qué? ¿Qué pasa si no podemos justificar la privación de Meni de sus derechos como heredera, basándose en su matrimonio con un socialista-anarquista?'

"Esto no tendría precedentes aquí en nuestro país".

¡Entonces sienta el precedente! ¡Haz de este el primer caso que aumentará tu reputación! ¡Entonces todos en el gobierno sabrían que tales parodias ocurren en el país!'

'¡Esa línea argumental no se mantendrá en el tribunal de justicia!'

'¿Y por qué no? Yo afirmaré que es justificable privar a una hija descarriada de su herencia, ¡y es igualmente justificable

negar mi riqueza a un socialista! ¿No lo ves? ¡Estos socialistas están empeñados en oponerse a los ricos y a la clase dominante!'

'Le ruego me disculpe'

'No les gusta el dinero, odian las reglas, rechazan la razón; ¡Son mucho peores que los hijos e hijas pródigos!

'Suponiendo que esas cosas fueran ciertas...'

'¡Son absolutamente ciertas!' Don Ramón se mantuvo firme.

'Pero Meni es tu hija, no Delfín, ¿no?'

'¡Eso es irrelevante! ¡Lo que sería de Meni también sería de Delfín, ahora que están legalmente casados!'

'Se podrían estipular ciertas condiciones para que Meni sea elegible para reclamar su herencia. Eso podrías hacerlo.

'¿Como que?'

'Cuando ella dé a luz y el niño sobreviva y crezca, entonces podrá reclamar su herencia. De esa manera, los beneficiarios serían ella y su hijo.'

'¿Y quién podría ser este niño al que yo querría criar y cuidar? ¡La descendencia de quien tuvo el descaro de ir en contra de mis deseos! Sabes que la manzana no cae lejos del

árbol. Delfín ya le ha lavado el cerebro a Meni y estoy bastante seguro de que a su hijo le pasaría lo mismo. Meni no me habría desobedecido si no fuera por la influencia de Delfín.

'Estoy de acuerdo, padre. Pero ... '

"Nunca te quedas sin peros." Don Ramón se enfureció. 'Entonces, ¿estás diciendo que no hay manera de que yo salga de este lío vergonzoso? ¡Esto es una absoluta humillación, Yoyong! Ni se te ocurra...'

Madlang-Layon, que ya se estaba quedando sin palabras para refutar al anciano que se aferraba desesperadamente a su perverso razonamiento, buscó el ejemplar del *Código Civil* para mostrárselo al testarudo don Ramón. Mostró las páginas donde la ley delineaba condiciones específicas para la desheredación. El anciano sacudió la cabeza ante lo que estaba leyendo. Entonces, de repente, exclamó emocionado.

'Mira aquí el artículo 853, incisos segundo y tercero. ¿No podemos utilizarlos como base?'

Madlang-Layon luchó por contener su frustración. '¡No! No es que Meni te haya agredido físicamente, ni que alguna vez haya dicho palabras irrespetuosas hacia ti. Al contrario, fue muy humilde contigo.'

'Ésa es la segunda cláusula. ¿Qué pasa con esta, la tercera? El viejo insistió.

"Pero don Ramón, eso sería acusar a Meni de haber cometido actos inmorales".

'¿Sí? ¿Qué actos morales ha realizado últimamente?

'Esta cláusula se refiere a la prostitución, la solicitud de sexo. Se trata de vender tu cuerpo y tu dignidad.'

¡No sólo vendió mi honor, sino que lo manchó, lo aplastó, lo destruyó por completo! Y ... '

Madlang-Layon se quedó sin palabras. Era imposible razonar con el anciano cuya mente ya estaba cegada por la ira. Se quedó en silencio y ya no dijo una palabra. Pero el anciano, que se había impacientado por la falta de cooperación de Madlang-Layon, emitió una declaración final para poner fin a la discusión.

'Si ese es el caso, que así sea. Seguiré haciendo lo que quiera. Déjame entrecerrar los ojos en la oscuridad. Y podrás estar tranquilo. Entonces déjame hacer esto solo...'

Así terminaban muchas veces las conversaciones de Madlang-Layon con don Ramón, antes de que el anciano abandonara el país. Madlang-Layon no dejaba de razonar con el testarudo anciano. En retrospectiva, pensó que hubiera sido mejor dejar que el viejo se saliera con la suya.

De esa manera, no habría tenido nada que ver con la letra pequeña del último testamento del anciano, y no tendría que esconderse avergonzado de Meni y Delfín.

Desafortunadamente, las cosas no fueron así. Fue nombrado albacea del testamento del anciano, la única persona que podría ganar más de los acuerdos secretos con Don Ramón. Se dejó llevar y fingió ignorancia de las estipulaciones del testamento, firmado en presencia de los más cercanos aliados de don Ramón como testigos. Ya no resistió. Mantendría la custodia del testamento hasta que el anciano falleciera, con la esperanza de que cuando llegara ese día, Meni y Delfín no presentaran una demanda para cuestionar la legalidad del documento. Y si Meni y Delfín ganaran su caso, él simplemente se lavaría las manos del caso y negaría cualquier participación en la elaboración del último testamento. Después de todo, el documento mostraría claramente que todo lo que estaba escrito allí era el deseo del anciano, y sólo suyo.

Y así fue que Madlang–Layon decidió no ir a buscar a Talía y a su cuñada. Ya anochecía cuando Talía y la esposa de Siano, que se cansaron de esperar a que Yoyong las recogiera en casa de Meni, decidieron que Madlang–Layon no tenía intenciones de venir a buscarlas. Y así, salieron de la casa de Meni y volvieron a la suya.

* * *

Desde ese día lo único que pudieron hablar en casa de Meni fue cómo don Ramón abandonó cruelmente el país y desheredó a Meni.

Delfín y Felipe coincidieron en que el testamento se redactó bajo la dirección de Madlang-Layon. Sospechaban que Madlang-Layon había dado la espalda a la amistad y la lealtad. Todavía no habían visto el último testamento, pero Talía les había enviado un resumen, ya que el último testamento oficial sólo podía leerse tras la muerte de Don Ramón. También supieron que todo el ganado, vehículos y equipos fueron entregados a Madlang-Layon según declaración debidamente notariada y firmada por el propio Don Ramón. Fue el mismo escribano de Escolta quien le reveló a Delfín los extractos de la transcripción del acuerdo. Delfín y Felipe concluyeron que, efectivamente, Madlang-Layon y Don Ramón claramente habían conspirado para idear estas horribles maquinaciones.

Cuando Meni se enteró de estas cosas, se sintió muy avergonzada y traicionada por sus hermanos y por Madlang-Layon. Nunca imaginó que Yoyong trabajaría voluntariamente con su padre para repudiarla, ya que pensaba que su desobediencia no era motivo suficiente para ser maltratada de esta manera.

Meni no lo podía creer al principio, pero después de un tiempo decidió abordar el asunto con sus hermanos y descubrir la verdad sobre la participación de

Madlang–Layon. Pero Delfín la desanimó. Talía vino un día a invitar a Meni a su casa, pero Delfín le negó el permiso. En voz baja le pidió a Meni que se abstuviera de poner un pie en la casa de su padre y que nunca tomara ninguna de las riquezas en disputa que pertenecían a su padre.

Los hermanos comenzaron a distanciarse; Poco a poco, Talía y Meni se volvieron frías la una con la otra. El dinero, los regalos y las medicinas que llegaban de Talía disminuyeron y Meni dejó de pedir ayuda financiera por completo. Talía, por orden de su médico, se había visto obligada a permanecer en casa para no contraer ninguna enfermedad que pudiera afectar su delicado embarazo.

Lo que empeoró las cosas fue cuando Talía descubrió que fue Delfín quien le prohibió a su hermana ir a su casa. Estaba tan furiosa que ya no le importaba cuáles fueran las razones de Delfín. Comenzó a sentir resentimiento porque Meni se casó con Delfín, a quien nunca aprobaron. También empezó a resentirse con Meni, porque pensaba que Meni era tan ingrata como para seguir ciegamente los deseos de su marido. Los pensamientos y emociones negativos comenzaron a crecer dentro de Talía. 'No tienen nada contra mí. No soy de ceder ante su chantaje emocional, si de eso se trata. Está bien, si ella no quiere venir, seguramente yo tampoco iré a visitarla.'

Las dos hermanas dejaron de acercarse. Incluso Delfín y Madlang–Layon se habían peleado y ya no se hablaban.

Estas consecuencias no estuvieron exentas de reveses financieros para Meni y Delfín. Las ganancias de Delfín en la prensa, más las contribuciones de Felipe, apenas alcanzaban para cubrir sus crecientes necesidades. Delfín estaba en peligro de dejar la escuela porque ya no podía pagar los costos de su educación. Lo que complicó la situación para Delfín fue que su membresía en todo tipo de consejos y organizaciones lo obligaba a seguir desembolsando dinero para contribuciones. Delfín se vio obligado a reducir sus gastos y dejó de utilizar el carruaje tirado por caballos y abandonó su vieja costumbre de comprar libros nuevos en su librería favorita.

Meni también tuvo que hacer su parte. Soportó en silencio sus condiciones de pobreza y siguió tranquilizando a Delfín con una sonrisa en su rostro. Pero ninguna simulación pudo ocultarle la verdad desnuda a Delfín, porque podía ver cuánto estaba sufriendo su esposa. Varias veces, Meni se ofreció a empeñar o vender sus preciosas joyas, pero se echaba atrás al ver las lágrimas de arrepentimiento de Delfín corriendo por sus mejillas. Muchas veces, Meni profesó que soportaría cualquier dificultad, pero nunca podría soportar ver llorar a su marido. Una vez incluso discutieron, pero ¿quién tenía la culpa? ¿Quién de ellos tuvo la culpa?

'Delfín, ¿y si impugnamos el último testamento de mi padre?' Meni le sugirió una vez a Delfín, cuando hablaban de las dificultades que estaban enfrentando.

'¿Por qué?' Preguntó Delfín. '¿No puedes soportar más nuestra pobreza y sufrimiento?'

'No, no es eso. ¡Me siento culpable de que estés trabajando tan duro, todo por mi culpa! Con mis frecuentes visitas al médico y todos los medicamentos recetados. ¿Por qué tenemos que soportar tanto dolor y sufrimiento cuando hay una solución a la mano? ¿Aquí estamos, tocando fondo cuando otros se benefician de lo que es legítimamente nuestro?'

¡Nuestro, dices! Lo nuestro es aquello por lo que trabajamos duro para ganar. Que otros disfruten de la riqueza que no ganaron. No tenemos que aceptar nada de eso. Somos mucho más bendecidos y honorables que ellos.

'Sí, efectivamente, pero...'

–Honremos los deseos de tu padre, Meni. Si es cierto que se negó a darte parte de su riqueza, que así sea. Nosotros, los filipinos, nos esforzamos por honrar los deseos de nuestros padres, especialmente los de nuestros queridos padres fallecidos. Ya fuimos en contra de la voluntad de tu padre al casarnos; Obedézcamosle ahora si no quiere daros nada. Puede que tengamos derecho, pero ustedes saben el tipo de persona que soy y cuál es mi postura respecto de estas cosas. Sé una conmigo en el sufrimiento y las dificultades, y encontrarás bendiciones y alegrías que están fuera del alcance de tus hermanos.'

Meni, al escuchar palabras tan tranquilizadoras, se sintió en paz y enterró sus penas en lágrimas silenciosas.

Capítulo 23

GRACIAS A 'MR. FIEND' ¹

Tentay tenía muchos otros admiradores, además de Felipe. Más aún cuando falleció Mang Andoy, y cuando Felipe estuvo fuera más de un mes. En varias ocasiones, impulsados por la lujuria, los pretendientes de Tentay intentaron agredirla sexualmente.

Puede que proviniera de una familia pobre, pero Tentay siempre se presentó pulcra y decentemente. Tenía un rostro atractivo que atraía a pretendientes quisquillosos. No era sorprendente que su belleza de piel aceitunada y su comportamiento amable a menudo provocaran elogios de otras mujeres: '¡Oh, si fuera un hombre, cortejaría a Tentay!'

¹ La traducción al castellano de Fiend es demonio. De ahí que el autor haga algunos juegos de palabras con el nombre y la condición del individuo presentado en este capítulo. [N. d. t.]

o "Si tuviera un hermano menor, haría que se casara con ella". Pero incluso cuando las mujeres profesan su admiración por una bella dama, no les sorprende sospechar que debajo de ese barniz de virtudes terrenales se esconden secretos sucios.

¡Ciertamente, 'Mr. Fiend' era uno de los hombres que deseaba a Tentay!

'Mr. Fiend' era el tipo de persona que nadie podía decir si estaba casado, soltero o viudo. A pesar de sus esfuerzos por desenterrar la verdad sobre él, Tentay y su madre no lograron encontrar ninguna pista sobre su verdadera identidad y origen. Simplemente apareció un día en su pueblo, una mañana de diciembre después de que Felipe acabara de regresar, y se había quedado desde entonces. Se presentó como Juan Karugdog y, fuera o no su verdadero nombre, la gente del pueblo lo llamaba "Mr. Fiend". Desde que conoció a Tentay, se había quedado todo el día y la noche fuera de su cabaña como una criatura diabólica al acecho, como si esperara que saliera su presa. Como un perro de caza, seguiría a Tentay dondequiera que fuera, manteniendo la distancia y nunca estableciendo contacto.

Nadie sabía cuál era su ocupación. Se dijo que una vez lo vieron llevando un arma enfundada debajo de su camisa, lo que generó rumores de que era algún agente secreto. La gente se mantuvo alejada de él y lo rehuía como a una serpiente negra: temida por muchos, amiga por unos

pocos y despreciada por todos. Las especulaciones volaron sobre él debido a su manera reservada y de cómo hablaba con insinuaciones en ocasiones y con brutal franqueza en otras. Actuó como si ejerciera poder y autoridad, fuera una fuerza a tener en cuenta y, por tanto, un hombre a quien todos deberían respetar y amar. Los vecinos de Tentay le habían advertido que nunca dejara entrar a Juan Karugdog a su casa.

Sin embargo, Juan Karugdog siguió visitando a Tentay y la perseguía en las calles. No parecía saber cómo cortejar adecuadamente a una dama y seguía apareciendo en su puerta a horas intempestivas y alardeando incansablemente ante Tentay de que era un hombre temible que siempre era brutal con quienes le hacían daño.

¿Qué iba a hacer Tentay con él? Todas eran mujeres en la casa y se sentían completamente impotentes para lidiar con su arrogancia y defenderse de sus amenazas. Por miedo a ser violada por Mr. Fiend, Tentay comenzó a llevar una navaja en su bolso cuando salía, en caso de que necesitara defenderse de sus insinuaciones. Ella lo entretenía cortésmente en casa, pero cada vez que él se comportaba de manera amenazante, ella se iba y se encerraba en su habitación, o salía y fingía hacerse cargo de las tareas del hogar.

Juan Karugdog, en efecto, era un hombre muy engreído. Dejaba que las monedas en su bolsillo tintinearan como para

volverse absolutamente irresistible para las personas que no tenían dinero. Aling Tere, que conocía al hombre desde hacía apenas un mes, ya estaba harta del señor Fiend, pero era una anciana poco apropiada para echarlo de su casa. Le dijo a Karugdog que Tentay ya estaba dispuesta a casarse con un hombre que estaba fuera de la ciudad y que pronto regresaría de provincias. La revelación envalentonó aún más a Karugdog, quien declaró que estaba dispuesto a morir y matar a cualquier hombre que frustrase sus planes. Las mujeres se arrepintieron instantáneamente de haberle dicho a Karugdog que Tentay ya tenía novio.

* * *

Fue justo antes de que Felipe regresara que Mr Fiend cometió un grave acto de transgresión contra Tentay. Llegó a la casa de Tentay una tarde, justo cuando el sol estaba a punto de ponerse. Esa noche, Tentay no lo invitó a cenar. Ya era tarde, pero Karugdog actuó como si no tuviera planes de irse. Ya eran las diez de la noche pero todavía estaba en casa de Tentay. Tentay salió de la casa mientras Aling Tere estaba acostando a los niños, y Karugdog la siguió. Dio vueltas alrededor de Tentay, murmurando palabras que ella no podía entender.

'¿Qué es eso que estás diciendo?' –soltó Tentay.

'¡Tranquila!' El señor Fiend la hizo callar y presionó la palma de su mano contra su boca.

Tentay se sintió abrumada por la conmoción y la rabia ante el audaz movimiento del hombre. No podía gritarle a su madre pidiendo ayuda, pero no era necesario, ya que Aling Tere, que la había oído llorar, ya estaba en la puerta, asomándose para investigar qué estaba pasando. La anciana pudo ver a Karugdog inclinado sobre su hija como si le susurrara algo. Aling Tere no emitió ningún sonido. Se armó de valor y se preparó para pedir ayuda a los vecinos. Karugdog todavía murmuraba palabras que Tentay apenas podía entender.

'¿Por qué te sentirías agraviado?', pronunció Tentay cuando entendió lo que el hombre estaba tratando de decir.

'Ya tienes un novio. ¿Qué hay de mí? ¿Por qué no me lo dijiste el día que vine a visitarte por primera vez? ¿Por qué me engañaste?

Tentay se dijo a sí misma: '¡Qué descaro tienes! ¿Por qué debería decirte que tengo novio?

'¡Para no tener que enamorarme de ti!'

'¡Oh, qué fácil te resulta enamorarte! Sólo te conozco desde hace unas semanas, ¿y esperas que te cuente mis secretos?

'¡Guardaste secretos porque querías engañarme!'

Tentay lo interrumpió, temblando de ira. '¡Señor Juan, no vaya a acusarme de maldad en mi propia casa! ¿Qué motivos tengo para engañaros? Cuida tus palabras. ¡No estás hablando con una ignorante!

Tentay pensó que este hombre se ahogaría con su propia sangre si ella fuera una mujer violenta. Se dio cuenta de que no tenía su navaja con ella, por lo que hizo un gesto para volver a entrar a la casa, pero el Sr. Fiend se interpuso en su camino.

'¡No te atrevas a irte si deseas resolver este asunto amistosamente!'

Tentay se quedó paralizada de miedo ante las palabras amenazadoras del hombre.

'Sabes con certeza que no dudaría en matar o que me maten, así que no me humilles. Yo te pregunto, ¿es verdad que ya tienes novio?'

Después de un momento de silencio, Tentay lo admitió. '¿Por qué iba a negar la verdad?'

'¿Quién es él?'

'No está aquí.'

'¿Dónde está?'

'¿Por qué quieres saberlo?'

"Quiero saber si es un hombre digno".

'Es un hombre valiente. Pero él no está aquí. Está en algún lugar del este.

¡No podrá volver a poner un pie aquí nunca más!

Tentay pensó que Karugdog se había vuelto loco.

'¡Juro hacer todo lo posible para conocer a ese hombre!'

'¡Te lo presentaré yo misma cuando esté aquí!'

'¡No te burles de mí!'

'No deseo burlarme de ti, pero...'

'¿Qué más tienes que decir?' Karugdog volvió a presionar con fuerza la palma de su mano sobre su boca.

Tentay se resistió y apartó la mano de su boca. Ardiendo de rabia, le gritó al Sr. Fiend:

'¡Váyase ahora, señor Juan, si no quiere que le hagan daño!'

'¿Eso es todo lo que necesitas para enojarte?'

'¡Salga ahora!' –ordenó Tentay.

'¡Bien, me voy! Pero no sin una muestra tuya...

'¿Qué símbolo?'

'Un beso... '

Karugdog se acercó para plantar un beso con sus labios sucios en la prístina mejilla derecha de Tentay, pero Tentay respondió con un fuerte golpe y gritó pidiendo ayuda a su madre, quien entró corriendo, maldiciendo al vil Karugdog. Mr Fiend tomó su arma, las mujeres chillaron y, en unos momentos, los vecinos, despertados por la conmoción, acudieron en su rescate. Para entonces, el cobarde Mr. Fiend ya había huido de la escena. Antes de huir, dejó una severa advertencia: "¡Un día, todos moriréis en mis propias manos!".

Después de ese incidente, Mr. Fiend no dejó en paz a Tentay. Nunca regresó a su casa, pero permaneció alrededor de ella como un murciélago en la oscuridad de la noche. Tentay y su madre estaban tan aterrorizadas que Aling Tere ya no permitió que Víctor y Lucio salieran de la casa. Encontraron consuelo en sus amables vecinos que se habían ofrecido como voluntarios para ahuyentar a los intrusos.

En las cercanías de Timbugan comenzaron a circular rumores de que una criatura diabólica había estado aterrorizando a San Lázaro. Algunos dijeron que se trataba de un forastero estadounidense que trabajaba en la fábrica

local. Los rumores infundieron miedo en los corazones de los lugareños, especialmente en las mujeres embarazadas y los niños pequeños. Otros creían que era una criatura parecida a un perro con una cola corta, excepto que la cola era en realidad un revólver. Algunos pensaron que era un jabalí que gruñó al sentir gente cerca y desapareció en la oscuridad.

Incluso en San Lázaro, donde se sabía que los rumores surgían del incidente con el pretendiente al que Tentay había despreciado. Empezó a correr la voz de que, efectivamente, un demonio deambulaba por la noche. Pero sabían que la criatura de la noche era el señor Fiend, no un forastero estadounidense.

La historia del demonio de la noche llegó incluso a los pueblos de Mayhaligi y Oroquieta. La gente del pueblo creía que se podía oír a alguien caminando encadenado fuera de su casa por la noche, pero en realidad nadie vio quién o qué era. Especularon que se trataba de un convicto fugitivo, de ahí el sonido de bolas y cadenas arrastradas. Semejante rumor asustó a los lugareños, pues creían que se trataba de un peligroso criminal condenado a cadena perpetua por asesinato, un monstruo que masacraría a quien se topase con él por la noche, le drenaría la sangre, le devoraría el corazón y se daría un festín con los órganos de su víctima. Este demonio irrumpía en las casas de la gente en busca de arroz cocido para su festín caníbal, invadía cocinas, volcaba vasijas de barro y causaba estragos cuando su búsqueda no arrojaba nada. Las víctimas serían afortunadas si se les

perdonara la vida en este caso. Nadie podía decir con certeza dónde se escondía durante el día este preso fugitivo. Algunos decían que debía estar buscando refugio en las tumbas de La Loma; otros dirían que salió de los bosques de Diliman y Masambong, mientras que hubo quienes dijeron que regresó a las prisiones de Bilibid antes del amanecer.

Todos estos rumores y cuentos llegaron hasta Juan Karugdog, quien se sintió ligeramente divertido con todo ello. Temiendo que su vida pudiera correr peligro, decidió alejarse de San Lázaro durante una semana. Envió un mensaje a Tentay diciéndole que ya no estaba en Manila y que se había ido a una provincia lejana con una nueva misión. La desaparición de Karugdog tranquilizó a los vecinos. Entonces, justo cuando la vigilancia del vecindario había cesado, el Sr. Fiend se paró en la puerta de Tentay, un sábado por la tarde, pidiendo cortés y dócilmente que lo dejaran entrar. Llegó trayendo regalos de bocadillos y comida para los niños pequeños, y pidió perdón por su actos de transgresión. Imploró que si Aling Tere no lo aceptaba como pretendiente de Tentay, entonces le gustaría ser aceptado al menos como uno de sus propios hijos y hermano menor de Tentay.

Por supuesto, Tentay y Aling Tere no podían dejarse engañar por payasadas tan tontas. No obstante, Aling Tere fingió aceptación y murmuró: "Por supuesto, si estás realmente arrepentido y eres sincero acerca de formar parte de nuestra familia".

Juan estaba tan eufórico que, con su antigua y arrogante manera, entró. Estaba tan incitado por la misericordia de Aling Tere que se sintió animado a preguntar si podía quedarse a pasar la noche, ya que estaba cansado del viaje.

"Me temo que eso no puede ser", dijo cortésmente Aling Tere. "La gente hablaría si descubrieran que pasaste la noche aquí".

"Entonces me iré antes del amanecer".

'Aun así, no puedo permitir que eso suceda. Será muy inapropiado.

'Pero no causaré ningún problema...'

'Sea como sea, nuestros vecinos te odian muchísimo. Podrían atacarte si alguna vez descubrieran que estás aquí.

'No tengo miedo.'

'¡Ah! ¡Pero ya te había dicho que no puedo dejar que te quedes!'

Al oír esto, el señor Fiend ya no objetó. Tentay, que estaba escuchando a escondidas desde el interior de su habitación, se estaba impacientando porque su madre aún no había despedido al loco. Karugdog finalmente se fue, sintiéndose contento de haber sido bien recibido por la anciana, pero también decepcionado por no poder quedarse a dormir.

Simplemente caminó hacia la puerta murmurando para sí mismo. En la calle oscura, inspeccionó la casa para estimar la altura de las ventanas. Se dijo a sí mismo: 'Espera, Tentay... ¡esta noche a medianoche!'

Karugdog paseaba por la calle de Cervantes, deteniéndose de vez en cuando para mirar hacia atrás, al lugar de donde acababa de llegar. Al acercarse a la Ópera, vio a un hombre corpulento parado en medio de la calle. Era un agente de policía estadounidense, lo que le puso nervioso y le impulsó a tomar un desvío, como un ladrón cobarde que huye de una persecución. Pasó junto al oficial sin problemas, aunque el estadounidense miró largamente en su dirección al darse cuenta de que se había desviado de la carretera principal. Las farolas brillaban en la calle y, como eran apenas las diez de la noche, todavía había mucha gente en la calle.

Mr Fiend simplemente continuó caminando hasta llegar al Teatro Libertad. Allí todavía se estaba realizando un espectáculo en vivo, así como en el Teatro Zorrilla, pero no entró a verlo porque ya era tarde. Se quedó afuera, mirando los carteles pegados cerca de las puertas del teatro. Podía leer, aunque con dificultad, ya que entrecerraba los ojos y se acercaba para descifrar lo que leía. Casi se sintió tentado a comprar una entrada general al escuchar los sonidos de los cantos, la banda en vivo tocando y el público riendo dentro de los teatros.

Pero decidió no hacerlo y en lugar de eso fue donde un extraño y le preguntó qué hora era. "Ya falta poco", murmuró para sí mismo. Fue a ver a las mujeres que vendían nueces y huevos duros, compró cacahuètes que se metió en los bolsillos del traje y del pantalón. '¡Ojalá hubiera traído mi reloj de pulsera!' se dijo a sí mismo. De vez en cuando iba y preguntaba a los transeúntes qué hora era. No quería arriesgarse a llevar más su reloj, ya que era raro y caro. '¿Debería esperar hasta que terminen los shows en vivo? O tal vez no. Es mejor que a esta hora la gente todavía esté en las calles. Nadie sospecharía de que no estoy tramando nada bueno. Decidió no esperar más y emprendió la caminata de regreso a San Lázaro.

La puerta de la casa no estaba debidamente asegurada; todo lo que tenía que hacer era insertar un dedo, desatar el nudo y empujar muy ligeramente la puerta para entrar al patio. Karugdog conocía muy bien el local.

A través de las rendijas de las ventanas y los agujeros de las paredes de la casa, podía ver el débil brillo de la lámpara de gas. Los ocupantes normalmente apagaban la luz por la noche antes de acostarse, pero desde el incidente con Tentay, tenían la lámpara de gas encendida toda la noche.

"Bueno, me arriesgaré", pensó para sí mismo mientras intentaba descubrir su próximo movimiento. 'Subiré por esta ventana cerca de la linterna. Apagaré la luz, o si no lo

hago, tendré que hacerlo con la luz encendida. Le dispararé a quien haga ruido o se resista.

Buscó su arma metida en la parte trasera de sus pantalones y también llevaba una daga con la que silenciar a sus víctimas, si fuera necesario.

Tomó la escalera corta que había cerca y la colocó justo debajo de la ventana. Silenciosa y lentamente, subió sin hacer el menor ruido, levantó ligeramente el panel de la ventana y miró hacia adentro. Tentay no estaba en la sala de estar y pensó que podría estar durmiendo en su habitación. Vio a Julián y Lucio durmiendo al lado de Aling Tere y pensó que Víctor debía estar con Tentay.

En la tenue luz del interior de la pequeña casa, podía ver los pies de Tentay y la cabeza de Víctor mientras dormían en su habitación.

Se preguntó cómo podría cortar el alambre que aseguraba las ventanas. La daga no serviría de nada. Si entrara por la otra ventana, no tendría forma de apagar la lámpara de gas.

¡Tal vez tenga que entrar por la otra ventana!

Y eso fue lo que hizo: movió la escalera y subió a la otra ventana, que también estaba atada con un alambre, pero aún más fuerte. Esta familia, en ausencia de un hombre adulto, no tenía nada más que un cable para protegerse.

Pero no había manera de que pudiera entrar. Tampoco era una buena idea entrar por la puerta principal y pasar a la sala de estar. ¡Parecía que los planes de Karugdog se frustrarían!

'¿Qué pasa si me escabullo a través de las tablillas de bambú desde debajo de la casa?' Se preguntó el señor Fiend.

La parte inferior de la casa estaba a sólo unos metros del suelo. Podría hacer una abertura en el suelo de la habitación lo suficientemente grande como para que pasaran su cabeza y su cuerpo.

Concluyó que ésta era la mejor decisión.

'¡Si eso es! ¡Desde debajo del suelo! Karugdog ahora estaba lleno de emoción.

La oscuridad de la noche le sirvió de cómplice. Dio la casualidad de que la casa estaba situada en el interior del barrio, a buena distancia de la calle principal del pueblo, lejos del alcance de las farolas. Seguramente podría llevar a cabo sus planes sin problemas, excepto si los ocupantes dormidos fueran despertados.

Como un ladrón inteligente y hábil, primero despejó el camino para escapar quitando los obstáculos alrededor de la casa. Se imaginó que Tentay podría rendirse por miedo o luchar por pura rabia. En cualquier caso, Aling Tere seguramente se despertaría y gritaría pidiendo ayuda. Y era muy probable que los vecinos que habían vigilado la casa

acudieran en un instante a rescatarla. E incluso si pudiera hacer una abertura desde abajo, otra cosa sería escapar de sus atacantes a través del mismo agujero. Imaginó todos estos escenarios en su cabeza y pensó que necesitaría limpiar la ventana para escapar limpiamente.

Así que se arrastró debajo de la casa, sin importarle golpearse la cabeza dos veces mientras avanzaba hacia su presa. Se detuvo donde dormía Tentay y comenzó a cortar los listones de madera. Después de dismantelar dieciséis piezas delgadas, intentó entrar, pero la abertura que hizo todavía estaba demasiado apretada. Se necesitaron veinte piezas delgadas y algunas tablas del suelo antes de que su gran cuerpo pudiera caber por el agujero del suelo. Estaba decidido a que sus planes se hicieran realidad.

Metió la cabeza por el agujero y examinó la habitación. Se quedó helado de miedo al ver la tenue luz que iluminaba la casa. Miró a Tentay dormida, luego giró sus ojos hacia la ventana cerrada, tragando saliva nerviosamente como un preso mirando frenéticamente su entorno en busca de una salida.

Mientras se arrodillaba debajo, empujó los hombros hacia adentro, movió el brazo derecho y luego el izquierdo. Comenzó a levantarse para pasar por el agujero. El suelo hizo un crujido cuando sus manos presionaron contra las tablas, lo que no pudo despertar a Aling Tere, que apretaba los dientes, ni a los niños pequeños que dormían como troncos.

Se quedó en la habitación y se preguntó si primero debería aflojar el cable que aseguraba la ventana.

'¡Ah, no es necesario! No quiero moverme ahora que Tentay ya está a mi alcance.'

Caminó sobre Víctor, casi pisando el pie de Tentay. Sus manos y miembros temblaron tan terriblemente que dejó caer la daga, que aterrizó con un ruido sordo en el suelo. Tentay se despertó por el ruido y vio a Karugdog abalanzarse sobre ella.

'¿¡Quién eres!?'

Juan sintió como si le hubieran disparado en el pecho. Se olvidó de la daga que se le había caído y rápidamente retrocedió.

'¡Madre! ¡Intruso! ¡Intruso en la casa!'

Karugdog estaba regresando corriendo al agujero cuando vio que Aling Tere todavía dormía y se detuvo. Tentay, recuperándose del shock y el pánico iniciales, gritó de nuevo.

'¿¡Quién eres!?! ¡Madre! ¡Intruso en la casa!'

Pero Karugdog estaba nuevamente encima de ella, sofocando sus gritos con la palma presionada con fuerza contra sus labios.

'¡Tranquilizarse!'

Karugdog agarró la daga que había dejado caer y sujetó a la mujer con su rodilla.

"Estás muerta si haces algún sonido".

Agarró la mano de Tentay y la presionó contra la punta afilada y puntiaguda de la daga que apuntaba a su pecho. Tentay jadeó cuando sintió el cuchillo. 'Silencio... ¡te mataré!'

Fue entonces cuando Aling Tere empezó a despertar, pero todavía estaba demasiado atontada para entender lo que estaba pasando. Tentay luchó contra el hombre que la inmovilizaba, y cuando Karugdog aflojó su agarre, pateó a Víctor dormido, quien rodó y casi cae al agujero. Víctor gritó de dolor y Aling Tere se despertó sobresaltada. Se dio cuenta de la conmoción que había dentro de la habitación de Tentay.

Aling Tere se levantó de un salto y corrió a ver a su hija, que luchaba desesperadamente contra el hombre que tenía encima. Karugdog fue tomado por sorpresa y liberó a Tentay. La anciana, sin molestarse en averiguar quién era el hombre, empezó a gritar a los vecinos pidiendo ayuda. Juan se levantó y se acercó para estrangular a la anciana y amenazarla con el puñal que tenía en la mano. Aling Tere, aterrorizada, simplemente se dejó caer al suelo. Pero sus

gritos ya habían llegado a los vecinos, que estaban atentos a cualquier señal de problema en su casa.

¡Hagan un sonido más y estarán todos muertos! Vuelve a dormir, vieja. Juan señaló hacia la estera de paja donde antes dormía Aling Tere.

Karugdog estaba parado en la puerta, impidiendo efectivamente que Aling Tere corriera en ayuda de su hija. Cuando se volvió hacia Tentay, Aling Tere se puso de pie y Victor comenzó a gritar '¡El Señor Fiend! ¡Él está aquí! ¡Está intentando matarnos!

Karugdog dirigió su atención a Víctor y le dio una patada tan fuerte que el niño se estrelló contra la pila de listones de madera. Las mujeres gritaron. Los vecinos ya estaban golpeando la puerta, gritando que los dejaran entrar. Aling Tere corrió a abrir la puerta, pero tropezó mientras intentaba desatar los nudos. Karugdog, presa del pánico, se arrojó contra la ventana cerrada y salió por la pequeña abertura.

Pero afuera ya había tres vecinos. Uno de ellos, que había oído el sonido de un cuerpo estrellándose contra el suelo, vio al Sr. Fiend mientras corría hacia la puerta. El cuarto vecino, que acababa de llegar, golpeó a Karugdog en las nalgas con una gruesa vara de bambú, pero el demonio se escapó y desapareció entre los espesos arbustos.

¡El demonio de la noche había vuelto a la ciudad!

Después de eso, el señor Fiend pasó una buena semana cuidando sus nalgas magulladas. Una mejilla de sus nalgas estaba hinchada y caminar le resultaba demasiado doloroso. Uno pensaría que sus heridas le habrían dado una lección. Pero, por el contrario, Karugdog estaba, más que nunca, empeñado en vengarse no sólo de la familia de Tentay, sino también de todo el pueblo. Prometió quemar la aldea en una noche silenciosa y, en medio de todo ese caos, se ocuparía de Tentay por última vez. 'Ya me importa un comino. Inocentes o no, morirán en el fuego.

Felipe llegó esa misma semana.

Cuando Felipe y Delfín vinieron a visitar a Tentay, nadie se atrevió a contarles sobre el incidente de principios de esa semana. Pero después de más de una semana de visitas nocturnas, Felipe comenzó a notar que algo peculiar sucedía en la casa. Observó que un hombre extraño siempre lo seguía cada vez que salía de la casa. Cada vez que llegaba a la carretera principal, ese hombre giraba a la derecha y se dirigía en dirección al cementerio. Después de unas dos semanas, Felipe le contó a Tentay sobre estos avistamientos nocturnos. Tentay y Aling Tere simplemente intercambiaron miradas de complicidad. ¡El Señor Fiend! Felipe, al ver a las dos mujeres mirándose misteriosamente, empezó a sospechar.

'¿Qué está sucediendo? ¿Quién es ese hombre?'

Aling Tere rápidamente recuperó la compostura.

'Oh, no lo sé. Podría ser uno de nuestros vecinos que vive atrás. Ya sabes, la gente que sale del pueblo siempre pasa por aquí. Es más rápido que atravesar la plaza principal.

Felipe no insistió. Pero desde entonces, estuvo más atento cada vez que salía de casa. Estaría atento a cualquier extraño que lo siguiera antes de regresar directamente a casa.

Había noches en las que no notaba nada, pero en otras ocasiones veía la silueta de un hombre escabulléndose mientras miraba hacia atrás. Luego, una noche, cuando decidió espiar la zona, vio una figura oscura dando vueltas frente a la casa poco después de haberse ido.

'¿Qué estás haciendo aquí?' Preguntó Felipe con voz autoritaria.

El extraño hombre fue tomado por sorpresa. No reconoció a Felipe y no se dio cuenta de que el otro hombre todavía estaba en la zona. Estaba abrumado por el miedo y la conmoción.

'¡Oh, debo estar en la dirección equivocada! Estaba buscando a mi amigo que vive en esta zona, pero no recuerdo dónde está su casa.

'¿Un hombre? No hay ningún hombre viviendo en esa casa.

'Oh. Gracias por hacérmelo saber.'

Y sin decir más palabra, Karugdog le dio la espalda y siguió su camino.

Felipe se quedó un rato fuera de la puerta. Dudó en volver a entrar a la casa para decirle a Tentay que había un hombre extraño acechando afuera. Tenía un mal presentimiento acerca de este extraño hombre, muy probablemente una persona que alguna vez fue un invitado frecuente de Tentay, ahora sorprendido por su presencia en la escena. Comenzó a preguntarse si ese extraño se colaba todas las noches, sin que Tentay lo supiera. Recordó que cuando les contó a las mujeres que el extraño hombre lo seguía, Aling Tere había luchado por encontrar una excusa. Felipe empezó a preguntarse si Tentay le estaba siendo infiel y si Aling Tere lo sabía. Felipe nunca fue del tipo celoso, pero esta vez sintió la ira filtrándose y recorriendo su cuerpo.

Felipe estaba tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta de que Karugdog seguía allí.

'Perdóneme, ¿pero creo que no entendí su nombre?'

Felipe respondió: 'Bueno, soy un amigo íntimo de la familia que vive aquí'.

'¿Es eso así? ¿Debes ser ese hombre del Este, el prometido de la joven que vive aquí?'

Felipe se quedó estupefacto. ¿Cómo podría este hombre estar haciendo estas preguntas?

'Sí. De hecho lo soy.'

'¡Oh, entonces tú eres el hombre!'

'¿Por qué tienes tanta curiosidad y quién te habló de mí?'

'Oh, nadie. Vale adios.'

Juan Karugdog, de manera aparentemente burlona, simplemente se dio la vuelta y se alejó, dejando a Felipe hirviendo de ira. Felipe miró amenazadoramente a Karugdog de pies a cabeza.

Felipe pensó para sí mismo: '¿Tentay le habló de mí? ¡Eso significa que Tentay debe ser muy cercana a este hombre!'

Felipe resistió la tentación de correr tras Karugdog y decidió que se ocuparía de este hombre en otra ocasión. Observó cómo Karugdog desaparecía por la esquina y luego comenzó a caminar a casa. En el camino, Felipe seguía pensando en el misterio de este extraño hombre, un intruso no deseado en su santuario de esperanza y confianza.

* * *

Felipe no habló con Delfín ni con Gudyo sobre lo que le preocupaba. Simplemente dejó de ver a Tentay durante varias noches, pero de todos modos fue allí para saber si Karugdog regresaba. Por un lado, quería atrapar a Tentay en el acto, pensando que podría haber estado saliendo con otro hombre. Pero rezó para que ese no fuera el caso.

Pero Karugdog no regresó. Habían pasado cuatro noches y todavía no había señal alguna de él. Felipe se cansó de esperar a que Karugdog volviera a aparecer. Y así, antes de que terminara la semana, Felipe reanudó sus visitas nocturnas a Tentay. Pero entonces, tan pronto como reanudó sus rituales de cortejo, comenzaron a experimentar una extraña perturbación en la casa: piedras que salían de la nada y azotaban el techo y las paredes de la casa. Felipe pensó que era el momento adecuado para preguntarles a las mujeres quién era ese hombre extraño, por qué tiraba piedras a la casa, por qué acechaba afuera en las noches y cómo ése extraño sabía quién era.

Felipe preguntó a las mujeres y esta vez le contaron todo lo sucedido, hasta el más mínimo detalle. Aling Tere le rogó a Felipe que no corriera tras Karugdog y le pidió que se mantuviera fuera de peligro.

Felipe y Juan se reencontraron en la casa. Karugdog apareció, una vez más, para pedir perdón y solicitar una audiencia con Felipe, con la seguridad de que sólo pretendía hacerse amigo de Felipe. Las mujeres pensaron que éste era

el momento más oportuno para presentarle a Juan a Felipe. Aling Tere se paró con Juan para hacer pasar a Felipe, que acababa de llegar a la casa. Los hombres fueron presentados formalmente y se sentaron para tener una conversación de hombre a hombre. Nadie sospechaba que a partir de ahí las cosas irían cuesta abajo.

Desde el principio, Felipe ya se dio cuenta de que Juan era un hombre extraño, pero aun así hizo el esfuerzo de ser educado y diplomático. Pero no era fácil tratar con una persona carente de facultades mentales. Después de tres horas, Felipe se cansó de escuchar la basura que salía de la boca de Karugdog.

La tensión aumentó cuando Karugdog declaró audazmente: "Ahora que nos hemos convertido en buenos amigos, espero que no te importe si sigo cortejando a Tentay". No hay necesidad de animosidad entre nosotros si ambos podemos cortejar a Tentay. Tienes tres días a la semana, y yo también tres días para cortejarla. Que gane el mejor.'

Felipe no sabía si divertirse o enfurecerse por la audacia de Juan.

'¿Te has vuelto loco? Sabes que Tentay y yo ya estamos comprometidos para casarnos, ¿verdad?'

'Oh, no estés tan seguro. Tentay aún podría cambiar de opinión acerca de ti y eventualmente podría enamorarse de mí.

'Lo que sea. No tenemos nada más de qué hablar. Es tarde y no he cenado.

'Yo tampoco.'

'Uh, pero ya estoy cansado y con sueño'.

"No seas tan grosero".

Felipe quedó desconcertado. ¡Este loco incluso tenía el descaro de llamarlo grosero! Pero Felipe simplemente controló sus emociones. Sabía que la mejor manera de afrontarlo cuando se hablaba con un idiota era "dentro por un oído y fuera por el otro".

'De alguna manera... tengo la sensación... de que quieres dominar a todos en esta casa.'

Felipe no respondió.

'Oh, ¿entonces crees que eres mucho mejor que yo?'

Felipe se levantó, fue hacia Aling Tere y le pidió a la anciana que rechazara a Karugdog, ya que su paciencia ya se estaba acabando. Las dos mujeres, que pensaban que todo iba bien entre los dos hombres, se levantaron de un salto y se

apresuraron a descubrir qué estaba pasando. El señor Fiend les contó a las mujeres lo que pasaba entre él y Felipe. Aling Tere, sintiendo que algo había salido mal entre los dos, le suplicó a Karugdog que simplemente se fuera.

'¿Por qué sólo yo? ¿Por qué no le pides que se vaya también? ¿Ya es tu yerno y no puedes rechazarlo?

Aling Tere estaba furiosa.

'¿Por qué te dolería que te pidiera que te fueras? ¡Tú, más que nadie, no tienes derecho a estar aquí!'

'¡No, no me voy! ¡Lucharé y moriré, si es necesario!'

Felipe no pudo aguantar más a Karugdog y agarró un trozo de leña grueso que vio en la cocina. Se abalanzó sobre Karugdog para darle una paliza, pero las mujeres lo empujaron hacia atrás. Karugdog entonces sacó su daga y Aling Tere gritó de terror. Como en una obra de teatro tradicional, el revuelo atrajo a los vecinos que entraron a la casa, y Juan, al darse cuenta de que su vida corría grave peligro, se encogió de miedo. Y cuando los vecinos empezaron a darle puñetazos, patadas y golpes, se arrodilló y les rogó que pararan, bajo el solemne juramento de que se iría y no volvería nunca. Las palizas cesaron. A Karugdog le pidieron que entregara su arma, y cuando Felipe la buscó, todo lo que encontró fue una funda vacía.

Karugdog presentó una visión bastante ridícula mientras caminaba hacia la puerta como un perro con el rabo entre las piernas. Los vecinos que hace un rato estaban furiosos se echaron a reír.

Aling Tere hizo que Felipe se quedara a pasar la noche.

'No vuelvas más a casa. Puedes vivir con nosotros aquí. Necesitamos un hombre en esta casa. Mis hijos pequeños apenas son hombres. No confíes en la palabra de ese hombre de que nunca volverá. Si te quedas a vivir aquí, ese hombre definitivamente lo pensará dos veces antes de volver a aparecer aquí.

Y de ahí en adelante Felipe volvió a su casa en Tentay. ¡Oh, qué dulce era que el deseo de su corazón se hubiera hecho realidad! ¡De alguna manera, Felipe se sentía en deuda con el idiota, el Sr. Fiend!

Capítulo 24

LA VIRGEN Y EL NIÑO

Se decía que no había dolor más insoportable que el de una madre que estaba de parto. Meni, que siempre fue gentil y mansa, se volvió completamente loca y gritaba delirantemente durante el alumbramiento. Sin embargo, el parto se desarrolló sin complicaciones.

Era un niño, fruto de una tumultuosa historia de amor, y trajo felicidad a la joven pareja. La alegría y la dicha que sintieron eran algo que nunca antes habían experimentado.

Meni era un espectáculo curioso de contemplar. Por la mañana se levantaba y se olvidaba de peinarse. Con los ojos aún cerrados, se levantaba al escuchar los llantos de su hijo. Le cantaba canciones de cuna al bebé que tenía en brazos, plantándole dulces y tiernos besos en los labios, la frente, las

mejillas, los párpados, el cabello, las palmas y por todas partes, como si estuviera enterrando su rostro en sábanas de satén. Llevaría al niño a Delfín acostado en la cama, lo pondría sobre el pecho de Delfín o lo arroparía a su lado. Y Delfín abría los ojos para ver a la madre y al niño a su lado, y se sentía como en el sueño más maravilloso.

'¡Tu hijo se despierta temprano, a diferencia de ti!' Meni bromeó con Delfín. ¡Míralo, ya se está riendo! ¡Retozando cada vez que se le habla!

Los dos colmaron al bebé de tiernos besos.

'¡Vamos, haz que tu padre holgazán se levante ahora!'

'¡Oh, mi dulce, dulce niño!' Exclamó Delfín mientras presionaba sus labios en la frente del niño.

'¿Por qué siempre haces eso en la frente del niño?'
-Preguntó Meni.

¡Parece tener una buena cabeza sobre sus hombros!
¡Ciertamente haré que adquiera grandes conocimientos!'

'¿Qué gran conocimiento?'

'El conocimiento para poder enseñar a los ignorantes, ayudar a los débiles y defender a los oprimidos.'

'Para enseñar, para defender... entonces, ¿quieres que sea profesor o abogado?' preguntó la madre.

'No sé qué tipo de título universitario es ese. No creo que lo tengamos aquí en el país todavía. Pero parece que ahora hay un comienzo aquí.'

'¿Entonces, que es? ¿No es el mismo conocimiento que tú tienes?'

'Oh, si fuera lo mismo, preferiría que no hubiera nacido en este mundo. No tendría por qué morir.'

'¿Qué? Mi hijo... ¿morir?'

Meni rápidamente levantó a su hijo. '¡Todas las almas vivientes de este mundo lo harán, pero mi muchacho no!' le murmuró al niño, quien miró hacia arriba como si entendiera cada palabra que decía la madre. Colmó de más besos al niño. Y cuando Delfín se acercó a besar al bebé, Meni alejó al niño.

'¡Quieres besarlo, aunque querrías que muriera!'

Delfín se rió entre dientes y en su lugar besó la mejilla de la madre. '¡No seas tonta! Estás poniendo palabras en mi boca. Él también es mi hijo.'

'¿No es ese el caso ahora?'

'Oh, míralo. ¡Es un mini-yo! ¡Un pequeño Delfín!'

'¡Pequeño Delfín! ¡Pequeño Delfín!' Dijo Meni mientras hacía cosquillas en la barbilla y las mejillas del bebé. –¿Qué conocimientos te gustaría que aprendiera?

–Todavía no lo sé. Dije lo que dije antes sólo porque no deseo que él sufra el mismo destino que nosotros. Si tuviera que luchar y sufrir, sería porque defendió la vida y los derechos de los oprimidos.'

–¿Qué debería enseñarle entonces? –Preguntó Meni.

'Enséñale a ser puro de corazón y yo le enseñaré a tener una gran mente. Juntos, lo criaremos para que sea un hombre honorable y de buen corazón, un individuo completo y tal vez un héroe para la humanidad.

Mientras los dos debatían sobre el futuro de su hijo, la incansable madre de Delfín ya estaba levantada y preparando el desayuno.

Delfín iba a trabajar tarde, sólo después de haber completado su ritual matutino de cuidados postnatales para la madre y jugar con su hijo pequeño, a quien parecía no poder dejar atrás. Cada vez que se alejaba, el niño tiraba de su camisa y una vez más se desmayaba ante el niño. En contra de los deseos de su suegra, Meni llevaba al bebé afuera para despedir a Delfín mientras este se iba a trabajar.

–Ya está, tu padre se va a trabajar. ¡Dile que te traiga pasteles de arroz a casa! Anda, dile... pa–da... *pa–pi.*'

'¡Oye! ¿Qué tonterías le estás diciendo al bebé? Comentaban a menudo los vecinos que veían a la madre y al niño en la puerta.

Mientras Delfín estaba fuera, Meni se mantenía ocupada cuidando a su bebé. Un ligero gemido y ella le cantaba tres o cinco canciones de cuna para consolarlo. Debió cantar todas las canciones que conocía, ya que cantaba cada vez para silenciar los llantos del bebé. Sólo encontraba descanso cuando el bebé estaba dormido. Luego, se dedicaba a coser ropa y pañales, o a remendar la ropa rota de Delfín. Afortunadamente, su propia ropa no necesitaba ningún arreglo, ya que la mayoría todavía estaba como nueva. Las faldas viejas las había convertido en pañales, mantas y sábanas. Las bufandas y blusas suaves las había convertido en prendas pequeñas para el bebé. Estaba muy emocionada por completar las prendas para el bautizo del bebé, que confeccionó con finas telas blancas y sedosas, delicadas baratijas y otros accesorios. Ella fue en contra de la tradición al no aceptar regalos de los padrinos. Una vez juró que "cuando críe a mi propio hijo, no aceptaré esta costumbre de recibir dinero de los padrinos, ya sea para el bautismo o la confirmación, fiesta de Navidad o lo que sea".

Meni también estaba ocupada pensando si servir comida o no, después de la ceremonia bautismal. No podía soportar

la idea de no organizar una fiesta única en la vida para su hijo. Le preocupaba lo que dirían sus vecinos, especialmente porque ella y Delfín habían sido invitadas a ocasiones similares. Sería una pena no invitar a amigos y vecinos, y seguramente sus colegas se burlarían de Delfín si se enteraran del bautizo. No le gustaba la idea de mantenerlo en secreto ante sus amigos más cercanos, quienes seguramente estarían más que felices de enviarle regalos.

Pero no tenían dinero para gastar en la ocasión. Delfín ya estaba tocando el fondo del barril y no quería presionarlo para que le prestaran dinero sólo para el bautismo. De su mísero salario de cuarenta pesos mensuales, sólo le quedaba la mitad después de gastar en sus necesidades diarias, y esta mitad apenas alcanzaba para pagar las deudas contraídas por sus necesidades médicas. No había manera de que pudieran conseguir un presupuesto ni siquiera para un banquete moderado.

Mientras reflexionaba sobre estas inquietudes y preocupaciones, de vez en cuando se detenía en su costura, y miraba fijamente al suelo y luego al techo. Se volvía para mirar a su bebé dormido, llorando o sollozando. Se inclinó para besar al bebé.

'¡Pobre niño mío! ¡Qué desafortunado eres! ¡Crecerás conociendo sólo dificultades!'

Se detuvo para no despertar al niño.

'Tu padre tenía razón. Me duele pensar que sufrirás el mismo destino que el nuestro. ¡También podrías morir a una edad temprana! ¡Pero no puedo soportar pensar en tu muerte prematura!

No pudo resistir el impulso de levantar el mosquitero que cubría el rostro del bebé. Mientras se inclinaba para plantarle un beso, las lágrimas que brotaban de sus ojos cayeron sobre la amplia frente del niño. ¡Oh, esa frente ancha y redonda que ella tomó como un signo de gran inteligencia, nacida en medio de tanto dolor y sufrimiento! Curiosamente, el niño se despertó, se quedó quieto, frunció el ceño y empezó a llorar.

Meni se estremeció al darse cuenta de que el niño sentía su propio dolor.

'¡Qué conciencia y sensibilidad para un niño tan pequeño! ¡Hijo mío, debes sufrir el mismo destino que corren los que nacen en harapos! Ay, cómo me gustaría que hubieras nacido en casa de mi padre, rodeado de los lujos que jamás podré darte.'

Meni sollozó incontrolablemente y abrazó con fuerza a su bebé. Su suegra entró cuando el bebé empezó a llorar.

'¡Oh, deja de llorar! ¡Estás actuando como una loca!

* * *

Meni no podía negar lo que acababa de pasar. La anciana debió haber escuchado todo lo que dijo.

'Desde el día en que nació este niño, supe que no podrías soportar nuestra pobreza. Tendré que hablar con Delfín. Necesita saber cómo te sientes realmente acerca de nuestras condiciones de vida aquí. ¡Puede que no sea tu madre, pero me produce una gran angustia verlos a ustedes dos llorando así! ¡No puedo evitar culparme a mí y a mis hijos por la carga adicional que tienes que soportar!'

La anciana rompió a llorar. Meni se quedó estupefacta; No esperaba escuchar palabras tan tristes de su suegra.

'Madre, ¿por qué dices eso?'

"Me siento muy culpable por no poder contribuir, especialmente ahora que estáis tan necesitados".

–Pero eso no es lo que me entristece, madre. Es el hecho de que mis hermanos no hayan visto a mi hijo.'

'Sí, esa es otra cosa. ¡Sólo porque te casaste con un hombre pobre!

Meni sintió como si le hubieran infligido otra herida en el corazón. No sentía enfado hacia la anciana, ya que sabía que era muy emotiva y delicada. Pero ella también. Deseó no tener que soportar las rabieta de la anciana.

'¡Madre, por favor deje de mencionar viejos problemas que ya quedaron atrás!'

"Pero te oí llorar y decir cómo desearías que tu hijo naciera en la casa de tu padre".

Meni pensó para sí misma: '¡Ah, incluso eso escuchó!'

'Si tan solo no mostraras ningún signo de arrepentimiento por elegir esta vida con nosotros, haría todo lo que pudiera para servirte a ti y a tu esposo. Siento que estoy caminando sobre las nubes, cada vez que te veo feliz y contenta. Y cuando hay algo que necesitas que tu esposo no puede proporcionarte, con gusto haré cualquier cosa, para darte lo que necesites. ¡Y me duele verte trabajando en la casa! ¡Si el padre de Delfín todavía estuviera vivo, el anciano seguramente haría todo lo que estuviera a su alcance para que no tuvieras que derramar una sola lágrima!'

La anciana seguramente supo crear una escena mientras recordaba los días pasados en los que vivía con relativa comodidad antes del fallecimiento de los padres de Delfín. Sus recuerdos fueron interrumpidos cuando el niño, que estaba mamando de los pechos de Meni, comenzó a llorar una vez más.

Meni levantó al niño y lo meció suavemente de un lado a otro, como para consolarlo.

'Mira lo que has hecho. No deberías llorar mientras amamantas a tu bebé.'

Meni simplemente no dijo nada. Ella sostuvo al bebé en sus brazos y continuó amamantándolo, pero el niño luchaba y pataleaba, pareciendo estar haciendo una gran rabieta.

'¿Qué le pasa al bebé? ¡Aquí, dámelo! Tu rabieta se le está contagiando.

Meni le entregó al bebé a regañadientes y, en unos momentos, la anciana lo había calmado. ¡Ah, tal era la magia que poseían los padres viejos y sabios!

'Créeme, hija mía. He dado a luz a muchos niños, por eso sé lo que es bueno y malo para ti y tu bebé. ¡Dejas que tus lágrimas caigan sobre el rostro de tu hijo y seguramente tu hijo crecerá y se convertirá en un debilucho! ¡No es bueno para un niño! Las lágrimas pueden envenenar la leche materna. Claro, hay madres emocionalmente angustiadas que amamantan a sus bebés, ¡pero esas son esposas maltratadas! Pero Delfín es un buen marido, así que no tienes motivos para dejar que este bebé se trague tu miseria.

"Madre, no soy miserable".

'¡Ah, descansa por ahora!'

Meni no resistió más. Ella simplemente se dejó caer en una silla y se sentó allí, meditando. Cuando inclinó la cabeza hacia un lado, la anciana se alarmó.

¿Te duele la cabeza ahora? Te lo dije, eso es lo que va a pasar...'

"No, madre, mi cabeza está bien".

'¿En realidad? No lo niegues. Debes haberte esforzado demasiado.

La anciana se acercó a Meni para comprobar si tenía fiebre.

'¿Ves lo que quiero decir? ¡Tienes fiebre!

Meni se palpó el cuello con el dorso de la mano y, cuando sintió calor, inmediatamente protestó. 'Oh, no es nada, madre. No me siento diferente.'

'¿No me crees? Entonces, ¿qué es ese dolor de cabeza? ¿Y esa fiebre?

"Sería un cadáver si me volviera fría", sonrió burlonamente Meni.

'Oh, no hagas chistes ahora. No deberías pensar que un poco de fiebre no es nada.

"No te preocupes, puede que vaya a ver al médico más tarde".

–¿El médico otra vez? ¿Por qué crees en todas esas tonterías médicas? Los médicos son impotentes ante la muerte. Deja de tomar esos medicamentos que son demasiado caros. Esta noche quemaré incienso de alcanfor para ti. Lo que me recuerda que fue bueno que conservase parte de la placenta cuando diste a luz. Ese sería el mejor remedio para tu fiebre. Aparte de Dios, seguro que me salvó la vida muchas veces cuando enfermé después del parto. Yo me encargaré de todo. ¡No salgas de casa en absoluto!

Meni no tenía ni idea sobre qué estaba divagando la anciana, pero empezó a preocuparse de que, tal vez, la anciana tuviera razón al decir que se había enfermado.

* * *

Todos los días Delfín iba a su casa a almorzar. Viajaba a pie entre Sampaloc y Quiapo, ya que quería ahorrar todo el dinero que pudiera para su creciente familia. No le importaba el polvo, la mugre y el sudor de las largas caminatas, como si fueran sólo una suave brisa. Se sentía mucho mejor cada vez que pensaba en todos los momentos felices de su vida. Ignoraría el cansancio mientras subía a su casa, donde esperaban Meni y su hijo. Una suave palmadita en la mejilla de su esposa y un beso en los labios de su bebé era todo lo que necesitaba para eliminar todos los dolores y molestias de su cuerpo y alma.

'¡Oh, mi esposa y mi hijo! ¡Qué alegría absoluta de contemplar!'

Meni, a pesar de mostrar signos tempranos de desgaste por las dificultades y la enfermedad, todavía se esforzaba en arreglarse y vestirse pulcramente. Aunque recién se estaba recuperando de una enfermedad, para Delfín estaba tan fresca y brillante como antes.

Delfín iba camino a casa, justo cuando la discusión entre Meni y su suegra amainó. Después de acostar al bebé, la anciana se levantó y salió a terminar de preparar la cena. Meni guardó sus materiales de costura y se preparó para recibir a Delfín en la puerta.

Durante la cena, la tía de Delfín contó la historia de lo que sucedió ese mismo día. A pesar de la silenciosa desaprobación de Meni, la anciana habló: 'No le hablo de esto a Delfín porque quiera ponerte en mal lugar, Meni. Sólo quiero que sepa que no eres feliz viviendo aquí con nosotros. Quizás sea mejor que me lleve a los niños pequeños a vivir con un amigo en Uli-Uli. Y allí quizá pueda ganarme la vida montando una pequeña tienda.'

Delfín miró fijamente a su tía, preguntándose si hubo peleas mientras él no estaba.

'¿A qué viene eso?' Delfín se volvió hacia Meni y le susurró: '¿Han estado peleando ustedes dos?'

'¡Absolutamente no!', negó Meni con la cabeza.

La anciana, al oír el intercambio en voz baja entre los dos, prosiguió. 'No, no hay ninguna razón especial, excepto mi deseo de aliviarlos a los dos. Me imagino lo difícil que será para vosotros albergar a tres personas más, incluidos dos niños pequeños que difícilmente pueden ayudar en la casa.

"Tal vez mamá ya se esté cansando de cuidar de mí".

'Oh, no, no es eso'.

'No tienes que irte. Simplemente volveré a la casa de mi padre. Las lágrimas de Meni comenzaron a brotar una vez más. Delfín se debatía entre su tía y su esposa, quienes parecían tristes.

'Esperen. ¿Que está pasando aquí? Ustedes dos nunca estuvieron así antes. Dígame, tía, ¿qué salió mal entre ustedes dos?

'Nada. Pregúntale. Realmente nada.'

'Entonces, ¿por qué se comportan de esa manera la una con la otra?'

'Está bien, la verdad. No me gustó lo que le dijo a su bebé antes.'

'¿Qué fue?' Delfín ya se estaba agitando y Meni podía sentir su corazón latiendo contra su pecho.

'Antes, ella estaba en su habitación cosiendo ropa mientras el bebé dormía. Y luego, al cabo de un rato, empezó a sollozar y murmurar sobre lo desafortunado que era su hijo por haber nacido en la pobreza.'

–¿De eso se trata todo esto?

'¡Ay, niño! ¿Entiendes lo que quiso decir con eso? ¡Está cansada de vivir en estas condiciones! ¡Por supuesto, ella no tendría que sufrir si viviera en la casa de su padre!'

Delfín entendió por qué su tía estaba herida por las palabras de Meni, y también quiso influir en la mente y el corazón de la anciana. La tía, al ver que Delfín no iba a ponerse de su lado en el asunto, hizo una revelación sorprendente.

'Necesitas saber cuánto sufrimiento puede soportar tu esposa. No quería decir esto porque tú, Meni, podrías pensar que no me gustas. Sólo quiero demostrar mi punto de que mis hijos y yo... estamos empeorando las cosas para vosotros dos.'

Meni se preguntó qué secreto estaba a punto de revelar su suegra.

"Ayer alguien me dijo que Meni había vendido sus mejores ropas y bufandas a la esposa de ese amigo americano de Masay, que estuvo aquí hace un par de días".

El rostro de Meni parecía como si de repente estuviera empapado en vinagre blanco, mientras que Delfín se quedó quieto como si le hubieran clavado una estaca de madera en el corazón.

'Supuestamente ella vendió esas finas piezas en cuatro pesos, aunque valían quince pesos o más. Así pudo darme ayer un billete de dos pesos. El dinero que gasté en nuestra comida hasta hoy fue de la venta de esa ropa. Y también compró telas finas para el vestido bautismal del bebé. Tenía curiosidad de dónde sacó el dinero, dado que era casi fin de mes. Pero luego pensé que tal vez habías pedido un préstamo a la oficina. De hecho, me acabo de enterar esta mañana, en la tienda local, pero mi fuente me pidió confidencialidad. Meni, nunca habrías hecho algo así si no fuéramos tan pobres. Pero, por desgracia, esto es muy embarazoso.

A Delfín no se le ocurrió nada que decir después de la revelación de la anciana y solo suspiró repetidamente. Con el rostro sonrojado, miró fijamente a Meni, que no podía levantar la vista de su plato. Se levantó sin terminar la comida y se dirigió al dormitorio. Estaba en una profunda angustia. Se compadeció de Meni y se llenó de vergüenza.

La anciana se levantó para recoger la mesa. Al ver que había complicado la ya delicada situación entre la pareja, se dio cuenta de la gravedad de su revelación. Se sentía incómoda sabiendo que había creado una brecha que separaba a marido y mujer. No imaginaba que Meni y Delfín estarían enfrentados. No creía que fuera posible que los dos, que siempre se habían amado mucho, tuvieran un grave malentendido. Así que decidió arreglar las cosas entre los dos. Se acercó a Delfín, quien buscó refugio dentro del dormitorio y luego se dirigió hacia Meni, quien estaba de mal humor en la mesa, mirando fijamente al espacio vacío. La anciana actuó como una consejera matrimonial, tratando de determinar si la pareja estaba hecha el uno para el otro como marido y mujer. Después de un rato, llamó a Delfín.

'¡Ven aquí, hijo mío! ¡Ustedes dos están actuando como niños pequeños! Puede que hayas faltado al respeto a la gracia en la mesa, pero no permitiré que me faltes el respeto y me desobedezcas.

Delfín conocía muy bien a su tía. No se tomaría a la ligera que su amor maternal fuera rechazado. Además, también quería hablar con Meni y decirle lo que sentía porque ella vendiera sus mejores prendas. Salió para reunirse con las dos mujeres en la mesa.

'Lo único que quiero es que no tengas malos sentimientos por lo que compartí contigo. Le conté a Delfín lo de tu ropa porque sabía que nunca lo dirías, por vergüenza. No debe

haber secretos entre marido y mujer, ya sea por razones justificables o no. Vayan y háblenlo entre ustedes dos, así sabré cuál es su decisión sobre mi salida de esta casa.

Sin esperar respuesta, la anciana se levantó y se alejó con una sonrisa, como si acabara de salir de la iglesia después de confesarle a Dios una buena acción que había realizado.

* * *

'¡Meni! Esto es, con diferencia, lo más doloroso que me has hecho. Pero no tengo derecho a culparte. ¡Tú, hija del gran don Ramón Miranda, vendiendo sus mejores vestidos! Me siento tan mal conmigo mismo.'

'¡No, no lo hagas! Vendí esa ropa porque ya no me sirve y de todos modos estaba mal hecha. Sería un desperdicio dejar que se pudran en el armario.

Delfín no creyó lo que acaba de decir Meni. Simplemente fue difícil aliviar el dolor que sentía.

Espero que no creas que me he olvidado de las joyas que empeñaste hace algún tiempo y que aún no he recuperado. Me estremezco al pensar que si tus hermanos se enteraran, me acusarían de aprovecharme de tus posesiones materiales.

'¿Por qué necesitas mencionar eso ahora? Se lo empeñé a un amigo mío, no al tuyo. ¿Y qué si mis hermanos se

enteraran? No tenemos nada de qué avergonzarnos. No es que no supieran que había estado enferma. ¡Y no fue como si hubiera perdido el dinero jugando! Lo gastamos en mis medicinas. En todo caso, deberían avergonzarse de sí mismos. ¡Son ellos los que se aprovechan de lo que por derecho es mío! Si tan solo tú...' Meni no terminó la frase porque sabía que Delfín odiaba discutir sobre su herencia.

'¡Eso no otra vez!'

'¡Solo lo mencioné porque tendrías que hablar a mis hermanos!'

"Tienen todo el derecho a estar enojados contigo, porque te casaste con un hombre pobre como yo..."

'¿Así que entonces? Me enamoré de un hombre pobre y elegí pasar el resto de mis días en la pobreza hasta el día de mi muerte...'

'¡Esas son palabras vacías! ¡Antes llorabas porque tu hijo tiene que vivir en una choza destartalada, en lugar de en la casa de un hombre rico!'

'No, no me arrepiento de tener que vivir en esta casa. Sólo estaba preocupada por la celebración del bautismo. Seguramente vendrán todos nuestros amigos.'

Poco a poco la conversación derivó hacia el tema del bautizo. La tristeza y la desesperación que flotaban en el aire

se disiparon lentamente y los dos comenzaron a hablar animadamente sobre los planes para la celebración.

'¿Cuáles son tus planes para el bebé?' preguntó el padre.

'¡Vamos, bauticémoslo antes de que cumpla dos meses!'

'¡Dos meses! ¡Esperemos hasta el quinto mes, o hasta que sea lo suficientemente grande y pueda caminar sobre sus pies! Así el padrino no tendría que alquilar un carruaje.

'Tonto. Para entonces ya podría hablar con el sacerdote.'

'Mejor todavía. Podría escuchar todas esas frases en latín que salían de la boca del sacerdote.

Y es exactamente por eso que mamá odia tu sentido del humor, que incluso bromees así sobre el bautismo de tu hijo. Expresó su preocupación porque no pensamos nada sobre criar a un niño pagano en la casa.'

'¡Un niño pagano! No le prestes demasiada atención a la anciana. Simplemente está llena de supersticiones y viejas creencias. Puedes decirle esto: Oh, ¿es buena idea echar agua en la cabeza del niño? El bebé podría resfriarse o enfermarse. Dijiste que no deberíamos bañar al bebé con frecuencia, ¿verdad?

–Entonces, ¿cuándo te gustaría bautizar a nuestro hijo? preguntó la madre.

'Cuando quieras ... '

'Espera, ¿entonces no haremos una fiesta?

'¿Una fiesta? ¿En esta época de escasez?

Incluso una modesta. Tenemos que... Sería muy vergonzoso decepcionar a nuestros amigos y a los padrinos.

'¿Quiénes son los padrinos?'

'No quiero una persona rica. Por muy pobre que sea el padrino, siempre que sea sabio e inteligente, como el padre del bebé. ¿Qué pasa contigo? ¿Tienes a alguien en mente?

'¿Yo? ¡Felipe sería la mejor opción!'

'Felipe, ¿cuyos pensamientos y paradero son siempre un enigma para mí?'

'Sí, él. Y si se niega, tendrá que ser uno de mis colegas de la prensa.'

"Te dejo la decisión a ti", dijo Meni. '¿Pero qué nombre le vamos a poner?'

"Si me preguntas, prefiero un nombre tagalo".

"Pero no hay santos tagalos".

'Entonces, ¿qué somos, demonios?'

Los dos rieron a carcajadas y su repentino estallido despertó al bebé dormido. La anciana escuchó los alegres ruidos dentro de la casa, se sintió encantada y pronunció una breve oración de agradecimiento. 'Gracias, Santísima Madre y Niño, por reunirlos a los dos'.

Delfín recogió al bebé y se lo llevó a Meni para que lo amamantara.

'¡Démosle un hermoso nombre a este niño!'

'Sí, un hermoso nombre, por cierto. ¡Pero no uno que venga del calendario español! Podemos darle un nombre como Héroe, Honor, Dignidad, Pureza, Revolución, Victoria, Rayo de Sol, Grande, Hombre Libre, Meteoro. ¡Tú eliges!'

'¡Hey hey hey! ¡Estás loco!' Soltó la anciana al escuchar a su sobrino recitar nombres en tagalo. '¡No seas un idiota! ¿Crees que eres más grande que los creadores del calendario litúrgico? ¿Por qué no simplemente tomas el nombre del santo patrón del día en que nació el niño? ¿Cuándo fue eso? ¿Podrías comprobarlo?'

Fue en abril. El santo patrón en esa fecha fue San Pedro Telmo, y los mártires fueron Tiburcio, Valeriano y Máximo.

"No me gusta el nombre Pedro", protestó Meni. '¡Ese nombre está en todas partes! Y normalmente los apodan Pendong o Penduko.

–Entonces llámalo Pedring o Pedrito.

"Cualquiera que sea el apodo que le pongas, sigue siendo Pedro".

'¿A qué hora nació el niño?' Le preguntó la anciana a Delfín.

–¿No fue al amanecer?

'¡Eso es todo! Tenemos que usar el nombre. Si no te gusta, cómprate con Tiburcio, porque cuando nació el niño ya había salido el sol.

–No, Tiburcio tampoco. Tiene un apodo aún más feo: Tibo.

–Entonces llámalo Usiong.

'¡No, eso se parece mucho al nombre, Bosiong–kan!' Bromeó Delfín.

Los dos se echaron a reír de nuevo y la anciana se unió a la alegría.

'Bueno, si eso es lo que Dios le ha dado a tu hijo, que así sea. ¿Qué otros nombres tienes allí? La tía presionó aún más a Delfín.

'Valeriano y Máximo.'

–A mí tampoco me gusta nada de eso –protestó Meni–.
'Valeriano... Vale para abreviar. ¡No es que mi bebé tenga la nariz rota!

–Entonces podremos llamarlo, Anong. ¡Qué nombre tan dulce y encantador!

'¡Oh, no! ¡Muy cerca de Manong!

'¿Qué pasa con este último? Máximo...' dijo Delfín.

–Ese sería Simo. ¡Todos esos son nombres feos! ¡No captan del todo la belleza absoluta de nuestro hijo!

Y Meni plantó un beso en la cara del niño.

"Por el amor de Dios, deja de ser tan quisquillosa", dijo la anciana. ¿Feo, dices? ¡No hay gente fea en el cielo, querida, sólo ángeles y santos! Es posible que estudies todo el calendario y aún así no encuentres el nombre que te gustaría.

'¿Porqué es eso? ¿No está el nombre de Delfín en el calendario?

'¿Qué estás diciendo, querida?' Exclamó Delfín.

'¡Me gusta el nombre Delfín! ¡Vamos a llamarlo Delfín! Bonito nombre, ¿no te parece, mi querido marido?

"El padre se llama Delfín y el hijo también se llama Delfín", murmuró la anciana. –Ésa es una costumbre muy española. El padre se llama José, el hijo mayor se llama Pepe, el segundo hijo es Peping y otro se llama Pepito! ¡Y todos se llaman José! ¡Como sea, ustedes dos deciden! Sigán a reyes y papas como: Alfonso Primero, Alfonso Segundo, León Primero, León Segundo, y así sucesivamente. Por supuesto, los reyes y los papas hicieron eso porque tenían títulos y deberes que defender. ¿Qué tenéis vosotros dos?

Delfín contuvo una risita para no ganarse la ira de su tía. Se volvió hacia Meni.

'Como dije, démosle un nombre tagalo. Fin de la discusión. Al fin y al cabo, todos somos tagalos.

"Sí, eres tagalo nativo", respondió Meni en tono burlón. '¡Pero yo soy mestiza! ¡Por eso somos muy bonitos!' Meni puntuó y sonrió dulcemente.

"De hecho, eres una mestiza, descendiente de una larga línea de mocosos mimados".

El rostro de Meni se volvió sombrío, se giró y despreció a Delfín.

La anciana se dio cuenta de que Meni se ofendió.

'Delfín, fuiste malo. Ese chiste fue insultante. Dijo la anciana.

Delfín se dio cuenta de que había cometido un error, por lo que se apresuró a apaciguar a su esposa y hacerla volver a ser feliz.

Eso era algo bueno de la tía de Delfín. Ella siempre era imparcial y criticaba a Delfín por sus malas acciones, a diferencia de la mayoría de las madres que siempre se ponían del lado de su hijo y se volvían contra su nuera.

Gracias al consejo de la anciana y a los esfuerzos de Delfín, Meni se recuperó del dolor momentáneo. La anciana volvió al tema del nombre del recién nacido.

'Piénsalo. Si no eliges un nombre del calendario litúrgico, es posible que la iglesia no bautice al bebé.'

'¿Por qué no?' argumentó Delfín. "Lo llevaré a una iglesia Anglipayana² o protestante, si se niegan".

La anciana jadeó e hizo la señal de la cruz. '¡Oh mi Jesús!'

'¡Oh, no! Ni una iglesia Anglipayana ni protestante», objetó también Meni. '¡Durante generaciones, nuestra familia ha sido bautizada en la Iglesia Católica Romana! ¡Este niño no será la excepción!'

2 Debida al sacerdote católico “apóstata” Aglipay, que creó la Iglesia cismática, llamada Anglipayana. [N. d. t.]

"Pero eso se debe a que antes sólo teníamos la Iglesia católica".

–Eso no viene al caso. Cuando tenga edad suficiente para decidir qué es lo mejor para él, podrá optar por convertirse a la fe Anglipayana o protestante.

'Está bien, sea cual sea la iglesia, todavía tenemos que decidir el nombre que le daremos. Decidamos ahora. Yo opto por Sun Ray o Hero.'

"Para mí no es otro que Delfín".

'¡Ni Héroe ni Delfín! Debería ser Tiburcio, si queremos seguir siendo virtuosos ante los ojos de Dios. Por si no lo sabías, es pecado mortal desviarse de los nombres que figuran en el calendario litúrgico. ¿A quién vamos a invocar el nombre cuando el santo sacerdote dé el sacramento de la unción de los enfermos? El legítimo santo patrón hará oídos sordos a nuestros gritos de intercesión cuando su hijo esté a punto de pasar a la otra vida. Incluso sus ángeles guardianes lo abandonarán. Así que será mejor que lo pienses dos veces antes de elegir un nombre pagano.'

Meni y Delfín intercambiaron miradas de complicidad y pensaron: "Sí, madre, como quieras, aunque sólo sea para poner fin a esta discusión".

Eran casi las dos de la tarde y Delfín tuvo que regresar corriendo al trabajo. Pero antes de salir de casa, la anciana

obligó a la pareja a terminar su almuerzo. Marido y mujer compartieron una copiosa comida, como si nada hubiera pasado apenas unas horas antes.

Capítulo 25

FELIPE, EL PADRINO

'¡Oh mira! ¡Es el hombre del momento!'

El saludo de Meni resonó en los oídos de Felipe y Tentay mientras estaban en la puerta.

Era un domingo por la tarde. El día anterior, Delfín y Felipe tuvieron una discusión preliminar sobre el próximo bautizo justo antes de dejar la prensa. Se acordó que Felipe y Tentay vendrían a ver a Meni y su hijo al día siguiente. Y entonces Tentay y Felipe habían venido de visita. Esa era la primera visita de Tentay a la casa de Delfín, y también la primera vez que conoció a Meni. Desde que Tentay y Felipe empezaron a vivir juntos, Tentay no había salido. Cuando supo que Felipe iba a ver a Meni, decidió acompañarlo para conocer a Meni.

¡Ahí estás, nuestro hombre del momento! Felipe, debes haber estado muy ocupado desde que te casaste. ¡Hace mucho que no te veo!'

¡Casarse! Tentay sintió que una atmósfera sofocante la envolvía. Tenía frío, toda la sangre se le había escapado de la cara y sentía que la vergüenza corría por sus venas como el veneno de una serpiente. Incluso ahora, no podía aceptar la idea de ser esposa. Quizás así ocurría con los recién casados. Pero las palabras de Meni le recordaron que, por el contrario, ella y Felipe no eran un matrimonio. Ella sentía que no merecía ser llamada esposa, ya que no era más que una pareja de hecho. Sentía que esa etiqueta era suya por derecho. Según su religión, una pareja que viviera junta sin la bendición del santo sacerdote y de la Iglesia católica nunca podría ser reconocida como marido y mujer. No importaba que Tentay y Felipe hubieran entregado por completo su amor al Todopoderoso. Y sería irrelevante si se casaran en una iglesia anglicana, o protestante, ya que su matrimonio fuera de la iglesia católica aún se consideraría ilegítimo y sin sentido. Pero ser una esposa de hecho era una cuestión de necesidad para Tentay. Simplemente no tenía otra opción.

¿Pero qué otras opciones tenía? Tentay todavía se aferraba a la esperanza de que Felipe algún día aceptara casarse por la iglesia y así no tendrían que vivir en pecado. Con estos pensamientos en mente, Tentay recuperó la compostura y aceptó el cálido saludo de Meni. Cedió ante Felipe quien cómoda y alegremente respondió a Meni.

'Oh, por favor no digas eso sólo porque no he podido visitarte últimamente'.

'¿Fue culpa de Tentay que no nos hayas visto en tanto tiempo?'

Meni bromeó alegremente con Felipe mientras le echaba un vistazo a Tentay, de pies a cabeza. Tentay sonrió. Quedó cautivada por los modales encantadores de Meni y pensó para sí misma: '¡Meni es realmente una cosa tan dulce!'

'¿Quién, Tentay? ¡No, ella no me restringió en absoluto! De hecho, estaba deseando conocerte. Seguramente las dos os llevaréis bien. Puede que seas de una familia acomodada y Tentay puede que sea todo lo contrario, ¡pero ustedes dos tienen actitudes muy similares!'

'¿Yo, de una familia rica? ¡No vuelvas a mencionar eso nunca más, por favor!'

–Pero tú también vienes de una familia rica, Felipe –comentó Delfín. Había estado observando el intercambio en silencio y ahora se reía divertido.

'¡Por favor entra, Tentay!'

Meni estrechó la mano de Tentay como si estuviera dando la bienvenida a una muy buena amiga y confidente cercana.

'Deja a los dos hombres ya que tienen mucho que hacer para ponerse al día. ¡Ven, me gustaría que vieras a mi bebé! Oh, sé que ustedes dos aún no tienen un hijo, pero a su debido tiempo...

Meni estaba toda mareada mientras arrastraba a Tentay al dormitorio, donde dormía el bebé. Delfín pensó que Meni estaba actuando de forma un poco loca al presumir de su pequeño bebé.

'Mira a esas dos. ¡Se están haciendo amigas rápidamente!' –comentó Felipe–.

'En efecto. Se han vuelto íntimas gracias a las historias que se cuentan sobre sus vidas', coincidió Delfín.

Las dos mujeres que estaban dentro del dormitorio lucharon por mantener la voz baja porque no querían molestar al niño que dormía. Pero Tentay estaba tan llena de emoción y deleite que apenas pudo contenerse de asfixiar al bebé con besos.

'¡Míralo! ¡Una viva imagen de su padre! ¡Se parece a Delfín!'

Meni, al escuchar los elogios de Tentay, sintió un deleite tan dulce como la miel desbordarse de su interior. Tentay pronunció las mismas palabras que quería escuchar de cualquiera que viera a su bebé por primera vez. '¡Se parece

a su padre!' ¡Pero claro, este niño era fruto de su amor por Delfín!

'¡Una viva imagen de Delfín!' Precisamente por eso quiso ponerle al bebé el nombre del padre.

'¡Sí, debería llamarse Delfín!' –exclamó Tentay–. '¡Y que cuando crezca sea sabio como su padre y feliz como su madre!'

Pero los besos de Tentay despertaron al pequeño Delfín. El niño abrió los ojos y parpadeó, sin reír ni llorar. En ese momento, la tía de Delfín entró en la habitación y sonrió divertida ante la escena.

'Cuidado ahora. Espero que no tengas fiebre. El niño podría enfermarse', advirtió la tía.

Tentay se sorprendió por un momento, pero volvió a jugar con el niño después de que Meni presentase a la tía de Delfín. El pequeño Delfín sonrió mientras mecía su cabecita.

Meni jadeó. '¡Mira! ¡Sus hoyuelos se ven cada vez que se ríe!'

'¡El es tan adorable!' –dijo Tentay efusivamente.

'Oh sí. Tan pronto como salió, cortamos un trozo del cordón umbilical y se lo presionamos en las mejillas –explicó orgullosa la anciana.

"Sí, así debería ser, según los mayores", asintió Tentay.

'En este momento, puede que parezca rojizo y de piel más bien oscura, pero les aseguro que cuando mi nieto crezca, ¡tendrá la tez clara! ¡Y de joven seguramente romperá el corazón de muchas jóvenes!'

–¿Quieres decir, igual que su padre? Meni bromeó con la anciana.

'Oh, esto no te lo digo porque sea mi sobrino, que Delfín siempre ha sido un verdadero caballero. No se parece en nada a su padre y a su abuelo, quienes realmente rompieron el corazón de sus esposas.

–¿Quieres decir que les fueron infieles? ¿No sería probable que Delfín siguiera sus pasos? ¿Qué sería eso? ¡La manzana no cae lejos del árbol! Claro, puede que ahora sea un buen chico, pero con el tiempo...' bromeó Meni.

Delfín, que escuchó las palabras de Meni, interrumpió las bromas de las mujeres mientras entraba corriendo desde la sala de estar.

'¡Ey! ¿Qué tonterías estás diciendo?'

Meni se puso rígida como una niña sorprendida en un acto de travesura y se agachó detrás de Tentay, porque sabía que Delfín tomaría represalias haciéndole cosquillas.

'¡Ajá! Tengo razón, ¿no?

Siguió una ronda de risas, burlas y persecuciones. Cuando el entusiasmo se calmó, se sentaron a hablar del bautizo.

'Entonces, Felipe, ¿cuándo propones que hagamos el bautismo?' –Preguntó Meni.

Felipe le guiñó un ojo a la tía de Delfín. '¿Pero es realmente necesario proceder con el bautizo? Sería un gran desperdicio dar dinero a la Iglesia.'

La tía se quedó helada y abrió mucho los ojos. Sin decir palabra, miró a Felipe como diciendo: '¡Eres una especie de padrino!' Pero Felipe continuó con su amonestación.

'Con el debido respeto, tía, simplemente le darán sal al niño, le echarán agua en la cabeza, lo ungirán con sebo, le susurrarán al oído, le darán bendiciones y... le harán llorar. Puedo hacer todo eso aquí mismo en la casa.'

'¡Qué sacrilegio!' exclamó la tía.

Delfín se hizo eco de los sentimientos de su amigo. 'Eso es exactamente lo que le dije a Meni. Pero ella no estuvo de acuerdo. Y rechazó los nombres que le sugerí: Rayo de Sol, Grande, Héroe...'

La anciana escupió en el suelo. –¡Entonces también podrías llamarlo Diablo!

"Nanay, Diablo no es un nombre tagalo", respondió Delfín.

Felipe siguió adelante. 'Oh, eso es fácil. El énfasis debe estar en la última sílaba: ¡blo!'

La anciana decidió que ya estaba harta de la irreverencia de los dos hombres. Se dio la vuelta y se unió a las dos damas que se reían secretamente divertidas.

Delfín y Felipe procedieron a tener una seria charla sobre el tema.

'Delfín, amigo mío, bromas aparte, si Tentay y yo tuviéramos hijos, eliminaríamos el bautismo por completo'.

Delfín le suplicó a su amigo. –No, Felipe. No seas demasiado precipitado. No podemos cambiar el mundo de la noche a la mañana. Sé paciente. Aún no es nuestro momento. Esperemos hasta que llegue el Nuevo Día al que todos aspiramos.'

'Hmm... ¿Por qué no llamamos al niño Radiance, entonces?'

'¡Resplandor!'

'¡Sí! ¡Ni Rayo de Sol, ni Grande, ni Héroe, ni ningún otro nombre! Este niño será criado en la era de la Nueva Ilustración y crecerá en una era en la que renacerán el autogobierno, la forma de vida, la fe y la cosmovisión.'

Tendrá fuertes aliados en la reconstrucción de nuestra sociedad. Sí, Delfín. ¡Si va a ser bautizado, se llamará Radiance!

"Sólo espero que el niño tenga las mismas inclinaciones que las nuestras".

'¿Por qué no? Como dicen, ¡de tal palo, tal astilla! Ya desde ahora deberías enseñarle nuestras costumbres para que se convierta en un hombre recto.'

'Verdaderamente. No creo que tengamos ningún problema con este niño. Mira su amplia frente, su expresión tranquila y sus ojos brillantes: todos estos son signos de gran inteligencia, virtud y compasión por los demás. Y esa mirada brillante y firme habla de valentía. Pero volviendo al nombre que sugeriste, Radiance, seguramente tendremos problemas con mi tía y mi madre. ¡Meni no quiere otro nombre que no sea Delfín y Nanay insiste en Tiburcio! Tampoco está a favor de un nombre tagalo, porque piensan que el tagalo es una lengua ignorada por Dios. Como dijo Nanay, la iglesia nunca bautizará al niño si no lleva el nombre de alguno de los santos del calendario litúrgico.

Felipe se burló. '¡Ah, no les escuches! No permitiremos que lo bautice la Iglesia Católica Romana, ni ninguna otra iglesia, si no les gusta el nombre.

'Hubiera sido mucho más sencillo si fuera nuestro hijo. Pero este niño nos pertenece a Meni y a mí, y cuando se trata de cuestiones de fe, Meni todavía no está dispuesta a violar la ley de su dios. Sigamos la corriente, amigo mío. Que se salgan con la suya mientras el niño aún sea inocente. En nuestro país, para que cualquier movimiento reformista tenga éxito, necesitará aliarse con la institución religiosa. Cuando su fe llame a la gente a actuar, seguramente se mantendrán unidos y lucharán con nosotros. Podemos utilizar algunas de las enseñanzas y principios religiosos para promover la causa socialista. Este niño sigue siendo un hijo de la Iglesia Católica. Usted, el padrino, y yo, el padre, tal vez ya no adhiramos a los principios de la fe, pero aún así tendremos que coexistir en armonía con la Iglesia. Piénsalo bien... Tú, Felipe, eres volátil como el fuego.'

'Sí, efectivamente. ¡Soy como un fuego que se consume y reduce todas las cosas a cenizas!'

Los dos amigos se echaron a reír. Lo que comenzó como un debate sobre la necesidad del bautismo terminó con un discurso elevado sobre ideología y reforma. Mientras tanto, las dos mujeres estaban profundamente involucradas en una conversación íntima sobre la domesticidad, el matrimonio y la maternidad.

* * *

Mientras comían, empezaron a hablar de otras cosas, particularmente de la vida de pareja de Tentay y Felipe. Era costumbre que los invitados preguntaran sobre los asuntos de sus anfitriones antes de hablar de los suyos propios. Y así fue que Tentay y Felipe sacaron a relucir su agenda cuando ya casi era hora de despedirse, justo cuando Delfín contaba los hechos ocurridos entre Tentay, Karugdog y Felipe.

'Le estaba diciendo a Meni lo absurdo que era que Tentay casi se casara con Karugdog...' recordó Delfín entre risas.

'¡No, casi no me caso con Karugdog!' Tentay objetó, sonrojada y divertida al mismo tiempo.

'¡Cierto! ¡Si no hubiera vuelto a casa, habrías sucumbido al miedo de su falso revólver! –dijo Felipe, lo que hizo que todos estallaran en otra ronda de risas.

'Cuéntame otra vez, ¿cómo pasó todo?' –Preguntó Meni.

–¿Quieres decir que Delfín no te lo ha dicho? –Preguntó Felipe.

Lo único que sé es que volviste a casa en el momento adecuado, confrontaste y amenazaste a Karugdog para que no volviera nunca más. Se ha ido, ¿no?

'¡Oh, no, él nunca se fue!' Comentó Tentay.

Felipe añadió: 'Sí, de hecho, ¡se volvió más loco de lo que pensaba! Debí haber pateado el avispero. Cuando Karugdog descubrió que me estaba quedando en la casa de Tentay, comenzó a acosarme día y noche. Había pasado una semana cuando, al salir, me topé con una carta en el suelo justo afuera de la puerta. No creerías lo absurdo que era el contenido de la carta. Las primeras líneas fueron escritas, por así decirlo, por un loco, nada menos que Karugdog, que firmó la carta con el seudónimo de "The Fearless" (El audaz). ¡Qué pena no haber traído la carta con nosotros ahora, Meni! ¡Cómo me hubiera encantado mostrártela, con la letra retorcida y todo! ¡Delirios de un loco, por cierto!

'¿Qué decía la carta?' presionó Meni.

'Estimado señor Felipe... Le escribo para desafiarlo a duelo... Si es un hombre de verdad, reúname conmigo más tarde exactamente a medianoche en Paang-Bundok, ¡y allí ajustaremos cuentas! Te enviaré a la muerte y te enterraré en el cementerio pagano al que perteneces... ¿Y cómo te atreves a vivir con Tentay? ¡Ella no es tu esposa! ¡Tú, cerdo descarado! ¿No sabes que ya me acosté con ella?

La última parte de la carta hizo que el rostro de Tentay se pusiera rojo sangre de rabia.

'¡Ese tonto! ¡Qué mentiroso! ¡Malfangador! –exclamó Tentay–.

'Oh, no escuches las palabras de un idiota', respondió Delfín con indiferencia. "No hay nada que pueda decir que pueda apartar la mente y el corazón de Felipe de Tentay".

Las tranquilizadoras palabras de Delfín no ayudaron a disipar los sentimientos de vergüenza y dudas de Tentay. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se sintió tan humillada que hundió mucho la cabeza para evitar la mirada de las personas que la rodeaban. Felipe rompió el ambiente solemne al ver a Meni secándose las lágrimas de la cara.

"Vamos, esto no es motivo de pena ni de tristeza".

'¿Quizás nuestras tazas de café están demasiado calientes?' Bromeó Delfín.

'¡No, es la cebolla de nuestro pastel de arroz!' –replicó Felipe–.

Tentay se animó un poco y sonrió suavemente.

Felipe añadió: '¡Ah, qué mujeres tan orgullosas y testarudas! Ninguna profesión de amor eterno te satisface jamás y prefieres hundirte en la autocompasión y la miseria. No debería importar si hablo de lo que pasó con Karugdog. ¡No permanecería a tu lado si creyera todas esas mentiras!'

Meni aconsejó: '¡De hecho! Ipeng, por favor continúa leyéndonos la carta.'

"Eso era todo lo que decía ", dijo Delfín.

"Sí, eso y luego la firma", añadió Felipe.

'¿Qué hiciste con la carta?' –Preguntó Meni.

'¿Qué haría con élla? No se lo dije a nadie más cuando entré a la casa. Esa misma noche, salí a explorar los alrededores en busca de alguna señal de Karugdog. Busqué por todo el perímetro de la casa y, temiendo que hubiera entrado por la fuerza, volví a entrar. Pero la puerta estaba cerrada. Muy lentamente abrí la puerta y miré dentro.

Meni jadeó. '¿Por qué diablos te atreviste siquiera a salir? ¡Ese hombre está realmente loco y es peligroso!'

"No quería que pensara que le tenía miedo, porque podría estar demasiado envalentonado para intentar hacernos daño otra vez. Sobre todo, porque una vez amenazó con quemar todo nuestro pueblo...

'Entonces, ¿apareció Karugdog?'

'¡Para nada! Estuve despierto hasta el amanecer esperando que apareciera. Entonces Tentay se despertó y me llamó. Me regañó suavemente, acusándome de escabullirme por la noche para espiar a nuestras vecinas.

'¡Eso también podría ser!', bromeó Meni con Felipe. Es muy típico de los hombres escabullirse en plena noche para vagar por la ciudad. ¿Verdad, Tentay?

'Verdadero. Al principio no le creí hasta que me mostró la carta.

'¿Y qué hubieras hecho si hubieras atrapado a ese loco?' preguntó Delfín. '¿Habrías aparecido en Paang-Bundok?'

'¡Absolutamente no! ¡Me habría enfrentado a él justo en la puerta! ¡Le habría demostrado que no soy alguien con quien meterse!'

Meni reprendió a Felipe. '¡Por favor, no vuelvas a salir nunca más! ¿Quién sabe si podría sorprenderte cuando menos lo esperes? Quédate dentro, aunque estés atento a cualquier señal de su presencia.

'¡No le tengo miedo! A pesar del ultimátum que me había dado, nunca tuvo el coraje de luchar. Una vez lo vi justo afuera de la iglesia de Quiapo. Cuando me vio, pareció retroceder, pero ya era demasiado tarde porque sabía que yo ya lo había visto. No dijo una palabra cuando nuestros caminos se cruzaron. Quería preguntarle sobre la carta, pero simplemente se alejó, fingiendo que no me había visto. Así que seguí caminando, pero cuando miré a mi alrededor al llegar al Teatro Zorrilla, él me estaba siguiendo. Nos encontramos en la calle Cervantes y me preguntó cómo

estaba. No estaba seguro de lo que estaba haciendo, pero decidí seguirle el juego y ser cortés con él. Cuando le pregunté sobre la carta, negó haberla escrito. Se disculpó profusamente y dijo que acababa de confesarse y un sacerdote jesuita le dijo que se arrepintiera y cambiara de conducta. Y luego comenzó a divagar sobre cómo no podía olvidar a Tentay, su verdadero amor con quien sueña todas las noches. Incluso me dijo que le dijera a Tentay que lo recordara en caso de que ella se quedara viuda en el futuro...'

Lo último realmente hizo que la casa se derrumbara cuando Delfín, Meni y Tentay estallaron en carcajadas.

"Deberías haberle golpeado en la cabeza", comentó Tentay.

"En resumen, tu querido amigo está esperando que mueras", añadió Delfín.

'En efecto. Entonces, le seguí el juego y le dije que le diré a Tentay que, si yo moría, ella debería casarse con él. Luego, ¡se rió alegremente! Y desde ese último encuentro, nos ha dejado en paz. Y cada vez que nos encontramos, pregunta: "¿Cómo está Tentay?"

"Gracias a Dios no te sucedió ningún incidente adverso", dijo la tía de Delfín, que había estado escuchando todo el tiempo. –Por eso lo mejor para ti, Felipe, es comportarte

siempre lo mejor que puedas. Siempre hay una manera pacífica de resolver cualquier conflicto. Y el arrepentimiento siempre nos lleva al camino de la justicia. Los sacerdotes jesuitas son ciertamente predicadores sabios.'

Delfín, Felipe y Meni intercambiaron miradas cómplices, como diciendo: '¡Y ahí va otra vez nuestra vieja predicando!' Tentay, que no estaba familiarizado con el carácter de la anciana, no tenía ni idea.

* * *

Felipe y Tentay se quedaron hasta después del anochecer. Tentay, que normalmente estaba callada, realmente se abrió y habló de manera comprometida con Meni.

"Me pregunto de qué habrán estado charlando ustedes dos", preguntó Felipe.

'Tentay me estaba diciendo que desde que empezaste a vivir con su familia, ya no besas la mano de su madre en Angelus'. dijo Meni.

Los cuatro espíritus afines, una vez más se involucraron en bromas alegres, y solo se separaron cuando el bebé se despertó y comenzó a llorar. Tentay estaba a punto de despedirse, pero Meni le rogó que le hiciera compañía mientras amamantaba al bebé.

Las dos mujeres se habían vuelto tan íntimamente cercanas que cada una había compartido su vida privada. Pero cuando Tentay preguntó sobre la relación de Meni con su padre y sus hermanos, Meni guardó silencio. Tentay, sin darse cuenta de que había tocado un punto sensible, siguió adelante.

'Entonces, ¿hasta ahora no has regresado a la casa de tu padre?'

Meni exhaló un suspiro. '¿Qué padre nos aceptaría a mi familia y a mí?'

'¿Por qué no?'

'Todo porque elegí casarme con Delfín. ¡Mi padre simplemente hizo las maletas y se fue del país! Juró no volver jamás hasta el día de su muerte.

'¿Pero por qué simplemente lo dejaste irse? No habría dejado que mi padre se fuera así, por muy enojado que estuviera. Lo habría perseguido hasta el puerto, le habría impedido embarcar...

Meni se dio cuenta, por hirientes que fueran sus palabras, de que Tentay tenía razón. Si no hubiera estado demasiado cegada por su amor por Delfín y no hubiera actuado más como una hija amorosa, debería haber hecho todos los esfuerzos posibles para evitar que su padre se fuera. Meni

no sabía muy bien cómo responder a las advertencias de Tentay.

'Mi querida Meni, nunca debemos abandonar a nuestros padres, por muy crueles que sean. Ya has perdido a tu madre. Tu padre es todo lo que te queda.

'¡Oh mi amiga! De hecho, ¡ahora soy huérfana! ¡He perdido a mi madre, a mi padre y a mis hermanos!' Meni hizo una pausa por un momento, sopesando las palabras en su corazón. 'He perdido a mi padre, porque no sé dónde está ahora; si todavía está vivo, o si ha muerto en sus viajes al extranjero. Hace cuatro meses que se fue y nunca me ha escrito. Ninguna palabra, ni siquiera a mis hermanos. Por lo que sé, bien podría estar muerto, porque ya había dejado su última voluntad y testamento antes de su partida.

—¿Y no has tenido noticias de su regreso por parte de tus hermanos?

'Según Talía, el día que se fue, dijo que estaría fuera sólo por seis meses. Sólo mucho después nos dimos cuenta de que nunca volvería. ¡Oh, Tentay! Mi padre no se habría ido si no estuviera tan furioso conmigo. No estaríamos sufriendo así si él estuviera cerca. Te habría recibido en un hogar mucho mejor que éste. Y Meni finalmente rompió a sollozar.

Tentay quedó profundamente conmovida y procedió a consolar a su querida amiga. "Pero entonces, tú y yo no nos habríamos conocido..."

'¿Por qué?'

–Tal vez no te hubieras casado con Delfín. Y aunque lo hubieras hecho, Felipe no habría sido el padrino de tu hijo. Y vivirías en tu casa grande.

'Oh, pero Felipe también viene de una familia adinerada'.

'Sí, pero eligió ser periodista y vivir con una mujer pobre como yo. Seguramente serían los amigos ricos de tu padre los elegidos para ser padrinos.

Meni sintió punzadas de culpa al escuchar esas palabras. De hecho, ¡Tentay no podría haber tenido más razón! Ahora no estaría hablando con Tentay si se hubiera casado con un hombre rico.

'Pero incluso cuando era niña, nunca fui alguien que solo mirara la riqueza de un hombre. No estaría con Delfín, el amor de mi vida, si tuviera tanta consideración por la riqueza y el estatus social.

'Estoy de acuerdo. Pero ¿qué pasa con tu padre y tus hermanos?'

'No importa. Tú viniste aquí para encontrarte conmigo, no con ellos.

'Si puedo preguntar, ¿por qué no han venido a verte en tanto tiempo?'

'Todo porque no tuve sus bendiciones cuando elegí casarme con Delfín. Por eso cortaron lazos conmigo y me abandonaron. Eso no me hubiera importado si mi propio padre no me hubiera repudiado y desheredado. Por despecho, me quitaron todo lo que por derecho es mío. Durante los primeros dos meses después de casarme, enviaron dinero. Pero cuando supieron que Delfín no quería que yo estuviera en ningún lugar dentro de la casa de mi padre, dejaron de ayudarnos y nunca más nos hablaron.'

'¿Por qué Delfín te prohibió visitar la casa de tu padre?'

'Oh, esa es una historia muy larga, que les contaré en otra ocasión. Lo único que puedo decir es que Delfín y Felipe se enteraron que fue por maquinaciones de mi cuñado que perdí mi herencia. Convenció a mi padre para que me dejara fuera de su última voluntad y testamento.

'¡Dios mío!' Tentay estaba horrorizada.

'Por eso Delfín me ha prohibido volver a ver a mi familia. Y luego mi familia dejó de enviarme actualizaciones sobre el paradero de mi padre.

–¿Y tu padre nunca te escribió?

'Nunca. Ni una sola palabra.

'Pero ya sabes, los padres, cuando se enteran de que tienen nietos, siempre cambian de opinión...'

'¡Oh, no! ¡Mi padre no!'

'Y tu hermano, ¿qué piensa de tu situación ahora?'

'¡Siano es un imbécil, menos hombre que mi hermana Talía! De lo contrario, no habría dejado que mi cuñado manipulara a mi padre de esa manera. Cuando tuve una pelea con mi hermana y su marido, Siano también le prohibió a su mujer verme.'

'¿No saben que ya has dado a luz?'

'No.'

'De hecho, es bastante difícil influir en un corazón lleno de resentimiento. ¿Por qué no los invitamos al bautismo?'

'Oh, no creo que vengan'.

"Entonces ve y envíalos a buscar".

"Delfín no aceptaría nada de eso".

"Sin embargo, al menos deberíais informarles del bautismo del niño".

Y fue entonces cuando las dos mujeres idearon un intrincado plan para invitar a la familia de Meni a la ceremonia, o convencer a Delfín para que pasara por su antigua casa de camino a la iglesia, después de la ceremonia. Después de que todo estuvo arreglado, Meni y Tentay llamaron a los dos hombres, y los cuatro acordaron efectuar el bautizo a fin de mes.

Eran las siete y media de la tarde cuando los invitados finalmente se despidieron.

Capítulo 26

DOLOR EN MEDIO DE LA ALEGRÍA

Delfín llegó tarde a trabajar, una mañana.

En el camino, no dejaba de pensar en la desagradable conversación que había tenido con su esposa la noche anterior, antes de dormir. No podía decidir cómo responder a la petición de Meni. Su corazón rebosaba de un mayor amor por la mujer que había soportado tanto dolor para convertirse en su esposa, y que le dio un hijo que era su viva imagen. Pero le molestó profundamente el deseo de Meni de invitar a su familia al bautismo. No le gustaba la idea de Meni de llevar al niño a la casa de su familia, con o sin él. Meni claramente tenía esperanzas de que ver a su hijo borraría la ira y el resentimiento de su familia. Pero Delfín ya había negado vehementemente su petición. Tenía miedo de

que Meni y su hijo fueran despreciados y rechazados. Peor aún, poner un pie una vez más en esa casa de riquezas y lujo solo le recordaría dolorosamente a cuánto había renunciado por su amor.

Pero también se sentía culpable por privar a Meni de la oportunidad de reunirse con la familia a la que amaba tanto. Se detuvo en seco y pensó en darse la vuelta y no presentarse al trabajo. Le preocupaba dejar a su esposa sola en casa después de la larga discusión de anoche. Esta mañana, cuando se levantó, Meni no puso al niño sobre su pecho, algo que siempre había hecho para despertarlo. Se levantó de la cama y salió a ayudar a su tía a preparar el desayuno. Luego lo llamó para comer, pero sin la habitual calidez y entusiasmo en su voz. Ella tampoco se unió a él en el desayuno, y cuando se sentó a la mesa, apenas dio un mordisco antes de levantarse silenciosamente para salir.

Delfín estaba congelado bajo un árbol al borde del camino. Después de un momento de vacilación, se dio vuelta y comenzó a caminar de regreso a la casa para decirle a Meni que había cambiado de opinión. No podía soportar la idea de que Meni volviera a enfermarse, porque eso también significaría que el niño enfermaría. Iba a dejar que Meni viera a su familia, con la condición de que les dijera que lo hizo sin el conocimiento ni el permiso de Delfín.

Pero entonces algo lo detuvo.

'¡No, eso no puede ser!' Pensó Delfín para sí mismo. –Eso sólo hará que Meni piense que ha ganado. Hay algunas cosas que las mujeres desean y que, una vez concedidas, les darán poder y dominio sobre los hombres. Si cedo ahora a sus deseos, seguramente negociará más en los próximos días. Ella pensará que no tengo convicciones y siempre cederé a sus caprichos. Sin duda, nuestro matrimonio se arruinaría si hiciera todo lo que mi esposa quiere.

Las cavilaciones de Delfín continuaron. 'No es que quisiera afirmar mi dominio como hombre de la casa. No deseo tratar a mi esposa como una esclava, privada de poder y de derechos, ni pretendo abusar de ella y confinarla a la vida doméstica, como hacen la mayoría de los hombres. Pero eso no significa que esté dispuesto a sacrificar mi honor e integridad como hombre humilde sólo para darle lo que ella quiere. Ya que la naturaleza de Madlang–Layon, junto con Talía y su hermano, está dictada por su ansia de dinero. Si realmente se preocuparan por Meni, no habrían dejado que Don Ramón la desheredara por completo.

Es cierto que podríamos impugnar la última voluntad y el testamento de su padre ante un tribunal. ¿Pero de dónde sacaremos el dinero para pagar los honorarios del abogado? Y si conseguimos el dinero que por derecho es de Meni, no deseo convertirme en uno de los *nuevos ricos* y que me acusen de casarme con Meni por su dinero. Y no puedo, en conciencia, poner mis manos en riquezas por las que no me he esforzado. No, no lo haré.

'No puedo permitir que Meni cumpla su deseo. Necesita comprender y aceptar que nunca dependeremos de la riqueza controlada por Madlang-Layon sólo para tener una vida cómoda. Me mantendré firme en mi convicción: la comodidad y la seguridad de mi familia sólo vendrán de los frutos de mi propio trabajo. No puedo vivir una vida privilegiada mientras otros sufren de pobreza. No, mi conciencia no me lo permite.

Delfín se paró en la esquina de la calle reflexionando sobre estos pensamientos. Resolvió no permitir nunca más que Meni se reuniera con su familia. Finalmente decidió que no quería que sus compañeros de prensa esperaran, así que dio media vuelta y se dirigió al trabajo. Se tomaría una licencia anticipada y regresaría a casa antes de lo esperado.

Estaba de regreso a la casa cuando se topó con Talía y la esposa de Siano en un carruaje tirado por caballos que venía de Santa Mesa. Los vio desde lejos y no sabía si saludarlos o ignorarlos. Cuando el carruaje se acercó, levantó la vista justo cuando Talía se giró para mirarlo. La esposa de Siano lo señaló y gritó: '¡Ahí está Delfín!' Pero Talía ni siquiera dijo una palabra de saludo hacia su cuñado, quien se había detenido en seco. Ella simplemente estiró el cuello y abrió ligeramente la boca, y con disgusto pronunció: '¡Pueh!', mientras el carruaje pasaba junto a Delfín.

¡Qué gesto de desdén! Pensó Delfín para sí mismo. Se preguntó si Talía acababa de llegar de su casa. Volvió a mirar

el carruaje y se apresuró a llegar a su casa, con el corazón latándole salvajemente en el pecho. Cuando llegó a casa, Meni estaba acunando al bebé mientras hablaba con su tía.

'¿Por qué llegas tan temprano a casa?', preguntó su tía.

'No me sentía bien. Antes me dolía la cabeza.

Meni sentía curiosidad por Delfín, sin saber si indagar más o no. Después de que Delfín se hubo cambiado de ropa, Meni comenzó a hacerle preguntas. –¿Fuiste a la prensa?

'Sí estuve allí.'

'¿Por qué no tomaste un carruaje si en realidad no te sentías bien?'

'¿Por qué pagaría por un viaje? Apenas tenemos suficiente para el sustento.'

Meni, que aún no se había olvidado de su desacuerdo, se sintió herida por las palabras de Delfín. No estaba acostumbrada a que Delfín fuera grosero y duro. Ella y la tía estaban hablando de su discusión de la noche anterior, y la tía la estaba consolando cuando llegó Delfín. La anciana pensó que Meni, al ser la hermana menor, debería ser respetuosa con sus hermanos mayores, quienes ahora eran sus padres en ausencia de su madre y su padre. Le recordó a Meni que le daría un mal ejemplo a su hijo si creciera en una

familia dividida. Prometió que hablaría con su sobrino sobre el asunto.

'¿Tu "amada" hermana, Talía, no vino a verte antes?'

'Oh, no, en absoluto. ¿La has visto?'

“La encontré en el camino mientras caminaba de regreso a casa. ¡No tienes idea de cómo me trató sin ningún respeto!

Meni se quedó estupefacta.

'¿Por qué? ¿Qué te hizo?'

'De lejos la vi con la esposa de Siano en un carruaje tirado por caballos procedente de Santa Mesa. Me detuve para saludarlos, pero cuando ella pasó escupió y me despreció mientras seguían su camino. Me sorprendió tanta grosería. No es de esperarse en una persona tan educada como ella. ¡Nunca me había sentido tan humillado y despreciado!'

Meni sintió una profunda vergüenza por su marido. Ella disipó la duda que surgió de que su marido inventaría tal historia. Ella se quedó sin palabras.

–Ya nada de eso importa, mi querida esposa. Si realmente debes volver a ver a tu familia, no deseo impedirte que lo hagas.

–¿Y por qué querría yo hacer eso, después de lo que te han hecho? ¿De verdad pensaste que no estaría a tu lado después de que te humillaran?

–No lo sé, Meni. Eres libre de hacer lo que desees en asuntos relacionados con tu familia. A pesar del incidente anterior, llegué temprano a casa solo para hacerte saber que no quiero que tu familia forme una brecha entre nosotros y que eres libre de visitar tu antigua casa. No podía soportar la idea de que albergaras un profundo resentimiento hacia mí y sabes que nunca podré estar resentido contigo por nada. Anoche no pude dormir...'

–¿Y crees que yo pude hacerlo?

'Oh, te quedaste dormida. Estaba hablando contigo, pero no decías nada. Estaba tirando de tu mano, pero estabas roncando.

'¿En realidad?'

'Sí.'

'Bueno, no he dormido lo suficiente debido al bebé. Pero espera, ¿realmente viste a Talía antes y ella realmente escupió en el suelo al verte?

'En efecto.'

"Entonces te juro que nunca más volveré a poner un pie en esa casa".

Y fiel a su palabra, Meni nunca volvió a hablar de ver a su familia. Tenía la intención de escribirle a Talía para preguntarle por qué tanta falta de respeto hacia su marido, pero Delfín la disuadió. Y así, Meni cortó todos los lazos con Talía.

* * *

En los días siguientes, fue como si la pareja estuviera en su segunda luna de miel. La casa se llenó de felicidad. Toda desesperación y preocupación desaparecían, tan pronto como Delfín veía a su amado hijo. Era como si el bebé pudiera ahuyentar el espíritu de tristeza con un simple movimiento de sus diminutas manos, ahuyentando cualquier temor a un peligro mortal. Ni siquiera todas las riquezas de Don Ramón podían igualar el tesoro de alegría que acunaban en sus brazos.

En cuanto a Meni, necesitaba demostrar su amor por su hijo impulsando el bautismo. Sintió la irresistible necesidad de mostrarle al mundo lo feliz que estaba por ser madre primeriza. Se negó a renunciar a la pompa y la circunstancia habituales y no le importó en absoluto el coste que ello supondría.

'¿De dónde sacaríamos el dinero para pagar todo eso? ¿De verdad crees que podríamos limitar la cantidad de comida que servimos una vez que la orquesta que has invitado empiece a tocar?'

'¡Oh, no te preocupes por eso!' Meni dijo con desdén.

'No puedo no preocuparme por eso. ¿De verdad crees que veinte o treinta pesos serán suficientes, dada nuestra situación?'

'¡Es una cantidad pequeña!' Meni sonrió. –¿Supongo que no harías todo lo que pudieras por tu único hijo?'

'No, no es eso en absoluto. Es sólo que estamos en una situación desesperada en este momento. Incluso mientras hablamos, mi próximo cheque de pago seguramente se desvanecerá instantáneamente en el aire, con todos los gastos en medicamentos, el crédito de la tienda, el médico y muchas otras cosas. Lo mejor es esperar unos meses más hasta que podamos hacer frente a nuestros gastos.'

'¿Estás sugiriendo que pospongamos el bautismo de este domingo?'

'Si es posible. Pero si insistes, sigamos adelante, sin todos los costosos ritos. Podremos celebrar el banquete más tarde, cuando tengamos los medios.'

"¿Por qué invitar a la gente entonces si no hay celebración?"

'¿Qué quieres que hagamos, mi querida esposa? ¡Simplemente no tenemos el dinero! Sería una vergüenza organizar un banquete y quedar enterrados en deudas por ello.

Meni se quedó en silencio mientras empezaba a sudar frío. Pensó en la vergüenza que le traería si la gente descubriera que tenían que pedir dinero prestado para la ocasión. Pero luego decidió que sería más vergonzoso si continuaran con el bautismo como si fuera sólo una misa dominical ordinaria. '¡Qué desgracias le suceden a una mujer casada con un hombre pobre!' Meni pensó para sí misma.

Delfín, al ver que Meni estaba completamente callada y lucía desanimada, cedió.

'Ay, Meni, no sabes cómo me destroza ver que no he podido darte todo lo que te merecías. Debes estar pensando que es terrible estar casada con un marido pobre.

'¿Por qué volver a sacar eso a relucir? No cambies de tema, por favor.

"Mira, en cuanto a tu empleador, dado que es muy poco probable que te presten dinero, tal vez sea mejor..." Meni hizo una pausa mientras estudiaba la expresión intensa en el rostro de su marido mientras él se aferraba a las palabras

que ella estaba a punto de decir. 'Antes de continuar, por favor prométeme que tomarás lo que voy a decir en buena forma. Tengo una idea que resolverá nuestro problema.

'¿Qué es?'

"Primero jura que no te ofenderás".

'¿No, qué es eso? No puedo prometer nada sin saber si lo que voy a oír es malo o incluso imposible.

"En ese caso, no te lo diré".

Fue necesario un poco de persuasión y bromas suaves por parte de Delfín antes de que Meni dijera lo que pensaba.

'Está bien, está bien... Estaba pensando... ¿tal vez podríamos llevar mis aretes a la casa de empeño y empeñarlos por veinticinco pesos, tal vez?'

'¿¡Qué!? ¿Por qué se te ocurre siquiera pensar en hacer eso?'

'Porque de todos modos nunca los uso. ¿No dijiste que era pecado gastar dinero en cosas ociosas como joyas? ¿De qué sirve tenerlos si no puedo cambiarlos por dinero que puedo gastar?'

–No, Meni. Estaría bien si invirtieras el dinero en un negocio que pueda sustentarnos. ¡Pero no si vas a tirarlo

todo por la borda en una fiesta lujosa! Y a decir verdad, no permitiría que la gente pensara que te obligaron a vender tus posesiones porque éramos muy pobres. Y si tus hermanos se enteraran, seguramente me señalarían con el dedo acusador. Perdóname, querida, pero no puedo permitirlo. ¡Sin dinero no hay bautismo!

Meni esperó a que Delfín se calmara antes de defender su caso con gentileza.

'Mira, Delfín, te preocupa más que mis hermanos pregunten por mi herencia, cuando en realidad, tengo todos los motivos para preguntarles *yo* por mi *herencia*. ¿Qué derecho tienen a cuestionar lo que hago con lo que es mío? No es que todavía me estén dando algo. Además, el dinero irá a parar a mi hijo.

'¡El niño! ¡Te refieres a tus invitados!

"Sí, pero es por mi bebé".

'¿Y de dónde sacarás el dinero si tu hijo se enferma?'

'No hay problema. Sólo lo estamos empeñando. Podemos recuperarlo tan pronto como tengamos el dinero.

La discusión entre los dos volvió a prolongarse sin rumbo fijo. Pero al final Delfín cedió. Al día siguiente, la tía de Delfín llevó los aretes al Monte de Piedad. Aunque el interés mensual era manejable, la oferta fue de apenas doce pesos.

En la antigua tienda de Binondo, el interés era alto, pero la oferta no pasaba de veinte pesos, ni siquiera suficiente para pagar la recepción. Meni insistió en veinticinco o treinta pesos, pues el artículo ya valía cien pesos cuando lo compró su madre.

La anciana tía fue a una de las tiendas de la zona portuaria de Escolta, propiedad de un estadounidense conocido por pagar buenos precios por excelentes joyas. La anciana preguntó por ahí y al mediodía había llegado a la puerta de la tienda. ¡La anciana estaba extasiada! ¡Le ofrecieron treinta y cinco pesos! Se apresuró a volver a casa a pie, porque no quería gastar ni un centavo en el transporte.

'Si lo hubiera sabido, habría ido directamente a esa tienda. ¡Estos americanos realmente reconocen el oro y las piedras preciosas cuando las ven, a diferencia de los españoles y los lugareños de aquí!' La anciana rebosaba emoción mientras hablaba con Meni sobre las tiendas que había visitado.

Meni dijo: 'No por eso el Monte de Piedad dio una valoración tan baja. Ofrecen muy poco porque, si el objeto empeñado no puede recuperarse, ganarán mucho más.'

Las dos mujeres charlaron alegremente, pasando por alto convenientemente las prácticas injustas y oportunistas de las casas de empeño locales. Todos eran elogios para el capitalista americano, que no se preocupaba en absoluto por los intereses exorbitantes que tendría que cubrir. Pero

Delfín no estaba ni cerca de estar feliz o eufórico por todo el asunto.

Luchó por sonreír y apenas asintió mientras escuchaba a las dos mujeres. Pero no había nada que pudiera haber hecho al respecto. Estaba hecho. Los preparativos para la próxima celebración ya estaban en marcha.

* * *

El domingo por la mañana, justo después de la misa mayor, Tentay llegó a la casa acompañada de su hermano Víctor. Meni y el niño ya estaban debidamente vestidos para el rito bautismal. '¿Dónde está el padrino?' preguntó la tía.

"Felipe ya nos está esperando en la iglesia".

¡Qué padrino! No me digas que se avergüenza de su ahijado. ¡Debería estar aquí acompañando al niño mientras es recibido en la casa de Dios!

Delfín habló en nombre de su mejor amigo. "Felipe y yo acordamos que él debería estar allí primero para encargarse del registro".

La anciana se burló. ¡Y tuvo el descaro de enviar un carruaje destartalado para su ahijado!

'Oh, no seas tan quisquillosa. De todos modos, Meni y el bebé no cabrían en un carruaje tirado por caballos.

–Pues entonces debería haber alquilado dos carruajes. Hay muchas atracciones decentes que se podrían haber alquilado.

'Nanay, no haría ninguna diferencia. Destartalado o nuevo, el niño aún llegará a su bautismo.'

'Quiero que sepas que esto no augura nada bueno para tu hijo, en su día de bautizo cristiano. Si el niño es iniciado en la fe católica en condiciones de pobreza, seguramente vivirá y morirá en las mismas condiciones.'

"Oh, realmente deberías dejar de lado estas viejas supersticiones".

¡Todas son verdad! Mírame. Todos mis hijos fueron llevados a la iglesia en carruajes para su bautismo. El mayor fue bautizado en la catedral. Y había una banda de música en la procesión. Incluso cuando tu tío estuvo enfermo, conseguimos alquilar un carruaje decente para el bautizo de tu prima menor.

–No hagas un escándalo por eso, Nanay. Es domingo. Lo más probable es que todos los nuevos coches ya estuvieran reservados, por lo que Felipe tuvo que conformarse con este viejo carruaje.

'¿Por qué no puedes simplemente admitir lo tacaño que es realmente tu mejor amigo?' La anciana exclamó con desprecio mientras escupía en el suelo y se giraba para

regresar al interior de la casa. Se acercó a Meni y le susurró. 'Mira afuera. Felipe ha alquilado un carruaje viejo y destartado para llevaros a ti y al niño a la iglesia. ¡Realmente tacaño de su parte!'

Meni, que se estaba empolvando las mejillas, se levantó y frunció el ceño al ver el viejo carruaje esperando afuera de la casa. –Un carruaje muy viejo, por cierto. Dios mío, ¿por qué Felipe no pudo encontrar un vehículo más decente? Pensó en llamar a Livery Stable para alquilar un buen carruaje, pero luego decidió que sería un comportamiento inapropiado y grosero. Ella aceptó tranquilamente la situación, salió y, con los ojos entrecerrados, subió al carruaje.

Ya era demasiado tarde para dar marcha atrás y cambiar algo. No era el momento de hacer un berrinche por cosas que importaban muy poco.

* * *

Y así el niño fue bautizado y llamado Tiburcio. La iglesia rechazó el nombre tagalo propuesto por el padrino, y tampoco les gustó Delfín, que quería la madre. Dijo el párroco. 'Puedes llamarlo como quieras en casa, pero aquí, en la casa de Dios, no puedes hacer lo que quieras'.

Con ojos tristes, Meni miró a los bebés alineados para el rito bautismal: seis niñas, ningún niño. Escuchó el repique de

las campanas mientras el sacerdote administraba el rito, y el acompañamiento orquestal se burló de ella por el bautismo de un niño. Todo aquello parecía hacerla pensar: '¡Pobre Tiburcio! ¡Qué desgracia que no tengas todo esto para celebrar tu iniciación!'

Fue bueno que nadie entre la multitud reunida frente al altar supiera quién era ella. De lo contrario, se habría sentido profundamente avergonzada. No se arrepentía de haberse casado con un marido pobre; era el hecho de haber nacido en una familia adinerada lo que le provocaba un profundo sentimiento de resentimiento. Pero al ver cómo Tentay, que no conocía nada más que una vida de pobreza miserable, estaba tan feliz de haber presenciado esta modesta celebración de la bienvenida de su hijo al redil católico, el corazón de Meni comenzó a sentirse más ligero. "Si estuviera en el lugar de Tentay, me sentiría bendecida de presenciar el bautizo de mi hijo, incluso sin toda la pompa y la circunstancia que lo rodea".

Su revelación la puso de buen humor para la recepción que siguió, y Meni celebró deliciosamente con todos los invitados que esperaban su llegada a casa.

Había numerosos invitados, muchos de los cuales eran vecinos que se habían ofrecido a ayudar con las tareas del hogar. Los invitados empezaron a llegar en tropel: colegas de Delfín y Felipe, y varios hombres y mujeres jóvenes de Sampaloc y Uli-uli. A la hora undécima llegaron los músicos,

las amigas de Meni que tocaban la mandolina nativa. Venían de Santa Cruz, seguidas de un carro lleno de ancianas y niños pequeños, que probablemente eran familiares de los músicos.

La fiesta cobró vida cuando los músicos con sus mandolinas autóctonas, el guitarrista y el bajista empezaron a tocar. Más y más personas comenzaron a llegar y mezclarse entre los invitados. Fue entonces cuando Delfín vio que pronto se les acabaría la comida y las bebidas para servir. Los amigos de Meni de Quiapo y Santa Cruz aparecieron de la nada y de repente pareció ser una fiesta organizada para la sociedad adinerada.

Era evidente que su casa no era apta para recibir invitados tan nobles. Meni se sorprendió de cómo sus viejos amigos se enteraron de la recepción. No se lo contó a nadie más, aparte de las dos mujeres que habían traído a los músicos a tocar en la fiesta. Los únicos a los que invitó fueron el doctor Gatdula, su médico y su esposa. Incluso su antigua maestra, la señorita Inés, acudió con varios acompañantes. ¡Había demasiadas mariposas sociales para contarlas!

Naturalmente, estos invitados no invitados no formaban parte de la ecuación cuando hicieron los preparativos. Un pequeño cerdo asado, seis o siete pollos enteros fritos y una libra de carne para dos viandas, no serían suficientes para la multitud que había llegado inesperadamente.

Es cierto que hubo invitados que vinieron con regalos, pero ¿de qué servía la ropa de bebé, la decoración de la casa y los accesorios de comedor para alimentar a estos intrusos? Sería inútil culpar a su esposa o maldecir a los invitados no invitados. Lo que realmente aborrecía era la mentalidad local. Se preguntó cómo tanta gente podía ser tan insensible como para ignorar la humilde condición de los anfitriones.

Mientras los músicos rasgueaban las mandolinas y flotaba en el aire el trepidante vals y las melodías de dos pasos, se sentaban tímidamente golpeando con los pies el ritmo, sin estar seguros de si el frágil suelo de la casa podría soportar la presión. Sacudieron la cabeza, se guiñaron un ojo y murmuraron entre ellos, mientras algunos señalaban hacia el terreno baldío frente a la casa donde, según decían, se podría haber montado una pista de baile.

Pero Delfín no quiso nada de eso. Su casa simplemente no fue construida para bailes de salón. Bien podrían celebrar la fiesta bautismal de Tiburcio sin tantos saltos, agitaciones, retorceduras y vueltas.

En cuanto al niño, efectivamente fue bautizado como Tiburcio por la iglesia. Pero Delfín y Felipe, dejando caer el Radiance anterior, lo presentaron a los invitados como un Héroe. La tía de Delfín ya no protestó, pues pensó que ya habían cumplido con su obligación moral de bautizarlo con un nombre cristiano, y que bastaba con anteponer la voluntad de Dios al capricho del hombre. Ella lo consideraba

como un alias, porque sólo veía el mundo dividido entre evangelizados y paganos. Después de todo, ella era una mujer que creció siguiendo los principios marcados por las doctrinas cristianas.

Tan pronto como el bebé regresó a casa, ella ofició los rituales católicos de bienvenida al cristiano recién bautizado y luego acunó al niño en sus brazos mientras los invitados venían a honrarlo. Abandonó la cocina por completo y dio la bienvenida a todos a la casa, dejando a Delfín supervisar los preparativos de la comida.

* * *

Delfín todavía estaba preocupado por la comida de los invitados y le expresó su preocupación al anciano que preparaba las comidas. El hombre se levantó de la sartén que estaba removiendo, miró a Delfín y sonrió.

'Según su estimación, ¿cuántas bocas vamos a alimentar?'

"Según mis cuentas, hay de cinco a seis mesas, con diez cabezas cada una".

–Entonces, seis platos para diez personas. Eso son sesenta, ¿no?

'Sí, al menos. En el piso de arriba hay cuarenta personas apiñadas, pero en cuanto se sirve la comida, llegan más personas. Esperamos que lleguen más vecinos.'

'No te preocupes. No nos quedaremos cortos. He pasado por situaciones peores, ¿sabes?', dijo el anciano mientras lanzaba una mirada a la gente reunida en el piso de arriba. Estuvo a punto de divagar sobre sus desventuras en situaciones similares en fiestas pasadas, pero Delfín lo interrumpió, pues no le interesaba oír hablar de ningún desastre distinto al que ahora le estaba sucediendo.

'¿Entonces que debemos hacer ahora?'

'¿A qué hora servimos el almuerzo?'

"A las doce, que será muy pronto".

'Está bien, sé qué hacer. Relájate.'

El anciano saludó a una mujer que estaba cortando cebollas en la mesa no muy lejos de él y le ordenó que trajera la enorme fuente del plato de arroz español cubierto con hojas de plátano. Volvió a arrojar el plato de arroz español al wok y sirvió grandes cantidades de leche de coco.

Verás, este plato de arroz por sí solo les quitará el apetito inmediatamente. Este es un mejor entrante que la sopa en una época de escasez, como la actual. Si les das algo aceitoso desde el principio, perderán interés en los alimentos más aceitosos que vendrán más adelante. El plato de arroz por sí solo hará que dejen de desear más comida. Seguro que se lo tragarán porque está delicioso. Y sí, que todos usen tenedores y cucharas. De esta forma, podrán comer

lentamente y no se desperdiciará comida. Prepararemos platos muy salados. No cortes la carne. Déjalos luchar para sacar un trozo de carne fibrosa. Mucho más tarde serviremos el jamón y el lechón. Y antes de que se me olvide, esconde el pepinillo hecho con papaya verde rallada. No queremos servirles nada que pueda limpiarles el paladar o abrirles aún más el apetito.'

¡El plan del viejo realmente funcionó! Delfín sintió que acababa de presenciar el milagro de alimentar a la multitud con cinco panes y un solo pez. Todo lo que se necesitaba ahora era convertir el agua de las tinajas de barro en vino. Pero Delfín mantuvo su convicción de no adherirse a la tradición de servir vinos en las fiestas. Como opositor radical de la Ilustración, se negó a servir cerveza a sus invitados.

Delfín suspiró aliviado ya que los 'nobles' invitados no parecían quejarse de la comida ni de la ausencia de cerveza. Y cuando el anciano le dijo que aún quedaban dos platos de comida intactos, ¡casi besó las manos grasientas del anciano de pura gratitud!

Después de que los invitados hubieron comido, la celebración comenzó a detenerse. De hecho había música, pero nadie bailaba. Ninguna de las damas quiso cantar un número. Meni fue convencida para que interpretara una canción que conocía de su juventud, pero nadie se hizo eco de su coraje. La tarde era sofocante. Muchos no pudieron reprimir los bostezos con sus pañuelos y abanicos, y los

invitados empezaron a sentirse incómodos. Algunos pensaron en irse, pero eran demasiado tímidos para despedirse de los anfitriones tan hospitalarios y serviciales que fueron Delfín, Meni, Felipe y Tentay. Meni llevó a los invitados que se levantaron para despedirse a sus asientos. 'Oh no, no te vayas todavía. Quédense sólo para escuchar un número más de nuestra orquesta, por favor.

Y fue a través de ese tira y afloja que la fiesta volvió a la vida.

¡Pero nadie previó el perverso giro del destino que estaba a punto de desarrollarse!

Meni estaba cantando otro vals cuando un hombre a caballo se detuvo abruptamente en la puerta, sorprendiendo a la multitud en la fiesta. Llevaba un sobre.

Delfín se acercó al hombre a quien reconoció como el cochero al servicio de Talía, el mismo que solía llevarle sus cartas de amor a Meni cuando aún la cortejaba.

–Una carta para usted de la señora Talía, señor.

Delfín estaba nervioso mientras tomaba el sobre. Dentro estaba la tarjeta de Talía y un papel amarillento doblado. En la tarjeta estaba escrito: '¡Meni, lee este mensaje desgarrador!'

Delfín leyó lo que estaba escrito en el papel amarillento. La carta estaba en inglés, enviada desde Boston, Estados Unidos de América, y había sido enviada por Doroteo Miranda, un primo de Meni, que estudiaba allí. Decía que 'Don Ramón Miranda había sido asesinado por su compañero ayudante en un hotel de Nueva York, la noche del 9 de junio...'

El telégrafo también describió cómo la víctima fue atacada mientras dormía y sufrió tres puñaladas mortales en el lado izquierdo del pecho, en la cara y en el cuello. El crimen ocurrió por la noche, pero no fue hasta el mediodía del día siguiente cuando los demás huéspedes del hotel descubrieron el cuerpo.

Los restos estaban ahora bajo la custodia del Estado y serían enviados inmediatamente de regreso a Filipinas. El citado culpable se quedó con todo el dinero del anciano. El sobrino se apresuró a viajar a Nueva York al enterarse de la noticia y debía llevar el cuerpo a casa.

Desde el interior de la casa, Meni pudo ver a Delfín sosteniendo la carta y a la gente apiñada a su alrededor. De repente, el miedo se apoderó de ella. Dejó de cantar y salió corriendo de la casa llena de gente. Quedó completamente sorprendida al ver al familiar cochero después de tanto tiempo que soltó: "¿Por qué estás aquí?"

Se volvió hacia Delfín. '¿Qué es esa carta que tienes en la mano?'

Meni le arrebató la carta de la mano a Delfín. Después de leer el comienzo del mensaje, gritó de dolor, cayó al suelo y se desmayó. Delfín la abrazó mientras todos a su alrededor comenzaron a sollozar de luto cuando se enteraron del trágico destino de Don Ramón. "Dios bendiga su alma", decían aquellos que conocían la vida que había vivido don Ramón, mientras otros, aún presas del shock, jadeaban: "No puede ser".

La noticia de la prematura muerte de Don Ramón corrió como la pólvora por todo el barrio. La casa casi se derrumbó bajo el peso de más visitantes, que vinieron a expresar sus condolencias a los afligidos.

Incluso el bebé que dormía tranquilamente en su habitación gimió de repente, como si supiera de la tragedia y ahora estuviera de luto con sus padres. Meni ya estaba de regreso dentro de la casa cuando recuperó la conciencia. ¡Gracias a Dios tenían un médico entre los invitados!

El ambiente festivo en la casa ya había desaparecido, siendo reemplazado por una pesada atmósfera de dolor y tristeza. Era como si un fantasma hubiera irrumpido en la casa y hubiera robado sus corazones llenos de alegría y deleite, y los hubiera reemplazado por otros llenos de sufrimiento y dolor. Felipe se quedó quieto, tratando de

asimilar la impactante muerte de Don Ramón. Nunca estuvo de acuerdo con Don Ramón, su padrino, en muchas cosas. Eran polos opuestos en términos de inclinaciones políticas y, a menudo, luchaban abiertamente por cuestiones de principios. Tampoco podía entender que Tikong hubiera asesinado a Don Ramón. Siempre había pensado en Tikong como un sirviente leal de su amo. No podía entender cuáles podrían haber sido sus razones para matar al anciano a sangre fría. Se sabía que Tikong era amable y obediente con su amo y señor. Por eso don Ramón lo escogía como compañía en sus viajes, entre todos los demás sirvientes de la casa, porque era en quien más se podía confiar. No podía creer que Tikong pudiera hacer algo tan grave como esto, sin una razón suficiente para hacerlo.

Dentro de la casa, cuando todo se calmó y el doctor Gatdula declaró que Meni estaba a salvo de cualquier peligro, todos comenzaron a despedirse, individualmente y en grupos. Los únicos que quedaron fueron el marido y la mujer, así como el hermano pequeño de Tentay.

Capítulo 27

REGRESO A CASA

La luz parpadeante del día, el cielo lloroso, el olor del aire húmedo, los campos de hierba relucientes, las calles muy empapadas: la demasiado familiar Manila moliendo y eructando multitudes de trabajadores cansados que apenas se habían detenido a descansar, mientras los gritos furiosos de las máquinas de las fábricas retumbaban implacablemente. –esta era la hora impía de adoración en la que las masas se arrodillaban tras los dioses del capitalismo, encabezando la procesión hacia el santuario del Deseo y el Placer. Esta era la Bahía de Manila, donde el clima sombrío y las escenas de trabajos forzados eran como las dos caras de una moneda.

Pero ese día en particular, nubes aún más oscuras se cernían sobre el puerto Capitán Luis en Binondo, donde cuatro hombres descargaban con cuidado un ataúd negro, brillante y bien adornado. Siano estaba al frente, seguido por Madlang-Layon en la retaguardia.

La llegada de los restos de Don Ramón se produjo con poca antelación. No esperaban que el barco *Logan* llegara hasta el día siguiente, pero sin previo aviso, a las 12 del mediodía de ese día, Yoyong recibió un aviso de las autoridades portuarias de que el *Logan* había llegado por la mañana. Yoyong informó apresuradamente a su cuñado e hizo arreglos para conseguir un pequeño bote, hombres para transportar el ataúd y la funeraria.

Talía se quedó en casa, porque a Yoyong le preocupaba que su débil corazón no pudiera soportar la visión del ataúd de su amado padre. Esperó como si el ángel de la muerte también viniera a reclamarla, muy pronto.

Meni y Delfín, aunque estaban preparados para ver los restos de inmediato, desconocían lo que estaba sucediendo, ya que pensaban que el *Logan* no llegaría hasta el día siguiente.

Los lazos rotos entre Meni y sus hermanos habían comenzado a repararse. Las hermanas una vez más se procuraron consuelo, aunque todavía no habían visitado sus hogares.

Don Filemón estuvo entre los de El Progreso que acompañaron a Siano. Desde que don Ramón salió del país, su ira y sus celos se habían desvanecido. Sintió un profundo remordimiento al recibir la carta de despedida y se arrepintió de haber agraviado a su querido amigo, todo por culpa de una nota anónima llena de mentiras y engaños de un enemigo vil y cobarde. Se había disculpado profusamente más de una vez con la señora Loleng, a quien casi había matado sin motivo alguno. ¡Oh, qué devastado se había sentido al enterarse de la repentina muerte de don Ramón!

Se sentía responsable de la muerte, pues estaba convencido de que don Ramón no se habría ido a salvarse de toda la desgracia y la vergüenza, si no fuera por su incomprensión. Si se hubiera quedado en Manila, no habría sufrido tan terrible destino a manos de su sirviente.

Antes de que Don Filemón y Siano salieran de la fábrica, el trabajo se detuvo momentáneamente. Se ordenó a los trabajadores que se vistieran adecuadamente para recibir los restos de su patrón en el muelle. Los trabajadores de The Progress, como una masa singular, entraron en un frenesí para obedecer la orden.

'¡Quien no se presente en los muelles no recibirá su salario el sábado!' Escuchar las palabras de Don Filemón hizo que los trabajadores entraran en pánico mientras recibían la orden.

Yoyong se adelantó al resto y abordó el pequeño bote para reclamar el ataúd, y la multitud llegó justo a tiempo a los muelles mientras se descargaba el féretro. Era una extraña mezcla de personas reunidas alrededor del ataúd: dolientes que habían venido a presentar sus respetos y extraños intrigados por la noticia de la muerte del anciano. Todos sus ojos estaban fijos en el ataúd negro. Algunos hablaban en voz baja sobre las circunstancias que rodearon la muerte del anciano. Muchos sintieron una rabia enorme al enterarse de cómo fue asesinado el Don. Y todos pensaron en lo desafortunado que era que el culpable se saliera con la suya con todo el dinero del anciano.

Dos hombres extraños en compañía de Yoyong y Siano despertaron la curiosidad de la multitud. Claramente eran filipinos, pero los dos eran muy diferentes, a juzgar por su ropa y su forma de comportarse. Uno era alto y de piel bastante clara, y vestía un traje de lino oscuro. El traje era demasiado grande y largo, como si no le perteneciera; los pantalones demasiado estrechos en las piernas y demasiado anchos en el dobladillo; el collar tan rígido como el cuello de una grulla asustada; la corbata tejida como un pañuelo desaliñado; el sombrero de fieltro de ala ancha y copa torcida; y zapatos negros, rechonchos y planos como las patas de una tortuga marina. El otro hombre vestía prendas similares, aunque claramente era un simple asistente. Los dos hombres hablaban en inglés, pero sus lenguas se adaptaban mientras hablaban en español y tagalo con

Yoyong y Siano. Sin duda, estos dos hombres acababan de llegar al país. Habían traído el ataúd desde América.

'No pensé que fuera una buena idea dejarle todo a Ruperto para que trajera a casa los restos de mi tío. Después de enviar un telegrama sobre el percance que le había sucedido, no quería que mis primos pensarán que no me lamentaba. Sentí que era apropiado tomarme un descanso de mis estudios en Boston.'

Entonces este hombre debe ser Doroteo Miranda, sobrino de don Ramón, quien le envió el telegrama a Talía. ¿Y quién será ese Ruperto? ¿Un compañero de estudios en los Estados Unidos de América? Pero a Doroteo le parecía más un sirviente por la forma en que buscaba a tientas cada palabra mientras atendía el ataúd. No podía ser un sobrino más de don Ramón.

'Oh, ¿ese hombre?' dijo Doroteo para responder a la pregunta de Siano.

'Es un filipino pobre que trabaja como barman en la ciudad de Nueva York. Lo acabo de conocer allí. Dejó el país cuando era joven y nunca volvió a ver ni saber nada de su familia. Ese hombre ha estado en casi todos los lugares de Europa antes de venir a Estados Unidos. En la ciudad de Nueva York, no tenía residencia permanente hasta que encontró trabajo en un bar donde ha estado destinado durante un año. Se ofreció a ayudarme a traer a casa a Don Ramón. El bar donde

trabajaba estaba cerca del hotel donde ocurrió el crimen. Puede parecer rudo, pero es un buen chico. Muy fluido el inglés y algunos idiomas europeos. La historia de su vida también es muy trágica”.

Mientras hablaba el estudiante de Boston, el carruaje fúnebre paseaba por San Fernando Road, seguido de una procesión de cinco carros y carruajes tirados por caballos que transportaban a los amigos y familiares, que acudieron apenas supieron del fallecimiento de Don Ramón. Detrás de los carruajes iba la multitud de trabajadores de El Progreso, caminando desordenadamente. Las jóvenes, todavía conmocionadas por las palabras amenazadoras de don Filemón en la fábrica, se levantaron las faldas y pisotearon el espeso barro mientras perseguían el carruaje que transportaba los restos de su amo. Muchos no hicieron caso de la severa advertencia de Don Filemón y optaron por separarse sigilosamente y huir de la procesión. A ninguno de los observadores parecía importarle si la gente ya había desaparecido de sus filas.

Las personas que vieron la marcha fúnebre se llenaron de asombro y dolor. En silencio, pronunciaron sus oraciones por los difuntos: '¡Que descanse en paz! ¡Que el Señor le perdone sus pecados!'

* * *

El ataúd fue llevado directamente a la casa del anciano en lugar de llevarlo al cementerio, como era costumbre. La casa ya había sido completamente decorada y preparada para honrar los restos del gran padre. Por dentro y por fuera, la casa del anciano se transformó milagrosamente para que pareciera una gran iglesia.

Era de noche cuando llegó el cuerpo de don Ramón, y la vigilia se iba a realizar hasta la tarde del día siguiente, cuando finalmente se daría sepultura a los restos. Todos los que vinieron a visitarlo vieron la espantosa apariencia del asesinato: un corte largo y profundo en la mejilla izquierda del hombre y otro que bajaba por el cuello hasta la clavícula. Muchos se preguntaron por la herida en el pecho bajo la camisa del cadáver. La carne ya se había oscurecido por el embalsamamiento y era casi tan negra como el traje funerario.

Meni vino por la noche tan pronto como recibió noticias de sus hermanos. En esa ocasión, los hermanos dejaron de lado sus diferencias y se reunieron una vez más, porque era su obligación moral presentar sus respetos y honrar a su querido padre fallecido, como una sola familia. Este era su momento solemne para desechar todas las heridas del pasado y para que los hijos huérfanos derramaran sólo lágrimas de dolor. Quienes dieron testimonio no pudieron discernir ningún indicio de los viejos rencores o del dolor de larga data de la separación entre los hermanos. Allí, frente a

su padre, su vínculo como hijos de Don Ramón y como hermano y hermanas era innegable.

Incluso Siano, Yoyong, Delfín y Felipe dejaron de lado sus diferencias y trabajaron colectivamente en el manejo de los asuntos relacionados con el velorio, acompañando a los invitados que llegaban constantemente y atendiendo a las dos hermanas que habían sido llevadas a la histeria y el delirio. Muchas veces, Talía y Meni se habían arrojado sobre el ataúd para abrir la tapa de cristal, como si quisieran ocupar el lugar de su padre que yacía dentro del ataúd.

Durante toda la vigilia, los invitados se congregaron constantemente alrededor de Doroteo Miranda y Ruperto. Después de presentar sus respetos al muerto que yacía en su ataúd, todos y cada uno de ellos se acercaron a los dos hombres, curiosos por escuchar los detalles que rodeaban el asesinato de Don Ramón a manos de su criado, ansiosos por saber el paradero del cobarde culpable o si había sido detenido o condenado a muerte. Pero nadie preguntó por qué Tikong había cometido el asesinato, a pesar de saber que don Ramón lo había elegido como su compañero de servicio por su mansedumbre, obediencia y humildad.

Sólo Felipe, debido a su curiosidad innata, tuvo el valor de profundizar más en el crimen. Al día siguiente invitó a Ruperto a tener una charla privada en el salón de la casa donde solía hospedarse.

'Amigo mío, he querido hablar contigo desde anoche. La primera vez que te vi, actuaste como un sirviente compañero de ese estudiante extranjero que vino aquí contigo, lo que me hizo sentir bastante curioso. Tengo el presentimiento de que sabes más de lo que te gustaría revelar sobre las verdaderas circunstancias que rodearon el asesinato de mi padrino.

–¿Es usted ahijado de don Ramón? –exclamó Ruperto, mirando fijamente el rostro de Felipe.

'Sí, lo soy. No debería sorprenderle este deseo de saber todo sobre la serie de acontecimientos que condujeron a su espantosa muerte. Yo mismo no podía creer que Tikong fuera capaz de cometer un crimen tan terrible. Él y yo éramos compañeros de cuarto y, de hecho, compartíamos ese espacio para dormir allí mismo. Lo conocía muy bien, como conocía muy íntimamente a don Ramón. ¿Qué pasa contigo? ¿Los conocías?

'Sí, los conozco muy bien, a don Ramón y a Tikong. El bar donde trabajaba en la ciudad de Nueva York estaba justo al lado del hotel donde se hospedaban. Pero antes de continuar, amigo mío, ya que mencionaste que eres el ahijado, ¿puedo saber tu nombre, por favor?

Felipe inmediatamente sintió incertidumbre y vacilación en Ruperto.

'Mi nombre es Felipe.'

'¡¿Felipe?!'

Ruperto quedó impactado por lo que escuchó y guardó silencio.

–Pareces sorprendido. ¿Nos hemos visto antes?

Ruperto no pudo decir una palabra. Sus ojos y su lengua se congelaron. Quería responder, pero parecía no reunir suficiente coraje para hacerlo.

'¿Por qué? ¿No crees lo que te acabo de decir?'

'Lo siento, en absoluto. Es sólo que... tú y yo... podemos tener... conocidos mutuos...'

'¿Dónde? ¿En América, te refieres?'

'No. Aquí en Manila, en Santa...'

Ruperto volvió a quedarse en silencio. Parecía confundido, vacilante y ansioso, desde donde estaba.

Una comprensión repentina golpeó a Felipe en el pecho. Comenzó a recordar un recuerdo lejano.

'Espera, ¿no dijiste que te llamabas Ruperto?'

'Sí.'

'Ruperto... ese era el nombre de...'

Felipe estaba completamente estupefacto y no podía mover la lengua para hablar. Miró a Ruperto de pies a cabeza, como si intentara discernir alguna característica familiar o parecido con las personas que conocía tan íntimamente.

'¿Felipe?!'

'¿Ruperto?!'

Los dos hombres se pararon frente a frente e hicieron gestos para darse un abrazo de bienvenida, pero ninguno se acercó ni un centímetro. Un fuerte sentimiento de duda los hizo retroceder.

'¿Cuánto tiempo llevas fuera del país?'

–Oh, según mis cuentas, deben haber pasado ya siete años.

'¿Siete años? ¿No te fuiste con cierto caballero español?'

'No, un latinoamericano, de Argentina, que era capitán de barco'.

'¿No tienes familia? ¿Padre, madre, hermanos?'

'Sí.'

'¿Y sus nombres...?'

'Alejandro y Teresa, mis padres...'

Felipe quedó atónito. La revelación provocó que un escalofrío recorriera su columna y le provocó escalofríos por todas partes. Quedó estupefacto por un momento.

'¿Conoces a mis padres?'

–De hecho, sí, los conozco muy bien. Pero ¡ay!, tu padre...'

'¿Por qué? ¿Qué le pasó?'

'Mang Andoy ha fallecido...'

'¡Eso no puede ser!'

Ruperto se quedó sin palabras y permaneció allí como una vela derritiéndose.

Felipe se arrepintió instantáneamente de haberle dicho que ya no tenía padre, pero ya era demasiado tarde para retractarse. Intentó desviar la conversación hacia otro tema, pero Ruperto no accedió. El pensamiento de su padre que había ido al más allá, y de su madre y sus hermanos que quedaron atrás, traspasó su corazón. ¡Habían pasado siete años sin ver a sus padres y hermanos! Esa fue la única razón por la que se ofreció como compañero de servicio de Doroteo Miranda: para finalmente poder regresar a casa.

Había planeado regresar a casa durante mucho tiempo, pero no tenía el dinero para hacerlo, y no ayudó que tuviera amos severos e inflexibles. Su pasión por los viajes también lo distrajo, llevándolo a tierras extranjeras que había anhelado ver.

Desde que dejó el país, nunca había recibido noticias sobre su familia en casa. Fue sólo a través de Tikong, ese sirviente que mató a su propio amo, que pudo recopilar información sobre sus seres queridos. Pero eran sólo fragmentos. Tikong, a quien había conocido en la ciudad de Nueva York, sólo le dijo que Don Ramón tenía un ahijado llamado Felipe, un joven nacido en una familia adinerada, quien por sus inclinaciones anarquistas fue repudiado por su propio padre y abandonado por su padrino. Que este Felipe se enamoró de una pobre mujer llamada Tentay, hija de Aling Tere y de un tal Mang Andoy, que tenía hermanos muy pequeños. Que este Felipe tenía un amigo que se enamoró de una hija de don Ramón, y que el viejo se fue por despecho porque no quería que su hija se casara con un pobre. Ruperto se dio cuenta de que esos Andoy, Tere, Tentay de los que hablaba Felipe, ahijado de don Ramón, eran sin duda su propio padre, su madre y su hermana.

Quiso la suerte que lo escogieran personalmente para ayudar a transportar los restos de un hombre que resultó ser un compatriota filipino. Para Ruperto lo que realmente importaba, más que el asesinato de Don Ramón, era que por fin estaba de regreso a casa, y no tuvo que gastar ni un

centavo para hacerlo. No le importaba la forma en que Tikong mató a Don Ramón, porque pensaba que no se podía culpar a Tikong y que el asesinato era culpa del propio anciano.

Pero éste no era el momento adecuado para que los dos hombres siguieran discutiendo los sangrientos detalles del asesinato de Don Ramón. A la luz de esta repentina revelación, Ruperto no podía esperar a saber más sobre su madre y sus hermanos.

'¿Dónde están ahora? ¿Dónde puedo encontrar a mi madre y a mis hermanos?'

'Están en San Lázaro, aquí en el pueblo de Santa Cruz.'

'¿Me puedes llevar ahí?'

'¿Si pero cómo? Puede que tu amo esté buscándote.'

'¿Amo? Él no es mi amo. ¡Estoy harto y cansado de servir a los amos! Él no era más que un medio para lograr un fin, un billete gratuito a mi patria. Gracias a dios que te conocí aquí, de lo contrario me tomaría una eternidad encontrar el camino de regreso a mi familia. ¡Ay Felipe, amigo mío, si supieras el tormento que tuve que soportar, separado de mi madre y de mis hermanos durante siete, largos años!'

Creo que ya he tenido mi parte justa de eso.

'¡Dudo que eso se acerque siquiera a quedarse varado en el otro lado del mundo, durante siete largos años! ¡Lejos de mi madre, mi hermana y mis hermanos!' Sus ojos brillaron con lágrimas no derramadas. 'Me pregunto quién habrá estado cuidándolos...'

Felipe no pudo responder, temiendo que a Ruperto le sorprendiera saber que Tentay ahora tenía un marido, y que ese marido era él. Ruperto tuvo el presentimiento de que este Felipe que tenía ante él era la misma persona a la que Tikong se refería como el hombre que se había enamorado de su hermana, aunque no estaba del todo seguro de qué pasó con su historia de amor. Los dos se quedaron sopesando sus propias dudas e incertidumbres. Pero Ruperto no podía esperar más para reunirse con su familia.

'¿Cómo conoces a mi madre y a mis hermanos?'

Felipe quedó desconcertado por la sencilla pregunta. Abrumado, luchó con la respuesta, aún dudando si debía decir la verdad. Sería inútil negar la verdad, pensó.

Pero luego decidió que tampoco era el momento adecuado.

'Esa es una historia muy larga. Te llevaré ahora a donde se alojan y podrán contarte todo sobre mí. Lo más importante es que los veas de inmediato.'

'¡Estoy agradecido más allá de las palabras!'

–Entonces, ¿deberíamos seguir nuestro camino?

'Sí, sin más demora. Sólo le diré a Doroteo adónde voy para que no venga a buscarme cuando me haya ido. El entierro no sería hasta esta tarde. Eso me da tiempo suficiente para ver a mi madre y a Tentay y luego regresar aquí de inmediato.

Fueron a contarle su plan al estudiante extranjero. Doroteo sabía muy bien por qué Ruperto se había ofrecido a acompañarlo como su ayudante. Como había demasiados sirvientes alrededor, permitió que Ruperto fuera a ver a su familia. Los dos hombres se marcharon, dejando a Delfín completamente inconsciente de lo que acababa de pasar.

Capítulo 28

CRÓNICA DE SIETE AÑOS

Ruperto tenía apenas once años cuando abandonó el país en 1898. Estuvo fuera durante casi siete años y no regresó hasta 1905. Vivió muchos años a bordo de embarcaciones marítimas, viajó por Europa, llegó a Cuba y luego se radicó en los Estados Unidos de América. Regresó a casa como un adulto joven, muy americano en vestimenta y modales. Y aquí estaba él, de pie justo delante de Aling Tere. Cuando se fue, Tentay era solo una niña, Lucio tenía solo cinco años y Víctor tenía dos. '¡Madre!' gritó mientras abrazaba fuertemente a Aling Tere y le besaba las manos. Sus hermanos observaron asombrados, desconcertados y confundidos.

Para la madre y el hijo, este fue un momento que podría durar para siempre, ¡sin igualar ni siquiera la vida eterna en el cielo!

Aling Tere no pareció sorprenderse. Dejó escapar un grito desgarrador mientras levantaba la vista y miraba a los ojos al hijo perdido hacía mucho tiempo que la había llamado.

'¡Ruperto! ¡Mi hijo!' Se había levantado para recibir a Ruperto en sus brazos amorosos y lloró. Ese era el vínculo entre madre e hijo, inquebrantable incluso después de largos años de dolorosa separación.

Tentay estaba completamente estupefacta. Sus ojos estaban fijos en su madre, siendo abrazada con tanta fuerza por este joven que acababa de salir de la nada. Ella lo escuchaba todo, madre e hijo se llamaban, pero a ella todo le parecía un sueño. Un milagro, una visión, un misterio. Sus palabras resonaron en lo más profundo de su alma. Todo su cuerpo se congeló y su rostro se puso pálido. ¡No podía pronunciar ni una sola palabra! Aunque todos eran muy pequeños cuando se separaron, todavía podía recordar el rostro de Ruperto. Había pensado que después de lo que le pareció un siglo, Ruperto debía haber estado muerto hacía mucho tiempo. No había manera de que pudiera estar aquí delante de ellos. ¿O era simplemente un fantasma que venía a decirles que, efectivamente, su hermano había pasado al más allá?

Felipe, al ver a su esposa en un estado de desconcierto, hizo que Tentay volviera a sus sentidos.

¡Tentay! ¿No lo reconoces? Ese es tu hermano, Ruperto...'

'Sí... ¡Ruperto! ¡Pentong! ¡Eres tu!'

Tentay, despertada de su estado hipnotizado, abrazó a Ruperto y lloró de alegría.

Lucio, que acababa de regresar de ir a buscar agua afuera, gritó '¡Kakâ Pentong! ¡Kakâ Pentong!' Corrió y abrazó a su hermano mayor. El pequeño Amando se quedó inmóvil. Todavía estaba en el vientre de su madre cuando Ruperto se fue y no tenía ni idea de lo que estaba pasando. No podía decidir si debía acercarse y unirse a su abrazo.

'¡Ese es Lucio!' Aling Tere presentó al joven con los pantalones arremangados.

'¿Y este joven?' Ruperto se volvió hacia Amando, quien lo miraba con la mirada perdida.

Tentay soltó: 'Oh, él no te conoce'. Madre todavía lo llevaba en su vientre cuando te fuiste. Ese es Amando.'

'¿Éste es Amando?' Ruperto agarró al pequeño, lo cargó en su regazo y le plantó besos en la frente y las mejillas. Julián, el niño pequeño que fue despertado por el ruido en la casa, lloró y rodó por el suelo.

'¿Y este otro pequeño? ¿De quién es este niño? ¿Ya estás casada, Tentay?

Tentay y Aling Tere se miraron antes de girarse hacia Felipe. Ninguno de los dos pudo decir "sí, de hecho", porque estaban avergonzadas de que Tentay no estuviera realmente casada por la iglesia. Pero Aling Tere pensó que eso era irrelevante y decidió que podrían explicarle toda la situación matrimonial más adelante.

"Sí, Tentay ahora tiene marido".

'¿Ese bebé es tuyo?'

'¡Oh, no! Esa es nuestra hermana de dos años.

Ruperto levantó a la niña que gritaba. La pequeña Juleng pateaba y chillaba como si le estuvieran mutilando los dedos de las manos y los pies. Ruperto apenas besó a la bebé antes de entregársela a su madre.

–Entonces, ¿estás casada, Tentay? ¿Y quién es tu marido?

'Ese hombre.' Aling Tere señaló a Felipe.

'¡Ay, él! ¡Eres tú! ¡Gracias!'

Los dos hombres se abrazaron como hermanos. Entonces, Ruperto de repente se acordó de su otro hermano menor.

'Espera, ¿dónde está Víctor? Tenía sólo dos años cuando me fui.

'Oh, él no está aquí. Está en Tondo con tu tía. ¡Pero Ruperto, tu padre!

Y de repente toda la casa se llenó de gritos de dolor. Ruperto no pudo contenerse más y rompió a llorar como un niño.

'Silencio, no mencionéis más eso. Ruperto y yo ya habíamos hablado de lo que le pasó a su padre.

Fue necesario un poco de persuasión antes de que Felipe pudiera apaciguar a la afligida madre y a sus hijos. Todos se sentaron en silencio, con los ojos todavía húmedos de lágrimas amargas.

'Es tarde. ¿Todavía vamos de regreso para el entierro? –le preguntó Felipe a su cuñado.

'Tu decides. Si crees que deberíamos...'

'Acabas de reunirte con tu familia. Dudo que quieran verte partir pronto.

Aling Tere y Tentay protestaron. '¿Vas al entierro? ¡No es necesario!'

'No quiero, pero toda mi ropa y mis cosas están allí. Además, no quiero que mi compañero piense que lo he abandonado ahora que estoy en casa.

'En efecto. Yo también tengo que regresar y unirme al cortejo fúnebre. Si estás de acuerdo, Pentong, volvamos ahora. Quiero presentarte a mi mejor amigo. Son sólo las dos y la procesión comenzará a las cuatro. ¿Por qué no nos quedamos un rato y les cuentas la historia de dónde has estado todo este tiempo?

Las mujeres y los niños suplicaron con entusiasmo al unísono. '¡Sí, por favor!'

Y así comenzó la historia de Ruperto de los últimos siete años.

El padre de Ruperto lo vendió al extranjero español como aprendiz, para que aprendiera a leer y escribir. El extranjero era un marino que visitaba con frecuencia varias islas de Filipinas. Ruperto viajaba con el hombre y le asignaban tareas livianas, pues era apenas un niño. El niño sirvió al extranjero durante un año y los dos se hicieron muy cercanos. Mang Andoy cambió a su muchacho por treinta pesos: pero él sólo obtuvo seis pesos, porque tuvo que pagar un año de hospedaje por adelantado para que Ruperto se quedara a bordo del barco. Durante ese año, cada vez que el barco atracaba en Manila, Ruperto regresaba a casa para visitar a sus padres. Al ver que Ruperto había aprendido a

leer y pronunciar frases como 'sí señor', 'no señor', 'mande usted señor', Mang Andoy pensó que sería mejor dejar que Pentong se quedara con el viajero español.

En algún momento, el extranjero español decidió regresar a su casa en México. Entregó a Ruperto al capitán argentino del *Presidente Sarmiento*, que era un amigo cercano. Así, el joven fue abandonado por su antiguo amo mientras el *Presidente* zarpaba un día de noviembre de 1898.

El *Presidente* tenía muchos soldados marinos de diferentes razas y tenía cañones y armas para la guerra.

Cuando el barco zarpó de Mariveles, Ruperto se puso histérico y quiso saltar del barco. Al principio, sus compañeros se divirtieron, pero al poco tiempo se apiadaron y consolaron al joven. El capitán argentino prometió enseñarle las costumbres de un excelente marino, para que algún día pudiera convertirse en un oficial naval de alto rango.

Siete días después atracaron en Singapur y de allí a Colombo, donde desembarcaron y permanecieron tres días. Los nativos de Colombo apenas estaban vestidos: tanto hombres como mujeres llevaban anillos en la nariz y adoraban a Buda. Evitaron el brote de cólera en Bombay y se dirigieron a Adén, atravesaron el Golfo Pérsico y navegaron por el Mar Rojo, donde las tropas a bordo realizaron prácticas militares. Se encontraron con un clima

extremadamente caluroso en los meses de junio y julio y temperaturas terriblemente frías en diciembre. Llegaron a Mocha en Yemen, una tierra gobernada por el imperio turco, a través de la cual ningún barco podía pasar. Se desviaron por el Canal de Suez, donde las autoridades sanitarias les ordenaron desnudarse y los sometieron a protocolos de cuarentena. Luego se dirigieron a Port Said donde cargaron carbón.

La siguiente parada fue Alejandría, y allí se habían apeado los pasajeros. Atracaron durante cinco días antes de dirigirse a El Pireo, en Grecia, cerca de Atenas. Ruperto acompañó a su nuevo maestro y permaneció allí durante tres días. Montó por primera vez en un ferry y vio los lugares de interés de la antigua Grecia.

De regreso al *Presidente*, zarparon hacia Pola en Austria–Hungría y luego a Venecia en Italia. Después de dos días, subieron a bordo hermosas invitadas y hubo mucha diversión. Las calles venecianas eran demasiado estrechas para cualquier vehículo, por lo que debían circular a pie. Era la primera vez que Ruperto veía una ópera italiana en el Teatro Malibran de Venecia.

De Venecia se dirigieron a La Maddalena, ciudad costera habitada por tropas militares italianas, y luego se trasladaron a Nápoles, donde deambularon durante cinco días. Permanecieron doce días en La Spezia, ya que había que atender y limpiar al *Presidente*. Allí Ruperto se hizo

tomar la primera fotografía como recuerdo de su vida de vagabundo.

Las mujeres y los niños se quedaron sin aliento ante la mención de la fotografía y se quedaron con los ojos muy abiertos mientras escuchaban sus descripciones de los lugares que había visitado. Le preguntaron por qué nunca envió ningún correo, pero Ruperto insistió en que sí y que era el propio capitán, quien había enviado una copia de la fotografía por correo.

–¿Entonces nunca recibistéis mi correo?

'No', dijeron Aling Tere y Tentay.

'Me pregunto adónde fue. Pero no importa, déjadme contaros más sobre mis aventuras en el extranjero.

'¡Sí, por favor continúa!' Todos instaron a Pentong.

'Está bien. Entonces, después de terminar todo el trabajo en el barco, desde La Spezia viajamos a Toulon en Francia, a un enorme puerto naval muy cerca de Marsella, donde tuvo lugar la Revolución Francesa. Estábamos a flote en el Golfo de León entre Francia y España. Cuando nos dirigíamos a Barcelona hubo una tormenta tan grande que casi nos derriba. Vimos olas más grandes que catedrales y montañas. Pensé que estábamos acabados.

'¡Dulce Señor Jesús!' –exclamó Aling Tere. '¿Dónde estabas? ¿Qué hiciste?'

"Me quedé cerca de mi maestro y lo seguí mientras corría por la cubierta del barco".

'¡Santa Virgen y el Niño! ¿No te mareaste?, preguntó Tentay con incredulidad.

'¡Oh, yo no lo haría!' Lucio se jactó con confianza. "De hecho, simplemente observaba cómo las olas golpeaban a los otros barcos".

"Bueno, no me sentí mareado en absoluto."

'¡Oh, dejen de hacer tonterías, niños!' Aling Tere se sentía mal del estómago.

"Mi maestro amenazó con echarme del barco si sentía náuseas".

'¡Jesús! ¡Qué hombre tan desalmado!', casi gritó Tentay.

–Oh, sólo intentaba asustar a Pentong –replicó Felipe.

–Oh, si te pilla una tempestad así, bajo un cielo negro como la noche, entre torrentes de lluvia, no verás nada, Lucio. No oirás nada más que el sonido de los cañones disparados desde los barcos cercanos que piden ayuda. Los barcos

franceses estaban allí para ayudar a aquellos que no pudieron resistir la tormenta.'

"Los franceses son realmente amables", comentó Aling Tere.

"Vaya, así es como debería ser la gente cuando otros están en peligro en el mar, madre", la secundó Lucio.

'¿Cómo lo sabrías? Nunca te has adentrado lo suficiente en el océano. –bromeó Aling Tere.

'Eso lo he oído de los marinos del muelle de Escolta y San Fernando, donde yo trabajaba como porteador de viajeros por mar', insistió Lucio, y Ruperto lo confirmó. 'Sí, mamá, lo que dice Lucio es verdad'.

Tentay presionó para obtener más historias. –Entonces, ¿estabais atrapados allí, en Francia?

'No, tuvimos que dejar pasar la tormenta. Lo que me recuerda que uno de los miembros de la tripulación murió en esa tormenta. Estaba trabajando en la plataforma cuando una enorme ola lo arrojó fuera del barco. Fue tragado por el mar y nunca más se le volvió a ver. ¡Pobre alma!'

'Así que al día siguiente nos pusimos en camino hacia Barcelona, el lugar más bonito y animado de España. Allí encontré innumerables fábricas y lugares de comercio. También era caldo de cultivo de anarquistas. El pueblo,

especialmente los catalanes, era el más feroz y rebelde de toda España.

–¿Cómo pudiste saber que eran anarquistas? Felipe tenía curiosidad.

“Estuvimos allí más de una semana. Mi maestro, que amaba absolutamente a las mujeres, no perdió el tiempo deambulando por la ciudad conmigo a cuestas. Pero cada vez que una mujer en particular captaba su atención, me enviaba a vagar solo. Y fue entonces cuando vi todos esos disturbios de los trabajadores de las fábricas. Una vez, había una gran multitud de varios miles de trabajadores atrincherados alrededor de una fábrica en particular, arrojando piedras y derribando puertas. Y habría gente perseguida por las calles, ladrones robando pan en una panadería. Las autoridades locales no pudieron hacer nada para detener a los delincuentes que corrían salvajemente por todas partes. Entonces trajeron soldados de los pueblos vecinos para derribar las barricadas y atrapar a los alborotadores. Pero cuanto más disparaban disparos de advertencia, más gente salía a las calles para unirse a la refriega. Y cuando ya era imposible sofocar el motín y las masas habían comenzado a empujar y devolver el golpe, los soldados empezaron a disparar contra la gente. Cinco personas murieron y muchas resultaron heridas. Varios de mis compañeros de tripulación estuvieron a punto de unirse al motín cuando vieron a las tropas matando civiles. Los oí despotricar sobre los sindicatos, la *Internacional*, el

socialismo, el anarquismo, de los cuales no sabía nada en absoluto. Dos agentes fueron agredidos y los disturbios se intensificaron. Finalmente, fue necesaria la caballería española para dispersar a los alborotadores, quienes luego huyeron a la plaza del pueblo para reagruparse. Allí, los líderes sindicales predicaron a las masas reunidas alrededor, quienes respondieron con fuertes gritos y puños en alto. No pude ver cómo terminó la manifestación porque pronto tuve hambre y tuve que regresar al barco.'

Felipe, que escuchaba atentamente el relato de su cuñado, no pudo evitar comentar. ¡Eso no se parece en nada a cómo se llevan a cabo aquí los disturbios y manifestaciones! ¿Cuándo aprenderán nuestros trabajadores locales a levantarse unidos contra la opresión?

Aling Tere tuvo una opinión disidente. 'Es mejor que no nos parezcamos a ellos. ¡O tendrán que ceder ante los disparos!

'No tengo miedo a las armas. No importaría si nosotros, nuestras esposas e hijos, muriéramos de hambre. ¡Preferiría que muriéramos peleando!' Felipe no pudo ceder en su convicción.

'¡Así fue exactamente en todas las tierras que visité en Europa!', confirmó Ruperto.

Aling Tere se sintió incómoda en este giro de la conversación. 'De todos modos, ¡basta de eso! Pentong, ¿entonces de Barcelona...?'

'Ah, sí. Desde Barcelona cruzamos a Cartagena, navegamos por el Mediterráneo y atravesamos el Estrecho de Gibraltar. Pensé en abandonar el barco y viajar de polizón con un compañero de tripulación español y tagalo, pues ya me estaba cansando del mar. Nos dirigíamos a la ciudad de Nueva York, pero los fuertes vientos y las altas olas nos obligaron a buscar refugio en Madeira. Desde allí navegamos hasta Sudamérica. Durante veinticinco días no vimos tierra alguna, hasta que llegamos a las islas del Caribe. Luego estuvimos en La Guana en Venezuela, Santiago de Cuba, y finalmente paramos en La Habana, la capital de Cuba. Me sorprendió ver a tantos filipinos en Cuba trabajando como esclavos para comerciantes españoles, o como empleados en casas comerciales o como cultivadores de tabaco. Estaba tan fascinado por Cuba que decidí abandonar al *Presidente* y quedarme atrás. Y resultó ser una decisión acertada porque dos días después de zarpar, el *Presidente Sarmiento* quedó atrapado en una tormenta y se hundió en el fondo del mar.

'¡Oh, Santísima Virgen María! ¡Gracias por salvar a mi hijo!'
–exclamó Aling Tere.

¡El destino fue realmente amable contigo! Tentay estuvo de acuerdo.

'Así que me quedé allí en Cuba. Otro filipino me llevó a trabajar como ayudante en la casa de su amo español, pero después de dos años de trabajo no remunerado, me inquieté y me fui a trabajar a la finca de tabaco. Comencé a ganarme la vida y tenía dinero para comprar mi propia comida y ropa. Ya me iba bien, pero luego me metí en una gran huelga en las fincas. Los trabajadores intentaron hacer demandas, pero los terratenientes se negaron a escuchar y tomaron represalias despidiendo a quienes se habían sumado a la huelga. La mitad de la fuerza laboral fue despedida. Los que quedaron fueron los dóciles peones que permanecieron leales a sus amos. Para sobrevivir, trabajé como asistente en un hospital cubano y un taller de reparación de relojes donde aprendí a arreglar relojes y bicicletas, pero lo abandoné de todos modos cuando murió el dueño. Decidí probar suerte en Estados Unidos, donde había muchas ofertas laborales. Junto con otros cubanos fui a San Francisco vía Nueva York, trabajé en varias cervecerías hasta que me mudé a la propia ciudad de Nueva York, donde encontré trabajo en un bar que pagaba veinte dólares. Allí conocí a Don Ramón y Tikong.

'¿Cómo los conociste?' –Preguntó Felipe emocionado.

'Bueno, ¿cómo podría no conocerlos? Se alojaron en el hotel justo al lado del bar. Don Ramón visitaba el bar todas las noches. ¡Oh, qué mujeriego era! Cada vez estaba con una mujer americana diferente. ¡Un gran bebedor también! Tikong y yo lo llevábamos a menudo a su habitación de hotel,

totalmente borracho. Era un hombre violento y agresivo cuando estaba borracho. Tikong y yo nos hicimos muy amigos y él siempre se quejaba de que el anciano lo tratara tan mal; que estuviera borracho o no, el anciano lo golpeaba todo el tiempo. Más de una vez me rogó que lo ayudara a encontrar un trabajo porque realmente quería dejar al cruel y desalmado viejo. Hice lo mejor que pude para ayudarlo. Una vez me preguntó si podía huir a Cuba, pero lo disuadí. En repetidas ocasiones expresó su deseo de abandonar a don Ramón, hasta que ocurriera aquel horrible crimen. Tenía miedo de perder la cabeza y acabar asesinando a su amo.

El humor de Ruperto cambió y empezó a hablar en voz baja.

'Te diré esto, pero esto nunca debería salir de esta habitación. Sabía exactamente cuándo se cometió el asesinato. Tikong me dijo exactamente cómo mataría al viejo.

'¡Oh querido señor!' Aling Tere jadeó horrorizada. 'Entonces, ¿adónde huyó Tikong después de esa noche?'

'A Nueva Orleans. Hay muchos inmigrantes filipinos allí. Él está escondido allí. Y si la policía se acercara a él, dijo que huiría a otro país.

De repente, Felipe soltó lo que había estado pensando todo el tiempo. '¡Lo sabía! Tikong no se rompería así sin motivo alguno.

'Ese mismo día, antes de que lo mataran, Don Ramón nuevamente le estaba dando una fuerte paliza a Tikong. El anciano habría matado a tiros a Tikong si no hubiera huido del anciano. Esa misma tarde, el anciano volvió a golpearlo. Tikong no pudo soportarlo más. Entonces, esa misma noche, mientras el anciano dormía en su cama, Tikong masacró a su cruel amo.

Felipe asintió. '¡La crueldad engendra crueldad!'

Aling Tere sintió un profundo temor por su hijo. 'Ruperto, nunca le digas a nadie lo que sabes del crimen. Para que...'

"Por supuesto, ni siquiera me atrevería a pensar en decírselo a nadie más".

'Está bien... Deberías estar camino al funeral. Ya estás retrasado.

Sólo entonces los dos hombres se dieron cuenta de que debían regresar al funeral de inmediato.

Capítulo 29

CÓMO SE ENTIERRA A LOS RICOS

Muchos carruajes ya estaban estacionados frente a la casa de don Ramón. El coche funerario esperaba afuera para llevar al anciano a su lugar de descanso final. Ya casi era hora de que comenzara el sepelio.

Tela negra cubría las barandillas que conducían a la casa principal. El olor de grandes velas encendidas inundaba las habitaciones del interior. Candelabros de plata y oro se alzaban como guardias reales alrededor del ataúd. Las alfombras florales negras del suelo crujían mientras los invitados se arremolinaban, como para recordarles a todos que no molestaran a los muertos. El ataúd yacía sobre una plataforma de un metro de altura decorada con encaje negro. También había guirnaldas de flores de plata elaboradas artesanalmente por un famoso platero santacruceño, pariente de la fallecida esposa de Don Ramón.

Al costado se colocó una pequeña escalera para que la gente pudiera subir a la plataforma desde donde se podían observar los restos de Don Ramón.

Al pie del ataúd, a un lado de la sala principal, había un gran altar lleno de velas, flores y adornos colgantes. En el centro del santuario había un retrato de Jesucristo crucificado, con el rostro vuelto como para rechazar la ofrenda que yacía a sus pies, la cabeza gacha en profunda tristeza y resentimiento por la excesiva gloria dada a un hombre tan cruel y pecador.

A su llegada, Felipe y Ruperto subieron a la terraza para evitar la multitud que se había congregado en el salón. Felipe buscó a Delfín y mientras él y Ruperto hablaban, de repente se abrió la puerta del baño cerca de la terraza. Felipe se sorprendió al reconocer el rostro que se asomaba por la puerta. ¡Era su hermana Marcela!

'¡Marcela! ¡Estás aquí!'

'¡Felipe!' Marcela, con los ojos llorosos, salió luciendo las prendas y accesorios típicos de las personas adineradas. "Papá y yo acabamos de llegar al mediodía".

'¿Dónde está padre?'

"Está dentro".

–¿Está mamá contigo?

'No. Ella se quedó en casa.

'¿Padre todavía está enojado conmigo?'

'Sí. Me dijo que no hablara contigo si te veía aquí.

Felipe se mordió el labio mientras su hermana permanecía en silencio. "Entonces, por favor no le digas que estoy aquí".

'No, no lo haré.'

'Me mantendré alejado de él. ¿Pero qué estás haciendo aquí?'

Marcela miró hacia el baño cerca de la terraza antes de responder. "Quería consolar a Talía y Meni, estar con ellas en este momento de duelo".

Y aquí estás tú, igual de miserable. ¿Dónde están?' Felipe entró al baño sin dudar.

Ruperto se quedó allí completamente hipnotizado, como si acabara de ver una aparición. ¡No podía creer que Felipe tuviera una hermana tan hermosa! '¡Cómo diablos pudo Felipe elegir estar con una mujer pobre como mi hermana Tentay, cuando podía tener a cualquier mujer tan hermosa y noble como esta Marcela!' Se preguntó Ruperto en silencio.

Marcela paseaba por la terraza mientras Ruperto la observaba asombrado. Se sentía incómoda con Ruperto mirándola así. Se preguntó quién podría ser este hombre, porque claramente parecía haber venido de Estados Unidos.

Después de un rato, Ruperto reunió el valor suficiente para dirigirse a la joven que tenía delante.

'Lo siento señorita Marcela, usted es hermana de Felipe, ¿verdad?'

'Sí, lo soy. ¿Y usted debe ser amigo suyo?'

"Bueno, lo acabo de conocer hoy y en realidad somos más que amigos". Ruperto dudó en decirle que Felipe era su cuñado, pues no estaba seguro de cómo tomaría Marcela esa revelación. Temía que Marcela se sintiera ofendida si le decía que Felipe ya estaba casado con su hermana.

'Entonces, ¿cómo conoces a mi hermano?'

'Estamos... oh, no es nada, en realidad. Sólo somos amigos.'

Marcela le dirigió a Ruperto una mirada penetrante de pies a cabeza, una mirada que Ruperto pensó podría haberlo convertido en una estatua de sal. '¡Mentiroso!' Ruperto casi podía oír sus pensamientos.

"No entiendo por qué me mentirías". Luego se giró para dejar a Ruperto en paz.

'¡Espere, no se vaya, señorita Marcela!'

Marcela se giró para enfrentar a Ruperto, quien la miraba fijamente a los ojos y luego bajaba a sus senos, lo que la impulsó a cubrirse con un pañuelo.

'¿Qué deseas?'

'Te debo la verdad sobre Felipe y yo'.

'¡Ah, no es necesario! ¡No estoy de humor para jugar contigo! Me tengo que ir. Me están esperando dentro. Entonces Marcela se fue sin escuchar lo que Ruperto tenía que decir.

Ruperto sintió una emoción fuerte que nunca antes había sentido. Era sólo un niño cuando se fue de casa, e incluso cuando era un joven viril que vivía en Estados Unidos, nunca había sentido una atracción como esta por ninguna mujer. En Estados Unidos, el dinero podía comprar el amor y era absolutamente fácil encontrar el amor y disfrutar de los placeres de la carne. Pero ésta era la primera vez que estaba realmente enamorado. Y por una dama de su propio país.

Ruperto reflexionó para sí mismo. Pero no quiero jugar en absoluto. Lo digo en serio.' Se rascó la oreja, se tiró del pelo y se mordió el labio. Se culpó por alejar así a Marcela.

Consideró injusto que su negativa a revelar la verdad sobre él y Felipe lo dejara sin su musa. Sintió el impulso de correr tras Marcela y pedirle perdón de rodillas.

Al rato regresó Felipe, seguido de Marcela. Acababa de ver a Talía y Meni, que estaban escondidas dentro del baño, cada una desplomada en una silla, llorando desconsoladamente.

Los dolientes habían comenzado a bajar el ataúd al carro funerario.

Talía y Meni optaron por no unirse a la procesión. Ni siquiera se preocuparon de ponerse ropa adecuada y arreglarse para los invitados. Apenas se separaron del lado de su padre durante el velatorio. Meni incluso se olvidó de amamantar a su hijo pequeño, que tuvo que ser cuidado por una madre sustituta. Talía estaba embarazada de siete meses en ese momento. Afortunadamente, el Dr. Gatdula estuvo presente todo el tiempo para controlar el estado de las dos mujeres.

Las hermanas observaron desde lejos cómo se llevaban el ataúd de su padre. La señora Loleng, sollozando históricamente, le preguntó a Felipe mientras salían del baño. '¿Dónde están las hermanas? ¡Dios mío, don Ramón se ha ido!

Marcela, desconcertada por el llanto de la anciana, preguntó qué era ella para la familia de don Ramón, pero Felipe se limitó a alzar la nariz y se encogió de hombros.

'¡Talía! ¡Meni! ¡Se están llevando a vuestro padre ahora a su lugar de descanso! ¡Dios mío!' La anciana gritó a las hermanas.

'¡Padre! ¡Padre!' Las dos hermanas atropellaron a la anciana cuando se apresuraban a alcanzar a su padre, cuyos restos estaban siendo cargados en el coche funerario. La señora Loleng, sin ayuda, luchó por levantarse mientras las hermanas salían disparadas, gritando y llorando como bebés. Felipe, que había alcanzado a Talía, fue descubierto por su padre, el capitán Loloy, quien no le dirigió una sola palabra. Marcela y Ruperto se apresuraron a contener a las dos hermanas y las llevaron adentro para calmarlas.

Los manifestantes fúnebres se detuvieron al escuchar la conmoción que se desarrollaba dentro de la casa. Don Filemón volvió corriendo a la casa y al ver a la señora Loleng tirada en el suelo, se apresuró a ayudar a la anciana a levantarse.

Y así, Felipe, Marcela, Ruperto, don Filemón y la señora Loleng no pudieron salir más de la casa, dejando a Yoyong al frente del cortejo fúnebre.

La gente del pueblo que vio la procesión jadeó de admiración. ¡Un funeral digno de un rey! ¡Un hombre noble siendo enterrado! De hecho, esa era la verdad, porque era el Señor de las Riquezas, el Señor del Ocio, el propio Dios del Capitalismo quien se dejaba llevar por el cortejo.

La gente chismorreaba sobre qué pasó con los 20.000 pesos escondidos por el anciano en la bóveda de un banco en la ciudad de Nueva York, y cómo el resto del dinero y la herencia de Meni fueron robados por el asesino.

Los ocho caballos que tiraban del carruaje funerario estaban todos enjaezados con adornos. Encima del carruaje había una estatua de madera de un ángel arrodillado en solemne dolor, un gesto simbólico, por así decirlo, del sincero dolor del dueño de la funeraria por el fallecimiento de este hombre tan rico. Ante el ángel de madera estaba el Ángel de la Muerte, guadaña en mano, de pie en ferviente oración. El carruaje funerario y el séquito que lo seguía estaban repletos de flores, guirnaldas y coronas que habían sido enviadas por la funeraria La Puerta del Sol, y la famosa floristería Singalong. Uno se preguntaría si fueron enviados para consolar a los afligidos o para alegrarse por la partida de un hombre muy rico, porque claramente los extravagantes arreglos significaban un buen negocio para el tanatorio y el florista.

Detrás del carruaje funerario había una larga fila de carruajes que parecían competir entre sí en grandeza. Altos

funcionarios gubernamentales, estadounidenses y filipinos, líderes comerciales, colegas de The Progress, propietarios de plantaciones tabacaleras, representantes de la prensa, españoles, chinos, mestizos (que eran numerosos); abogados, médicos, dos sacerdotes jesuitas, un fraile capuchino y miembros del clero... y al final de la procesión había una enorme masa de trabajadores de la fábrica The Progress y agricultores de tabaco de todas partes. Esta masa de trabajadores los seguía a pie, retorciéndose como una enorme serpiente por el camino de tierra.

Siendo un devoto católico romano, Don Ramón fue llevado a la iglesia para sus ritos finales. Rodeado de imponentes candelabros, fue bendecido con agua bendita y consagrado con incienso, mientras los miembros del clero recitaban las sagradas oraciones por los muertos. Don Ramón debería haber sido llevado a la iglesia de su Santa Cruz natal, pero sus familiares preferían a los monjes capuchinos barbudos y descalzos, que se parecían mucho al humilde Jesús de Nazaret. Se aferraban a la firme convicción de que estos monjes podrían interceder mejor por el eterno descanso del anciano, que lamentablemente había muerto sin recibir el último sacramento.

La Iglesia de los Capuchinos en la calle Real del Palacio de Intramuros lucía magnífica esa tarde. Multitudes abarrotaron el cementerio, pero sólo los distinguidos caballeros pudieron entrar. Los trabajadores se contentaron con escuchar el melancólico repique de las campanas y el

coro lúgubre de la Orquesta Rizal, porque no podían ver más allá de las reliquias y artefactos que custodiaban el ritual de culto que se desarrolla en el altar de la iglesia.

Eran casi las cinco cuando terminaron los ritos y la marcha fúnebre se dirigió al gran cementerio de Paco, donde ya esperaban don Filemón, Delfín, Felipe, Marcela y Ruperto.

* * *

Como si los ritos capuchinos no fueran suficientes, en el cementerio siguieron más aspersiones de agua bendita, oraciones y endechas. Los dolientes asaltaron los cielos con sus oraciones pidiendo la intervención divina, para que el alma del difunto fuera salvada de los abismos del fuego del infierno. ¡Ay de los pobres y de los humildes, porque a diferencia de los ricos, no tenían medios para apelar por la salvación de sus almas a las puertas nacaradas del Cielo!

Luego vinieron los prolijos elogios, primero, del Alto Comisionado, quien habló de las grandes hazañas de don Ramón como ciudadano ejemplar y hombre de negocios que trabajó incansablemente por el progreso de la nación, y como figura política que había cooperado con el gobierno estadounidense. A continuación, habló un distinguido miembro del consejo comercial, quien soltó floridas palabras sobre cómo Don Ramón era un brillante empresario y cómo invirtió su herencia y construyó su propio imperio empresarial. Pero ninguno de estos dos

caballeros hizo la más mínima mención del carácter oportunista de don Ramón, pues durante el régimen español fue leal a los españoles, pero cuando llegaron los americanos se convirtió en su estrecho colaborador. A decir verdad, Don Ramón nunca fue leal ni amable con sus propios compatriotas en la fábrica de tabaco El Progreso, era abusivo y despiadado con sus trabajadores, tal como lo era con sus esclavos y sirvientes en su casa. Era un mujeriego, un alcohólico, un extorsionador, un jugador ilegal y un corrupto, todo en uno. Pero a nadie le importaban todos estos vicios, porque ahora el malvado estaba muerto.

Por fin, don Filemón se presentó ante la multitud para pronunciar el discurso que había preparado.

'Distinguidos caballeros, mis compatriotas, mis queridos amigos...' Hizo una pausa mientras luchaba por hablar. Sacó su pañuelo para secarse las lágrimas que corrían por su bigote gris. Ya era de noche y muchos entre la multitud que ya no tenían paciencia para escuchar más discursos comenzaron a abandonar la asamblea. Los que se quedaron no pudieron perderse su charla sobre su especial amistad con don Ramón.

'Distinguidos caballeros... mis compatriotas, mis queridos amigos...' murmuró una vez más. 'Por favor, tengan paciencia conmigo, ya que simplemente no podía abandonar mi solemne deber como amigo para hablar de nuestros queridos difuntos. Que su alma descanse en paz.'

Sus largas pausas estaban salpicadas de sollozos y gritos de pena más dramáticos que los de la señora Loleng. Don Filemón divagaba una y otra vez, y lo único que los oyentes pudieron deducir de su discurso entrecortado fueron sus elogios a don Ramón como un verdadero amigo... Las mujeres comenzaron a llorar incontrolablemente. Julita, la doncella de San Miguel, a quien don Ramón había cortejado, asistió al funeral con su pretendiente americano llamado Jack, quien estaba a su lado consolándola mientras lloraba. Julita conoció a Jack poco después de que Don Ramón abandonara el país.

Fue una escena completamente diferente con Marcela. Había estado esquivando a Doroteo Miranda, a quien aborrecía absolutamente. Ella se protegió de los inoportunos avances del hombre manteniéndose cerca de su padre, pero su padre siguió alejándose para mezclarse con los distinguidos caballeros en el funeral. Ruperto se dio cuenta de que Doroteo tenía intenciones maliciosas hacia Marcela, por lo que junto con Delfín y Felipe, proporcionaron un perímetro seguro alrededor de Marcela. Y cuando vio una oportunidad, Ruperto se llevó a Marcela aparte, lejos de la multitud, para que hablaran en privado. Los dos permanecieron en silencio por un momento.

'¿Cuándo regresas a casa?' -le preguntó Ruperto a Marcela.

-Tal vez dentro de tres días. respondió Marcela.

'¿Puedo ir contigo?'

"No lo sé, depende de ti."

'¿Quieres que vaya contigo?'

"Puedes hacer lo que quieras".

'¿Alguna vez encontraré la felicidad una vez que estemos allí?'

Marcela guardó silencio. Se limitó a mirar a Ruperto de pies a cabeza.

"Me preocupa que no te guste estar allí".

'Oh, puedo soportar cualquier cosa sólo para estar contigo. ¿Qué quieres que haga?'

'Hazte amigo de mi hermano. Cortejalo si quieres y tal vez descubras la manera de ganarte mi corazón.

'¿Y podría tener éxito? ¡Serías una mujer afortunada!'

Y así fue como los dos se despidieron esa noche, justo cuando Madlang-Layon terminaba su panegírico y agradecía a todos por asistir al funeral. Pronto, el cuerpo de Don Ramón Miranda, recién llegado de los Estados Unidos de América, fue bajado al hueco y cubierto con tierra.

Capítulo 30

OSCURIDAD Y LUZ

No fue intencional que Delfín y Felipe se separaran del resto de los dolientes. Los dos caminaron uno al lado del otro a paso lento hasta llegar a una zona tranquila entre las filas de nichos. Felipe le contó a Delfín todas las historias que había oído de Ruperto: cómo Tikong asesinó a don Ramón y cómo Ruperto había vivido una vida vagabunda.

'A pesar de sus dificultades, envidio a su cuñado. Ha visto el mundo. Cuando era niño, habría aprovechado cualquier oportunidad para viajar a tierras lejanas. Poco importaría si fuera un humilde esclavo. Todavía tendría la oportunidad de aprender cosas nuevas. ¡Habría sido una vida maravillosa, especialmente para un huérfano como yo!'

'Claro, habrías aprendido muchas cosas', dijo Felipe, 'pero probablemente no tendrías los mismos principios y

creencias que tienes ahora. ¡Vivir tan lejos de casa realmente cambia el carácter de una persona!

'¡Ah, sí, haber visto la gloria de la civilización occidental! Uno estaría lleno de idealismo y gran conocimiento. Pero, desgraciadamente, la mayoría de nuestros compatriotas que han viajado al extranjero regresan con un ferviente deseo de remodelar su tierra natal según los países occidentales.'

Felipe asintió. 'De hecho, Occidente siempre ha sido el modelo de civilización y cultura. Darwin había tenido razón todo el tiempo. Supervivencia del más apto. La civilización es como el vino, y el civilizado es el borracho. El logro de una alta cultura corrompe la fibra moral de la sociedad y el individuo civilizado se convierte en el centro del universo. El hombre se embriaga con el derecho a sí mismo, esperando que el resto del mundo ponga a sus pies todas las comodidades y placeres que él cree que son suyos por derecho. Eso, amigo mío, es lo que ha sucedido en el mundo civilizado.'

–Eso sí que es un asunto serio –convino Delfín–. –Pero volviendo al hermano de Tentay, ¿crees que realmente aprendió algo de valor en sus hazañas en el extranjero?

–Creo que sí, aunque me temo que no mucho. Quiero decir, ¿cómo se puede esperar que realmente aprenda algo si todo lo que hizo fue servir a maestros extranjeros? Afortunadamente, vivía en Cuba; de lo contrario, sería para

siempre un esclavo o, en el mejor de los casos, un marino. A pesar de lo que había visto en Italia y en Barcelona, fue en Cuba donde enfrentó las inevitables y duras realidades de la vida; donde aprendió el valor de ganarse la vida. Y cuando se mudó a Estados Unidos, aunque era un simple asalariado, todavía pudo ver cómo era el movimiento obrero. Lo consideraría como alguien de nuestras propias filas.'

'¡Muy bien entonces!' Delfín estaba contento. 'Será mejor que regresemos ahora. Está oscureciendo y es posible que el resto de los dolientes ya nos hayan dejado atrás.'

Es cierto que estaban solos en el cementerio. Los enterradores ya habían completado sus tareas y se habían ido cuando regresaron. En todo el cementerio no se veía a nadie, excepto el cuidador que estaba a punto de cerrar las puertas.

'Espera un poco, ¿quieres? Acabamos de enterrar a nuestro padre. No tardaremos mucho. Felipe le ofreció un cigarrillo y después de que el cuidador se fue, los dos se sentaron en la oscuridad mientras seguían hablando de la vida y muerte de Don Ramón.'

'Felipe, mi suegro ya ha sido sepultado. No saquemos a relucir sus errores. Que los muertos descansen en paz.'

'¿Y qué?' –protestó Felipe–. '¿Vamos a seguir a esos tres viejos tontos que elogiaron todo lo bueno y nada de lo malo? Vinimos a este funeral por una razón, Delfín.'

'Sí, lo sé.'

'Entonces, ¿por qué no deberíamos conmemorar todos sus males, su avaricia, sus costumbres carnales, su opresión de los pobres? Siempre he odiado la hipocresía de nuestras viejas costumbres. Tras la muerte de un hombre rico, su vida debería ser un libro abierto en el que se expusieran todas sus malas acciones, para que nadie vuelva a seguir sus pasos.'

'No estoy de acuerdo contigo, Felipe. Por el contrario, exponer la maldad de un hombre sólo despertaría el mal que yace latente en los demás. Pero veo el beneficio de extraer enseñanzas socialistas de la vida de Don Ramón, porque claramente nuestro país puede aprender mucho de la muerte de un hombre rico.'

'Sí. La muerte de un hombre como Don Ramón debería significar la libertad para los oprimidos, no la muerte de su propia fuente de sustento.'

E incluso con la muerte de personas como Don Ramón y su padre, el Capitán Loloy, el ciclo de opresión seguirá intacto mientras existiera la herencia. Es sólo dinero y autoridad cambiando de manos.

"Si tan solo los ricos renunciaran voluntariamente a sus derechos de riqueza y poder, tal como usted y Meni rechazaron los de Don Ramón, y yo rechacé los de mi padre".

¡Y por eso nos han tildado de tontos! ¡Anhelo ver el día en que la gente vea la luz de la razón en las decisiones que hemos tomado!'

'¿Pero, cuándo llegará ese día, Delfín? ¿Sucederá alguna vez?

–Estoy igual de cansado de esperar, Felipe. Siento que ya estoy en mis años crepusculares después de haber visto los asuntos de nuestros compatriotas. Pero debemos tener paciencia y dejar que las cosas sigan su curso natural. Las naciones y sus pueblos, como todo lo demás, evolucionan con el tiempo.'

"Pero ahora podemos actuar, Delfín". Los ojos de Felipe lo fulminaron. '¡Ciertamente podemos lograr cambios a través de la revolución!'

'Sí, Felipe, pero no puede haber una revolución antes de la evolución. Una nación sólo se levantará si ya no puede soportar la opresión. La revolución primero tiene que cobrar fuerza antes de que pueda explotar.'

'Precisamente por eso digo que ya es hora de que tomemos las armas. Las masas oprimidas ya están desesperadas''.

'No creo que ahora sea el momento adecuado. Míralos, todavía no son parte de un movimiento organizado. No están arremetiendo. No actuarán sin un líder o un mártir que los impulse a la acción. El movimiento revolucionario debe venir desde abajo si queremos derribar la pirámide de la opresión.'

"No nos olvidemos del Estado", añadió Felipe. 'Es posible que consigamos derribar el orden capitalista, pero será en vano si no hay cambios en nuestras actitudes. También debemos impedir la transferencia de riqueza y poder a los oligarcas del gobierno''.

"Oh, te aseguro, Felipe, que el surgimiento del sistema revolucionario traerá también la ascensión al poder de la república socialista que velará por el bienestar común de sus electores".

'Pero ¿de qué servirá tener un sistema de gobierno alternativo? Seguiremos poniendo el poder de gobernar en manos de unos pocos. Yo digo que deberíamos abolir por completo cualquier forma de poder y permitir que florezca un sistema de autogobierno.'

Delfín se rió suavemente mientras negaba con la cabeza. '¡Felipe, Felipe! No estoy en desacuerdo con lo que estás proponiendo. Pero permíteme subrayar una vez más que todavía no estamos preparados para organizar una revolución.

'¿Y entonces qué?' Felipe se reclinó y se sentó en una robusta rama del árbol frangipani detrás de él.

Felipe se quedó paralizado mientras esperaba que Delfín hablara. 'Es cierto que nuestras vidas todavía están dictadas en gran medida por creencias religiosas, pero eso pronto cambiará. Ahora mismo estamos dando nuestros primeros pasos hacia una era de héroes revolucionarios. Hemos visto a personas como José Rizal y Andrés Bonifacio agitar los sentimientos revolucionarios de nuestras masas, y hemos llegado a moldear nuestros ideales según estos héroes ejemplares. Ya han cambiado el curso de nuestra historia. Pero creo que necesitamos más héroes para despertar a nuestras pobres masas de su profundo sueño. Sólo entonces podremos decir que hemos avanzado. Y luego podremos pasar a una tercera fase, que es cuando puede tener lugar la verdadera revolución social.'

'Y luego, ¿qué viene después, Delfín?'

—Entonces, amigo mío, lograremos una verdadera sociedad igualitaria. Llegará el momento en que ya no suscribamos la noción de un Ser Supremo como el principio y el fin de todas las cosas, cuando ya no adoremos a los individuos sino que consideremos a todos y cada uno de los miembros de la sociedad como nuestros iguales. Pero entonces... Delfín hizo una pausa y volvió a negar con la cabeza.

'¿Qué te preocupa, Delfín, si es verdad lo que dices?'

'Ya es tarde, Felipe. El cuidador nos ha esperado bastante. Deberíamos seguir nuestro camino.'

'No, todavía tenemos tiempo. Continúa, ¿sobre qué dudabas?'

'En primer lugar, creo en lo que dijo el anarquista Grave sobre las revoluciones socialistas. Subrayó la importancia de difundir las ideas socialistas más allá de las fronteras geográficas. Olvidamos considerar que el respeto a los derechos humanos tiene que ser universal, lo que significa que los mismos ideales socialistas también deben defenderse en otros países como los de Asia, África y el Pacífico. La civilización occidental del siglo XX ya había visto los albores de la reforma socialista, gracias a las enseñanzas de personas como Fourier, Owen, Marx, Kropotkin y muchos otros.'

Felipe estaba entusiasmado. "Sí, gracias a los mártires del anarquismo, ahora tenemos el instrumento con el que oponernos a las clases dominantes y destronar a los falsos reyes".

–Hablas de medios que sólo pueden conducir al derramamiento de sangre, Felipe. No podemos lograr la paz y la armonía entre los hombres por medios violentos. "No si lo que buscamos es liberar a las masas oprimidas".

'Aún así. Estamos hablando de poner vidas en juego...'

'¡Vidas! ¿Qué pasa con las vidas de los mártires producidos por la clase dominante? ¿Qué pasa con los millones cuya sangre han derramado?'

'Entiendo de dónde vienes. Pero eso no significa que debamos ser igual de crueles.'

'Sólo la revolución puede poner fin al abuso de poder.' Felipe fue inflexible en su argumento.

Delfín defendió su caso. «Sea como fuere, es muy poco probable que lo que dices suceda en un futuro próximo, especialmente aquí en nuestro país. Y lo que es más importante, ¿qué será de la humanidad si nos deshacemos de todos los reyes, líderes y gobiernos del mundo?'

'A tu primer punto digo: ¿por qué no? Para el segundo, después de labrar la tierra, la cosecha será abundante y las riquezas podrán distribuirse equitativamente entre todos.'

–¿Y entonces qué crees que pasará después de eso?'

'Eso es todo. Las cosas seguirán mejorando. No pueden empeorar después.'

Delfín juntó las manos. ¡No pueden empeorar a partir de ese momento! ¡Piensa en lo que estás diciendo, Ipeng! La historia nos dice lo contrario. El progreso del hombre

siempre ha sido un movimiento en espiral, un ciclo continuo de nacimiento, muerte y renacimiento. Como la plántula que surgió de debajo de la tierra, creciendo, floreciendo, envejeciendo y luego muriendo, con su descendencia tomando su lugar. Y luego el mismo ciclo se repite nuevamente. No se puede escapar del orden natural de las cosas. El mismo fenómeno se puede observar en el ascenso y caída de las grandes civilizaciones del antiguo Egipto, Grecia y Roma que dieron origen a los imperios modernos de Francia y España. En el apogeo de estos imperios, nadie previó jamás su caída. Pero, he aquí, que en verdad cayeron y se convirtieron en polvo. Claro, todavía quedan restos de estos grandes imperios hasta el día de hoy. Y si miras el interior de lo que queda de estos grandes imperios, lo único que verás es decadencia. Mira a Francia. Entre la Revolución Francesa que demolió la gran monarquía de la Edad Media y la República Francesa que tomó el lugar de su predecesora, no ha cambiado mucho. Todavía sufren los mismos males. ¿No prometieron los revolucionarios una reforma radical?

Felipe de repente se levantó y se dio unas palmaditas en el trasero que había tenido apoyado contra el tronco del frangipani. Delfín hizo una pausa mientras esperaba una refutación, pero Felipe se quedó callado, como si estuviera esperando el resto del discurso.

'No se puede negar que la Revolución Francesa de 1789 dio origen a la Edad Moderna tal como la conocemos. En los dos últimos siglos se han producido grandes avances en nuestro

modo de vida. Ahora bien, no pretendo restar importancia a esa revolución, ni siquiera a nuestra propia revolución de 1896, pero ¿a qué tipo de sociedad socialista aspiramos? Me atrevo a decir que incluso si al principio somos capaces de establecer un régimen comunalista, ese régimen no durará mucho. Siempre habrá alguna fuerza, ya sea interna o externa, que surgirá para socavarlo. Lo hemos visto suceder antes. Incluso los Estados Unidos de América se marchitarán y morirán en algún momento, al igual que las antiguas civilizaciones occidentales que les precedieron. La época del gran Occidente ha pasado. Ahora es el momento de que Oriente salga de las sombras. Japón ya está abriendo nuevos caminos. Quién sabe, tal vez sea hora de que Filipinas siga el ritmo de Japón, si al menos una presencia supremacista no se interpusiera en nuestro camino: los Estados Unidos de América. Luego está China, que en algún momento despertará de su sueño. Y Australia, donde los aborígenes están siendo extinguidos del mismo modo que los indios americanos fueron aniquilados por sus colonizadores. La siguiente será la India, que ha estado durante mucho tiempo bajo la influencia de la potencia colonial británica. Si todos estos países se levantan, entonces la rueda de la fortuna girará. No soy un psíquico, Felipe, y no pretendo saberlo todo por mí mismo. Pero piénsalo, todo lo que se necesita para que ocurra una revolución social es que todos los países estén preparados para participar en ella. Verás, ¡a Asia le llevará mucho tiempo dar un golpe de Estado a la escala de la Revolución Francesa de 1789!

Felipe rompió su silencio. '¡Ja! ¿Y crees que sucederá alguna vez si no lo empezamos ahora?'

'Sí, tenemos que empezar por algún lado. Las semillas se han sembrado gracias al movimiento revolucionario del Katipunan en 1896³. Necesitamos establecer nuestras propias formas de gobernar nuestros asuntos. Una vez que estén en su lugar, podremos trabajar para establecer una sociedad socialista. No soy pesimista, Felipe. Al contrario, soy totalmente optimista. El futuro de nuestra sociedad está en manos de los hombres de nuestro país. Pero no podemos forzar la mano del destino. Necesitamos ser pacientes y dejar que las cosas sigan su curso. La rueda del destino inevitablemente girará. El viejo régimen morirá y en su lugar surgirá un nuevo régimen que será tan brillante como el día. Pero hasta entonces ... '

'¡Cuando será eso!', exclamó desesperadamente Felipe.

En ese momento, el portero se acercó a ellos y les dijo en tono bastante molesto: '¡Caballeros! ¡Ya es tarde!'

3 La sociedad secreta Kataastaasang Kagalanggalang Katipunan ng mga Anak ng Bayan (“Soberana y Venerable Asociación de los Hijos del Pueblo”), conocida como Katipunan, constituyó la derivación final, independentista, de la actividad asociativa y reivindicativa desarrollada durante la segunda mitad del siglo XIX por los sectores reformistas ilustrados hispano-filipinos. Descubierta su existencia en agosto de 1896, el Katipunan fue el núcleo sobre el que se organizaron las primeras fuerzas armadas revolucionarias que iniciaron la rebelión contra el gobierno español de Filipinas. [N. d. T.]

Los dos se sorprendieron. Lanzaron una mirada significativa a la lápida de Don Ramón y luego comenzaron a caminar.

'Sí, es de noche. Nos despediremos ahora y dejaremos que la oscuridad siga su curso'.

Capítulo 31

LOS MÁRTIRES DE LA REDENCIÓN

Después del funeral, los dolientes se dispersaron y se dirigieron directamente a sus casas. Los únicos que quedaron en la mansión fueron don Filemón, el capitán Loloy y Marcela, Doroteo y Ruperto, y la hermana solterona de Madlang–Layon, Turing.

La casa estaba oscura y lúgubre. Los invitados que se habían reunido en el interior estaban tranquilos y melancólicos, salvo el pequeño grupo de don Filemón, Madlang–Layon, el capitán Loloy y Doroteo, que empezaron a charlar sobre América. Doroteo parloteaba sobre sus experiencias y sus estudios en el extranjero. El capitán Loloy y don Filemón escuchaban con entusiasmo sus relatos.

Fue una sorpresa cuando Delfín entró solo a la casa. Felipe estaba afuera porque no quería ser visto por su padre todavía muy enojado, a quien respetaba mucho. La última vez que vio a su padre fue cuando él y Gudyó volvieron a Manila. Su madre y su hermana ya sabían que había estado viviendo con Tentay, pero no su padre. Desde hacía algún tiempo dudaba entre regresar a Lázaro o quedarse en Manila, porque extrañaba a su padre y a su hermana. Quería ver a su padre, pero no quería que su padre lo viera a él. Como todavía no podía decidirse, fue a la habitación del servicio en el sótano de la casa para charlar con el cochero.

Delfín saludó a los tres caballeros reunidos en la sala. Mientras dudaba en estrechar la mano de los otros dos invitados, Madlang-Layon se levantó para hacer las presentaciones.

'Oh, ¿ustedes tres no han sido presentados?'

"Será un honor para mí conocerlos", dijo cortésmente Delfín.

'Este es el Honorable Capitán Loloy. Y Doroteo Miranda, sobrino de don Ramón, que estudia en América...'

El Capitán Loloy y Doroteo extendieron sus manos, aunque Madlang-Layon no había mencionado el nombre de Delfín. Doroteo tuvo que preguntar: '¿Y tú eres?'

Madlang–Layon se recuperó. 'Oh, sí, ¿dónde están mis modales? Éste es Delfín, el marido de Meni.

A Doroteo se le cayó la mandíbula cuando escuchó el nombre y sintió un escalofrío recorrer su espalda. Rápidamente soltó la mano de Delfín. Estaba lleno de rabia silenciosa y en su mente quería gritar: '¡Así que este es el hombre que provocó la caída de mi tío!' El Capitán Loloy tenía una expresión similar en su rostro. Los surcos en su frente se profundizaron cuando se sentó y miró a Delfín de pies a cabeza. Pensó para sí: '¡Así que este es el hombre que ha enseñado a mi hijo los caminos de los malvados!'

Delfín conocía muy bien las expresiones de estos dos hombres y pensó para sí mismo: '¡El desdén y sus caras! ¡A su debido tiempo, la luz de la Verdad será revelada cuando el polvo se haya asentado!'

Madlang–Layon sintió lo incómodo que era el ambiente e invitó torpemente a Delfin a sentarse con ellos.

'No es necesario, gracias. ¿Dónde está Meni?

'¿Meni? Creo que está en una de las habitaciones con las otras mujeres. Entonces entra.

'Oh, no. ¿Podrías decirle que salga porque tengo algo que decirle, por favor?

Meni escuchó la voz de Delfín desde el interior de la habitación y se acercó a la puerta para hablar con su marido. Cuando Delfín les dio la espalda, los tres hombres susurraron entre sí. Doroteo y el capitán Loloy alzaron la nariz y casi escupieron en el suelo por desprecio a Delfín. La sonrisa irónica de Madlang–Layon podría haber sido de disgusto o simplemente de indiferencia. El Capitán Loloy no pudo contenerse y murmuró: '¡Y tuvo el descaro de dar la cara por aquí!' ¡Debe tener tripas de acero!

Mientras tanto, Meni y Delfín hablaban de volver pronto a casa. Para Delfín ya habían enterrado a los muertos, y esa era toda la responsabilidad que debían cumplir y nada más. Meni, por otro lado, estaba cansada de todos los llantos y lamentos que había hecho con su hermana. Estaba conversando con Talía, Turing y Marcela sobre su bebé que había dejado en casa, cuando Delfín vino a recogerla. Delfín no le contó más a Meni sobre la escena en la sala. Simplemente le dijo a Talía que se iban y esperó afuera de la puerta.

'Delfín, ven y únete a nosotros aquí'. Madlang–Layon gritó cuando vio a Delfín parado solo afuera de la puerta.

"Nos marcharemos porque ya es muy tarde".

'Espera, ¿te vas a casa?'

"Sí, tenemos que hacerlo, porque hay un bebé esperándonos".

Delfín observó a los tres hombres desde donde estaba. Comenzó a sentir fuertes emociones brotando en su interior. Estaba seguro de que los tres hombres que hablaban en voz baja estaban hablando de él. Entre el anciano tan imperioso como el difunto Don Ramón, el estudiante extranjero y el marido de Talía, cuyas manos estaban aferradas alrededor de las propiedades de Don Ramón, su conversación sólo podía haber sido sobre su mal carácter.

Aunque desde donde estaba, por mucho que lo intentara, apenas podía descifrar una sola palabra de la sala de estar. Vio a Ruperto mirando por la ventana. Al principio pensó que Ruperto estaba admirando el jardín. Al poco tiempo, se dio cuenta de que Ruperto estaba mirando la ventana de la derecha, la habitación donde estaban reunidas Talía y las otras mujeres, donde Marcela de vez en cuando se asomaba para intercambiar miradas y hacerle gestos significativos a Ruperto.

Delfín pensó en bajar a contarle a Felipe lo que acababa de pasar dentro de la casa. Trazaron un plan para que Ruperto actuara amigablemente con los hombres en la sala y actuara como sus ojos y oídos. Felipe mandó al cochero a buscar a Ruperto, quien al principio se resistía a irse porque quería tener más momentos robados con Marcela. Luego de recibir

instrucciones de Delfín y Felipe, Ruperto volvió al interior y de manera seductora se unió a los tres hombres.

–¿Te quedarás aquí otra vez esta noche? –le preguntó Doroteo a Ruperto.

'Probablemente no. Me esperan en mi casa. Mis hermanos han estado esperando verme desde que regresé.

–Bueno, entonces aquí es donde nos separamos. Me iré a casa para estar con mi familia.

'Ah, ¿entonces has encontrado a tu madre?'

"Sí, después de preguntar por ahí".

'Eso es bueno. Pero no te vayas todavía. Ven y siéntate un rato con nosotros.

Doroteo le indicó a Ruperto que tomara un asiento vacío no lejos del grupo y se uniera. Don Filemón, que se había reincorporado a la pequeña fraternidad, y el capitán Loloy, estaban desconcertados ya que Doroteo y Ruperto hablaban en inglés. Madlang–Layon le susurró algo al oído a Doroteo que impulsó al estudiante extranjero a interrogar a Ruperto.

'¿Hay alguien más en el salón?'

'No. No hay nadie allí.

Madlang–Layon tenía curiosidad. '¿No viste a un hombre vestido de negro que acaba de salir de la sala? ¿Viste adónde fue?

'Oh, ese hombre. Delfín, así se llama, ¿no? Bajó al sótano.

Don Filemón intervino. –¿Delfín? Sí, lo vi bajar las escaleras cuando salía de la habitación de Loleng.

Los hombres habían estado hablando de Delfín y su esposa, y del testamento de don Ramón. Al principio hablaron en voz baja, temerosos de que alguien pudiera estar escuchando desde el salón o los dormitorios del interior de la casa, pero se animaron cuando se les unió don Filemón. Ignoraban que entre ellos había un espía.

Don Filemón y Madlang–Layón estaban describiendo al capitán Loloy, a Doroteo y a Ruperto las fechorías que Delfín había hecho contra don Ramón. Madlang–Layon parloteó sobre el carácter malicioso de Delfín y sus creencias socialistas, cómo Delfín le prohibió a Meni comunicarse con ellos y cómo no fueron invitados al bautismo del hijo de Meni. Madlang–Layon hizo que Delfín fuera precisamente la razón por la que Don Ramón eliminase a Meni de su última voluntad y testamento, para proteger su riqueza de un hombre indigno. En este punto, todos los hombres sintieron lástima por Meni, quien sentían que merecía mucho más.

Don Filemón sugirió algo. –¿Entonces no deberíamos hacer planes para separarlos?

'¿Sepáralos? ¡Eso sería extremadamente difícil!' –aconsejó el abogado.

"Una vez que Meni se separe de Delfín, ella podrá regresar a esta casa y tú podrás cuidar de ella".

Yoyong sacudió la cabeza como para reiterar la imposibilidad del divorcio. Uno podría pensar que también le preocupaba que si Meni regresaba a casa, obtendría su parte de la riqueza de su padre, y eso significaría que la de Talía se vería disminuida.

El capitán Loloy estaba agitado. 'Mira lo que está pasando ahora. Permitted que Meni volviera a casa, e incluso él entró en esta casa. ¿Por qué? Porque quería comprobar con sus propios ojos a cuánta riqueza tiene derecho su esposa.'

'¡En efecto!' Doroteo y Madlang–Layon estuvieron de acuerdo.

Don Filemón instó al abogado. '¡Yoyong, agarra fuerte las riendas! ¡Asegúrate de que la última voluntad y testamento se cumpla plenamente! Nunca dejes que ese bastardo ponga sus manos en el dinero antes de que el sobrino de Don Ramón, Miranda, obtenga su parte.'

Yoyong consideró cuidadosamente las palabras de Don Filemon. Pensó que las intenciones de los dos ancianos eran maliciosas, pero también comprendió las implicaciones para sus ambiciones y deseos. Él simplemente siguió asintiendo en silencio.

El capitán Loloy siguió adelante. '¡Estoy seguro de que sabes muy bien que este Delfín ha sido una influencia terrible para mi Felipe! ¡Por su culpa repudié a mi único hijo!'

A Doroteo le hizo cierta gracia. '¿Será que tu hijo se ha vuelto loco?'

Pero Madlang-Layon habló en defensa de Felipe. 'No, Felipe no está loco. Realmente es terco y de mal genio. Es simplemente lamentable que se haya mezclado con el grupo equivocado de socialistas y anarquistas. Comparado con Felipe, Delfín es sensato.

'¡Cierto! ¡No sé de dónde sacó Felipe esos rasgos! Nadie en mi familia resultó como él. Don Ramón y yo creíamos que es mejor desechar a los niños así y no dejarles herencia alguna. Meni era sólo un daño colateral, pues simplemente cedería a los caprichos de su marido. Yoyong, será mejor que refuerces tu control sobre las propiedades de don Ramón.

'Por lo que a mí respecta, sólo me atengo a lo que está claramente establecido en el último testamento. De hecho,

estoy preocupado por Meni, sobre todo ahora que tiene un hijo...'

"Por eso deberías buscar la manera de separar a la pareja", insistió don Filemón.

–Hablaré con ella esta noche. Yo le daré instrucciones. Sé que han estado en apuros y apenas han podido comer tres comidas completas al día. Escuché que incluso había vendido sus joyas. Claramente, el mísero salario de Delfín, cuarenta pesos mensuales, apenas podía sustentarla, más aún porque estaba enferma. Le pediré que le diga a Delfín que se quedará aquí con nosotros. Y si Delfín se resiste, tendrá que decirle que ya no puede vivir en tan malas condiciones. Y si Delfín le da una paliza, mucho mejor, porque así seguramente se mantendrá alejada de él para siempre.'

El capitán Loloy advirtió a Madlang–Layon. '¿Y si Delfín no se resiste? Don Ramón está muerto y ahora está aquí husmeando.

Los hombres se detuvieron cuando escucharon pasos acercándose a la puerta de la habitación de Talía. Pensando que era Meni a punto de salir por la puerta, don Filemón y el capitán Loloy fueron a hablar con ella de sus planes, seguidos por Madlang–Layon, que fue directo hacia Talía, y Doroteo que se acercó a Marcela.

Ruperto se quedó solo en la sala. Nadie pensó en acompañarlo. Se dio cuenta de que era el momento oportuno para escabullirse e informar a Delfín y Felipe, que esperaban en el sótano. Ya estaba bajando las escaleras cuando se dio cuenta de algunas cosas: '¿Qué pasaría si contarles lo que había oído y visto los dividiría aún más? Y si el capitán Loloy se enterara que fui yo quien se lo dijo, seguramente perdería mis posibilidades con Marcela.' Se detuvo a pocos pasos del rellano. "Pero les prometí que les contaría todo lo que oyera, y sería realmente malo romper esa promesa a mi cuñado". Ruperto también pensó que los dos viejos eran injustamente duros con Delfín. Sabía muy bien lo crueles e inhumanos que podían ser los ricos. También se sintió mal porque a Madlang-Layon y Don Filemón sólo les importaba la riqueza de Don Ramón, y cómo se llenaron de desprecio por el hecho de que Delfín, un hombre sin un centavo, se convirtiera en el marido de Meni. 'Yo también soy un hombre sin un centavo. Si yo persiguiera a Marcela, ¿quién puede decir que no harían lo mismo conmigo?

Ruperto decidió hacer lo que había prometido. Delfín y Felipe ya lo esperaban impacientes. Les contó todo lo que había oído y les advirtió que los dos ancianos ya estaban hablando con Meni mientras hablaban.

Felipe ardió de rabia al escuchar el informe de Ruperto.

'¿Qué piensas hacer ahora, Delfín, contra estos hombres que albergan malas intenciones contra ti?' Felipe temblaba de ira. 'Realmente ya no me importa la ira de mi padre. ¡Pero tú, en cambio! ¡Lo que están haciendo ahora es escandaloso! ¡Quiero quemar esta casa hasta los cimientos y dejar que las llamas los consuman!'

Ruperto advirtió a Felipe. 'No, no lo hagas. ¡Te estás olvidando que ahí están tu hermana Marcela y la esposa de Delfín, Meni!

Delfín se sentó en absoluto silencio, pensando qué hacer a continuación.

'¡Subamos y enfrentemos a esos hombres, Delfín!'

'¡Espera, Felipe!' Delfín detuvo a Felipe.

'¡Tu desgana y timidez sólo empeorarán las cosas, Delfín! Si no quieres ponerte rudo con Madlang-Layon y Don Filemon, ¡déjame encargarme de ellos!

'No, cálmate, amigo mío. No vinimos aquí para iniciar una pelea o asesinar gente. Déjame a mí y a Ruperto subir y ocuparnos de ellos. Quédate aquí un rato y sube más tarde. Hablaré con Meni en privado para ver si me cuenta lo que le dijeron los dos hombres y le preguntaré si Madlang-Layon y Talía han conspirado con ellos.

'¿Y entonces que?' –preguntó Felipe intencionadamente.

–Te contaré mis planes más tarde durante la cena.

Delfín y Ruperto continuaron entrando nuevamente a la casa. Delfín esperó en la cocina y le dijo a Ruperto que en secreto le enviara un mensaje a Meni para que lo encontrara allí.

Ruperto apenas entraba a la casa cuando el Capitán Loloy, Don Filemón, Yoyong y Doroteo salían del cuarto de Talía. La pequeña fraternidad se dirigió a la sala de estar y silenciosamente reanudaron su conversación. Ruperto simplemente fingió maravillarse ante los grandes cuadros del salón. Doroteo lo llamó para preguntarle por Delfín.

–No, no ha vuelto –mintió Ruperto entre dientes.

Momentáneamente Meni salió de la habitación, seguida por Marcela, quien miraba al frente y ni siquiera lo miró. Meni ya no parecía desconsolada, pero tenía una expresión muy sombría en su rostro. En el salón, Marcela habló con Meni. 'Te dije que te quedaras un poco más. ¡Tienes que quedarte y acompañarme a cenar!

'¡Ah, Sela! ¡Realmente piensan que mi marido es un hombre malvado, a pesar de toda su humildad y paciencia!' Meni suspiró y empezó a llorar.

'¡Por favor, disculpe mi intrusión!' Sela, pensando que Ruperto se iba a acercarse a ella, se dio vuelta y sonrió. Ruperto se acercó a Meni y le susurró algo al oído.

'Espera aquí, Sela. Tengo algo de qué ocuparme afuera.

Y los dos enamorados se quedaron, finalmente, solos en el salón.

'¿Qué fue lo que le dijiste a Meni?' Marcela tenía curiosidad.

'Oh, nada importante. Le acabo de dar el mensaje de Delfín antes de que saliera.

'¿Qué mensaje? ¿Qué quería decirle Delfín a Meni?

'Oh, me temo que a Delfín no le gustará si te digo algo que no querría que otros supieran'.

'¿Otros? ¿Incluyéndome a mí?'

"Me dijeron que se lo dijera sólo a Meni y a nadie más".

'Bueno, si no me lo vas a decir...'

'Si te lo dijera, estoy seguro de que pensarías que no soy alguien digno de confianza. Se podría decir que soy alguien que no sabe cómo proteger el secreto de alguien.

'No, nunca pensaré eso de ti. Vamos, realmente quiero saber qué le dijiste a Meni.

'Solo le dije que se reuniera con Delfín, ya que los dos tenían asuntos importantes que discutir entre ellos'.

'¿Pero no acabas de decir que Delfín salió de la casa?'

"Sí, bajó al sótano y luego volvió a subir por las escaleras que conducían a la cocina".

Marcela no preguntó más, pero lanzó una mirada furtiva hacia la sala.

"Mi padre podría vernos aquí, solos".

Luego los dos se acercaron a la ventana. Ahora tenían todo el salón para ellos solos, salvo los sirvientes que de vez en cuando pasaban por allí para hacer recados por la casa.

Ruperto habló. 'Ahora es mi turno de hacer preguntas. ¿De qué hablaron Doroteo y tú antes?'

"Por favor, casi no le dije nada".

'¿Ah, de verdad?'

'Bueno, ¿por qué no le pregunta a Meni si no me cree, señor?'

'Dejemos de lado las bromas. Estamos sólo nosotros dos aquí.'

'Oh, no. ¿Y si alguien nos oyera hablar así?'

'¿Entonces? ¿Por qué importaría si estoy siendo demasiado informal contigo? Después de todo... '

'Después de todo... ¿qué?'

'Ahora tengo la llave de tu corazón y tú tienes la llave del mío. ¿No es ese el caso ahora?'

'¿Es ese el caso?'

'¡Elang, por favor dímelo claro!'

'¡Espera! Alguien podría entrar al salón. Papá podría vernos. Creo... que debería volver a entrar...'

–¿Vas a volver a entrar? No me dejes aquí colgado en la incertidumbre y la duda. No te burles de mí con tu ambigüedad. Toda mi vida está ahora en tus manos. Sé que tu padre lo desaprobará, porque los dos pertenecemos a mundos separados. Tu padre seguramente te alejará de mí si alguna vez descubre que estoy enamorado de ti. Sólo dará tu mano en matrimonio a otro pretendiente más merecedor.

'¿Otro pretendiente? Pero no veo a nadie más.'

'¿En realidad? Cruza tu corazón...'

"Sí, no hay nadie más, porque mi padre lo prohíbe".

'¿Y yo?'

'Solo tengo ojos para ti.'

'¿Que sé yo? No te conozco desde hace mucho...'

Marcela levantó la nariz. '¿Por qué te dejaste enamorar antes de conocerme primero?'

'No hay necesidad de eso, Sela. El amor no crece con el tiempo, ni sigue rima ni razón. Simplemente brota y florece cuando menos lo esperas. Así es el amor. ¿No sientes crecer dentro de tu corazón un intenso sentimiento de afecto por mí?'

'Sí, de hecho.'

'¿No es eso amor?'

Marcela se limitó a mirar a Ruperto con ojos amorosos.

'¿No es así?'

Qué hombre más persistente, pensó Marcela, mientras miraba a Ruperto mirándola fijamente, como esperando responder con un dulce beso.

'¡Mi dulce Elang! Dime por favor. ¿Ya me he ganado tu esquivo corazón?'

Marcela se limitó a sonreír, mostrando sus hoyuelos como diciendo "sí".

Ruperto estaba a punto de decir algo, pero de repente Turing irrumpió en el salón, sorprendiéndolos a los dos.

Turing les dirigió una mirada de complicidad, porque estaba segura de que algo estaba pasando entre los dos. Ella hizo caso omiso de ese pensamiento, porque sabía que no era su lugar juzgar a los amantes secretos.

'¿Adónde fue Meni?'

'Ella salió', dijo Marcela, 'para ocuparse de algo importante'.

"Tan pronto como regrese, por favor dígame que Talía quiere hablar con ella". Turing se fue tan rápido como entró. Al poco tiempo oyeron pasos que se acercaban al salón. Ruperto se acercó apresuradamente a la ventana, fingiendo mirar hacia el jardín de la casa. Marcela, desde donde estaba cerca de la puerta, pudo ver a Don Filemón caminando de regreso hacia el grupo reunido en la sala.

"Debo volver a entrar ahora".

'¡Espera! No te vayas todavía –protestó Ruperto.

'¿Cómo? Me temo que... '

"No te vayas sin dejar una muestra de tu amor".

'¿Y que sería eso?'

'Lo que quieras dar...'

'Te daré algo cuando lleguemos a casa. ¿No viajas de regreso con nosotros?

"Sí, pero no puedo esperar más".

'¿Qué puedo darte? ¿Qué tal este pañuelo?

'¿Eso es todo lo que vale tu amor?'

–¿Mi abanico, entonces?

'¿Qué haré con eso?'

'Entonces ¿qué es lo que quieres? ¡Apurate! ¡Aquí viene Meni!'

'Sólo... uno...!' Ruperto hizo un puchero con los labios.

'Oh, no, no puedo. Aquí, ten esto.' Marcela se quitó el anillo y se lo entregó a Ruperto. Ruperto presionó el dedo de Marcela antes de que la mujer rápidamente se diera vuelta. Se encontró con Meni en la puerta cuando salía del salón.

'Meni, a Talía le gustaría hablar contigo.'

'¡No!, ¡todos podrían simplemente cerrar la boca!' Meni gruñó.

La pequeña campana sonó en el comedor. La cena estaba lista para ser servida. Ya eran las ocho de la tarde. Los hombres reunidos en la sala se dispersaron rápidamente al

sonido de la campana. Madlang–Layon fue a buscar a Talía, a quien hubo que convencer para que saliera a cenar. En poco tiempo, todos los que estaban en la casa se habían congregado en la mesa del comedor. Don Filemón pasó por el cuarto de don Ramón para buscar a su esposa, pero la señora Loleng no estaba de humor para socializar. Siano y su esposa, que habían permanecido en su habitación desde después del funeral, también salieron para unirse al resto en la mesa.

Madlang–Layon convenció a Meni para que cenara con ellos, pero Meni se quedó sentada sin decir una sola palabra. Luego vinieron Delfín y Felipe, subiendo las escaleras hacia la casa principal. Hubo que convencer a Delfín para que se quedara a cenar. Finalmente, todos estuvieron sentados alrededor de la mesa del comedor, excepto Felipe, que no soportaba estar en la misma habitación con su padre. Felipe se quedó afuera en el salón a esperar lo que sucedería a continuación.

El Capitán Loloy se sentó a la cabecera de la mesa en un extremo, mientras que Yoyong se sentó en el otro extremo. Los hombres estaban a un lado; las mujeres al otro. Eran trece en total: seis mujeres y siete hombres. ¡Qué número tan desafortunado!

Todos los que estaban alrededor de la mesa hablaron en voz baja, con las cabezas inclinadas como si estuvieran en profunda oración. Talía, Meni y Siano apenas levantaron sus

rostros bañados en lágrimas, porque era de mala educación dejar que los invitados vieran su miserable estado en la mesa del comedor. Sólo Marcela y Ruperto estaban de buen humor. Sentados uno frente al otro, inclinaron las manos y solo levantaron la vista de vez en cuando para captar miradas furtivas y sonreírse el uno al otro, antes de que alguien más pudiera notarlas.

El Capitán Loloy no pudo evitar notar a Meni sentada a su lado, toda callada y apenas tocando la comida en su plato. Se volvió hacia Delfín y vio lo mismo. Mientras apartaba la mirada, por el rabillo del ojo, notó que su hija miraba al hombre sentado frente a ella. Marcela se giró para lanzar una mirada furtiva en dirección a su padre y vio que el anciano la miraba furioso. Marcela retrocedió como una serpiente que acaba de atacar con su veneno.

Al cabo de un rato, cuando su hija ya no se atrevía a comportarse de manera vergonzosa, el capitán Loloy habló en voz alta en un intento de aligerar los ánimos en el comedor.

'Meni, por favor come un poco más. Recuerda, todavía tienes un bebé que amamantar. Y Talía, lo mismo te pasa a ti. Tienes un bebé creciendo dentro de tu útero. Tu padre ya no está y no hay nada que podamos hacer al respecto. Todos vamos a correr la misma suerte, algunos antes que otros.

Todos voltearon a mirar a las hermanas, especialmente a Meni, y todos notaron lo que el Capitán Loloy había observado.

Meni, que había estado manteniendo a raya sus emociones hirvientes, estalló de repente.

–No, capitán Loloy. ¡No es mi padre por quien estoy triste! ¡Se trata de mi marido y yo! ¡Ya es bastante malo que mi padre me haya abandonado y desterrado de esta casa, para oírte hablar de tanta traición y malicia! ¡Tengo suficiente respeto por mi propio honor y dignidad como para no comer la comida que se sirve en esta mesa!

De repente se levantó y dejó caer el tenedor sobre el plato que tenía delante. Todo su cuerpo temblaba de ira.

Todos en la mesa la miraron, visiblemente sorprendidos por la expresión de su rostro. Yoyong, Talía, el Capitán Loloy y Don Filemón no podían creer semejante exabrupto por parte de Meni, a quien conocían amable y mansa; escuchar esas palabras contundentes los había dejado sin palabras. Delfín se movió inquieto en su silla, pero cuando vio el rostro de su esposa, simplemente asintió y se recostó casualmente.

Meni continuó hablando con voz nerviosa.

'¿Quién fue? ¿Quién se atrevió a decir mentiras sobre por qué vinimos aquí? ¿Cómo os atrevéis a decir que estamos aquí sólo porque mi padre está muerto, que mi marido está

aquí para impugnar la última voluntad y testamento de mi padre, que estamos aquí para reclamar mi herencia? Yoyong, ¿por qué hablar a mis espaldas y no decírnoslo directamente a la cara? Ahora es tu oportunidad. ¡Mi marido no es un cobarde! ¡No nos trates de una manera tan turbia!

'¡Meni, cuida tus palabras!', replicó Madlang-Layon. '¿Por qué señalarme?'

'¡Porque todo esto es obra tuya!'

'¿Qué quieres decir con que todo es obra mía?'

'¡Oh, por favor, ni siquiera intentes negarlo!'

'¡Delfín, tu esposa está tan fuera de lugar aquí! ¿Por qué te quedas ahí sentado y dejas que Meni hable mal de los demás delante de nuestros invitados?'

Delfín estuvo a punto de responder, pero Meni se le adelantó.

'¿Yo? ¿Grosera e irrespetuosa? ¡¿Hacia tus cohortes?!'

El capitán Loloy, don Filemón y Doroteo tenían los ojos muy abiertos.

'¿No estabas hablando con ellos de estas cosas antes, en la sala de estar? ¿No se me acercaron todos para convencerme de que dejara a Delfín?'

Los rostros de Yoyong, Doroteo y los demás palidieron.

'Quieren que me dejes, ¿eh?' Dijo Delfín. '¿Por qué motivo, por favor dímelo...'

'¡Sí! ¡Es cierto!' Dijo Talía, claramente llena de desprecio hacia Delfín. 'Porque si no fuera por ti, mi hermana no estaría sufriendo como está ahora. Y... nuestro padre no nos habría abandonado si no estuviera tan abatido. ¡Es tu culpa por lo que tenemos que soportar todo este sufrimiento. ¿Y tuviste el descaro de aparecer aquí y hablarnos en ese tono?'

Las cosas se intensificaron bastante rápido cuando la gente se levantó abruptamente de la mesa. Delfín estaba tan abrumado por las duras acusaciones de Talía que se quedó sin palabras. Doroteo, Madlang-Layon y Siano se susurraron entre sí. Turing corrió al lado de su hermano y murmuró palabras para calmarlo. Sólo Ruperto permaneció sentado en su silla, sin poder mirar a nadie a su alrededor. La señora Loleng, que acababa de salir de su habitación, se acercó y llamó a su hija Isiang. Felipe, al escuchar la fuerte voz de Meni, se acercó a la puerta para echar un vistazo a la escena en el comedor.

Cuando Delfín no dijo una palabra, Meni se volvió hacia su hermana.

'Talía, no le hables así a mi marido. ¡Él no te ha hecho ningún mal! Lo amo muchísimo, por eso me casé con él. No

metas a papá en este lío. Sí, se fue porque estaba muy decepcionado conmigo, pero sabes que fue porque me enamoré de un hombre pobre.

'¡Sosténlo justo ahí!', gritó Talía con voz ronca. ¡Incluso tú te has vuelto testaruda y ahora tienes la temeridad de darle la espalda a aquellos con quienes estás profundamente en deuda!

'Estoy agradecida por todo lo que has hecho por mí. Pero es exactamente por eso que no entiendo por qué nos haces esto. Fuisteis todos amables y cariñosos en el pasado, pero ahora nos tratas como basura después de conseguir el botín de la última voluntad de nuestro padre. Me ocultaste el hecho de que era tu marido quien regentaba los bienes de mi padre.

"Pero sabes que ese fue el último deseo de tu padre", dijo Madlang-Layon. 'Simplemente hice lo que me dijeron. Si deseas impugnar el testamento, los tribunales están abiertos para presentar una demanda.

'Sí, ¡demáندانos si es necesario!' Talía lo secundó.

Delfín ya no pudo contenerse. 'Yoyong, Talía, resolvamos esto amistosamente. No queremos llevar esto a los tribunales. No nos peleemos por dinero que no es realmente nuestro. Realmente no me importa que no haya habido una transparencia completa en la administración del patrimonio

de su padre. No tienes motivos para alarmarte. No hay necesidad de reuniones secretas ni de una conspiración para arruinar mi reputación o destruir nuestro matrimonio. Y no debes pensar que estoy interesado en la herencia de mi esposa. Eso no significa nada para mi. Usted, más que nadie, debería saber cuál es mi postura sobre estos asuntos. Hablo muy en serio. No quiero tener nada que ver con el dinero de tu familia y punto. Y mientras yo esté aquí, nunca tendrás que preocuparte en absoluto por el bienestar de Meni.

'¡Nunca en absoluto!', reiteró Meni en voz alta.

Madlang-Layon habló para defender su orgullo herido. '¿Por qué dices eso? ¿Crees que te estamos privando de lo que es tuyo por derecho? Estamos...?'

Pero Delfín interrumpió a Yoyong. 'No tenemos que entrar en eso. Dejémoslo como está.

Delfín se alejó de la mesa y fue a buscar a Meni. El marido y la mujer hablaron entre sí de forma inaudible y, al cabo de un momento, hicieron un gesto para despedirse.

Talía casi se arroja en el camino de Meni. ¡No irás a ninguna parte con él! ¡Él puede irse, pero tú te quedarás aquí!'

Las mujeres corrieron para sujetar a Meni mientras ésta luchaba por liberarse de su hermana. Le tiraron de la blusa, le sujetaron los brazos y le tiraron de la falda. Pero Delfín no le soltó la mano.

'¡Déjala estar!', gritó Talía histéricamente.

"Por favor, déjenos irnos", dijo Delfín con calma.

'¡No hay manera de que puedas hacer eso!' Talía se mostró desafiante. 'Llamaré a la policía si es necesario. ¡Estás matando de hambre a mi hermana! ¡Ni siquiera puedes alimentarla!'

Delfín sonrió irónicamente. '¿No puedo alimentarla?'

–¡Entonces déjala elegir! Si quiere puede quedarse aquí, donde nunca más volverá a pasar hambre...

Talía soltó a Meni y, tan pronto como lo hizo, se dejó caer al suelo, arrastrando a Isiang.

Los hombres simplemente se quedaron allí y miraron. Sólo Siano corrió en ayuda de Talía. Aunque había estado callado en la mesa, había estado observando atentamente cada movimiento de Delfín.

'¡Quédate aquí, loca!', le dijo Siano a Meni.

'¡No, por favor no me dejes aquí, Delfín!' Ella se derrumbó cuando vio a su marido alejarse. Delfín se dio vuelta, pero Talía se interpuso en su camino y lo empujó hacia atrás. Meni, finalmente soltándose, rodeó la cintura de su marido con sus brazos y se derrumbó.

'¡Delfín! ¡Quiero estar a tu lado, aunque eso signifique vivir en la pobreza!'

Era un espectáculo feo: Meni estaba destrozada por el amor por su hermana y la devoción hacia su marido.

'Por favor, déjame ir. Mi pobre bebé me necesita.'

'¡Tu bebé también puede quedarse aquí!' Insistió Siano.

'¡No!' Meni protestó. 'Quiero que mi hijo crezca desde un comienzo humilde. Sólo entonces conocerá la verdadera felicidad en la vida...'

Las palabras de Meni traspasaron a Delfín hasta el fondo. La convicción de Meni era tan ferviente que decidió que no podía dejar atrás a su esposa y por eso estuvo a punto de hacer a un lado a Talía. Cuando Yoyong y Siano vieron a Talía retroceder, se abalanzaron sobre Delfín. Felipe, al ver que su amigo estaba a punto de ser mutilado, se apresuró a unirse a la refriega.

'¡No temas, Delfín! ¡No estás solo!' –gritó Felipe–. Madlang–Layon se encogió de miedo al ver y oír a Felipe. Pero el capitán Loloy, que había divisado a Felipe de lejos, se puso detrás de él y le dio un fuerte golpe en la cabeza. Felipe, sin saber qué lo golpeó, quedó atónito.

'¡Bastardo entrometido!', gruñó el viejo.

Felipe se giró para tomar represalias, ¡pero se quedó helado cuando vio que era su padre! Estaba tan sorprendido que su brazo levantado quedó suspendido en el aire. Sus ojos enojados se suavizaron al reconocer a su viejo, pero rápidamente, desvió su atención hacia la multitud enloquecida que rodeaba a Delfín. Su ira se convirtió en lástima al ver a Delfín, y en su mente vio la imagen de los pobres justos, siendo pisoteados hasta la muerte por los ricos. Se giró para mirar a su padre y comenzó a hablar en voz alta y retumbante.

'¡Te atreviste a ponerme una mano encima, padre, cuando lo único que quiero es ayudar a mi amigo aquí que está en apuros y siendo humillado! Simplemente está reclamando lo que es suyo por derecho. Él no está forzando a su esposa y ella está más que dispuesta a ir con él. ¿Pero queréis obligarla porque crees que tenéis poder sobre él? ¡Sois todos unos desgraciados de mente retorcida! ¡Sólo porque sois ricos creéis que podéis tenerlo todo! ¿Por qué no respetáis la libertad de elección de Meni? ¿Por qué pisotean los derechos de Delfín? ¿Por qué separar a esta pareja de enamorados cuando no quieren nada de vuestro dinero? Tened mucho miedo, porque llegará el día en que todos recibiréis lo que os merecéis. ¡Algún día, toda vuestra riqueza no significará nada y solo seréis iguales a los demás!

Felipe tomó a Delfín y a Meni de la mano y los sacó, lejos del resto, quienes quedaron horrorizados y noqueados por el desprecio que destilaban sus palabras.

Sólo Ruperto tuvo la sensatez de seguirlos y dijo: "Todavía hay esperanza para mi patria, porque entre nosotros ahora hay personas que luchan por una nueva sociedad ".

FIN



ACERCA DEL AUTOR

LOPE K. SANTOS fue un escritor en lengua tagalo y ex senador de Filipinas. Es mejor conocido por su novela de 1906, *Banaag at Sikat* y por sus contribuciones al desarrollo de la gramática filipina y la ortografía tagalo.

Santos estudió derecho en la Academia de la Jurisprudencia, luego en la Escuela de Derecho de Manila

(ahora Fundación de la Facultad de Derecho de Manila), donde recibió su título de Licenciado en Artes en 1912. A finales del siglo XIX, Santos comenzó a escribir en su propio periódico *Ang Kaliwanagan (La Luz)*. Este fue también el momento en que el socialismo se convirtió en una idea emergente en la ideología mundial.

En 1903, Santos comenzó a publicar fragmentos de su primera novela, *Banaag at Sikat*, en su revista laboral semanal *Muling Pagsilang (El Renacimiento)* y la completó en 1906. Cuando se publicó en forma de libro, *Banaag at Sikat de Santos* fue considerado el primer libro en Filipinas que exponía los principios del socialismo y buscaba reformas laborales por parte del gobierno. El libro fue más tarde inspiración para la asamblea del Partido Socialista de Filipinas de 1932 y luego para el grupo Hukbalahap de 1946.

A principios de la década de 1910, inició su campaña para promover una "lengua nacional para Filipinas", donde organizó varios simposios, conferencias y dirigió numerosos departamentos de lengua nacional en las principales universidades filipinas. En 1910, fue elegido gobernador de la provincia de Rizal bajo el Partido Nacionalista. En 1918, fue nombrado primer gobernador filipino de la recientemente renovada Nueva Vizcaya hasta 1920. En consecuencia, fue elegido miembro de la V Legislatura filipina como senador del duodécimo distrito senatorial que representa a las provincias que tienen una mayoría de población no cristiana.

En 1940, Santos publicó el primer libro de gramática de la "lengua nacional", *Balarila ng Wikang Pambansa (Gramática de la lengua nacional)*, encargado por Surian ng Wikang Pambansa (SWF). Al año siguiente, el presidente Manuel L. Quezón lo nombró director del SWF hasta 1946. Cuando Filipinas se convirtió en miembro de las Naciones Unidas, fue seleccionado para traducir la Constitución de 1935 para la UNESCO. También fue designado para ayudar en la traducción de los discursos inaugurales de los presidentes José P. Laurel y Manuel A. Roxas.